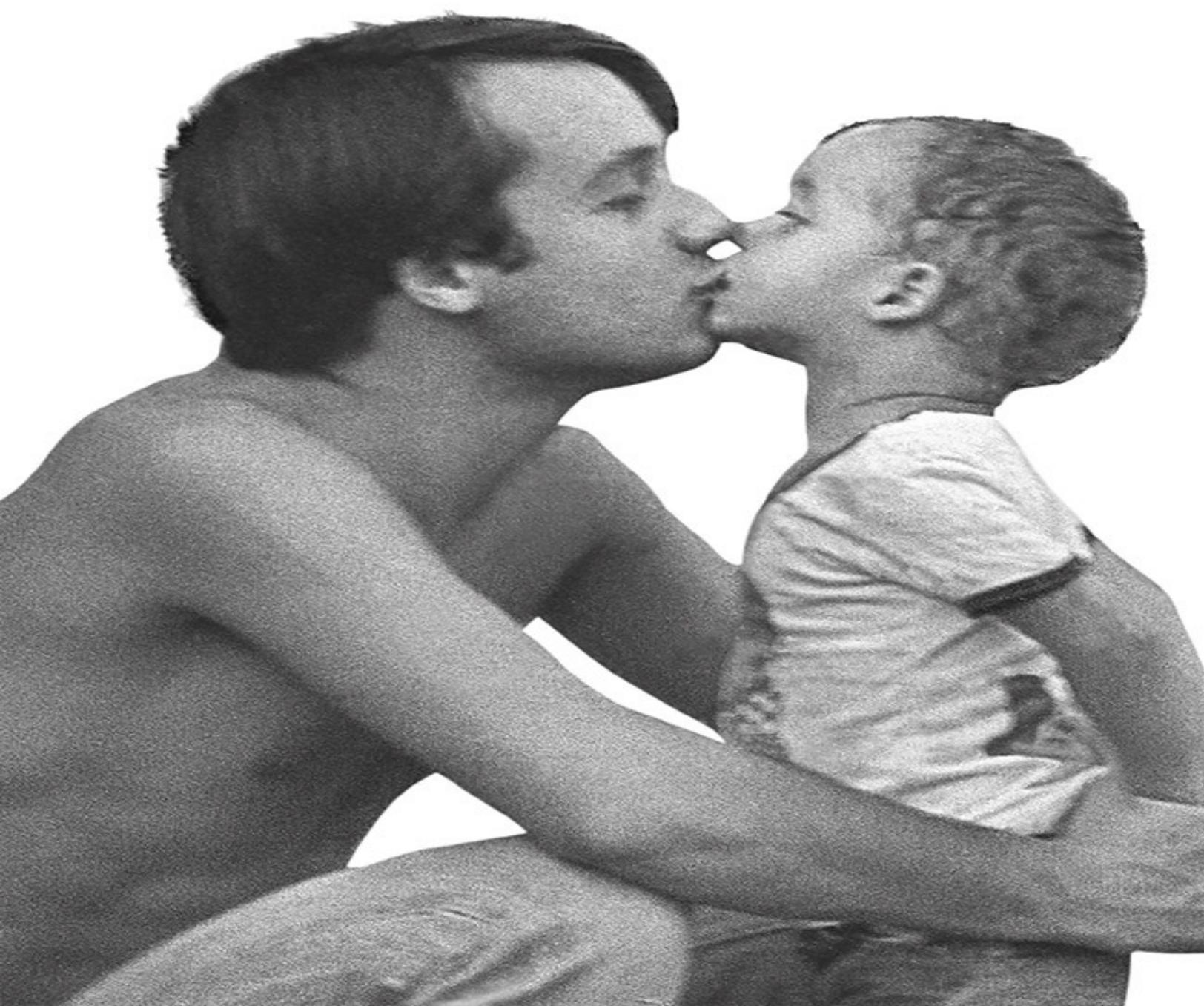


 Seix Barral

Galder Reguera

Libro de familia



Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

Agradecimientos (y aclaración)

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La Nochevieja de 1974, la madre de Galder Reguera supo que estaba embarazada de él. Ese mismo día, su padre murió en un accidente de coche. En estas páginas se unen un emocionante relato familiar lleno de giros inesperados y la crónica de una investigación: «Él es para mí el pasado que no tuve y yo para él soy el futuro que se le negó. Él pensó en mí durante un día. El último día de su vida. Yo he tenido siempre presente su sombra».

Esta historia trata de las familias, las típicas y las atípicas: ¿qué es la familia?, ¿quién la compone?, ¿cómo se sostiene?, ¿cómo nos configura y determina en todos los aspectos de la vida?

A través de documentación, fotografías y entrevistas a familiares y conocidos, Galder Reguera reconstruye la personalidad, la vida y la muerte de su padre, al tiempo que descubre la fortaleza de su madre, que sacó a la familia adelante en unos años muy difíciles. Sorprendido ante todo lo que quedó atrás, unos hechos sin los cuales el presente no sería lo que es hoy, el autor culmina una búsqueda que constituye también un bellissimo ejercicio de autoconocimiento.

LIBRO DE FAMILIA

Galder Reguera



Para Mamá

El azar desordena la vida y ordena las ficciones.

MIQUI OTERO

Mi padre murió el día en que mi madre le dijo que estaba embarazada de mí.

Fue la Nochevieja de 1974. Tenía veintitrés años. Trabajaba en la empresa familiar, Comercial Radio Reguera, fundada por su padre y gestionada en aquel entonces por sus hermanos mayores. Tenían varias tiendas de electrodomésticos, televisiones y radios. Él era responsable de la que estaba en Barakaldo. La música era su pasión. Siempre lo había sido, desde niño. Tocaba el bajo en un grupo y era técnico de sonido. En los últimos meses había potenciado en las tiendas la comercialización de reproductores de sonido e instrumentos musicales, fundamentalmente bajos y guitarras eléctricas. Las ventas iban como un tiro y eso le alegraba. Instalaba también aparatos de música que alquilaba a diversos locales de ocio. Por ello, los últimos días del año eran de dura tarea. Discotecas y bares preparaban sus fiestas y cotillones. Mi padre iba de localidad en localidad poniendo a punto los equipos. Siempre fallaba algo. El sonido nunca es perfecto. Él era músico, y por ello se afanaba en hacerlo lo mejor posible.

Mi madre estaba muy nerviosa. Se había engalanado como la noche merecía. Estrenaba un precioso vestido y había pasado buena parte de la tarde peinando su larga y oscura melena. Aunque, en realidad, los movimientos del cepillo habían sido como un mantra para pensar. Esperaba la llegada de su marido en casa de sus padres, un dúplex en la calle Valentín de Berriochoa de Basauri, donde en un rato la familia celebrarían la Nochevieja. Acababa de dar la cena en la cocina a Borja, mi hermano mayor, que pronto cumpliría tres años. Se había tumbado en la cama para dormirle. Las luces apagadas, abrazada a él. Detrás de la puerta se oía un murmullo de voces. Por la mañana, Mamá se había hecho una prueba de embarazo que había resultado positiva. La perspectiva de un segundo hijo la alegraba y le angustiaba a partes iguales. Se lo había contado primero a mi padre, por teléfono, y después, ya en casa, a sus hermanas Nati y Bego. Los tres, marido y hermanas, se habían mostrado entusiasmados. Ella cavilaba ahora, acurrucada junto a su pequeño, en cómo iba a cambiar de nuevo su vida con otro bebé danzando por casa. También pensaba en asuntos más concretos. Que ojalá fuera una niña, por ejemplo, o cuándo anunciarlo a sus padres. ¿Hacerlo hoy aprovechando la reunión familiar? ¿O cuando hubieran pasado unas semanas y el embarazo fuera más estable?

Borja no tardó en quedarse dormido. Mamá le arropó, besó su frente y salió de la habitación. La casa de Amama (en el País Vasco las casas son de las mujeres) siempre fue un lugar lleno de gente, ruidoso, feliz. En los días de celebración lo era aún más. De un lado a otro había gente a la carrera. Amama dirigía el tráfico, dando órdenes a sus hijas, disponiendo el trabajo de las

mujeres, que llevaban de la cocina a la mesa platos y vasos y bandejas con entremeses. Mamá se sumó a sus hermanas, incluida Pili, la más pequeña, que entonces tenía nueve años. También Marieli, la mujer de Pablo, el hermano mayor, embarazada en ese momento de siete meses. Los hombres habían salido a tomar algo, pero comenzaban a llegar, poco a poco, achispados tras tomar unas cervezas con los amigos, con ganas de celebración.

Aitite, mi abuelo materno, estaba ya en casa. Trasteaba en la cocina, picando de aquí y allá, dando cuenta de un bocadillito de jamón que se había hecho para acompañar la botella de vino Muga que acababa de abrir, regalo de su amigo Isacín, y dejando todo listo para preparar más tarde las angulas. Casi nunca echaba una mano en la cocina. Solo en ocasiones muy puntuales, como cuando había comprado marisco o traía hongos de una excursión por el monte con los amigos. En esos días le gustaba cocinar él mismo, tratar con mimo lo que le había costado tanto dinero o tanto esfuerzo. Ahora picaba unos ajos para dejarlos marinando en una cazuela de barro, con aceite y guindillas.

La tía Adela había vuelto a casa por primera vez desde hacía meses. Era una beata solterona que se había instalado más o menos de continuo en casa de su sobrina, mi abuela. Pero la dejó el día que Segundo, uno de los hermanos de mi madre, celebró el atentado contra Carrero Blanco. Ella, franquista convencida que lloró después meses por la muerte del Caudillo, no quiso pasar ni un minuto más bajo el mismo techo que aquel revolucionario. Pero esa noche había acudido a la llamada de mi abuela, que le rogó que fuera a cenar. Mis tíos y tías, sus sobrinos, la querían mucho y por suerte había accedido. Su ausencia habría estropeado un poco la celebración.

Sobre las ocho, hora a la que estaban todos citados, mi padre llamó por teléfono para avisar de que se retrasaba un poco porque tras cerrar la tienda de Barakaldo tenía que ir de un salto a cambiar la aguja de un tocadiscos en un local en San Salvador del Valle. En la misma llamada, le dijo a mi madre que había contado a sus hermanos que esperaban otro niño, que no había podido evitarlo y que habían quedado tras la cena para brindar todos juntos. Dejarían a Borja durmiendo donde Amama. Como iba tarde, le pidió también que le hiciera el favor de recoger en casa un pantalón y una chaqueta y llevárselos a la cena. Se cambiaría allí. Luego brindamos por el nuevo niño, prometió. Antes de colgar añadió: Te quiero mucho, Carmen, todo saldrá bien.

Mamá fue a su casa y recogió el traje. Vivían en el número 26 de la calle General Mola, a no más de ochocientos metros de la casa de sus padres en la calle Valentín de Berriochoa. Mi abuela Teresa, la madre de mi padre, se instalaba con ellos durante largas temporadas, pero aquella noche había ido a celebrar el fin del año con el resto de sus hijos en su casa de Las Arenas. Mamá aprovechó el viaje para respirar un poco, pasear, fumarse un cigarro tranquila lejos del ruido de casa. Acariciándose el vientre, se prometió que pronto dejaría el tabaco. La gente aún desbordaba los bares de Basauri. Todo el mundo está feliz en Nochevieja. Saludó a algunos vecinos y conocidos de la familia. También a amigas y amigos con los que se citó después de las uvas. Departió un rato con ellos, pero se dio cuenta de que se iba de la conversación. No podía quitarse de la cabeza la perspectiva del nuevo hijo. La noticia desplazaba todo lo demás.

De vuelta en casa de Amama, sus hermanos la recibieron con una protesta general. Su marido aún no había llegado. Este Luis, siempre tarde, ¿qué te ha dicho? ¿Cuándo llegará? Algunos de mis tíos amenazaron con irse a tomar algo a la calle si no empezaban a cenar pronto. Aitite zanjó la cuestión diciendo que allí no se cenaba hasta que no estuvieran todos en la mesa y que nadie saldría de esa casa. La espera se dilataba. El enfado comenzaba a convertirse en indignación. Los chicos picoteaban a escondidas de los platos de entremeses, Amama los abroncaba por ello. En la televisión, el telediario dejó paso al programa especial de fin de año, que en aquellos tiempos comenzaba a las nueve y media. En la pantalla, Victoria Vera, María José Cantudo, Ángela Carrasco, Fernando Esteso y otros famosos de la época hacían *playback* a coro bajo una melodía tomada del programa *Señoras y señores*, que comenzaba diciendo «La noche es joven, ¡anímate!». Era el primer especial de Nochevieja que se emitía en color en España.

José Mari y Pili, los hermanos más pequeños, estaban pegados a la tele. Los mayores bebían una copa de vino haciendo tiempo, molestos con la demora. Aitite cambió de idea. A cenar, ordenó. Ya llegará Luis. Se sentaron todos, una silla vacía esperando. Aitite bendijo la mesa y comenzaron a picar los entremeses. Apenas habían comenzado cuando el timbre estruendoso del teléfono irrumpió en el salón. Nadie se alarmó por la llamada. Familiares, amigos de mis tíos y tías, e incluso algunos vecinos solían pasarse después de las campanadas a tomar algo en casa de mis abuelos, y todos pensaron que sería alguno de ellos para avisar de que después se acercaría con una botella de champán. Aquel fue siempre un hogar abierto, transitado, lleno de vida.

Descolgó Aitite. Preguntó quién era, con ese tono de voz fuerte, tajante, con el que siempre hablaba.

—Sí, es mi hija. Está aquí —murmuró, y su gesto cambió. Se tornó gris, dolorido—. ¿Cómo? ¿Qué? ¡Vamos para allí!

Se giró hacia la mesa, buscó a mi madre con la mirada.

—¡Carmen! —exclamó, en un lamento—. Es por Luis..., ha tenido un accidente con el coche..., está muy grave.

Mamá se llevó las manos al rostro y gritó. Todos se quedaron en shock, mirando en derredor, sin saber muy bien qué hacer. Hasta que al salón llegó el llanto de Borja, que se había sobresaltado con el grito de mi madre. Entonces reaccionaron. Nati acudió a consolar al niño a la habitación. Se tumbó a su lado. Borja regresó pronto al sueño. Ella, que tenía quince años en ese momento, temblaba asustada, abrazada a él.

Amama y la tía Adela quedaron al cuidado de la casa. La monja hizo rezar a todos los sobrinos, rogando a Dios que mi padre estuviera bien, que todo quedara en un susto. Aitite, Pablo, Bego y mi madre acudieron al hospital de Cruces. Fueron en el Dodge 3700 de Aitite, que conducía Pablo, porque él estaba tan alterado que temía sufrir otro accidente. Los hombres iban delante. En la parte trasera mi madre lloraba asustada, Begoña tomaba su mano con fuerza.

Cuando media hora después llegaron a Cruces, Pablo se adelantó al grupo. Pidió a los demás que esperaran un minuto en la entrada, que él preguntaría dónde habían de dirigirse. Nada más

cruzar la puerta de urgencias, se encontró con una enfermera que conocía de Basauri.

—¡Pablo! —le abordó—. Vienes por lo de Luis, ¿verdad?

Mi tío asintió. Ella le pidió que la siguiera. Recorrió tras la enfermera varios pasillos hasta que se dio cuenta de que se alejaba de urgencias.

—¿Adónde me llevas?

—A la morgue...

—Pero...

En ese momento comprendió. Se llevó las manos a la cabeza. Se apretó las sienes intentando sacar de ahí la idea de que Luis, el marido de su hermana, su mejor amigo desde hacía una década, había desaparecido para siempre. Aquello era imposible. Cayó de rodillas.

Volvió sobre sus pasos, desgarrado por el llanto. En la entrada del edificio de urgencias se encontró a su padre llorando abrazado a sus hermanas. Estaban también los dos hermanos varones de mi padre. También habían recibido la mala nueva. Un médico les había narrado lo sucedido: un conductor borracho se salió de su carril invadiendo el otro, por el que circulaba mi padre. Colisionaron de frente. El homicida estaba en observación en el mismo hospital, aparentemente ileso. Mi padre llegó ya sin vida. Mamá negaba con la cabeza. Todo aquello no tenía sentido. No podía siquiera concebir que fuera real.

—Quiero verle —comenzó a repetir—, quiero verle.

Los hermanos de mi padre se quedaron fuera. No querían ver el cuerpo, no querían tener ese último recuerdo de Luis. Mamá entró acompañada de Aitite, Pablo y Begoña en una sala de la morgue donde, sobre una camilla, yacía mi padre. No tenía un solo rasguño. Apenas un golpe en la frente, una pequeña herida que alguien había tapado con una tirita. Mamá tomó su mano, comenzó a besarla, y rompió en un llanto desconsolado que se contagió a su hermana, a su padre, a su hermano. Todos lloraban, abrazados. En la puerta de la sala, el médico que había atendido a mi padre luchaba por no ponerse él también, ahí, a llorar. Acababa de empezar su turno.

A la entrada de urgencias comenzaron a llegar otros familiares cercanos, algún amigo. Los teléfonos fijos también servían para hacer volar las noticias. Allí vieron cómo Aitite y Pablo ayudaban a caminar a mi madre, que sentía que moría ella también. Se abrazaron todos, se besaron, intentaron transmitir a Mamá que no se encontraba sola, que estaban todos allí, que siempre lo estarían, que nunca le faltaría de nada. Bego entonces recordó que mi madre estaba embarazada y su llanto se intensificó.

—Mañana nos vemos —dijo Aitite—. Mañana nos vemos todos en mi casa.

Mamá pensó si realmente había un mañana.

Volvieron a casa. Durante el viaje, dentro del coche reinaba un silencio total. Los cuatro estaban en shock. El Dodge 3700 comenzó a descender por la calle Autonomía, una de las más largas de Bilbao, dos carriles en cada sentido del tráfico. La calle se encontraba desierta. Ni un alma. De pronto, dieron las doce. Fuegos artificiales tomaron el cielo de la ciudad. De los balcones de la calle Autonomía comenzó a asomar gente que lanzaba petardos al aire, serpentinas

de colores, bengalas de fiesta. Gente que gritaba y celebraba y se besaba deseándose lo mejor para el año que comenzaba.

El coche de Aitite era el único que circulaba por la ancha avenida. Sobre el techo caían los petardos, que amplificaban su estruendo en la estructura metálica del automóvil. Cada explosión hacía temblar a Mamá. Cada explosión la hacía gritar de miedo y espanto. Bego intentaba calmarla.

—Dime que todo esto no es verdad, Begoña, por favor, dime que no es verdad.

Es la primera vez que sé de la escena de la calle Autonomía. Creo que nunca más pasaré por allí sin que esa imagen me venga a la cabeza. Mientras me cuenta ese momento, mi madre pasa por pan rallado unas croquetas. Estamos en casa de Amama, en Laukariz. Hace un sol radiante de principios de primavera. Mis dos hijos juegan en el jardín bajo la mirada de mi mujer. Amama está en el salón, postrada en su silla de ruedas, ajena desde hace años ya a este mundo al que solo regresa para murmurar en contadas ocasiones palabras ininteligibles, asentir a veces con dificultad cuando alguien la interpela directamente, llamar a su padre, que murió hace décadas. Escudriño el rostro de Mamá mientras habla. Leo en sus arrugas e intento sumergirme en esos ojos tan azules que parecen llenos de agua de una playa del Caribe. Observo sus manos, que realizan hábiles un gesto que ya es mecánico: coger un poco de masa, girarla en las palmas, hacer rodar la bola sobre el pan rallado. Han pasado cuarenta y tres años de la muerte de mi padre, pero aún se ensombrece cuando rememora aquellos momentos. Le insisto en una pregunta que le he hecho ya varias veces durante las últimas semanas: si le importa que escriba sobre ello. Responde que al contrario, que se alegra de que haya decidido hacerlo. Me regala una sonrisa, como para confirmar sus palabras.

A mí me da miedo, sin embargo, estar causándole dolor y abrir viejas heridas, heridas que no cicatrizan nunca del todo y de las que puede comenzar a brotar de nuevo la sangre en cualquier momento. Últimamente le doy mucho la tabarra, me temo. Me paso el día preguntándole por datos y nombres, despertando recuerdos a los que hacía tiempo que no volvía. Pero si quiero escribir este libro (y quiero hacerlo, por primera vez siento que necesito saber quién fue mi padre) tengo que hacerme un mapa, una idea del caso, porque a mi mala memoria se une que no sé prácticamente nada de la familia Reguera. Mientras hablamos, a veces Mamá refunfuña un poco, cuando digo que desconocía un hecho, rebatiendo que me lo ha contado mil veces.

Insisto también mucho en detalles que parecen carecer de importancia hasta que te pones a teclear, como por ejemplo si las pruebas de embarazo en aquella época se podían hacer ya en casa o aún había que acudir a la farmacia. Me parecía fundamental saberlo para esa primera escena, para reconstruir el momento en que mi madre supo que estaba embarazada de mí. Busqué la semana pasada información en internet, pero no encontré una fecha precisa en la que se desplazara la prueba al ámbito privado. Las páginas que consulté dicen que el test doméstico empezó a comercializarse a mediados de los setenta. Lo di por bueno, el dato, hasta ayer, cuando decidí

llamarla por teléfono para confirmarlo, a las diez de la mañana y desde la oficina, donde me asaltó la duda. Ella estaba comprando unas flores en un invernadero.

—¡Y yo qué sé, Galder! —protestó al otro lado del teléfono—. Hace casi medio siglo. ¿Te crees que me acuerdo de eso?

Empecé a rumiar la idea de escribir estas páginas hace unos meses, después de quedar con Peter Abels, un primo mío por parte de los Reguera, al que no conocía. Contactó conmigo a través de Facebook y me envió una foto antigua en la que aparecían mis abuelos paternos de jóvenes. La tengo delante en este momento. Es una fotografía de grupo. Cuento en ella veintisiete personas. Casi la mitad son niños. En su mensaje, Peter me explicaba que el hombre de bigote, ancha nariz y boina que posa con un violín en las manos es nuestro bisabuelo. Parece un gitano de una película de Emir Kusturica y eso me hace sonreír, porque mis amigos siempre me han dicho que no les cabe duda de que tengo algún antepasado zingaro, dados mis rasgos y el color de mi piel. Sentados frente a él, están mis abuelos. Ella, Teresa, posa tocando la guitarra. Él, Luciano, con una mandolina. Ambos tienen un gesto extraño. Muestran una sonrisa congelada, tensa, que ha comenzado a desdibujarse, y abren los ojos de manera desmedida. Supongo que el cámara requeriría que estuvieran sin moverse el máximo tiempo posible, en esa época en la que el flash era de bombilla, quién sabe si aún de polvo de magnesio, y que mantener aquella postura fija terminó haciéndoles forzar el rostro.

El mensaje de Peter comenzaba: *Hola, Galder, soy tu primo. El tío Luis fue mi padrino.*

Me sorprendió que se refiriera a mi padre como «el tío Luis», cuando lo más lógico habría sido decir «tu padre». Pero no le di más importancia.

Quedamos para comer unas semanas después. Peter resultó un tipo simpático, cercano, con una historia importante a sus espaldas. Es músico, diez años mayor que yo, calvo, con gorra y una sonrisa enorme y una mirada que se pierde detrás de su interlocutor en las no pocas ocasiones en que se queda meditando en mitad de una conversación. Su padre es holandés, de ahí su nombre; su madre, una de las hermanas mayores de mi padre. Sin resultar en ningún caso molesto o invasivo, me preguntó sobre mi vida. Si estaba casado, si tenía hijos, a qué me dedicaba. Le hizo ilusión saber que escribía. Me preguntó por el tema de mis libros. Me dio un poco de vergüenza hablar de ellos. Ojalá uno pudiera presentarse con obras como las de Dostoievski o Camus bajo el brazo. También se interesó por mi hermano mayor, a quien decía recordar de cuando ambos jugaban en casa de nuestra abuela común.

Después me habló de los Reguera. Dibujó un árbol genealógico que yo desconocía, o que no recordaba, o que había olvidado aposta, tanto da. Puso nombre a primos y tíos. Me habló de algunas de sus vidas. Relató también anécdotas sueltas sobre mi padre, basadas en recuerdos dispersos suyos y relatos que le llegaron de su madre y tíos. Cuando falleció, él apenas tenía diez años, pero recordaba, por ejemplo, que se daba la vuelta a los párpados para asustar a los niños y

que a él aquello le daba un miedo terrible. También me habló de la noche en que murió. Dijo que tenía un recuerdo vago, pero muy profundo, que aún le impactaba al evocarlo, de que se celebraba una fiesta en casa de la abuela cuando sonó el teléfono y de repente todos lloraban y corrían de un lado a otro, desesperados. Utilizaba mucho las expresiones *la familia* o *nuestra familia*, que en boca de alguien que ni siquiera sabías que existía hacía unas semanas y a quien ves por primera vez en tu vida, suenan ciertamente extrañas.

No le presté mucha atención, sin embargo. No me interesaba el tema. Nunca lo ha hecho demasiado. De chaval me avergonzaba profundamente cuando por cualquier circunstancia tenía que reconocer que no conocía a la familia de mi padre, porque aquello era como una mancha en mí, como decir: eh, hay algo oscuro y raro en mi vida. Además, no saber nada de ellos me hacía sentir muy mal, porque no podía entender que alguien sea familia y nunca le veas, que compartas apellido y sangre, pero si te cruzas con él en la calle te estés cruzando con un absoluto desconocido. No entender las razones de esta distancia, asimismo, llevaba a mi mente adolescente a elucubrar razones oscuras e irreconocibles que la justificaran.

De niño sabía muy poco de ellos. Que mi abuelo había muerto hacía muchos años, cuando mi padre era un niño. Que la abuela se llamaba Teresa y la familia era de Algorta. Que los hermanos de mi padre eran muchos y el mayor se llamaba Luciano, como mi abuelo. Que tenía varios primos, dos de ellos con síndrome de Down. Mi madre me había hablado mucho de los Reguera, insistiendo —quizá porque temía un distanciamiento hacia mi apellido por mi parte que al final aconteció— en que tenía que estar muy orgulloso de mi apellido, que provenía de una importante familia de la que mi padre estaba muy feliz de formar parte. Pero los recuerdos no se fijan al alma de un niño a través de las palabras, sino de las vivencias. Y a ellos, a mis tíos, a la familia de mi padre, nunca los vi. No les puse rostro. No escuché sus voces ni sus historias. Nunca nos abrazamos, no recibí un solo beso de sus labios. Ni una felicitación de cumpleaños o Navidad. Por eso, con el paso de los años, casi todo lo que mi madre me había contado de la familia de mi padre lo he ido olvidando. Y en el mismo movimiento, también mucho de lo que dijo sobre él.

Me distancié de mi primer apellido. Si algún día estuve muy orgulloso de ser un Olabbarri, de pertenecer a la familia de mi madre, de ser descendiente de Aitite, mi abuelo materno, a quien adoraba, *Reguera* fue para mí un conjunto de letras sin demasiada importancia. Bien podrían haber sido cualesquiera otras, que nada habría cambiado. Ser Reguera era como una mancha en la piel por la que te preguntaban de vez en cuando y tú respondías, Bah, está ahí desde siempre, no le prestes atención. Fue un proceso no demasiado doloroso. A fuerza de no comprender la distancia con mi familia paterna, se generó entre mi apellido y yo un enorme abismo de indiferencia. Un profundo desinterés por mi parte ante todo lo que respectaba a los Reguera. Ese desinterés que se revelaba mientras Peter me hablaba, precisamente.

Mientras comíamos, oía a Peter, pero no le escuchaba. Pensaba en otras cosas. En que al regresar a la oficina —era día de labor—, debía responder un correo que llevaba días pendiente, por ejemplo. En un texto que había de presentar no mucho después, y en cómo demonios podría

sacar tiempo para afrontarlo. En que teníamos que poner a punto la caravana para las vacaciones de Semana Santa y en la pereza que me daba el viaje en carretera con los pequeños. En cualquier cosa, en realidad, antes que prestar atención a historias referidas a esas personas de las que no sabía nada y nada me interesaba.

Cuando nos despedimos, acordamos que pronto nos veríamos de nuevo. Quería presentarme a un primo común que tiene una pizzería en Sopelana, invitarme a cenar allí. Dije que entonces me acompañaría mi hermano también. No sé él, pero yo lo dije sin comprometerme demasiado, como un trámite necesario para acelerar la despedida, esperando que él mismo entendiera que las promesas de encontrarnos de nuevo eran una mera formalidad social. Fantaseó con hacer una cena en la que nos juntáramos todos los primos Reguera.

—Sí que nos íbamos a juntar gente —dijo, sonriendo al imaginar la escena.

Asentí. Y al punto pensé que no tenía ni la más remota idea de cuántos seríamos en aquella mesa.

Por la tarde hablé por teléfono con mi hermano mayor. Le conté que había quedado para comer con un primo nuestro. Se sorprendió mucho. Le extrañó su nombre, pero después afirmó «¡Ah!, el hijo del holandés». Aquello me desconcertó un poco. Mi hermano sabía un dato que yo desconocía por completo. Le adelanté los planes de montar una cena con él y otro primo más. Le hizo ilusión. No le había advertido de que había quedado con Peter, ni le había invitado a sumarse, porque mi hermano siempre ha sido muy sensible a todo lo relacionado con la familia de nuestro padre, además de tendente al drama en general, y tenía ciertos temores sobre su reacción. El tono con el que ahora hablaba me tranquilizó.

Sobre las dos de la mañana de aquella noche mi hijo pequeño protestó en su cama. Me desperté y acudí al cuarto de los niños. Me tumbé a su lado. Me encanta cómo se acurruca en mi torso, en posición fetal, mi mano en su pecho, oler su pelo en el silencio profundo de la madrugada. Él tanteó mi rostro buscando la barba, como siempre hace para saber si es su madre o su padre quien ha acudido a su llamada. Dejó la mano largo tiempo ahí, sobre mi mejilla, prolongando una caricia involuntaria. El enano pronto volvió al sueño, pero yo me desvelé. Pensaba en la cita con mi primo. Me sorprendía y molestaba mi propia actitud durante la comida, mi indiferencia a todo lo que me contaba sobre la familia de mi padre. Peor aún, a lo que me decía sobre mi padre mismo. Me dije que ojalá no hubiera mostrado gesto de aburrimiento.

Me sentí de pena.

De madrugada, en el cuarto de mis hijos, con el único sonido de la respiración profunda y acompasada de ambos, de pronto me di cuenta de lo injusto que estaba siendo con mi propio padre, de lo injusto que había sido durante toda mi vida. Cuando él murió, mi hermano mayor estaba a punto de cumplir tres años, la edad actual de mi hijo pequeño. Pensé en algo que regresa a mi mente una y otra vez desde que tengo a los niños: si yo muriera ahora, pronto me olvidarían. Para el pequeño, al que en ese momento abrazaba con fuerza, sería como si nunca hubiera

existido. Al principio preguntaría por mí. Sí, seguro que me echaría de menos de vez en cuando. Pero con el paso del tiempo, poco a poco iría desapareciendo de su memoria, al igual que, por muy importante que fuera para nosotros entonces, no nos acordamos de la persona que nos cuidaba en la guardería, esa que nos besaba cada mañana, que nos daba de comer y calmaba nuestro llanto en ausencia de nuestros padres. Si eso sucediera, si yo muriera ahora, quizá mi única huella en él sería apenas una sombra de tristeza en su carácter. Para el mayor, en pocos años sería un recuerdo vago. Mi ausencia sería fuerte al principio, seguro. Pero después se iría borrando poco a poco, desgastada por el día a día hasta convertirse en algo parecido a un nombre tallado en una piedra antigua y cubierto por el musgo. Todo lo que ellos, las personas a las que más quiero, sabrían de mí, sería mediante el relato de terceros. Quizá el mayor guardara algún recuerdo propio, aún difuso. El pequeño, imposible. Alguno inducido podría ser. Pero todo lo importante, las respuestas al quién era yo, cómo era, qué me gustaba, con qué reía y qué me entristecía, qué me enfadaba, y todo lo que en definitiva me da rostro y me distingue del resto, les llegaría por el testimonio de otras personas.

Un pequeño eco de eso era precisamente lo que me estaba llegando ahora de mi padre, a través de Peter. Un murmullo perdido en el ruido del tiempo, una voz ahogada con los años. Y yo le daba la espalda. Sé las razones de mi actitud. Pero me dije que quizá era ya momento de dejarlas atrás, de superarlas, de solventar el desconocimiento de todo lo que concernía a mi padre. Saber quién fue, qué le gustaba, qué le indignaba. Conocer también a su familia. Responder a una pregunta que nunca me importó demasiado pero ahora aparecía urgente: de dónde vengo.

La semilla de estas páginas comenzó a germinar en mí.

Durante toda mi vida, mi padre ha sido para mí fundamentalmente una idea. Un ente abstracto. Algo de lo que te hablan, algo que imaginas, pero que no tiene encarnación. Algo que no es carne, sino palabras y pensamiento, sonidos y silencios.

Cuando pensamos en la figura de un padre, inmediatamente acude a nuestra mente el calor y la seguridad de un abrazo, el olor de un beso, quizá el roce de su barba emergente en nuestra mejilla, la fuerza de unos brazos que te elevan hacia el cielo, una risa atronadora. O también el temor a una voz grave y severa, a explosiones de furia, a reacciones volcánicas. Todo eso es lo que mi padre no pudo ser para mí, todo lo que no es.

Pienso en Aitite, a quien quise con toda el alma y que murió cuando yo tenía quince años, y me doy cuenta de la abismal diferencia que hay entre lo que él y mi padre significaron para mí. La muerte de Aitite aún me duele. Aún hay días en los que en algún momento de la rutina me golpea la conciencia de su desaparición. Estoy haciendo la compra, durmiendo a los niños, escribiendo un email en la oficina, cuando, sin previo aviso, emerge, doloroso, su recuerdo. Pienso que ya nunca volveré a verle, a hablar con él, a escuchar esa palabra que inventó para referirse a sus nietos, a quienes nos llamaba *lagurrios*. Me doy cuenta de lo que supuso su pérdida en la familia. También me da miedo olvidarle. Temo olvidar cosas concretas, como el olor de su colonia tras salir de la ducha en verano dispuesto a ir a tomar algo al pueblo, el tacto suave de sus manos, el recuerdo del azul de sus ojos, que Mamá heredó, su respiración acompasada o la severidad de su mirada cuando se enfadaba. A veces son precisamente esas concreciones las que me llevan a él. El sabor del bocadillo de merluza albardada, que era su cena favorita, por ejemplo. No puedo comer ese plato sin que su rostro aparezca ante mí, como un fantasma convocado. O el olor de un buen vino tinto que emerge del corcho de una botella recién abierta. O una canción. Un día, no hace mucho, rompí a llorar al volante del coche cuando en la radio sonó la habanera *La bella Lola*. Fue como un puñetazo en el alma. Comenzó a sonar esa canción que tenía absolutamente olvidada. Al principio me resultó vagamente familiar, pero, de pronto, le vi cantándola a dúo junto a Amama, en una comida familiar, le vi tarareándola en el pasillo de casa, le vi al volante de su BMW 528i, que yo adoraba, entonando el estribillo mientras me miraba a través del retrovisor. Conduciendo del trabajo a casa en un día normal, casi treinta años después de la muerte de Aitite, un llanto desconsolado me sobrevino. Aquella canción me recordó cuánto le echaba de menos. Me hizo pensar en todas las veces que he regresado al momento en que Mamá nos dijo a sus hijos que Aitite había muerto. En la sensación de sinsentido que me invadió, en cómo me negué a asumir

siquiera la posibilidad de que aquello fuera cierto. También recordé cómo su ausencia matizó toda la alegría que sentí después, cómo todos los momentos felices —el día de mi licenciatura, el nacimiento de mis hijos, las finales jugadas por el Athletic Club, la publicación de mi primer libro — estaban matizados por un toque de tristeza: el de la conciencia de saber que Aitite se lo había perdido, que no fueran momentos compartidos con él.

Con mi padre es diferente. A él no puedo echarlo de menos, porque cuando él dejó este mundo yo aún no había llegado. Fuimos como dos luces que se cruzan en la carretera. Él ha sido siempre para mí una idea. Y yo quizá fui lo mismo para él. Una idea sin cuerpo. A veces me digo que quizá yo fui lo último en lo que pensó antes de morir. Quizá antes de exhalar el último aliento pensó en que no podría ver a su futuro hijo, a mí. Quizá lloró, consciente de que se moría, pero no por él, sino por nosotros: sus hijos, mi madre.

Él es para mí el pasado que no tuve, y yo para él soy el futuro que se le negó. Él pensó en mí durante un día. El último día de su vida. Yo he tenido siempre presente su sombra.

Mamá enviudó con veintidós años.

Yo estaba en ella.

Mi padre falleció la noche del 31 de diciembre de 1974. Yo nací el 16 de agosto de 1975. Cuando él murió, yo llevaba en el cuerpo de mi madre unas dos semanas. Era un cigoto, un conjunto de células llamadas *blastómeros* que se multiplican a velocidad de vértigo.

En propiedad, aún ni siquiera era. Estaba comenzando a ser. La ley del aborto permite interrumpir el embarazo en las primeras catorce semanas. Antes de ese tiempo, no se considera el feto un ser con entidad propia, sino que tiene el mismo estatuto que cualquier otra pequeña e insignificante parte de nuestro cuerpo: un trozo de piel, una uña, un pezón, un pelo, un pedacito de hueso del dedo meñique del pie, que el médico puede raspar y eliminar si nos produce molestias al caminar. Al parecer, de eso que somos cuando llevamos un par de semanas en el seno de nuestra madre podría germinar cualquier otro mamífero. En ese momento compartimos todo con el resto de los animales. Aún no nos hemos diferenciado como humanos.

Siempre me ha angustiado pensar que para Mamá pude haber sido una mala noticia, un resto de una vida anterior, de una vida que terminó en desgracia y que quería dejar atrás cuanto antes. La imagino los días posteriores al accidente, despertándose de un sueño incómodo, abriendo los ojos poco a poco, mirando en derredor, pensando dónde estoy y recordando de pronto la muerte de su marido. Una noticia así no cae sobre nosotros una sola vez, sino decenas de ellas, y todas son golpes. Lloro, grito y después se seca las lágrimas y se dice que tiene que seguir adelante. Pero en ese momento recuerda que está embarazada. Que mi padre murió dejando antes una nueva huella en el mundo. Que alguien crece en ella. Que es imposible pasar página.

Tuvo que ser difícil sentirme en su seno mientras crecía poco a poco, hinchándole el vientre, y de paso las piernas, la cara, las manos, destrozándole la espalda, dándole patadas desde dentro. Tuvo que ser muy difícil sentirme en ella, alimentando sus dudas de joven madre viuda, sus miedos al futuro y al presente. Parirme. Hacerme salir, desgarrando su cuerpo, con ese llanto de urgencia de los neonatos, que anuncia que todo cambia ya para siempre. Y darme pecho. Y mi llanto inconsolable al no poder hacerme con el pezón. Cambiarme el pañal. Verme dormir ajeno al mundo que me rodea, a la historia que me precede, a qué pasó aquella noche infausta. También los primeros meses. Mis lloros exigiendo leche, sueño, caricias, gemidos de pequeño dictador que no sabe y al que no le importa la circunstancia de su madre.

Algunas noches, cuando mis hijos eran bebés e intentaba en vano dormirlos y el tiempo

avanzaba lentamente, espeso, en la oscuridad y el silencio de la madrugada, en esos momentos en los que todo parece imposible, en los que te sientes absolutamente incapaz, en los que te dices que cómo vas a cuidar tú a un niño toda la vida si ni siquiera consigues dormirle, me asaltaba la imagen de mi madre siendo tan joven, conmigo en brazos, intentando dormirme, suplicándome que dejara de llorar, que la dejara descansar. Creo que hasta esos momentos nunca me había hecho una idea real de lo que debió de suponer para mi madre criarnos a mi hermano y a mí tras quedar viuda. En esas noches de insomnio me sentía culpable. Me decía que ojalá hubiera sido un buen bebé, que ojalá no le hubiera hecho más difíciles aquellos momentos de extrema soledad, de la soledad de quien sabe que nunca más volverá a ver a quien quiso tanto, con quien hizo planes de futuro y que le dejó con dos vidas que cuidar.

¿Pensó en abortar? Siempre me rondó esa sospecha. Recuerdo debates en el instituto sobre la cuestión de la libertad de las mujeres para la interrupción del embarazo en los que me erigía vehemente en contra de la opinión de mis compañeros, todos favorables al derecho de la mujer sobre su cuerpo. No sabían de la razón última de mis argumentos: la angustia de especular acerca de la posibilidad real de no haber existido, el miedo a no ser. Aunque después, no mucho después, cambié radicalmente de idea al respecto, cuando era un chaval sentía que la cuestión del aborto me incumbía directamente. Cuando mis compañeros hablaban en abstracto del feto, del nonato, yo lo imaginaba con mi rostro.

Se lo pregunté ayer a mi madre, directamente.

—Mamá, ¿pensaste alguna vez en abortarme? —le lancé a bote pronto, mientras paseábamos por el sendero que rodea el lago cercano a su casa.

No dudó ni un segundo. Me lanzó una mirada acusadora, como si la sola formulación de la pregunta fuera una herejía, un insulto a ella, y respondió tajante:

—Jamás.

Hasta ahí duró la conversación.

Recuerdo que, hace muchos años, Mamá me confesó un día que, tras la muerte de mi padre, a veces se sorprendía a sí misma maldiciéndole por haberla dejado sola. Como si él fuera el responsable, me decía. Supongo que tenernos a mi hermano y a mí incrementaba esa sensación de haber sido abandonada. Sin embargo, ella jamás ha insinuado siquiera que sus hijos fuéramos una carga en ese momento. Ni mi hermano mayor, ni yo. Al contrario, muchas veces me ha dicho que los meses que siguieron a la muerte de mi padre, el tenernos a nosotros, a él en brazos y a mí dentro de ella, fue lo que le dio las fuerzas necesarias para afrontar la tragedia y empezar a reconstruir, poco a poco, su vida.

Alguna vez, sin embargo, cuando era pequeño y estaba triste y consolaba mi llanto, recuerdo que Mamá me acariciaba el pelo y susurraba, como en un lamento: Mi chiquitín, mi amor, cuánto lloré contigo dentro, ojalá no te contagiara ni un poquito de mi pena.

Pienso ahora en esas palabras, *ojalá no te contagiara mi pena*, y pienso en la mañana de Reyes de 1975, seis días después de la muerte de mi padre. Imagino que la familia haría lo único que se puede hacer en esos casos: intentar seguir adelante con normalidad. Imagino también que no cancelarían esa celebración para los niños. Veo a mi primo Pablo y a mi hermano Borja, de cuatro y tres años, descubriendo exultantes los juguetes que los Reyes han dejado en el salón de la casa de Amama, sobre el sofá, al lado del teléfono que unos días antes transmitió la terrible noticia. Los niños abren los paquetes rasgando el papel de colores, juegan con los cochecitos y trenes de madera. Se ríen y se pelean porque los dos quieren el mismo juguete en ese momento, mientras, a su alrededor, los adultos simulan una sonrisa que les cuesta horrores mantener. ¿Preguntaría Borja por Aita? ¿Qué se le dice a un niño en esos momentos? ¿Se ha de compartir con él el duelo? ¿O se ha de intentar mantenerle ajeno al dolor que le rodea?

Intento hacerme una idea de lo que durante los meses posteriores a la muerte de mi padre debió de suponer para Mamá vivir con esa bipolaridad: fingir ante sus hijos que la vida merece la pena, caer derrotada en cuanto nos dábamos la vuelta; añorar su amor cada día, pero forzarse a mirar adelante al mismo tiempo; querer volver a ser feliz y a la vez sentir que esa voluntad traiciona la memoria de quien tanto quisiste.

A veces he pensado que mi nombre fue una manera de romper con el pasado. Galder era un nombre casi inédito en 1975. Debí de ser de los primeros que se llamaron así. Mamá lo eligió el mismo día de mi nacimiento, a partir de una lista de nombres vascos que había ido seleccionando durante los últimos dos meses del embarazo de un diccionario de nombres en euskera. Mi tío

Pablo cuenta que fue él quien acudió al registro y que en principio le pusieron trabas, pues en 1975 en teoría no se podía aún llamar a un recién nacido con un nombre que no pudiera ser traducido al santoral romano, pero que él insistió tanto que el funcionario terminó cediendo. Insistir es un eufemismo. Lo que cuenta es que dio un golpe sobre el mostrador y gritó que él ponía a su sobrino el nombre que le salía de los cojones.

La cuestión es que no solo no me dieron el nombre de mi padre, sino que me pusieron uno que probablemente él no había oído en su vida. Pienso ahora en ese hecho y me parece evidente que Mamá no quiso que mi condición de hijo póstumo me determinara más de lo necesario. Al igual que ella intentaba mirar adelante, no quería que mi identidad se basara en una tragedia. Pudieron haberme llamado como mi padre, pero eso habría significado subrayar el hecho luctuoso que precedió a mi nacimiento, intensificar el drama, quién sabe si determinar la mirada de los demás sobre mí, e incluso el modo en que me viera a mí mismo. Galder, sin embargo, era una página en blanco, empezar de cero, un nombre para una nueva vida.

Comparto mesa con Javi y con mi hermano pequeño, Javier. Vamos juntos al gimnasio cada día. Javier y yo tenemos un descanso de dos horas que parte nuestra jornada de trabajo al mediodía y lo llenamos con deporte y un almuerzo rápido. Javi hace años que dejó la oficina para dedicarse en exclusiva a su verdadero trabajo, la pintura, así que tiene libertad de horarios.

Javi es mi padre. No en el sentido biológico, pero sí en todos los demás. Al referirme a él hablando con terceros, hablo de «mi padre». Pero a él le llamo por su nombre. Nunca le he dicho *aita* o papá. Tampoco ha hecho falta.

Javier sí es hijo biológico suyo. De hecho, se parecen como dos gotas de agua: altos, fuertes, nariz grande, de vasco, sonrisa amplia. Lo único que les diferencia es el pelo: tupido y grueso el de mi hermano, largo y lacio el de Javi. A veces, cuando vamos los tres por Bilbao, nos encontramos con algún conocido de Javi que, al presentarnos como sus hijos, comenta el asombroso parecido que comparte con Javier. Después me mira a mí y hace un chiste sobre lo muy diferentes que somos físicamente ellos dos y yo. En esos momentos siento una punzadita de celos. Pero se me pasa pronto. Javier también le llama Javi, no *aita*, ni papá. De tanto oírnoslo a Borja, nuestro hermano mayor, y a mí, terminó por adoptar la misma costumbre.

Nuestra hermana pequeña, Ana, sin embargo, sí le llama *aita*. Es la única de los cuatro hermanos que lo hace. Es porque, nada más nacer ella, Javi nos reunió a los tres hijos y nos pidió por favor que cuando nos refiriéramos a él delante de la niña lo hiciéramos así.

—Me hace ilusión que al menos uno de mis hijos me llame *aita* —confesó.

Recuerdo aquel momento, los tres hermanos sentados en fila sobre la cama del cuarto de mis padres, Ana con apenas tres o cuatro días de vida, durmiendo en una cuna al lado de la cama, y mi padre hablando de pie, paseándose ante nosotros como un sargento ante los soldados, nervioso, moviendo las manos sin parar, explicando que no le importaba que nosotros le dijéramos así, pero que sería maravilloso que la niña le llamara *aita*.

Lo recuerdo bien, porque yo tenía diez años y me impactó mucho. Nunca había pensado, hasta ese momento, que para él pudiera tener importancia cómo le llamáramos sus hijos.

Observo ahora a Javi y a mi hermano, que hablan de trabajo y cuestiones del día a día, y pienso que la complejidad de mi familia se resume en cómo los hijos les decimos a nuestros padres. También con Mamá nos sucede parecido. Los tres hermanos mayores nos referimos a ella como mamá y no *ama* porque, al morir mi padre, ella, Borja y yo vivimos durante un tiempo en casa de mi abuela, donde *ama* era precisamente la abuela. Para diferenciarla cuando se referían a su

hermana ante nosotros, mis tíos nos decían «Mira, ha venido mamá», «¿Cuánto quieres a mamá?», «Tienes que comer todo para que mamá esté muy contenta». Así se nos quedó y así lo heredó por inercia también Javier, cuando nació años más tarde. Ana, sin embargo, sí la llama *ama*. No sé la razón. Quizá porque a sus hermanos mayores nos parecía lógico que si decía *aita* a Javi, en euskera, hiciera lo propio con Mamá.

Así que, si hablo con Javier, a mi padre (a mi padre no biológico) le llamo Javi y a mi madre Mamá. Pero si lo hago con mi hermana pequeña, digo *aita* y *ama*. En una conversación entre los cuatro hermanos, saltamos de una expresión a otra de manera natural. Si uno de nosotros rompiera la costumbre, si Ana dijera mamá o Borja *aita*, a todos nos extrañaría la expresión.

Javi y Javier siguen conversando. Los interrumpo. Pregunto a Javi si realmente le importa que sus tres hijos mayores le llamemos por su nombre de pila.

—¿A qué viene ahora esa pregunta? —Se sonríe. Sabe que estoy escribiendo este libro y en las últimas semanas es ya costumbre que le atosigue con cuestiones sobre la familia y el pasado.

Responde que nunca le importó, que Mamá siempre nos habló a Borja y a mí de nuestro padre y que desde luego sería faltarle a la memoria si nos hubieran impuesto llamarle a él *aita*. Reconoce que era normal que Javier terminara también llamándole Javi y que en realidad no se dio cuenta de ello hasta tarde, cuando ya era irreversible. Afirma que no recuerda haber insistido con Javier bebé para que le llamara de otra manera que Borja y yo. Dice que quizá eso hubiera subrayado una diferencia entre Javier y nosotros, los dos mayores.

Cuando le recuerdo la escena de los tres sentados en su cama y él pidiéndonos que le dijéramos *aita* al hablar con la niña, se sorprende. No la recuerda. Javier tampoco, pero es normal: él tenía seis años cuando ocurrió.

—Me alucina la memoria que tienes —concluye.

No le contesto. Pero me digo que es lógico que recuerde algo así. Pienso entonces que si hubiera sido más tarde, probablemente también me acordaría de la primera vez que le vi a él, a Javi, al hombre que iba a ser mi padre. Pero fue cuando yo tenía poco menos de tres años cuando Mamá y él empezaron a salir, así que no guardo aquel primer encuentro. Tampoco tengo sensaciones asociadas a los primeros días, al comienzo de la convivencia. No tengo registros del proceso por el cual alguien que no conoces pasa a ser tu padre, con toda la carga sentimental y normativa que tiene: alguien a quien amas, pero también a quien debes obedecer y respetar. Si pienso en él, tengo la sensación de que siempre ha estado ahí, de que siempre ha ejercido de padre, para bien o para mal. Nunca, ni una sola vez en estos cuarenta años, hemos amagado con poner en riesgo esa convención entre él y yo por la cual es, *de facto*, mi padre. Tampoco cuando, hace quince años, se separó de Mamá. Después del divorcio, y aún me pasa, a veces me encontraba con alguien en la calle y me preguntaba si seguía teniendo relación con Javier Riaño. La pregunta me molestaba mucho. Yo respondía: «¿Con quién? ¿Con mi padre?», subrayando todo lo posible con el tono ese «mi padre», para que no quedara ningún tipo de duda. Y después concluía que por supuesto.

Recuerdo que, en alguna muy contada ocasión cuando éramos pequeños, mi hermano mayor se rebeló contra una orden de Javi o respondió a una regañina con aquella frase impronunciable, que caía como una bomba en casa:

—¡Tú no eres mi padre!

Aquellas palabras me torturaban. Que mi hermano afirmara que Javi no era su padre era decirme a mí que tampoco era el mío. Y yo tenía más que a nada en el mundo que algún día dejara de serlo, que dejara de actuar como tal, que se fuera de casa. Mi madre suele contar que un día, cuando yo tenía seis o siete años, ella y Javi discutieron y en pleno acaloramiento amagaron con una separación. Entonces, yo corrí donde ella para afirmar muy serio que si se divorciaban yo me iba con Javi.

Ahora que escribo este libro, en estos meses en los que he pensado más que nunca en mis padres, en lo que significa la paternidad, en la perspectiva de un niño ante una historia así, me pregunto si por mi parte habría en esos primeros momentos de convivencia cierta ansia de tener un padre. ¿Tendría yo, a mis tres años, conciencia de que en mi familia faltaba una pieza fundamental? Es posible. Mi hijo pequeño, que tiene la edad que yo tenía entonces, se hace una idea de conjunto de muchos temas a partir de retales de conversaciones que va captando. De vez en cuando te sorprende con una conclusión disparatada o con una sentencia de profundo significado para sus padres, que a él probablemente se le escapa. Hace unos días, por ejemplo, en mitad de una conversación entre mi mujer y yo, que debió de entender como una discusión, afirmó muy serio que somos familia y las familias se dan besos. En realidad, los pequeños saben mucho más de todo aquello que les atañe de lo que los adultos tendemos a sospechar.

Es muy posible que en mi entorno familiar se formulara de manera continuada el miedo o el lamento por la ausencia de un padre para mi hermano y para mí. Quizá en la guardería se trabajaba sobre fichas, ejercicios, cuentos, que ilustraran el modelo de familia clásico y yo constatará que, en comparación con aquellas familias abstractas dibujadas con líneas gruesas y sonrisas pintadas en colores, la mía estaba coja. Aunque no lo dijera explícitamente, tal vez sintiera la necesidad de tener un padre. En ese sentido, al igual que una pareja se mantiene gracias a la voluntad de las dos partes, quizá a mis tres años yo tuviera el firme propósito de hacer de Javi mi padre.

Javi nunca ha expresado diferencias entre sus hijos biológicos y mi hermano mayor y yo, con quienes no comparte apellido. En ninguna riña ha mostrado preferencia por ellos. Nunca sus besos fueron más fuertes para ellos que para Borja y para mí. Ni una sola vez en cuarenta años ha hecho un solo gesto por el que mi hermano mayor y yo nos sintiéramos menos hijos suyos que Javier y Ana, con quienes comparte sangre. Ahora que yo soy padre, me doy cuenta de que tiene un mérito enorme, porque en el transcurso de esas interminables discusiones que tienes con tus hijos, o durante esas jornadas eternas de invierno en las que regresas a casa agotado del trabajo y el estrés y los niños no quieren cenar, bañarse, colaborar, a veces dices cosas que no quieres. Algunas no las sientes, pero otras te muestran oscuros recovecos del sentimiento paterno. En esos momentos,

a veces afirmas lo que no te atreves a reconocer ante ti mismo. Al instante te arrepientes, pero a veces reprendes a los niños con palabras que son piedras.

Javi ha sido duro con nosotros, sus hijos, como todo padre ha de serlo. Yo fui un adolescente terrible, peleón, agotador, problemático. Pero tampoco entonces, cuando luchaba contra él como solo un hijo lucha contra su padre, se echó a un lado, renunció, se rindió. En aquellos momentos en los que la paternidad es una condena, en esos también ejerció de padre.

A veces, hoy día, le observo mientras juega con mis hijos y tengo una tentación enorme de darle las gracias por haber estado siempre a mi lado, por haberme cuidado de niño y abroncado de quinceañero, por haberme advertido que la carrera que elegí en la universidad me conduciría directamente a la cola del paro, pero haberse sentido tan orgulloso cuando la terminé. Por haber estado ahí el día en que nació mi hijo mayor, despejando mis miedos de padre reciente. No lo hago, sin embargo, darle las gracias, porque siento que es mi padre. Porque yo tampoco he puesto nunca en duda que lo es, aunque no compartamos ADN. Y a un padre no hace falta agradecerle haberlo sido.

Mi madre es guapísima. Es bella en un sentido celestial. Una de esas personas cuya hermosura despierta admiración y envidia a partes iguales, que hace que te gires en la calle, que quede su imagen grabada en tu retina. En las fotos que tengo de cuando era joven parece un ángel. Esbelta, morena, de ojos increíblemente azules y mirada inteligente. Paradójicamente, parte de esa belleza reside en la fragilidad que transmite. Es como una flor a punto de marchitarse.

De niña tuvo una salud muy delicada. Comía poco y pasó largas temporadas enferma. Además, padecía asma. Un asma profunda, que amenazaba con asfixiarla. Debido a esa enfermedad, el médico familiar, Paco Goyarrola, recomendó a mis abuelos que pasaran largas temporadas en un clima interior, lejos de la húmeda Vizcaya...

[Paco Goyarrola. Dios mío. Ha sido escribir su nombre y encenderse una luz en mi cerebro que llevaba años apagada. Fue el médico de nuestra familia. Atendió a tres generaciones: Aitite, mi madre, yo. Murió hace tiempo, y tiempo llevaba yo sin pensar en él. Intento evocar su imagen y es la de mi abuelo la que acude a mi mente. Se parecía a él tanto que no consigo distinguirlos. Sobre todo en un aspecto: emanaba seguridad. A su lado te sentías tranquilo, por muy enfermo que estuvieras. Como paciente, le quise mucho. Tanto como un niño puede querer a alguien que considera casi su salvador. Busco en internet su nombre. Nada. Ni un solo resultado. Sin rastro. No hay huellas digitales sobre su existencia. Pienso a cuántas personas atendió a lo largo de su vida, a cuántas pudo salvar, a cuántas familias socorrió en los peores momentos, y qué injusto es el olvido cuando echa su espeso manto sobre personas así.]

... y Aitite eligió la localidad de Haro, en La Rioja Alta, a una hora y media en coche de Bilbao. El primer verano que pasaron allí fue el de 1958. Entonces mis abuelos tenían ya seis hijos. Pablo, el mayor, tenía siete años. Carmen, mi madre, seis. Después estaban Luis, de cinco, Segundo, de tres, Begoña, de dos, y Nati, que acababa de nacer. Los dos primeros veranos en Haro, mis abuelos alquilaron un piso en el centro del pueblo, en el Palacio de la Plaza de la Cruz, un edificio de estilo barroco del siglo XVIII en el que destaca su desmesurada puerta principal, con arco de medio punto. Mi madre me contaba cada vez que pasábamos frente a él que de aquel lugar recordaba dos cosas: el contraste entre el frío del interior de la casa y el calor abrasador del verano riojano y que ella mataba las horas recorriendo de un lado al otro con un triciclo el enorme pasillo de la casona. Los veranos siguientes repitieron localidad, pero alquilando ya un piso a las afueras del pueblo, camino de Anguciana, en la avenida de los Mártires de la Tradición (hoy avenida Bretón de los Herreros), en un edificio de prometedor nombre: Villa Sol. Allí comenzó

una rutina de veraneo que haría que echaran raíces para siempre en ese pequeño pueblo riojano: baños en el río, paseos en bicicleta, partidos de fútbol, merendolas, tardes de paseo por el pueblo. Tanto les gustó aquello a mis abuelos que Aitite decidió construir una casa propia. Compró un terreno en la misma avenida donde estaba Villa Sol y junto a otro constructor de Basauri, llamado Antonio Martínez, levantó un chalé bifamiliar que bautizaron con el nombre de Lagun Bi («Dos Amigos», en euskera) inscrito en una plancha enorme de cobre sobre la fachada. Eso fue en 1962. Mi madre y todos sus hermanos me han contado el mismo recuerdo compartido: el primer verano que pasaron allí, la casa se encontraba aún sin terminar y las escaleras que daban a la entrada principal, en el primer piso, sobre el garaje, eran planchas de madera sobre cemento.

La parte de atrás del chalé daba a un enorme descampado por el que se llegaba en una caminata de menos de diez minutos al río Tirón. En las charcas de Peñavel, la Realzaga, la Península y la Presa, zonas en las que el cauce del Tirón se toma un descanso y se muestra amable, se congregaban para pasar el día varias familias con niños, en aquellos tiempos en los que las piscinas municipales aún no existían en España. Mi madre y mi tío Pablo pronto comenzaron a formar una pandilla con otros niños de veraneantes de Bilbao y algunos de allí. Entre ellos estaba mi padre.

Mamá no recuerda la primera vez que se vieron mi padre y ella. Debió de ser a los once o doce años, cuando el chalé estaba ya construido, porque la mayoría del grupo de amigos estaba compuesto por niños que veraneaban en casas cercanas. Me desliza algunos nombres, que apunto para traerlos aquí, buscarlos en internet, quizá intentar quedar con ellos: los mellizos José Ignacio y Javier Urgoiti, que veraneaban en Villa Blanca, apenas a doscientos metros de nuestra casa; José Agustín González, Josetxu, de Villa Mercedes; Luis María Benito; Luis Benito, alias *el Briñas* para diferenciarlo del anterior; Chabeto, que estudió con mi padre y que posteriormente se casaría con Blanqui, prima de mi madre; Choche Sáez de Ameyugo; Eduardo Pobes; Txemi Santamaría; Mari Nati, de cuya hija estuve yo muchos años después enamorado un verano preadolescente. Mi padre no veraneaba en aquella calle, sino en una casa alquilada en el centro del pueblo, pero varios de sus amigos de clase sí, así que paraba por allí. Tenía un año más que Mamá, lo que le daba a sus ojos una pátina de experiencia en la vida que le fascinaba. Además, sabía un montón de música, porque su familia tenía una tienda de discos y no había grupo que no hubiera escuchado. Tocaba la guitarra maravillosamente y, cuando hacían comidas o merendolas en el río, llevaba un tocadiscos portátil y las últimas novedades. Cuando el plan era ese, comer en el río, solamente llevaban pan, aceite, una botella de tomate de las que Amama dejaba preparadas para todo el año, un diente de ajo, una cebolla y una cazuela de barro. El menú dependía de su habilidad para la pesca. Cuando de niño iba al río con mi primo Unai, su padre, el tío Pablo, nos contaba que en esos mismos lugares en los que nos bañábamos nosotros, mi padre y él habían pescado centenares de cangrejos y las truchas más grandes que jamás se habían visto.

Los siguientes veranos, ese grupo de niños se volvía a reunir el primer día de vacaciones para retomar las aventuras del año anterior. Poco a poco, comenzaron a quedar también en Bilbao. Mi

tío Pablo y mi padre devinieron los mejores amigos. Pero en el fondo de esa amistad latía un amor: el que había comenzado a gestarse entre mi padre y mi madre.

La casa de Haro.

No hay nada en el mundo que despierte en mí tantos y tan intensos sentimientos. En ella pasé los veranos de mi infancia. En ese lugar, más que en ningún otro, crecí. Todo lo que soy está de alguna manera vinculado a esa casa. Mis primeros recuerdos residen ahí, junto con algunos de los más importantes. La imagen que tengo del mundo, lo que ansío y deseo que el futuro me depare se gestó entre sus paredes. Cada estancia, cada recoveco de la casa, cada centímetro cuadrado del jardín han sido recorridos por mí y por mis hermanos, padres, primos, tíos millones de veces. Si los humanos dejamos un resto en este mundo, si queda de nosotros alguna huella tras nuestra existencia, la de mi familia está impresa ahí.

El pasado verano pasamos en la casa de Haro una semana, mi mujer, mis hijos y yo, con mi madre. Al aparcarse el primer día frente al chalé, vi en el balcón un cartel con la leyenda SE VENDE y el logotipo y número de teléfono de una inmobiliaria. Mi madre me había avisado de que la casa se había puesto en venta. Pero hasta ver aquel funesto anuncio no fui consciente de que aquello era real. Fue como un punto final a todo lo que hasta ese momento había sido, como si se cerrara una puerta para siempre, de manera definitiva. Sentí una profunda tristeza.

Aún hoy me cuesta asimilarlo. No puedo concebir que el mayor símbolo de mi familia sea susceptible de ser cambiado por dinero, que los hermanos de mi madre no hayan sido capaces de haberse puesto de acuerdo para mantener aquello que los une, lo único que queda de todo lo que Aitite, su padre, había erigido a su alrededor. Me duele pensar que cualquier persona que pague, que ponga dinero sobre la mesa, pueda disponer a placer del hogar de mi familia. Es como prostituirse. Peor aún, prostituir no el cuerpo, sino la memoria, el pasado, lo que fuimos, nuestro común apellido.

Bajo aquel amargo letrero, pasé la semana en la casa de Amama con la sospecha de que aquella podía ser la última vez. Mis hijos correteaban por el jardín que había visto crecer a mi madre y a mí mismo y a mis hermanos, y me devoraba la nostalgia y la tristeza. Una mañana, sentado en el banco de la entrada, veía a los enanos jugar con sus cochecitos en el suelo y me recordé ahí mismo disputando con mis primos un partido de fútbol: balón de plástico, la puerta del garaje a modo de portería. Me vi jugando a baloncesto, con la chapa con el número de la calle sobre la puerta a modo de canasta y los primos pequeños protestando porque ellos no llegaban tan alto. Me vi recogiendo bichos entre la hierba y metiéndolos en un bote de cristal, con la tapa agujereada para que pudieran respirar, después de un intenso debate sobre qué era más fuerte, si

una araña o un equipo formado por una decena de hormigas. Me vi sentado en las rodillas de Aitite, quien me ofrecía mordiscos de un bocadillo de merluza albardada, su cena habitual, congregada ahí toda la familia, en la mesa circular que mi abuelo gustaba de sacar a la parte delantera para saludar a amigos mientras cenábamos, con la puerta de entrada a la casa siempre abierta. Me vi a las dos de la mañana de un verano adolescente, saliendo a escondidas de la casa para escaparme a pasear de madrugada con aquella niña que fue mi primer amor. Me vi besándome con ella apoyado en la verja de la entrada. Me vi junto a mi primo Unai, sentados en las dos escaleritas que suben al nivel del jardín delantero, esperando a que Amama se engalanara para ir al pueblo, donde nos llevaría y compraría un helado en La Italiana, que ya saboreábamos, mi primo y yo, durante la espera.

Me vi miles de veces, en miles de momentos.

Esa mezcla extraña de gozo y dolor que es la nostalgia me golpeaba con fuerza. Levanté con la uña un trozo de pintura descascarillada del banco metálico en el que me solía sentar. Lo observé. Era grueso, de varias capas. Bajo el color actual, blanco, se revelaban islas de color verde, que a su vez estaban matizadas por manchas naranjas y amarillas. Arranqué otro trozo de pintura, más profundo, y lo acerqué a mis ojos. Pensé que aquellas capas eran los estratos del tiempo de mi familia. Anhelé poder dar marcha atrás al reloj, invertir el calendario, y volver al momento en que el banco fue pintado de verde por alguno de mis tíos, quizá por mi padre. Sufrí nostalgia de lo que fue, también de lo que fue incluso antes de que yo existiera.

Mis ojos se posaron de nuevo en el cartel. Entonces recordé cierto día de verano unos años atrás, cuando me escapé a fumar un cigarro calle abajo y vi cómo una pareja joven tiraba trastos a la basura. Los sacaban de una de las casas de nuestra calle, que llevaba tiempo en venta. Reían y bromeaban mientras tiraban muebles y utensilios de la familia a la que había pertenecido hasta entonces la casa, gente con la que nunca hablé, pero a la que saludaba con un gesto al cruzarnos y que reconocería de vista en cualquier lugar. Rostros familiares que no volvería a ver más. Los jóvenes lanzaban los enseres pequeños jugando a encestarlos. Los grandes los acumulaban junto al contenedor: sillas, mesas, cuadros, un sofá desvencijado. Los libros, *best sellers* y más *best sellers*, también los dejaban fuera, para que alguien pudiera llevárselos, porque nos han educado en que los libros nunca son basura.

La imagen de esa pareja risueña tirando todo lo que había sido de la familia anterior, borrando el pasado sin contemplaciones, me resultó espantosa. Ante aquellas ruinas de lo que había sido una familia, apiladas como basura, me asaltó la sospecha de que quizá un día le tocara a nuestra casa. Y, sobre todo, el deseo de que jamás fuera así.

Dejé a mis hijos jugando bajo la mirada de mi mujer. Entré en el chalé. Se me puso la piel de gallina al sentir el contraste entre el calor de fuera y el frío interior. Reconocí el olor propio de la casa, ese aroma tranquilizador con tonos de madera que trae a mi memoria a mis abuelos

maternos. Observé el terrazo del suelo. Imaginé la primera vez que Aitite puso el pie en ese suelo. Debió de sentirse muy orgulloso de estar construyendo el futuro de su familia. Entré en la cocina, abrí armarios. Reconocí utensilios como si fueran familiares lejanos. Muchas de las tazas y cubiertos sobrevivían a décadas de uso. Me recordé desayunando un Cola-Cao preparado por mi Amama en esos tazones anchos de loza, todos los primos en torno a la mesa, en torno a esa mesa que tenía delante ahora. Me senté un segundo, cerré los ojos y llegó a mis oídos el eco de conversaciones perdidas en el tiempo. Cuántas personas queridas compartimos mantel en ese mismo lugar, durante tantos y tantos años.

Subí a la segunda planta. Entré en la habitación de las literas, donde años atrás dormíamos ocho niños, dos en cada cama. Añoré las risas nerviosas de aquellas calurosas noches, las bromas furtivas que recibían las regañinas de nuestros padres y de Amama, que golpeaban la puerta gritando ya vale, amenazándonos con sacarnos a todos a dormir a la calle (¡como si eso fuera un castigo!). Recordé cómo cuando la habitación quedaba en silencio y mis primos dormían y yo seguía en vela, preso de mis terrores nocturnos, me tranquilizaba el sonido del ir y venir de coches y ciclomotores por la carretera general que pasa frente a la casa. Al principio era un rumor lejano, un zumbido en la distancia, que poco a poco se iba haciendo más y más intenso hasta que, por fin, aparecían las franjas de luz en la pared, producidas por el foco de los coches al atravesar las rendijas de la persiana. Entonces el ruido del motor se hacía del todo presente, en apenas un instante, para volver a perderse en la lejanía. Aquello era para mí como las olas del mar.

Dejé ese cuarto que nunca he dejado del todo y me tumbé en la cama de Aitite y Amama. Cerré los ojos y recordé las noches con trece, catorce años, cuando salíamos por primera vez al pueblo y al volver a casa apurando la hora límite de las doce de la noche, avisaba a mis abuelos de que había llegado y Aitite me decía que entrara, hombre, a darles un beso, y yo estaba aterrado porque haciéndome el mayor ante mis amigos había fumado y temía que el olor me delatara.

Tumbado en la cama de mis abuelos, pensé en una pareja como la que vi hacía años, una pareja feliz comprando nuestra casa, escriturando su nueva vivienda y tirando al día siguiente a la basura todo cuanto en ella habita hoy: nuestras cosas, nuestros recuerdos, la huella de lo que fuimos. Los cuadros, por ejemplo. El retrato de mi hermano que luce en el salón o aquellos primerizos y tímidos paisajes que pintó mi madre con quince años. También el candelabro de bronce con forma de árbol sin hojas, en cuyas ramas colgábamos las llaves de casa, del garaje, de la bodega, de los candados de las bicicletas. La agenda de teléfonos con publicidad de una de las empresas de Aitite, MYCSA (Montajes y Construcciones Sociedad Anónima), que cuando era niño me parecía un prodigio de la inventiva, con aquel sistema para ir de letra en letra, en la que aún estaban apuntados con la letra barroca de Amama y sin prefijo, teléfonos que nunca más sonarán: números de amigas que ya han desaparecido, de comercios que cerraron. Los salvamanteles de ganchillo con forma de cisne que vete a saber qué amiga de mi Amama tejió décadas atrás. La mesa redonda de madera con aquellos cuatro bancos que eran cuartos de una circunferencia que rodeaba la mesa cuando se disponían juntos.

Salí de casa y volví al banco de la entrada. Al ver a mi mujer vi a mi madre, a Amama, a todas las mujeres de mi familia. Me senté junto a ella. Apreté en mi mano el trozo de pintura que aún llevaba conmigo. Con aquellas capas de tiempo en el puño, observando a mis hijos jugar sobre la tierra en la que jugó mi madre, en la que jugué yo, soñé con poder comprar la casa. Plantarme donde mis tíos y extender un cheque que lanzaría sobre la mesa al grito de «¡Ahí tenéis, el dinero!», y de esa manera continuar el curso del río que mi abuelo abrió décadas atrás. Hice cuentas rápidas en mi cabeza. Imposible. Absolutamente imposible, ni siquiera planteándome venir a vivir aquí durante todo el año. Qué maravilloso ha de ser tener dinero, ser rico, me dije, poder permitirse un gesto así, ser quien quieres ser. Qué maravilloso sería ver a mis hijos pasar ahí los veranos, verlos crecer allí donde yo crecí, donde lo hicieron mis padres, ver cómo hacen suyo este terruño que está en las almas de los que los precedimos.

Envié un mensaje al grupo del móvil que comparto con mis primos por parte de madre. No tenía texto. Era la foto de la entrada de la casa de Amama, gobernada por el cartel de SE VENDE. Se sucedieron respuestas expresando tristeza. Después Iker escribió: «comprémosla entre los primos», y durante un rato soñamos con esa posibilidad, hicimos planes, nos retamos unos a otros a dar ese paso, hasta que, poco a poco, volvimos a la realidad, a nuestro día, y el pasado volvió a ser solo una sombra proyectada sobre el presente.

Han pasado meses desde entonces. Cada día de cada semana he pensado en la casa de Amama, en aquel cartel, que sigue colgado en el balcón.

Solo queda esperar que la suerte sea esquivada al anuncio. Que nadie quiera comprar la casa. Que nadie llegue un día a tirar a la basura nuestras huellas en este mundo.

Mamá no recuerda el primer beso. Tampoco el momento en que comenzaron a ser novios. Quizá, dice, porque no existió ese primer momento, sino que fueron acercándose muy poco a poco, atraídos por una fuerza invisible parecida a la gravedad. A veces, en las excursiones al río, mi padre tomaba su mano y caminaban así, en silencio, rezagados del grupo de amigos, anhelando quedarse atrás y perderse de los demás. Pero no llegaban a hacerlo.

—Estábamos enamorados el uno del otro desde muy niños. Pero no nos lo decíamos. Después, no fuimos oficialmente novios hasta la mayoría de edad —explica—. Piensa que estamos hablando de un momento en que estaba muy mal visto.

Me cuenta que además se veían solamente en verano, porque mi abuela decidió mandar interno a mi padre al colegio San Francisco Javier, en Santurce. Y que cuando se reencontraban tras nueve meses, se besaban juntando apenas los labios, suavemente, con miedo y a escondidas de las miradas ajenas.

Entonces sonrío y recuerda entre risas que con diecisiete años marcharon en busca del párroco que había casado al tío Pablo y al que habían trasladado a la catedral de Vitoria. Se plantaron en la iglesia y pidieron cita con él para que los casara. El cura, que conocía a Aitite, le advirtió por teléfono y se comprometió a llevar a los dos niños de vuelta a casa.

—Menuda bronca nos cayó. Pero nosotros teníamos claro que nos queríamos y que pronto seríamos marido y mujer.

Quiero saber quién fue mi padre.

Desde el encuentro con Peter y las sensaciones de aquella noche, cada día estoy más convencido de ello. Para lograr hacerme una idea de quién fue, sin embargo, necesito completar el retrato que de él me hace mi madre, estar con las personas que le conocieron. He quedado ya para los próximos días con mis tíos maternos: con Pablo, que fue su mejor amigo con catorce, quince años; también con Nati, Begoña y José Mari. Pero he de llegar más allá, allí a donde ellos no me acompañarán, a donde no llegarán sus relatos. ¿Cómo fue la infancia de mi padre? ¿Cómo era la relación con sus hermanos? ¿Con su madre? ¿Qué sueños de futuro tenía cuando era niño? ¿Cómo le afectó la muerte de su padre?

Porque sí sé que mi abuelo paterno murió joven. Sospecho que la infancia de mi padre estuvo marcada por ese hecho. Se llamaba Luciano Reguera. Fue un empresario muy conocido y admirado en la Vizcaya de la posguerra. Abrió una tienda de venta de electrodomésticos en Algorta y después otra en Bilbao y otra más allá y, poco a poco, fue creando un pequeño imperio local. La empresa se llamaba Comercial Radio Reguera. En la calle Hurtado Amézaga de Bilbao, un edificio que era casi en su totalidad de mi abuelo, lucía en los sesenta un enorme cartel promocional con nuestro apellido, una letra en cada enorme cuadrado blanco, demostración de poder y abolengo: R E G U E R A. Su mayor pasión, sin embargo, era el submarinismo. Practicándolo, encontró la muerte. Se ahogó junto al islote de Akatxa, cerca del cabo Matxitxako. En la carretera que une Bakio con Bermeo, justo frente a la isla, hay una placa que rememora su figura. Luce en un monolito junto a otra dedicada a los ciento cuarenta y tres marineros de Bermeo que fallecieron en una galerna en 1912. Recuerdo cierta ocasión, siendo mi hermano y yo niños, en la que mi madre detuvo el coche en aquel lugar para contarnos frente al monumento quién fue nuestro abuelo paterno. A mí me impresionaba mucho aquel bloque de piedra, y pensaba que debió de ser un tipo muy importante para que hubiera todo un monumento recordándole, allí, a un lado de la carretera.

Internet me dice ahora que mi abuelo paterno falleció el 31 de mayo de 1962. Leo su esquila en *La Gaceta del Norte*, gracias a la hemeroteca digital de la Biblioteca Foral. En ella descubro su segundo apellido: Cuesta. Lo desconocía. Tengo una compañera de trabajo que se apellida así. Quizá seamos familia lejana. En la esquila encuentro también los nombres de sus hijos, mis tíos y mi padre, que supongo ordenados por edad: María Isabel, Luciano, María Teresa, María Begoña, José María, Ana María y Luis María. Siete hermanos.

Tiro del hilo que me ofrece la red y encuentro una noticia en la que se narra su muerte. Al parecer fue a hacer submarinismo con un par de amigos. En un momento dado, emergió y gritó pidiendo auxilio, antes de desaparecer definitivamente bajo el agua. En varios blogs encuentro también algunas fotos suyas, en las que luce su traje de submarinista frente a la costa o chaqueta y corbata y sonrisa en cenas de gala. Me busco en su rostro. Encuentro algunos parecidos. Las cejas, rebeldes y puntiagudas. La nariz, quizá. Esos ojos tan pequeños que casi desaparecen cuando sonrías. Tiene, eso sí, mucho más pelo que yo. Leo que tras la muerte de mi abuelo se decidió instalar allí, en el fondo marino junto a la isla de Akatxa, una imagen de la Virgen de Begoña para que vele por las almas de las personas que se ha llevado el mar Cantábrico. Al parecer, era un proyecto en el que él estaba involucrado y se decidió el emplazamiento como homenaje póstumo. Es una escultura de la Virgen de Begoña de un metro veinte de alto que descansa en el silencio del fondo del mar.

Un monumento que nadie ve. Un antimonumento. Una presencia invisible. Qué curioso, pienso ahora. Como un padre ausente. Como un padre enterrado.

Quiero saber quién fue mi padre, así que he enviado varios mensajes anunciando que voy a escribir un libro sobre él y que con ese motivo quiero encontrarme con quienes le conocieron. Además de con mis tíos maternos, me he citado ya con un amigo de la infancia de mi padre, compañero de colegio y de veranos, que hoy día es uno de los mejores amigos de mi tía Nati. Y también he escrito a uno de los hermanos de mi padre, Chema, cuyo número de teléfono tengo desde hace más o menos diez años, cuando se puso en contacto conmigo porque mi abuela había muerto y desheredado por testamento a todos sus hijos menos a dos, entre los que no estábamos incluidos mi hermano y yo, como herederos naturales de mi padre. Entonces me llamó para que mi hermano y yo acudiéramos a una reunión en la que los desheredados acordarían la estrategia a seguir en un posible juicio para intentar revocar el testamento. Nos citaron en una oficina de seguros. Convencí a mi hermano de que me dejara ir solo, porque él es mucho más sensible que yo y se deja llevar en esas situaciones y temía que acabara firmando cualquier cosa, con lágrimas en los ojos. Cuando llegué, me encontré a un buen número de rostros desconocidos que resultaron ser de un hermano y tres hermanas de mi padre, con sus respectivas parejas. Según crucé la puerta, me halagaron con besos y abrazos y palabras sobre lo muy guapo y muy Reguera que era. Una de mis tías me alcanzó una serie de fotos en las que aparecía mi padre con mi madre y mi hermano.

—Siempre he querido dáros las —dijo, muy afectada.

Le di las gracias y me senté a escuchar. Me contaron que el hermano mayor de mi padre había hecho que la abuela nos desheredara a todos menos a él y a una de las hermanas. Dijeron que la abuela había firmado sin saber lo que hacía y que tenían un abogado contratado para echar atrás el testamento con ese argumentario. Explicaron que no se podía fallar, que era imposible que no les dieran la razón en los juzgados, que sería coser y cantar, casi un mero trámite legal. Todos estaban de acuerdo. Lo estaban antes de aquel encuentro. Me preguntaron mi opinión. Pregunté qué era lo que necesitaban de mi hermano y de mí. Respondieron que cada uno de ellos había puesto una

cantidad de dinero para contratar al abogado y que querían que nos hiciéramos cargo de la parte que nos correspondía. Me negué. Fui franco: habían dado los primeros pasos sin contar con nosotros, no conocía al abogado contratado, no me fío de la justicia y en cualquier caso, si ganaban ellos, nosotros recibiríamos nuestra parte como legítimos herederos. Además, andaba justo de dinero. Uno de mis tíos, no sé si el hermano de mi padre o uno de mis tíos políticos, afirmó muy airadamente que aquello no era una cuestión de dinero, sino que era algo relativo a la familia. Dijo «familia» con entonación teatral.

—Perdona —me excusé—. Pero es la primera vez que te veo en mi vida.

Abandoné la reunión dejando las fotos de mi padre sobre la mesa.

Perdieron el juicio, por cierto.

Al escribir a Chema Reguera he recordado aquella escena, aquella única vez en mi vida en la que vi a los hermanos de mi padre. He intentado hacer memoria, pero no logro recordarlo. ¿Fue con él con quien tuve aquel desencuentro? Pudo ser él, pudo ser el marido de una de mis tías. No lo sé. En el mensaje le cuento mi intención de escribir un libro sobre mi padre y de saber sobre su infancia. Le pido también el favor de que me envíe, si tiene, fotos tuyas de cuando era niño. También le digo que me encantaría invitarle a un café y preguntarle sobre él. Al teclear, me he puesto muy nervioso y eso me ha sorprendido. He vuelto a la pantalla del móvil recurrentemente durante la tarde, esperando la respuesta. Por fin ha llegado:

Hola, sobrino. Me hace muy feliz ayudarte en tu libro sobre tu aita, mi hermano más querido. Hoy mismo empiezo a trabajar la memoria. En unos días nos encontramos. Un abrazo.

Mis padres se casaron de penalti. A veces mi madre dice que mi hermano mayor fue fruto de un descuido. Otras veces, sin embargo, afirma que fue buscado, precisamente para que los dejaran casarse, pues ellos seguían con esa intención a pesar de que sus familias insistían en que eran demasiado jóvenes. Al parecer, mi padre zanjó una discusión familiar con su madre y hermanos mayores con una advertencia: «Si no nos dejáis casarnos, haremos que nos obliguéis».

La boda fue el 12 de septiembre de 1971. Mamá apenas estaba de dos meses. En teoría nadie sabía de su estado, excepto sus padres, mi abuela paterna y los hermanos de mi padre. Medio año antes, mi tío Pablo, el mayor de los Olabarri, se había casado también con su novia embarazada, por lo que la de Mamá fue la segunda unión de la familia en las mismas circunstancias. La ceremonia se celebró en la iglesia de Andra Mari en Galdakao. El banquete, en el restaurante Lasa de Begoña. Fue un acontecimiento, porque se unían dos familias de la alta burguesía vizcaína. Acudieron doscientos cincuenta invitados. Aitite no escatimó en gastos.

De viaje de novios fueron a Punta Umbría, en Huelva, precisamente junto a Pablo y su mujer, Marieli, que habían postergado su viaje hasta después de tener al niño. Fueron en dos coches porque mis padres pasarían una semana más en Málaga. Entonces mi padre tenía un Simca 1000 que cambiaría no mucho después por un 1200, con el que moriría.

Como el viaje era una vez clausurada la temporada alta, fueron sin organizar nada, con la idea de alquilar un apartamento al llegar a destino. Viajaron de noche, turnándose en el volante. Hicieron varias paradas. En la última, se citaron ya en Huelva, en un bar de curioso nombre: En la Esquinita te Espero. Aparcaron, encontraron una agencia donde alquilaron un piso frente a la playa y volvieron al mismo bar a comer. Pasaron diez días en Punta Umbría, días de sol y playa y sobremesas que se alargaban hasta la madrugada, en los que mi padre se mostró más feliz que nunca, junto a su mujer embarazada y su mejor amigo.

A la vuelta, se instalaron en Bilbao, en el piso de mi abuela en la calle Canciller Ayala. Mi padre regresó a su trabajo en Comercial Radio Reguera y mi madre a sus estudios. Los meses de embarazo fueron de disfrute. Soñaban con el futuro juntos, imaginándose instalados en África o Sudamérica, dedicándose a la pintura ella, a la música él.

Mi hermano se adelantó dos meses. Cuando Mamá rompió aguas, sus padres estaban de viaje. Fue la abuela Teresa, la madre de mi padre, quien decidió dónde sería el nacimiento. Llevó a Mamá a una clínica privada en Algorta, en la que habían nacido algunos de mis primos. Ella estaba aterrada ante la perspectiva de que nada fuera bien, de que el adelanto derivara en

complicaciones para su hijo. Cuando las enfermeras intentaron aferrar sus piernas con cuerdas a la mesa de parto, Mamá tumbó a una de ellas de una patada en el pecho. Entonces, la otra, que era monja, empezó a abofetearla.

—¡Histórica! ¡Histórica! —le gritaba a mi madre con cada sopapo.

Cuando lo cuenta hoy, Mamá lo hace con el tono con el que se narra un hecho traumático. La imagino tan joven, muerta de miedo ante el nacimiento de su primer hijo, rodeada de desconocidos, atada con cuerdas, recibiendo los tortazos de la monja, y la escena se me antoja propia de una película de terror. Me cuesta dar crédito a que eso haya sucedido hace relativamente poco tiempo.

Más allá de las condiciones, el parto transcurrió sin problemas y Borja, mi hermano mayor, nació el 24 de enero de 1972, lunes.

Mamá tenía diecinueve años. Mi padre celebraría los veinte un mes después, exultante, con su hijo en brazos.

Cuando yo era niño y en mi presencia alguien hablaba con tristeza del vacío que dejó la muerte de mi padre, a mí me generaba un terrible conflicto emocional. Porque yo era muy feliz y quería muchísimo a Javi y me gustaba cómo estaban las cosas. Por nada del mundo hubiera cambiado mi familia tal y como era. Mi padre biológico era para mí un señor que aparecía en algunas fotos en blanco y negro dispersas por la casa, del que mi madre me hablaba y contaba historias a las que yo no prestaba demasiada atención. Alguien a quien, además, no me parecía en absoluto físicamente. Me costaba imaginar vínculos con ese hombre que llevaba la camisa abierta y lucía una larga melena lisa, que contrastaba tanto con los rizos que yo había heredado de mi madre. Mi padre era, en definitiva, apenas un eco del pasado de la vida de Mamá. Algo que no conseguía entender que tuviera que ver conmigo. Para mí, si acaso, era una molestia, una rareza familiar que me obligaba a veces a dar más explicaciones de las que quería, cuando alguien, un nuevo maestro en la escuela, por ejemplo, me preguntaba por qué no compartía apellido con mi hermano pequeño.

Mamá, sin embargo, insistía en que nunca olvidáramos, ni mi hermano ni yo, a nuestro padre. Nos hablaba muchísimo de él. Nos contaba anécdotas y no ahorraba en elogios hacia su figura. Subrayaba que siempre habíamos de llevarle en nuestros pensamientos y quererle con toda el alma, como él nos quería a nosotros. Lo decía así, en presente, como si estuviera vivo, como si fuera un familiar que ha tenido que emigrar al extranjero y no pudiéramos verle por circunstancias que quizá un día cambiarían.

Todas las noches tras acostarnos, Mamá se sentaba a los pies de nuestras camas y nos hacía rezar junto a ella a mi hermano mayor y a mí, que compartíamos habitación. Entonábamos en alto un padrenuestro y al terminarlo dábamos las gracias a Dios por nuestras vidas y todo lo bueno que teníamos. Rogábamos después por el bien del mundo y de los nuestros. Pedíamos por la gente que sufre: los pobres, los marginados, aquellos que no tienen quien rece por ellos. También por nuestros seres queridos: por Aitite, que salga bien esa operación que tiene esta semana; por Amama y nuestros tíos y tías, que sean muy felices; por nuestro hermano pequeño, Javier, que crezca sano y fuerte y feliz. Siempre terminábamos el rito pidiendo a Dios por nuestros dos padres: por Javi, nuestro padre en la tierra, y por Luis, que estaba en el cielo cuidando de nosotros.

Aquellas palabras se marcaban en mí a fuego. Creo que a veces incluso ahogaba un lamento al escucharlas. Mamá decía que nuestro padre nos quería muchísimo y nos echaba de menos allí

donde estaba y que cuidaba de nosotros desde el cielo, cada día, cada hora. ¿Y cómo le devolvía yo la moneda? Pensando que si él no hubiera fallecido, mi *verdadera* familia no existiría. Tratando los ecos de su recuerdo, que Mamá se afanaba en transmitirme, como una molestia.

A veces me desvelaba, y pensaba: si ese tipo de las fotos no se hubiera muerto, yo no habría conocido a Javi. Javi estaría casado con otra mujer y tendría otros hijos a los que querría mucho. Imaginaba entonces mi vida en otra familia completamente distinta, sin Javi y sin mi hermano pequeño, con aquel hombre de las fotos en casa, con un hermano pequeño, pero distinto, que no se llamaría Javier, sino Juan, o Jorge, o quién sabe cómo. Aquella imagen me disgustaba enormemente. Sufría pensando que mi familia había tenido su origen en una muerte. Me torturaba acusándome a mí mismo por mis pensamientos, por sentir que, si ese fue el precio para que Javi estuviera con nosotros, bien pagado estaba. En ocasiones lloraba. Me sentía muy mala persona, alguien incapaz de sentir pena por la muerte de quien le dio la vida, por quien cuidaba de él desde el cielo. ¿Acaso era eso desear, en lo más profundo de mis sentimientos, su muerte?

No ayudaba a la situación, por otro lado, que los Reguera fueran en conjunto, para mí, una ausencia. Mamá me hablaba a veces de mi familia, pero yo era incapaz de memorizar sus nombres. Mis tíos y tías eran para mí una lista compleja, como la de los ríos y cordilleras de España, un conjunto de nombres que sufrías para recordar y que nada te decían o inspiraban. Nunca decía nada malo de ellos, pero yo no podía entender que fueran mis tíos y no los viera nunca, que fueran los hermanos de mi padre y no les importara en absoluto qué era de la vida de los hijos de su hermano fallecido.

A veces, alguien me cuestionaba de dónde venía mi apellido, por el origen de mi familia paterna, y yo respondía lacónicamente: No sé. No daba más explicaciones y mi interlocutor entendía que mi silencio era una advertencia para no seguir con ese tema. Otras veces me preguntaba si nosotros habríamos hecho algo malo, cometido algún pecado que nos convirtiera en unos exiliados del apellido paterno. Nosotros, Borja y yo, o acaso mi madre. ¿Era porque se había juntado con Javi? ¿Por eso mi familia no quería saber nada de mí y de mi hermano? ¿Le exigían viudez eterna? ¿O la ausencia se debía a cuestiones económicas? ¿Era el reparto de la riqueza familiar, del patrimonio de mi abuelo, la razón verdadera de aquella distancia? ¿Respondía a un cálculo matemático?

Mi hijo mayor tiene siete años. Una noche de verano que paseábamos por la costa de Cádiz, cuando tenía en torno a los cuatro, fijó su mirada en la luna y nos contó a su madre y a mí que ahí arriba vivía un hombre con un perro y que el hombre era su *aitite*. Comprendí al instante que mi madre le había hablado de mi padre. El perro era *Ena*, la perra de mi madre, que había muerto poco antes, presumiblemente de un infarto. Con toda seguridad, al igual que a mí me habló de mi padre en el cielo, a Oihan le contó de su abuelo en el cielo. El niño concluyó, con aplastante e infantil lógica, que de vivir en algún lado del cielo, necesariamente había de ser en la luna.

Recuerdo aquel episodio porque fue entonces cuando comprendí que, antes o después, tendría que explicarle yo también la historia familiar. Y así lo he hecho. Nunca le he ocultado que Javi no es mi padre biológico, que este murió cuando yo estaba en la tripa de su *amama*.

Claro que aún no es consciente de lo que significan algunas palabras de esa historia. Por ejemplo, no puede entender que mi padre murió antes de que yo naciera. No concibe que se pueda ser hijo de quien no existe.

A veces me pregunta por el mapa familiar. Hace poco, por ejemplo, cayó en la cuenta de que no nos apellidamos igual que su abuelo, ni que dos de mis hermanos, ni que sus queridas primas. Me preguntó por ello: por qué nosotros somos Reguera y ellos Riaño. Le expliqué de nuevo que yo tengo dos padres, uno en la tierra y otro en el cielo, así que él tiene dos abuelos. Pero concretó más aún su pregunta:

—Pero si tienes dos padres, ¿por qué solo tienes el apellido de uno de ellos? En clase nos dijeron que tenemos el apellido de nuestros padres y madres.

No supe muy bien qué contestarle. Di vueltas rápidas a varias explicaciones y al final opté por decirle que somos Reguera, pero si quiere ser Riaño, podemos sumarlo a nuestro apellido también, que, si quiere, podemos ponernos los dos apellidos seguidos, con un guion en medio.

Se sonrió ante la perspectiva. Mis palabras parecieron satisfacer su curiosidad, disolver sus inquietudes. Al menos, por el momento.

Cuando era muy pequeño, con cinco años, seis años, lo que más feliz me hacía era cuando Javi me tomaba en brazos y me cantaba la canción *Cachito*, de Nat King Cole. Los versos «cachito, cachito, cachito mío, pedazo de cielo que Dios me dio, te miro y te miro y al fin bendigo, bendigo la suerte de ser tu amor», cantados por Javi, hacían que se disolvieran todos mis miedos. Aquella canción me hacía sentir que nuestro encuentro era necesario, no una mera casualidad. No nos habían unido los infortunios y la muerte, sino que yo era un pedazo de cielo que Dios le dio. Yo era de su vida un pedacito al que quería como a nadie había de querer.

Pero el mundo se empeñaba, insistente y tenaz, en recordarme que Javi no era mi padre. Yo nunca le he llamado *aita*, ni papá. Pero cuando hablo con terceras personas por supuesto que me refiero a él como «mi padre». Siempre lo he hecho. De niño me sorprendía y enfadaba y molestaba, todo al mismo tiempo, como una bola de sentimientos de imposible digestión, la cantidad de ocasiones en las que alguien matizaba o corregía.

—Bueno, tu padre no es —decían—. Si acaso, tu padrastro.

Cuando era un adulto quien sentenciaba aquello, yo me callaba y ardía por dentro en el deseo reprimido de rebatirle y señalarle su cruel equivocación. Cuando era alguien de mi edad, cosa que sucedía a menudo, porque mis amigos tendían a recordarme que mi apellido difería del de Javi, discutía amargamente. Aquellas conversaciones encendidas se perdían en laberintos argumentales. Acudíamos a la definición, nos extendíamos en ejemplos. Parecíamos filósofos medievales. Para él, fuera quien fuera el interlocutor de turno, supongo que era un divertido juego, que disfrutaba como un sofista. A mí, sin embargo, me resultaba difícil. Porque me hacían dudar y sufría haciéndolo. Porque mis argumentos no quedaban en la conversación, sino que eran los pilares sobre los que sostenía la imagen que tenía de mi propia familia.

Tengo el recuerdo preciso de un día, cuando yo tenía once o doce años, en el que el director de la academia donde yo recibía clases de refuerzo por las tardes mandó llamar a mis padres, debido, supongo, a alguna traxada de la que yo fui protagonista o cómplice. Cuando entramos en el despacho, Javi se presentó.

—Buenos días, soy Javier Riaño, el padre de Galder —dijo mientras tomábamos asiento.

El director le observó de arriba abajo. En aquel entonces Javi llevaba el pelo largo y aparentaba aún menos años de los que tenía. Vestía informal, vaqueros, camiseta y zapatillas. Muchas veces la gente pensaba que era mi hermano mayor. Para aquel hombre gris y encorbatado,

su imagen debía de llevar implícita una suerte de reconocimiento de una menor jerarquía. Sonrió socarronamente y dijo:

—Javier, ¿Riaño? ¿Y dice que es el padre de Galder Reguera?

—Sí.

—Pero tienen apellidos diferentes —señaló, apuntándonos alternativamente con el dedo.

—¿Y qué? —cortó Javi, con una mirada desafiante y tono seco, que indicaba que hasta ahí llegaba esa conversación, que no tenía que dar una sola explicación, que no era absolutamente nadie para poner en duda nuestra relación.

El director comprendió. Se hizo un poco más pequeño en su asiento, detrás de esa mesa de madera oscura que parecía puesta ahí solamente para marcar distancias con el interlocutor. Con voz suave y amable explicó el motivo de su llamada, mostrándose como un aliado cercano en mi educación. Estoy seguro de que el corte que Javi le dio evitó una bronca mayor hacia mí. Me sentí muy orgulloso de él. Pero no por eso, sino por el hecho de plantar cara al cuestionamiento de ese señor, de evitar cualquier tipo de explicación hacia él, que no estaba legitimado para plantearnos, a Javi y a mí, ninguna duda.

Busco en internet información sobre el accidente que le costó la vida a mi padre. No hay prácticamente nada. En lo referente a aquella noche, solo consigo encontrar una página de *La Gaceta del Norte* del 3 de enero de 1975 en la que se recoge el suceso en un breve, tras el titular BALANCE DE FIN DE AÑO EN LAS CARRETERAS DE LA REGIÓN. Dice:

UN MUERTO EN LA RECTA DE UGARTE

Igualmente, resultó accidentado Don Luis María Requena Apellániz, al colisionar el vehículo que conducía contra un camión. El hecho se produjo en la recta de Ugarte, cruce de la Babcock. Trasladado urgentemente a Cruces, falleció poco después.

Me molesta todo en el modo de recoger la noticia. La brevedad de la nota, la desidia en su redacción, y, sobre todo, su imprecisión. El apellido mal escrito; el hecho de que señale que chocó con un camión, cuando fue contra un coche.

Navego un buen rato por la red, buscando otras noticias, más información. Hago un listado de los periódicos de la época. *ABC* tenía edición nacional solamente. Leo los periódicos de aquellos días, por si acaso, pero en balde. La hemeroteca digital de *El Correo* no llega tan atrás en el tiempo. Llamo a Carmen, una buena amiga que trabaja en ese periódico y le pido por favor si puede rastrear información sobre el accidente, o quizá la esquila de mi padre, en los primeros días de 1975. Responde que por supuesto y promete llamarme en un rato a ver si ha encontrado algo.

Mientras tanto, sigo varios senderos digitales que me llevan a lugares inesperados. Por ejemplo, encuentro una postal en la que se ve una toma de la calle Hurtado Amézaga con el enorme letrero de REGUERA en la fachada. Está a la venta por quince euros y estoy francamente tentado de comprarla. Guardo la pixelada imagen que ofrecen como ejemplo en mi ordenador, me la envío a mí mismo por correo electrónico y, desde el teléfono, la reenvío después al grupo familiar. Mamá se muestra sorprendida y dice recordar aquella postal. Me pregunto si le habrá hecho ilusión recibirla. También compruebo en la red que en varios anticuarios venden un montón de material referido a Comercial Radio Reguera, la empresa de mi abuelo, en la que trabajó mi padre. Elementos publicitarios, recibís y garantías con el sello de la empresa familiar. También encuentro información sobre algunos que deben de ser mis primos, los hijos de los hermanos de mi padre. Me pregunto si ellos tienen también que rastrear su pasado y siento una punzada de tristeza al recordarme que, de alguna manera, mi hermano y yo somos los parias de esa familia que fundó mi abuelo paterno.

Por fin, me llega un mail de Carmen. Explica que no hay nada el día 2 de enero, que tampoco ha encontrado la esquelera, pero que me envía un archivo PDF con la noticia del accidente. Lo abro preso por el nerviosismo y me da un vuelco el corazón al ver, en el centro de esa página en blanco y negro, la foto de un coche destrozado, bajo el titular BILBAO: DOS MUERTOS EN LA CARRETERA. Empiezo a leer y pronto me percató, con cierto alivio, de que esa foto es del otro siniestro. La nota, extensa, comienza dando cuenta del otro accidente. A mitad de texto, habla del incidente en el que mi padre perdió la vida. Lo describe así:

El otro accidente mortal ocurrió poco después, en el municipio de San Salvador del Valle, en el punto kilométrico 10,900 de la carretera que une esta población con Baracaldo, siendo prestados los primeros auxilios en esta ocasión por la Agrupación de Tráfico de la Guardia Civil. En este punto colisionaron frontalmente dos vehículos: el Seat 1430 matrícula M-930091, conducido por Bernardino Expósito, de 39 años, y el Simca 1200, BI-4614-G, conducido por Luis María Reguera Apellániz, casado, de 23 años. Como consecuencia del accidente, sufrió diversas lesiones, calificadas con pronóstico muy grave, el conductor del segundo vehículo que, ingresado en el Hospital de Cruces, falleció poco después. El conductor del otro automóvil sufrió lesiones de carácter menos grave.

Al terminar de leer, me siento mareado. Me tengo que levantar del ordenador e ir a lavarme la cara. El agua fría me calma. Me miro un buen rato en el espejo. Estoy abrumado por los datos: el kilómetro exacto donde murió mi padre, que sé que visitaré un día de estos, sin ninguna duda. La matrícula de su coche, el modelo, quiénes atendieron el accidente. Pero, sobre todo, el nombre y apellido de la persona que lo mató. No es un nombre muy común. Me sonrió ante la macabra casualidad de que se apellide Expósito, que aplicado a un bebé significa *abandonado*. ¿Voy a seguir ese rastro? ¿Voy a buscarle? ¿Quiero realmente encontrarle?

No tengo ni idea.

Ayer llevé a mi hijo mayor a visitar el monolito en el que está la placa en honor a mi abuelo paterno. Está en la carretera que une Bakio con Bermeo, frente a la isla de Akatxa, a la altura de donde murió ahogado en 1962. Durante el trayecto en coche, le hablé a Oihan de su *aitite* en el cielo y le conté que su padre fue un señor muy importante. A sus siete años, quedó impactado por cómo murió. Me preguntó varias veces si alguien que sabe nadar puede ahogarse en el mar, lo cual debió de parecerle una total contradicción en los términos.

Tras el temporal que derrumbó parte de la carretera en 2008, el monolito fue cambiado de lugar. Ya no está frente al mar, al borde del acantilado. Se ubica algo más hacia el interior, al otro lado de la calzada. La última vez que lo visité, hace cuatro años, de pasada mientras daba un paseo en moto, pensé que el hecho de que no mirara hacia el mar hacía que se perdiera parte de su significado.

Cuando bajamos del coche, recordé a mi madre frente al monolito hablándonos a mi hermano mayor y a mí de nuestro abuelo, con palabras llenas de orgullo, de orgullo que intentaba contagiarnos. Ayer me resultó curioso verme acudiendo ahí ahora con el enano, ofreciéndole esa pista del pasado familiar. Me dije que este libro tenía gran parte de culpa.

Cuando llegamos frente a la roca, sin embargo, comprobamos que la placa ya no está. La han quitado y sustituido por un cartel que reza: VERTEDERO BURGOABASO, RESIDUOS INERTES. El monumento antaño dedicado a la memoria de mi abuelo es ahora el soporte de un cartel que informa de los horarios de un basurero.

El pequeño y yo nos quedamos un rato observando aquello y volvimos a casa en silencio.

—¡Los Reguera son unos hijos de puta!

El que grita eso es mi tío Pablo, hermano mayor de mi madre y mejor amigo de infancia de mi padre. Ha explotado en mitad de la calle Ledesma, donde comemos en una terraza, al contarme que cuando mi padre falleció venía de trabajar, pero no tenía ni contrato, ni seguridad social, ni seguro privado. Ha golpeado la mesa con la palma de la mano y el resto de los comensales se han girado para mirar. Alguno incluso ha negado con la cabeza, en gesto reprobatorio. Creo que yo me he sonrojado.

—Tus tíos le dijeron a tu madre que no se preocupara, que a ti y a tu hermano no os iba a faltar nada —ha explicado, bajando el tono—. Y fíjate: tu abuelo era millonario y tú nunca has recibido un puto duro. Desaparecieron a la primera oportunidad.

No es difícil que Pablo explote. Lo hace a la mínima. De hecho, lo inusual es que no lo haga, que no termine por cagarse en Dios y la Virgen por cualquier bobería. Yo siempre le he tenido mucho aprecio, porque es el padre de mi primo Unai, que tiene mi edad y con el que soy uña y carne desde que nací. He pasado mucho tiempo en su casa, muchas noches de verano, muchos fines de semana, y aprendí a discriminar sus gritos, a distinguir cuándo levanta la voz por algo importante o por una nadería. Es grande, grueso, luce un enorme bigote y tiene voz de barítono. Su aspecto y su carácter lo convierten en un tipo francamente brusco, incluso desagradable, si no le conoces. En el fondo tiene buen corazón. Pero hay que llegar a ese fondo, que habitualmente protege de las miradas de los demás.

Le llamé por teléfono hace unos días para decirle que quería que nos encontrásemos, que estaba escribiendo un libro sobre mi padre y quería que me contara cosas de su infancia, de la amistad que compartían, de su muerte y los años posteriores. Me sorprendió que accediera a la primera, pero mucho más que a partir de esa llamada insistiera, durante los días siguientes, en que nos viéramos. Incluso me telefoneó varias veces para que cerráramos por fin una fecha.

Hemos quedado hoy para comer. Ha venido acompañado de un amigo suyo, Toño, que al parecer hizo la mili con mi padre. Tomando una cerveza antes de sentarnos a la mesa, me ha contado que fue en la Comandancia de Marina, en ese edificio de la calle Ibáñez de Bilbao que hoy luce una desproporcionada bandera española en su fachada. Ha contado que les tocaba hacer la guardia frente a la puerta de la Comandancia, pero que como eran reclutas novatos lo hacían con una pistola de madera. Después se ha quedado a comer con nosotros y ha sido un mero testigo de la conversación. Paradójicamente, a ratos me sentía incómodo con el hecho de que nos

escuchara. Paradójicamente, digo, porque yo estaba tomando notas para un libro que cualquiera podrá leer.

Al recordar los primeros años, Pablo se ha perdido a veces en anécdotas sin mucho sentido, adornadas con fanfarronerías. Pero en general su relato me ha sido muy útil para hacerme un retrato de mi padre de adolescente. También para trazar el mapa de quienes fueron sus amigos y construir la historia de cómo Mamá y él comenzaron a salir. Según sus palabras, mi padre era un adolescente con ganas de comerse el mundo. Guaperas, presumido y bromista, le encantaba ser el centro de atención en todas las fiestas. Cuando bajaban al río, no temía bañarse en las pozas más profundas. Se vanagloriaba de correr más que nadie, de pescar las truchas más grandes, de coger los cangrejos más hermosos. Además, sabía un montón de música y tenía una colección de discos digna de un museo.

—Todavía me acuerdo del día que apareció en Haro con su hermano Chema conduciendo una motocicleta Ossa cada uno, haciendo un ruido del demonio, como dos Ángeles del Infierno —evoca Pablo, con una sonrisa—. ¡Era más chulo que nadie! ¡Incluso más chulo que yo! —concluye carcajeándose. Ha vuelto a explotar, pero esta vez de alegría.

Varias de las fotografías que me han llegado de mi padre son con esa moto. Una de ellas aún me impresiona. Es en blanco y negro, tomada desde cierta distancia. Se le ve erguido, conduciendo a gran velocidad, con gafas de sol, la melena al viento y dejando una enorme nube de polvo tras él. Cuando era pequeño, la historia de mi abuelo buceador, al que imaginaba como un aventurero que encontró la muerte tras una vida de riesgos, se me mezcló con la imagen que mi padre transmitía en aquellas fotos. Durante un tiempo, estuve convencido de que mi padre había sido campeón de España de motociclismo.

A medida que avanza la comida, Pablo va soltándose más y más y sus historias me resultan cada vez más interesantes. Aunque utiliza expresiones fuera de lugar como «apunta esto para tu novela» o «esto lo tienes que contar por cojones», es un buen narrador y se adorna en detalles que no sé si realmente responderán a la realidad o a su fantasía. Sin embargo, recuerda datos precisos, como el coche en el que fueron al hospital la noche de su muerte o el nombre que tenía en los setenta la calle de Basauri en la que vivían mi madre y mi padre. Cuando habla de la Nochevieja de 1974, su voz cambia tanto que parece otra persona completamente distinta. Habla en un tono constante y susurrante, como el que se usa en un confesionario. Evoca los momentos previos a la funesta llamada desde el hospital. Al llegar al punto de la narración en el que se encuentra en urgencias con una enfermera que conocía de Basauri, que le dirige a la morgue, su voz se rompe. Por un momento, temo que se eche a llorar. Con los ojos humedecidos, da un trago de vino y se queda un buen rato en silencio. Después dice:

—La noche de la muerte de tu padre, Aitite llamó a casa desde el hospital para decirle a Amama que había muerto, que tu madre estaba en shock y que se acostaran todos antes de que volviéramos. Que no atosigaran a tu madre con pésames y llantos y hostias así. Cuando llegamos a casa, sobre las doce y media, solo Amama esperaba levantada. Ella acostó a tu madre y se tumbó

a su lado. Aitite y yo nos quedamos en la sala, tomando un vaso de vino en silencio, intentando hacernos a la idea de lo que había sucedido y de lo que nos esperaba durante los siguientes días. Pero el silencio se rompía cada poco tiempo por el timbre de la puerta. Desde ese día odié ese puto sonido. Eran familiares, amigos, algún vecino, que venían a nuestra casa a brindar por el año nuevo. Traían botellas de champán, gorros de fiesta, matasuegras en los labios. A cada visita, yo tenía que dar en la puerta la noticia, ver rostros rotos, explosiones de llanto y dolor. Joder, yo mismo me echaba a llorar cada vez. Recuerdo sobre todo cuando vinieron Tano y Puri, una pareja que eran muy amigos de tus padres. Recuerdo que al abrir se abalanzaron sobre mí, dándome besos y abrazos y los mejores deseos para el nuevo año y que yo pensé que no podía más y que ojalá no tuviera que romper el corazón de tanta gente aquella noche.

Vuelvo en autobús a casa tras la cita con mi tío Pablo. El agotamiento del día, la soledad, la tranquilidad del momento y el ronroneo del motor me adormecen. Estoy muy cansado y dudo de la oportunidad de escribir este libro, de las razones que me llevaron a comenzar. Escuchando a mi tío narrar la escena de los familiares y amigos que llegaban a brindar tras las campanadas, he pensado que una muerte no sucede una sola vez, sino que se repite en todas las ocasiones en las que hemos de dar la nueva. También a nosotros mismos, cada mañana de los días siguientes a la tragedia. Dormidos, hemos olvidado. Pero cuando llega el nuevo día y despertamos, entonces las piezas de la realidad vuelven a encajar en su funesto estado actual. De pronto, el corazón te da un vuelco. Recuerdas que la persona amada ya no está, que ya no estará nunca más. Una muerte es una herida existencial, que no deja de doler nunca, y que se reabre una y otra vez durante todo el proceso del duelo. Es como los ecos de una explosión que retumba en nuestros oídos durante mucho tiempo después de que haya acontecido.

Abro mi cuaderno, hojeo mis notas. Dudo. Me digo que este libro puede abrir de nuevo heridas que cicatrizaron hace años. Me pregunto si merece la pena asumir el riesgo. Ese era el mayor miedo con respecto a mi madre. Bajo ningún concepto quiero que lo pase mal evocando aquellos duros años. Si he seguido adelante hasta ahora, ha sido porque parece que le está viniendo bien recordar, hablar de todo aquello con uno de sus hijos, de todo aquello que tuvo que pasar sola.

Sin embargo, no solo a Mamá afectó la desaparición de mi padre. Hace unos días visité a mi tía Begoña, una de sus hermanas. Lo hice para que me contara cosas de aquel tiempo. Tomamos té en su casa y habló con felicidad de cuando eran niñas, de la casa de Haro, de lo escandalosamente guapo que era mi padre de adolescente. En un momento dado, le pregunté por la noche de su muerte. Al fin y al cabo, ella acompañó a mi madre, Aitite y Pablo al hospital. Habló de aquello con desgana, hasta que llegó a la escena del coche familiar atravesando la calle Autonomía en el momento preciso en que dieron las doce de la noche, con los petardos cayendo sobre el techo del Dodge mientras ella intentaba consolar el llanto de mi madre. Evocando aquello, se puso tan nerviosa que le tuve que pedir que detuviera el relato. Temblaba. Tartamudeaba. Temí que rompiera en un ataque de histeria. Tardó en calmarse. Cuando por fin lo hizo, me increpó:

—¿A qué viene hablar a estas alturas de esto?

La pregunta es procedente. ¿A qué viene? Yo también me lo pregunto, tras cada línea escrita. ¿Es por aquel encuentro con mi primo, Peter Abels? ¿Realmente aquella noche de insomnio, tumbado junto a mi hijo pequeño, nació la determinación de saber por fin de mi padre, de

interesarme por quién fue? ¿O es algo que siempre ha estado latente en mí? ¿Sabía que un día escribiría esto, pero he esperado todos estos años porque antes no habría sido capaz de construir un relato? Al decidir dedicarme a escribir, a intentar ser escritor, ¿estaba ya esta historia en el centro de mi decisión? ¿Cuántas veces he contado que mi padre falleció el día en que mi madre le dijo que estaba embarazada de mí? ¿No es verdad que, en cierto sentido, me sentía especial, mejor que los demás, por tener una *historia* desde mi nacimiento? ¿Cuántas veces he dicho, mitad en broma, pero realmente en serio, que la primera frase de mi autobiografía estaba ya escrita? ¿Responde este libro a un intento de demostrar que soy capaz por fin de abordarla? ¿Importa más el relato que conocer los hechos? ¿Quiero escribir un libro para saber quién fue mi padre? ¿O quiero saber quién fue mi padre para escribir un libro?

Pienso también en Bernardino Expósito, el hombre que mató a mi padre, cuyo nombre he descubierto hace poco. ¿Debo intentar localizarle? Hice unas búsquedas en la red. Encontré pocas referencias con ese nombre. Son fácilmente filtrables, si el dato de la noticia de *El Correo* sobre el accidente que especificaba su edad en 1974 es cierto. De estar aún vivo, hoy tendría ochenta y dos años. ¿Merece la pena molestar a un anciano con un asunto que ocurrió hace casi medio siglo y que quién sabe si ha arrastrado toda la vida como una losa? Hablé de ello hace poco con un amigo que es periodista. Él se mostró tajante:

—Tu compromiso es con la historia que quieres contar. Todo lo demás queda en un segundo plano. Tienes que localizar a ese hombre. Darle, además, en tus páginas la oportunidad de explicarse.

Expuse mis reticencias, pero él insistió en su argumento: siempre será preferible ofrecerle la opción de contar su versión de la historia.

Tras aquella conversación filtré aún más la búsqueda en la red. Encontré solamente una persona en Vizcaya con ese nombre. Esa persona, además, tenía una empresa sita en Mungia, la localidad donde resido desde hace treinta y tres años. Al leer esta coincidencia, me sobresalté. Quizá me haya cruzado con él en la calle, me dije. Quizá discutí a voz en grito con él cuando yo era un adolescente por estar bebiendo con mis amigos bajo su ventana. Quizá era aquel señor de bastón y *txapela* al que ayudé hace dos días a cruzar la carretera. Quizá es uno de los vecinos que habitan esas viejas casas que se ubican cerca de nuestro bloque de pisos, esos mayores que pasan el tiempo en los bancos, bajo la sombra de los árboles del paseo y que siempre me han resultado tan simpáticos. Quizá un día acarició la mejilla de mi hijo amigablemente, sin saber que fue quien mató a su abuelo.

Me desperezo. El autobús ha llegado. Con la mochila a cuestas, como un estudiante después de un duro día de escuela, bajo en la parada que está frente a la plaza de la estación. Me estiro. Observo mi pueblo, en el que he vivido casi toda mi vida. Reconozco a varias personas. Una de ellas me saluda con un gesto amable. Pienso: ¿y si el tal Bernardino Expósito fuera su padre, el de este tipo que siempre me dedica un saludo sonriente? ¿Y si él no supiera nada de lo que sucedió hace cuarenta y tres años? ¿Y si nunca contó a sus hijos aquel error que sin duda le persiguió

durante años y seguramente se esforzó por olvidar? ¿Qué derecho tengo yo para irrumpir en la vida de nadie con una historia de hace casi medio siglo?

Probablemente, ninguno.

Una imagen preciosa que me ha regalado mi tío Pablo durante nuestra conversación:

—Tu padre era un loco de los Beatles. Un loco de la hostia. Y como trabajaba en Radio Reguera, los discos le llegaban a él a la tienda antes de que nadie más en Bilbao los tuviera. ¿Te das cuenta del tesoro que suponía aquello? Cuando recibía un nuevo disco, esa misma tarde nos convocaba a todos en su casa para hacer una audición. Llamaba por teléfono a cada uno de sus amigos y nos citaba en esa sala insonorizada que tenía en su casa de la calle Canciller Ayala, donde ensayaba con el bajo. Era una sala enorme de cojones. Cuando habíamos llegado todos (esperaba a ese momento) nos enseñaba por fin la portada del vinilo levantándola sobre su cabeza (luego nos la pasábamos unos a otros como si fuera un objeto sagrado), y ponía después el disco con el volumen a todo trapo. Ahí, entre los instrumentos de música apoyados por las paredes y frente a aquel imponente equipo de sonido que parecía un tótem, una decena de amigos, tu madre y yo entre ellos, nos sentíamos unos privilegiados escuchando por primera vez aquella música. Rozábamos el cielo. Aquello era de puta madre.

Imagino la escena. *Abbey Road* es de 1969. Entonces mi padre tenía diecisiete años. Ya salía con mi madre. Los veo a los dos acurrucados en una esquina, con la mítica imagen de los Beatles en el paso de cebrá en la portada del disco, sonando *Come Together, Something, Here Comes the Sun*, a todo volumen. Los demás están con los sentidos cien por cien concentrados en la música, pero para ellos, mi madre y mi padre, las canciones de los Beatles son fundamentalmente la banda sonora de su amor. En gran parte, supongo, las audiciones eran una de las excusas para verse de nuevo.

Me veo después a mí mismo, muchos años después, en otro tiempo y otra casa, con quince, dieciséis, diecisiete años, tirado en el suelo de mi habitación escuchando esas mismas canciones con la carátula entre mis manos, observando una imagen que he visto mil veces en mil soportes y mil versiones, reconociendo un icono que es parte ya de la cultura popular mundial. Pienso ahora si aquel vinilo que yo tenía en mis manos será el mismo que sonaba en 1969 en casa de mi padre, si aquella portada es la misma que acariciaban Mamá y él sentados en una esquina, abrazados, juntos.

Gran parte de mis gustos musicales los heredé de Mamá y Javi, que tenían una colección de discos maravillosa. Pasé horas y horas encerrado en mi habitación dibujando o escribiendo o leyendo con su música como telón de fondo. A través de ellos, de Mamá y Javi, me llegaron

Bowie, Crosby, Stills y Nash, Cat Stevens, los Beatles, los Rolling, Led Zeppelin, la Creedence, J. J. Cale y tantos otros. Pero nunca pensé que algunos de aquellos vinilos podían haber sido de mi padre biológico. Nunca tracé esa línea que me habría unido a él, esa línea que ahora se me antoja recta. Nunca llegué a esa conclusión, que ahora me parece lógica. Apunto mentalmente la tarea de acercarme a casa de Mamá y rebuscar entre sus vinilos alguna huella de mi padre.

Ha aparecido la placa dedicada a mi abuelo Luciano. Comenté a un amigo la experiencia de hace unos días, cuando fui con Oihan hasta el monolito donde antes estaba y en su lugar encontramos el anuncio de los horarios de un vertedero. Mi amigo ha rebuscado en internet y ha encontrado información sobre el monumento, que al parecer cambió de localización a finales del año pasado. Me ha mandado al móvil una foto del monolito y un enlace a una web, donde se informa del mismo, aunque no se especifica su ubicación exacta. Con esos datos, he cogido la moto y he regresado a la carretera frente a la isla de Akatxa. Tras unas cuantas vueltas infructuosas, he descendido ya como último recurso por la carretera que lleva a San Juan de Gaztelugatxe, y allí estaba. La placa en homenaje a mi abuelo acompaña a otras ocho o nueve en una especie de pequeño obelisco de piedra, acordonado, y una base de mármol con los puntos cardinales. A la izquierda queda la pequeña y famosa ermita de San Juan, a la derecha, el islote de Akatxa.

Nunca me ha importado demasiado mi abuelo, ni su memoria, ni la placa. Hoy, sin embargo, he sentido un enorme alivio al saber que todo sigue ahí.

No me parecía a mi padre. No en las fotos que conservábamos en casa, al menos. Todo el mundo se declaraba sorprendido del increíble parecido físico que tenía mi hermano con él. Se llevaban las manos al rostro, como si estuvieran ante un milagro. ¡Dos gotas de agua!, exclamaban. Pero a mí no me mencionaban. Tú, sin embargo, has salido a tu madre, me decían.

No sé cuánto duró, pero durante un tiempo, un tiempo de terrible angustia, busqué desesperadamente similitudes físicas entre mi padre y yo. Tenía siete años, quizá ocho. A veces, cuando nadie me veía, cogía alguna de las fotos de mi padre que había por casa, en las estanterías del salón o en el estudio, guardadas en las cajas de metal en las que Mamá escondía los tesoros que le inspiraban, y pasaba horas escudriñando aquel rostro en blanco y negro de quien me decían que era mi padre biológico. Recorría sus rasgos buscando en vano un espejo que me devolviera mi imagen.

Recuerdo que sufría constatando nuestra diferencia y que me torturaba pensando que quizá todo fuera una gran mentira, que aquel hombre de las fotos no era mi padre, como tampoco lo era Javi, que todo el mundo me ocultaba algo terrible, inconfesable, que estaba en el origen de mi existencia. Quizá me habían encontrado en la calle. Quizá fuera adoptado. O quizá, y esto me atormentaba, porque suponía pensar mal de mi madre, yo fuera el fruto de una infidelidad, de un amor pasajero, de una noche loca, de un error.

Hacia cuentas: mi cumpleaños es el 16 de agosto. Mi padre murió el 31 de diciembre. Nací ocho meses y dieciséis días después de su muerte. Un embarazo dura nueve meses, pero bien puede durar menos. Mi hermano mayor, por ejemplo, fue sietemesino. Javi también. Nos lo contaba a menudo: nació tan pequeñito que los médicos temieron por su vida.

Con las fotos de mi padre en la mano, desesperado ante el hecho incontestable de que no nos parecíamos en absoluto, dudaba: ¿Y si yo también vine al mundo tras solo siete meses de embarazo? Entonces, cuando fui concebido, mi padre llevaba ya un mes y medio en la tumba.

Me mortificaba. A veces pasaban las horas y no conseguía dormir y las dudas y las preguntas se convertían en fantasmas que me acosaban y me hacían daño. Cuando Mamá abandonaba la habitación tras haber rezado con nosotros y rogado por los seres queridos, también por nuestro padre en el cielo, yo añadía una posdata a las oraciones y suplicaba en silencio a Dios que por favor me perdonara por dudar de lo que me decían, por pensar siquiera aquellas cosas inmundas e innombrables. En ocasiones llegué a llorar, bien entrada la noche, con el rostro hundido en la

almohada, ahogando un grito, porque me ardía dentro algo de lo que no podía hablar con nadie, una pregunta cuya mera formulación era pecado: ¿era mi padre realmente mi padre?

No sé cuánto duró aquella pesadilla.

Lo que sí sé es el momento exacto en que comenzó.

Fue una tarde de verano en que mi hermano y yo nos encontrábamos en Los Rosales, en Haro, una urbanización de pisos de veraneo con piscina, unos columpios y un campo de fútbol, ubicada a las afueras del pueblo. No tengo ni idea de qué hacíamos allí. Supongo que, por alguna razón, habríamos ido a visitar a la hermana de mi abuela, la tía Nati, que veraneaba en aquel lugar. Da igual. El caso es que estábamos allí mi hermano y yo cuando nos encontramos con el mayor de los hermanos de mi padre. Nos dimos de bruces con él. Reconoció a Borja y se acercó a nosotros. Le abrazó, le besó en las mejillas. Le miró de arriba abajo como si se hubiera encontrado con un amigo que hacía años que no veía. Le preguntó si sabía quién era. No esperó respuesta. ¡Tu tío!, ¡tu tío!, exclamó varias veces, con un dramatismo exagerado, repitiendo su nombre una y otra vez, como si de aquel encuentro dependiera que nunca lo olvidara. Yo jamás le había visto antes, a ese tío mío, hasta ese momento. Al menos, que recordara.

—¡Borja! ¡Borja! ¡Mi querido sobrino! ¡Mi querido sobrino! —repetía una y otra vez—. No sé lo que te contará tu madre de nosotros, pero no olvides nunca que tienes un apellido, que sobre todo eres un Reguera.

Y por primera vez dirigió su vista hacia mí. Me observó de arriba abajo, lentamente, con un desprecio infinito, desde kilómetros de distancia, con toda la superioridad y el poder que un adulto puede tener sobre un niño de siete años, y soltó, de pronto, haciendo un gesto con la mano:

—Y tú..., tú..., tú... ¡Vete a saber qué coño eres tú! ¡Vete a saber de quién coño eres tú!

No recuerdo cómo terminó la escena. Sé que no dije nada, porque a esa edad no me atrevía a dirigir la palabra a un adulto, menos aún a discutirle. Pero recuerdo volver a casa aquella tarde, que Mamá nos abrió la puerta y que yo la vi con ojos distintos. Tuve miedo. ¿Y si ese señor tenía razón? ¿Y si me estaban mintiendo? ¿Y si todo a mi alrededor era una farsa?

Los días siguientes me sorprendía sospechando que en mi familia pudiera haber un secreto inconfesable. Recuerdo el dolor que me producía siquiera atreverme a pensar aquello, porque sentía que solo concibiendo aquellas dudas estaba traicionando a Mamá, respondiendo con ofensas a su amor y cariño.

Por supuesto que nunca verbalicé aquellos miedos. ¿Qué niño se planta con siete u ocho años ante su madre y le pregunta si su padre es realmente su padre?

Durante los últimos días, mi tío Pablo me llama al móvil a todas horas. Nuestra cita y la conversación de entonces fueron como abrir una caja de Pandora de la que han comenzado a brotar mil recuerdos. No discrimina. Lo mismo me llama para contarme entre carcajadas una broma que gastaron cuando tenían quince años que me aporta datos fundamentales para reconstruir la historia de mi padre, que apunto a la carrera en la oficina, en el autobús. A veces me telefonea en un mal momento, en una reunión en el trabajo, acostando a los niños, y no le cojo. Cuando al rato le devuelvo la llamada, me abronca y me pregunta a ver si va a ser que le importa más a él *el libro de los cojones* que a mí.

Me hace ilusión recibir sus llamadas. Me doy cuenta de que he hablado más con él en los últimos días que en toda mi vida. Me pregunto por qué nunca me contó esas cosas de mi padre. Aunque quizá lo hizo y fui yo quien no le escuché.

La última de sus llamadas fue a las doce y media de la noche. Yo estaba leyendo en la cama. Cuando el teléfono comenzó a vibrar, mi mujer protestó. Quién demonios es a estas horas. Después me pidió que no contestara. Pero no le hice caso. Al otro lado de la línea, la voz de Pablo era temblorosa. Creo que había bebido. Me dio dos detalles sin mucho valor: el nombre de un amigo de infancia ilocalizable hoy, y algo más que ni siquiera recuerdo, pues ni llegué a apuntarlo. Después, guardó un largo silencio y comenzó a narrar:

—Tu padre era un bromista de cojones. Siempre estaba de coña, a todas horas. El día de su entierro yo fui uno de los que llevó su ataúd a hombros. Te juro, Galder, te lo juro por Dios, que cuando salíamos con él de la iglesia no podía parar de repetirme: Ahora es cuando sale Luis de la caja descojonándose y grita que todo era una broma y nos abrazamos y reímos juntos. Estaba convencido de que lo iba a hacer en cualquier momento. Totalmente convencido de que todo aquello era una broma de mal gusto.

De nuevo, calló.

—Gracias, Pablo —le dije, cuando el silencio ya era incómodo—. Muchas gracias por ayudarme a rescatar estas historias.

—De nada, hombre —respondió, y de pronto soltó, para después colgar al instante, como si le diera reparo continuar la conversación después de lo que iba a decir—: Te quiero mucho, Galder.

Quedé un buen rato pensando en aquella llamada, en sus palabras, y me di cuenta de que probablemente los últimos días Pablo ha recordado una obviedad: yo soy el hijo póstumo del que fue su mejor amigo.

El funeral de mi padre fue en la iglesia de San Pedro Apóstol, en Basauri. Sus restos se depositaron en el panteón de la familia de mi madre, en el cementerio del barrio de San Miguel. De hecho, fue él quien estrenó el panteón Olabarri.

Hasta la escritura de estas páginas, nunca me había planteado lo que suponía que mi padre fuera enterrado en un lugar en teoría reservado a la familia de mi madre. Tampoco que el funeral se celebrara en un pueblo que le era casi ajeno. Solo había vivido allí dos años a lo sumo. ¿Por qué no fue despedido y enterrado en Algorta, de donde era su familia, en cuyas calles había crecido, donde tenía a sus amigos? ¿Por qué no se le dio sepultura en el panteón Reguera, junto a su padre, al que perdió cuando tenía diez años?

Cuando era niño, vivimos en ese barrio de San Miguel durante unos años. En aquel tiempo, estudié en la escuela Hernán Cortés, muy cerca del cementerio. Algunas tardes íbamos allí a jugar después de las clases. Teníamos nueve o diez años y atreverse a entrar era una suerte de excitante reto. Paseábamos entre las tumbas contándonos historias de miedo. Yo no era muy bueno haciéndolo, pero las de mis amigos eran acojonantes. Las narraban como si fueran reales. Decían que se las habían confesado sus padres o abuelos cierta noche lejana. Hablaban de procesiones de fantasmas que se celebraban la noche de tal fecha, de chicos que habían ligado con una chica que después descubrían que llevaba diez años muerta, de gente que había sido enterrada por error y cuyos ataúdes habían sido descubiertos después, arañados por dentro. Aquello nos divertía y aterraba a partes iguales. Leíamos los nombres de las tumbas, observábamos las fotos en blanco y negro de los difuntos que incluían algunas sepulturas y nos recreábamos inventando posibles vidas de aquellos muertos: quiénes fueron, a qué se dedicaron, si sus familias los echaban o no de menos. Hacíamos bromas. No éramos nada respetuosos. Reíamos a carcajadas. A veces, algún adulto nos llamaba la atención. Nuestras favoritas eran las tumbas de los gitanos, tan coloridas y llenas de objetos extraños, como un décimo de lotería, una guitarra o la foto de un coche. Ante aquellas, nos guardábamos nuestras palabras. Quién sabe si por racismo, miedo a que nos escuchara un gitano y nos reprendiera o porque aquellos monumentos a la vida del difunto inspiraban mayor respeto que una triste lápida gris.

Recuerdo una tarde que caminábamos por delante del panteón de los Olabarri y yo comenté de pasada, sin darle mucha importancia, que allí estaba enterrado mi padre. Los cuatro o cinco niños que estaban conmigo se detuvieron y estuvieron observando aquella mole rectangular de piedra, en total y respetuoso silencio. Yo los miraba a ellos y, de pronto, comprendí que ya las historias

de terror habían dejado de tener sentido. Estar allí tampoco tenía ninguna gracia. Mis palabras habían convertido la muerte en algo concreto, real, cuando en nuestras bromas era apenas una posibilidad lejana que no nos inspiraba el mínimo temor. No necesitamos hablar para saber que todos querían entonces que nos fuéramos lo antes posible. Uno de mis amigos, creo que Roberto, me palmeó la espalda, al tiempo que dejó escapar un «¡joder!» que sonó a lamento. Volviendo al pueblo, me di cuenta de que mis amigos me miraban distinto. Quizá tenían pena de mí. Quizá pensaban en sus padres. Quizá se estaban preguntando que, si mi padre estaba muerto, quién coño era aquel tipo que me llevaba al colegio. No me comentaron ni preguntaron, sin embargo, nada. Tampoco yo di mayor explicación.

He vuelto decenas de veces a aquel cementerio. Algunas de ellas, a despedir a seres queridos. Y todavía soy incapaz de recordar sin que me amenace el llanto el momento en que introdujeron en el panteón el ataúd de Aitite. Aquello fue en 1990. Yo tenía quince años. En aquel momento, un pensamiento fugaz me invadió y por un instante vi a mi madre en ese mismo lugar, dieciséis años antes, enterrando a su marido. Creo que entonces intuí, aun lejanamente, el terrible dolor que se puede sentir ante una pérdida como la que ella sufrió.

Cuando era más mayor me solía escapar hasta allí en coche (ya no vivíamos cerca) y pasaba un par de horas yo solo, fumando y pensando frente al panteón familiar. Confieso que no iba a visitar a mi padre, sino a Aitite. Me aferraba al estúpido rito de plantarme allí como si estuviera vivo, para que comprobara cómo había crecido, que me estaba haciendo mayor. Por alguna razón, me convencía de que estaba bien hacerlo, acudir cada cierto tiempo a la tumba de mi abuelo a mostrarle que me estaba haciendo un hombre. No hablaba frente a su tumba, porque eso siempre me ha parecido artificial y propio de películas, pero me consolaba seguir rindiéndole cuentas. De alguna manera, era como simular que seguía estando con nosotros, pero viviendo muy lejos.

En aquellas visitas, a veces pensaba también en mi padre. Recuerdo que un día caí en la cuenta de que ya era mayor de lo que él había llegado a ser. Tendría veinticuatro o veinticinco años y ahí, frente a su tumba, comprendí que apenas había comenzado a vivir cuando encontró la muerte. Veintitrés años no es nada. Apenas un suspiro. Pensé en lo muy poco que yo había hecho con mi vida en todo ese tiempo. La imagen me mareó. Comprendí el drama que supone una vida interrumpida tan tempranamente. ¿Cuáles serían sus sueños? ¿Cómo habría envejecido? ¿Cómo nos llevaríamos si estuviera vivo? Negué con la cabeza. Ya era mayor que él y eso era contra natura. Nadie debería ser tan tempranamente más viejo que su padre.

Cuando nació mi hijo mayor, también le llevé al panteón. Una tarde, sin pensarlo demasiado, llamé por teléfono a Mamá y le pregunté si me acompañaba a presentar al enano a Aitite y a mi padre. Allí fuimos, los tres. Llevamos flores y fue una visita rápida, porque el pequeño estaba un poco agitado y precipitó nuestro regreso. Sin embargo, fue un momento feliz. De alguna manera, aquella nueva vida daba al lugar y al momento un significado distinto. La vida continuaba.

La duda de por qué mi padre fue enterrado y despedido en la localidad de mi madre de pronto me corroe. Al salir de la oficina, telefono a Mamá y la advierto de que estoy yendo a su casa, que le hago una visita rápida. Como siempre, se muestra feliz de recibir a uno de sus hijos. Cuando llego, la encuentro regando las plantas. El verano está cerca y hace un tiempo agradable. Cuando termina la tarea, nos sentamos un momento en la terraza y picamos unas aceitunas. Le lanzo la pregunta sin muchos rodeos. Es ya habitual que la interroge acerca de mi padre en las últimas semanas, así que no siento que deba introducir la cuestión explicando a qué viene. Me dice que no lo sabe bien. Que quizá fue enterrado en Basauri porque Aitite se encargó del funeral. O quizá porque vivían en Basauri y entonces pareció lo más natural. Le señalo que, escribiendo estas páginas, me he percatado del simbolismo que tiene el hecho de que mi padre fuera enterrado en el panteón de su familia política y no junto a su padre. Le digo que es como si a los Reguera no les importara demasiado su hermano, su hijo, al dejar que lo entierren otros. Protesto exclamando que yo jamás dejaría que uno de mis hermanos fuera enterrado lejos de la familia. Mi madre me reprende: No digas eso. Me recuerda que la muerte aconteció tan de improviso, que fue un golpe tan duro, que todos quedaron en shock y nadie en los días posteriores tenía la mente para tomar decisiones de ningún tipo. No hubo mala fe por parte de nadie, tampoco de los Reguera. Afirma que ella le quería cerca, que era su marido y que tu familia es fundamentalmente tu familia inmediata: tu marido, tu mujer, tus hijos.

—Se le enterró en el mejor lugar. En el panteón en el que yo o mis hijos, si nos hubiera sucedido algo, habríamos sido enterrados junto a él —concluye—. Nosotros éramos su familia.

De niño no me parecía a él. Sin embargo, a medida que fui haciéndome mayor, mi imagen se fue acercando algo la suya. Había una diferencia esencial: el pelo. El mío era rizado e ingobernable. El suyo, liso y siempre bien peinado. Sin embargo, en el resto era como si mis genes se hubieran empeñado en darme pistas que disiparan mis sospechas infantiles, que, por lo demás, hacía muchos años que no me asaltaban de noche. El arco de las cejas, la forma de la nariz, el gesto de los labios, los pómulos marcados..., de adolescente ya se atestiguaba un cierto aire. En conjunto, supongo que se podía defender un cierto, aunque difuso, parecido, ahora que ya no lo buscaba.

La noche del lunes 27 de diciembre de 1993 me sucedió algo increíble. Sé que fue aquella noche porque acudí a una fiesta con mis amigos, una tradición, un acontecimiento en Bilbao: la gala de La Bilbaína. En ella se exigía protocolo de chaqueta y corbata, y precisamente por ese detalle era una fiesta a la que alguna vez en la vida había que ir sí o sí. Recuerdo que fue ese día exacto porque al siguiente, estando con una resaca monumental con mi padre en el coche, anunciaron por radio que el Banco de España había intervenido Banesto y que habían detenido a Mario Conde y yo comenté que se trataría de una broma del día de los Santos Inocentes.

El caso es que antes de entrar en la fiesta, para la que era necesaria invitación, había quedado con mi novia de entonces, que no tenía ningunas ganas de que me fuera de juerga. Tomábamos una cerveza en Ledesma, en uno de los locales cercanos a la calle Buenos Aires, justo detrás de La Granja. Intenté tranquilizar sus celos infundados, sus miedos ante la perspectiva de que saliera con mis amigos, que no consideraba buena compañía. Ella estaba visiblemente enfadada y yo muy incómodo ante la situación. Al disponerme a pagar, el camarero me dijo que estábamos invitados. Le di las gracias.

—A mí no, a aquel señor de allí —dijo, señalando a un tipo de unos cuarenta años que me saludaba con la mano sonriendo desde la otra punta de la barra.

Me acerqué para darle las gracias, intrigado por saber por qué nos invitaba. No había visto a ese hombre en mi vida. A medida que caminaba hacia él, su cara se contraía más y más, en una mueca extraña. La sonrisa dejó paso a un gesto que no sabía bien interpretar, pero que parecía de dolor. Llegué a pensar que estaba sufriendo un ataque, no sé, un infarto. Cuando me encontraba a dos pasos ya, rompió a llorar. Se llevó las manos al rostro y derramó lágrimas emocionadas. Yo no supe qué hacer, si intentar calmarle o salir corriendo. Me mantuve ahí, en silencio, atendiendo

a su llanto. Cuando se calmó, me miró de arriba abajo una y otra vez, con el gesto de quien atiende a la aparición de un fantasma.

—Tú eres hijo de Luis Reguera, ¿verdad? —alcanzó a decir, por fin, secándose las lágrimas—. Eres el hijo que esperaba cuando murió, ¿verdad?

Asentí en silencio. Nos dimos la mano y nos presentamos. Ojalá recordara hoy su nombre, ojalá pudiera quedar hoy con él y preguntarle por tantas cosas que entonces no pregunté. Me dijo que era un buen amigo de mi padre, que estuvieron juntos en el colegio. No sé a cuál se refería, si al internado donde pasó unos años o al de los jesuitas. No se lo pregunté. No quise hablar mucho con él. Su llanto me asustó y mis amigos me esperaban. Al despedirme, quizá debido a mi fría reacción, se disculpó:

—No quería molestarte —dijo—, pero es que te he visto y me he acordado de él. Le quise mucho. Sois como dos gotas de agua.

—No me fio nada de alguien que a estas horas está tomando un té y no un vino. Menos aún si es un Olabarri, Galder.

Chema Reguera, uno de los hermanos mayores de mi padre, rompe en una estruendosa carcajada al decirme eso. Hemos quedado a la una de la tarde en una cafetería en los Jardines de Albia. Llega con algo de retraso. Yo estaba esperándole en la terraza, leyendo. Me pongo de pie y le ofrezco la mano, pero él me da un abrazo y palmea mi espalda. Nos sentamos uno frente a otro en una mesa. Nos estudiamos mutuamente. Sonríe y yo también. Tiene ojos claros y vidriosos, como si sufriera cataratas, nariz aguileña y poco pelo, todo blanco. Me sorprende que su rostro no me resulte por completo desconocido. Me digo que, a pesar de todo, me hace cierta ilusión conocer al hermano de mi padre. Sé que es por este libro. Sé que este sentimiento nace del hecho de que sospecho que Chema puede contarme historias que me ayuden a entender quién fue mi padre. Pero no puedo negar que también me hace ilusión charlar un rato con un familiar del que nada sé.

Al principio intercambiamos unas frases típicas, como dos boxeadores que se tantean. Ambos evitamos hacer referencia a la única vez que hemos coincidido como adultos, en aquella ocasión en que mis tíos me citaron para pedirme que mi hermano y yo pagáramos nuestra parte correspondiente de un abogado contratado por ellos para intentar revocar el testamento de mi abuela, que nos había desheredado a todos menos a dos de sus hijos. Aquel día uno de los Reguera respondió a mi negativa con un «es una cuestión familiar» que yo respondí señalándole que ni siquiera sabía quién era. Observo a Chema e intento hacer memoria de si fue a él a quien contesté así. Pero no soy capaz de recordarlo.

No me pregunta por mi madre ni por mi hermano y este hecho me desconcierta un poco. Sin embargo, lo achaco a un nerviosismo que lucha por disimular. No está cómodo.

El camarero le sirve un vino. Se empeña en pagar mi té. Da un pequeño trago a la copa y después pone un folio manuscrito sobre la mesa, las dos manos sobre el papel. Al parecer, son notas que ha tomado las últimas semanas mientras preparaba la cita. Me pregunta qué es lo que quiero saber exactamente y le respondo que, lo primero, cómo era mi padre de niño. Chema se sonríe y me da un primer dato: como era el menor de todos, sus hermanos le decían *txiriki*. Después, comienza una narración en la que abundan las anécdotas de niños gamberros. Coincide con Pablo al señalar el lado bromista de mi padre. Me cuenta varias de ellas. Una hace que ría porque, de alguna manera, parece ideada por mi yo adolescente: cierto día, con quince o dieciséis

años, mi padre enfocó los bafles del equipo de música hacia las ventanas de la calle Canciller Ayala, cogió un micrófono y, simulando una voz grave, comenzó a gritar «¡Arrepentíos! ¡El fin está cerca! ¡Arrodillaos frente a vuestro dios!».

Me ha traído una foto de mi hermano Borja de bebé, en la que se le ve con no más de un año, sonriendo, intentando mantenerse de pie apoyado en un sofá. Me explica que es en casa de la abuela. Me pide que se la entregue a mi hermano y, ahora sí, me pregunta por él. Le digo que le va todo bien y él menciona el accidente que sufrió de niño.

—¡Qué terrible mala suerte! —exclama.

Le pido que me hable de la abuela, de cómo era la casa familiar cuando él y mi padre eran niños, qué relación tenían entre los hermanos. Cuenta que vivían en Algorta, que tuvieron una infancia feliz hasta la muerte de mi abuelo, que fue todo un acontecimiento en la Vizcaya de los sesenta. Dice que no tiene la sensación de que a mi padre le marcara mucho aquella pérdida, sin embargo, porque los hermanos mayores se ocuparon de él. La que sí quedó muy tocada, lamenta, fue la abuela. Me explica que la de su marido fue la tercera muerte por accidente que sufrió en su familia más cercana. Sus dos primeros hijos murieron con muy poco tiempo de diferencia. Blas, el mayor, murió con nueve años aplastado por una embarcación mientras nadaba en el embarcadero de Algorta. José Ramón, el siguiente, falleció con ocho, atropellado por un coche. La muerte de su marido fue un golpe casi definitivo.

—Y la de tu padre, Galder, tanto tiempo después, la remató del todo —añade.

La conversación entre Chema y yo fluye, y poco a poco ambos nos sentimos más cómodos. Decidimos comer juntos. Elige un buen restaurante de Ledesma. Entre los platos y con el vino, Chema se suelta más y su narración se convierte en un compendio de momentos en los que él salvó de alguna manera a mi padre. De niño, de caer de una ventana o de ahogarse en el mar. De mayor, de sus supuestos devaneos con las drogas. Insiste mucho en ello. Una y otra vez saca el tema, que se intercala en toda nuestra conversación. Me cuenta que hicieron un viaje a Menorca con mis padres y él y Txiki, su mujer y buena amiga de Mamá, se asustaron de la cantidad de hachís que fumaban mis padres. Después afirma que era lo normal y, guiñándome un ojo, que en realidad el problema es que él era demasiado burgués para su edad. Me molesta un poco el tono condescendiente con el que dice esto último, pero no le doy más importancia.

Al fin, sale el tema de la muerte de mi padre. Me cuenta la perspectiva desde su casa: la llamada infausta, el viaje al hospital de Cruces, las reacciones de los familiares. Le pregunto por qué dejaron que fuera enterrado en Basauri y me responde que mi abuelo, Aitite, se empeñó. Le señalo lo que me contó Pablo, que mi padre murió volviendo de trabajar, sin seguro, ni contrato, ni seguridad social.

—Yo tampoco lo tenía, Galder —se excusa.

—Ya, pero tú no te mataste, Chema —respondo.

Tras esto, se hace entre nosotros un silencio terriblemente incómodo. Como si se hubiera terminado ya para siempre nuestra conversación. Como para destensar la situación, Chema

exclama que se alegra horrores de que por fin nos conozcamos. Entonces le lanzo la pregunta que he querido formularle siempre, a él y a todos los Reguera, a mi abuela y a mis tíos:

—Chema, ¿cómo es posible que hayamos estado cuarenta y dos años sin vernos?

La formulo así sabiendo que está mal planteada, que la pregunta debería ser cómo es posible que nunca os haya importado en absoluto el destino de los hijos de vuestro hermano, que él muriera en un accidente de trabajo en una empresa familiar y sus hijos no hayamos recibido jamás una mínima compensación, ni tampoco una llamada de cumpleaños, una visita de vez en cuando. Pero no me atrevo a plantear preguntas tan duras.

—Eso tiene una explicación, Galder. Pero no sé si te la debo dar —deja caer.

—Quiero escucharla, Chema, de verdad.

Duda unos segundos. Mira a un lado y a otro como pensándose si decir o no lo que va a decir. Y al fin, suelta:

—Fue tu madre la que puso un muro entre nosotros. Yo no sé si tú sabes, pero..., pero... entre mi hermano y Javi Riaño tu madre estuvo casada con otro hombre...

Sí lo sé, sí. Claro que lo sé. Aunque dudaba de traer esa historia aquí, a estas páginas. Lo había hablado con Mamá, que si quería contar la historia de mi padre, que es la suya también, quizá tendría que recoger ese episodio de su vida. Ella no mostró objeción, aunque la idea creo que no le hacía mucha gracia. Ante sus dudas, yo pospuse la decisión indefinidamente. Hasta que Chema puso encima de la mesa ese momento oscuro y olvidable del pasado de Mamá. En ese momento me di cuenta de que era inevitable abordar la narración de aquel tiempo.

Mi madre nunca nos ocultó aquello a sus hijos. Tampoco nos dio demasiados detalles. Habló cuando entendió que era necesario y guardó silencio cuando consideró que había alcanzado el límite de lo que debíamos o nos convenía saber en cada momento, dada nuestra edad.

Tras perder a su marido, Mamá cayó en una profunda depresión. Embarazada de mí y con un niño de tres años a su cargo, se sentía sin fuerzas para afrontar el futuro. Dejó el piso de la calle General Mola para regresar a la casa de sus padres. Ni siquiera se atrevió a vaciarlo. Envío a sus hermanos, que le trajeron sus cosas y parte de las de mi padre en cajas. El resto se tiró o se repartió como recuerdo entre familiares.

En una de nuestras conversaciones de estos días, me confesó que no mucho después de la tragedia se quedó de piedra al comprobar que el marido de una de las hermanas de mi padre lucía en su muñeca su reloj de pulsera, que aquella imagen la paralizó, que no supo qué decir, que quiso gritar y protestar, pero que no encontró palabras, ni fuerzas.

A pesar de estar encinta, el médico le impuso antidepresivos. Se había prometido dejar de fumar, pero no lo consiguió. Lo hacía con sentimiento de culpa. Cada cigarro aumentaba su tristeza.

Estudiaba Bellas Artes. Acudía a las clases, pero era como si no estuviera presente. Los profesores hablaban de teorías que en esos momentos se le antojaban lejanas y faltas de sentido. El blanco del lienzo le parecía inabordable. Le resultaba imposible concentrarse en el trabajo. Aun así, siguió pintando. De manera más intermitente, claro, pero de vez en cuando sacaba fuerzas para terminar algún dibujo, que se empeñaba en que fuera colorido y lleno de una alegría que no sentía, pero esperaba que se le contagiara de alguna manera desde la paleta de colores. Se centró en mi hermano, en el embarazo, en el niño que venía en camino. Se convenció de que el secreto era pensar en positivo. Intentaba a toda costa dejar de lamentar la pérdida irreparable. Hizo una escapada de una semana a Roma con Txiki, la mujer de Chema, para alejarse al menos unos días

del escenario de su día a día. Pero a pesar de todos los intentos de desprenderse de ella, una profunda tristeza la había aferrado con fuerza. Todo le dolía.

—No sonreía. Solo cuando estaba con tu hermano, a veces, unos segundos cuando le miraba a los ojos. Y contigo, claro, una vez que habías nacido —me cuenta Nati, una de sus hermanas pequeñas, seis años menor que mi madre—. Pero sonreía para vosotros, para estimularos, no porque ella estuviera mejor. Desde la muerte de tu padre, lloraba todos los días. Era como una sombra. Le costaba tomar cualquier decisión, hasta qué desayunar por las mañanas. Fue un tiempo horrible para todos, porque aquella tristeza era contagiosa.

Mamá se ponía pequeños retos. No llorar durante una jornada completa, por ejemplo. Salir de vez en cuando y reencontrarse con sus amigos. Disfrutar de las etapas del embarazo, como lo había hecho con mi hermano mayor. Estar más tiempo con sus hermanas. Pero todo parecía imposible. Cualquier tarea, por pequeña que fuera, se le hacía cuesta arriba. El llanto la asaltaba en los momentos más imprevistos: una canción en la radio que era una de las favoritas de mi padre; un conocido que en la calle le preguntaba por su marido, pues no sabía de su muerte; no tener con quién compartir íntimamente el alivio tras las visitas a la matrona, que decía que el niño crecía correctamente en su seno; la mirada de sus seres queridos que, aun sin pretenderlo, transmitía una profunda lástima por ella.

Se mostraba tan alicaída que la familia temió incluso el suicidio. En aquella época los hombres hacían la mili y las mujeres el servicio social. Mi abuelo pensó que sería buena idea que Begoña, una de las hermanas pequeñas, solicitara hacerlo en la biblioteca de la Facultad de Bellas Artes, sita en aquel entonces en el campus de Sarriko. Así, la acompañaría cada mañana y estaría a mano en cualquier momento si necesitaba algo.

En agosto de 1975 nací yo. Por más que he intentado sonsacarles, ni Mamá ni ninguna de sus hermanas han confirmado mis sospechas de que, al menos en parte, debió de ser un momento triste. Un nuevo niño venía al mundo, es cierto, pero las circunstancias en las que lo hacía por fuerza debían de matizar la buena nueva. Pero no, al contrario, solo tienen buenas palabras en torno a aquel acontecimiento. Ni un pero. Ni una sola sombra. Es como si en la familia existiera la convención de hacer de aquel momento un punto y aparte desde el que mirar hacia el futuro.

Mamá afirma con rotundidad que mi nacimiento fue el comienzo de su recuperación, que tenerme a mí le hizo recobrar la alegría. Pero yo no terminé de creerla. Ella jamás nos ha trasladado a sus hijos la idea de que podamos haber sido, siquiera en un momento puntual de su vida, una carga. Todo lo contrario, siempre nos ha dicho, a los cuatro, que hemos sido «regalos del cielo». Lo decía así, con esa expresión, que todavía utiliza para referirse a sus nietos. Cuando yo era niño, oír esto me hacía la persona más feliz del mundo. Por eso se lo digo mucho también a mis enanos, porque que un niño sienta que su nacimiento fue un momento celebrado, que su mera existencia es un regalo para quienes le rodean, es algo maravilloso. Pero sé que en mi caso no puede ser verdad que mi madre sintiera eso. Al menos de continuo. Seguro que mi madre me tuvo en sus brazos innumerables veces pensando que su bebé era un presente del cielo, el último

vínculo con mi padre. Seguro que mi sueño y mi calor y mi olor de bebé la reconfortaron por momentos. Pero yo soy padre, y sé que la paternidad es una montaña rusa, en la que recorres todos los estados de ánimo posibles. Sé que a veces estás muy cansado y triste y te hundes en el miedo a no ser capaz de sacar adelante a esa criatura que llora como si no hubiera mañana, que te necesita fuerte y de pie. Por ello, no me cabe ninguna duda de que, atravesando una depresión clínica, tuvo que haber momentos en mis primeros meses de vida que fueran terribles para mi madre. Por fuerza hubo de tener momentos de flaqueza, en los que mi presencia y mis exigencias de neonato, inapelables, urgentes y ajenas a su situación anímica, la hicieran sentir todavía mucho peor.

No obstante, tanto ella como sus hermanas coinciden en que su recuperación coincidió con mi crecimiento, que a medida que yo iba creciendo, ella volvía a la vida.

Hasta que aquel hombre apareció en el horizonte.

La primera vez que se le acercó fue en el entierro de mi padre. Mamá lo recordó tiempo después, cuando, por suerte, ya había pasado la pesadilla. Cuenta que al salir de la iglesia alguien la abrazó y le murmuró al oído «Lo siento mucho». Ella se quitó de encima a aquel desconocido de un empujón.

Meses después, un día que Mamá caminaba por la calle Ledesma empujando mi cochecito, junto a mi hermano y mis abuelos, volvió a acercársele. Ella no le reconoció. No fue hasta tiempo después cuando cayó en la cuenta de que aquel hombre que la agarró en el entierro de mi padre era el mismo que ahora se presentaba amablemente. Le tendió la mano, con una sonrisa. Acarició el pelo de mi hermano mayor. Se asomó a mi cochecito. Exclamó: Qué bebé más precioso. Era estudiante de Bellas Artes, como ella. Dijo conocerla de vista. Se mostró muy amable. Le dio el pésame y dijo que ya se verían por la universidad. Mis abuelos comentaron que qué chico más agradable.

En la facultad, comenzó a rondarla. Como una fiera se acerca a su presa, poco a poco, pacientemente. Era atento con ella. Siempre dispuesto. Se hicieron amigos. Él descendía de una ilustre familia bilbaína de exótico apellido. Decía ser *hippie*. Acudían a algunas clases juntos. Fumaban algún canuto y hablaban de poesía, música y pintura. Quedaron alguna vez para ir a ver galerías de arte, un concierto o al cine. En aquellos momentos Mamá no se sentía tan mal. Después de meses de un dolor insoportable que amenazaba con acabar con ella, esos instantes le permitían respirar, tomar distancia, mirar las cosas con pausa y perspectiva. Quizá los demás tuvieran razón, se decía. Quizá la vida pudiera continuar y ella ser feliz, aunque fuera por momentos, de manera intermitente, aunque ya nunca volviera a sentir la alegría plena y total que sentía con mi padre, cuando todo iba bien.

Una tarde, aquel hombre la besó. Mi madre no se resistió. Estaba necesitada de cariño, de alguien que la abrazara y la hiciera sentirse protegida. Comenzaron a salir juntos. Nadie se opuso. Ni los amigos ni la familia de mi madre. En aquel segundo lustro de los setenta, una madre joven y sola se veía mal socialmente, aunque fuera viuda y no soltera. Se entendía que una mujer no era

capaz de sacar adelante una familia por sí sola y que si el destino le deparaba la viudez, debía buscar pronto alguien que se ocupara de ella.

Aquel hombre la trataba bien. Era un tipo francamente extraño, que a veces guardaba silencios largos y misteriosos, pero Mamá lo achacaba a su condición de artista, de la que no dejaba de vanagloriarse. Se presentaron formalmente a las respectivas familias. No llevaban ni dos meses de noviazgo cuando la madre de aquel hombre, que era muy católica, exigió a mi madre que se casaran. Razonó que vivían en pecado y en riesgo; que si algo le pasara a ella, sus hijos carecerían de un hombre que cuidara de ellos; que una mujer necesita un varón que vele por ella. Mi madre se negaba. Hacía un año y medio que había quedado viuda y no veía el sentido ni la necesidad de una boda. Pero fueron minando poco a poco su resistencia y, finalmente, accedió.

Dio el sí quiero en Algorta. El lugar me lo han confirmado las hermanas de mi madre, porque Mamá ha borrado la mayoría de los recuerdos de esos días, incluido dónde se celebró la boda. Es algo fascinante, cómo funciona la memoria, cómo a veces el cerebro necesita depurarse y eliminar imágenes y sensaciones que amenazan nuestra salud mental. Acudieron solamente los familiares más cercanos de ambas familias. Aquello no fue una fiesta, no fue una boda al uso. Algo extraño flotaba en el ambiente. Esto último me lo han contado también mis tías maternas.

—Era como si nadie se atreviera a celebrar lo que se entendía como un error —me confesó una de ellas.

Pero la cuestión es que tampoco se opuso nadie.

El destino del viaje de novios era Ibiza. Partieron la mañana siguiente a la boda. Mamá nos dejó a Borja y a mí con mis abuelos. Aquel hombre le dijo que irían a una casa maravillosa que le prestaban unos amigos, donde pasarían una semana. Madrugaron mucho el día de la partida. Fueron en coche hasta Valencia y allí tomaron un ferri hasta la isla. El viaje fue largo y agotador. El calor, insostenible. A Mamá le carcomían las dudas, alimentadas por el cansancio acumulado. No sabía si realmente había actuado bien casándose con aquel hombre, de manera tan precipitada. Además, le dolía separarse de sus hijos, aunque fuera solo una semana y supiera que estaban en buenas manos. Desde un teléfono público de Valencia llamó a casa de sus padres para preguntar por mí y por mi hermano. Le respondieron que estábamos muy bien, que disfrutara, que no se preocupara, que se olvidara de nosotros por unos días. Al salir de la cabina, aquel hombre vio que había llorado mientras hablaba con sus padres y hermanos.

—Qué pasa, ¿no eres feliz o qué hostias? —exclamó.

Cuando llegaron a Ibiza se citaron en una terraza con un conocido de aquel hombre para que les diera las llaves del apartamento. Ya en destino, Mamá se mostraba más tranquila y se apartó con el dueño del piso sobre pintura, música, cine. Aquel hombre se mantuvo en un extraño silencio que solo matizó con algún monosílabo, hasta que ordenó:

—Vámonos.

Mamá indicó que no había terminado su cerveza, pero aquel hombre se levantó sin mirar atrás. Ella dudó. Pero fue apenas un instante. Le siguió, excusándose ante el amigo. Subieron al coche.

Él conducía, la mirada en la carretera, ceño fruncido. Mamá le preguntó varias veces si estaba enfadado y por qué, pero no encontró respuesta. Ella se encendió un cigarro y se dedicó a mirar el paisaje. Ya se le pasará, se dijo. De repente, él giró con brusquedad el volante a la derecha y enfiló hacia una cala que se encontraba vacía. Frenó en seco y se bajó del coche. Mamá pensó que querría pasear, hablar de lo que fuese que había sucedido, del motivo de su irritación, de las lágrimas de la cabina de Valencia, así que abrió también su puerta para hacer lo propio. Cuando puso el pie en tierra, aquel hombre cayó sobre ella. Recibió un puñetazo tras otro. Pam, pam, pam. Los golpes se sucedían como truenos de una furiosa tormenta. No pudo ni gritar. No daba crédito, no sabía qué demonios estaba pasando, qué era aquello, por qué le sucedía a ella. Se cubrió como pudo. Los puñetazos le caían en la cabeza, en las manos, en los hombros, en la cara. Aquel hombre la pateó, le tiró de los pelos. Tras unos minutos eternos en los que Mamá bajó al infierno, por fin cesó de golpearla.

Regresó al volante.

—Cierra la puerta —le ordenó. Al ver que ella, rota en gemidos y un llanto callado, no se movía, insistió—. Cierra la puta puerta.

Mamá obedeció. Por miedo, por no saber cómo reaccionar ante aquella inesperada explosión de violencia, porque qué otra cosa podía hacer. Aquel hombre retomó la carretera, de nuevo en silencio. Pero aquel no era ya un silencio incómodo. Era un silencio aterrador. Mamá hizo el resto del trayecto encogida en su asiento, con los brazos protegiendo su cabeza, temblando, gimiendo. Aquel hombre cada cierto tiempo murmuraba: «Deja de llorar de una puta vez». Ella intentaba obedecer, temiendo un nuevo golpe. Pero no podía.

Llegaron a la casa. Aquel hombre bajó a mi madre del coche de un tirón. La metió en el apartamento agarrándola del brazo con tanta fuerza que ella temía que se lo rompiera. Cuando abrió la puerta, a Mamá se le vino encima lo poco que quedaba en pie de su mundo. El prometido apartamento maravilloso era una pocilga, lleno de basura por todas las esquinas. Apeataba. Aquel hombre debió de ver la duda en sus ojos. De pronto, la agarró del pelo y, tirando con fuerza, la llevó a rastras hasta el baño. Mamá cayó al suelo y ahí quedó, hecha un ovillo, temiendo una patada, un puñetazo. Él la levantó. De nuevo de los pelos. Mamá tenía una preciosa cabellera negra que recorría toda su espalda. Aquel hombre cogió unas tijeras y empezó a cortársela. Con violencia, a golpes. Ella lloraba y gritaba y pedía por favor que la soltara, que no le hiciera daño, que parara de una vez. Él la mandaba callar a gritos y le pegaba con el codo, con el mango de las tijeras. Le destrozó el pelo. No le dejó más de tres o cuatro centímetros de largo. Le dio un último golpe y la dejó tirada en el suelo. Poco después, abandonó el apartamento.

Mamá aprovechó el momento para escapar. Por suerte, aquel hombre no le había quitado el dinero. Bajó a la calle y buscó un taxi. Encontró uno pronto. Sin preguntas, el taxista la llevó hasta el centro de Ibiza. Todavía no habían cerrado los comercios. Instintivamente, Mamá buscó una peluquería. Magullada y con el pelo destrozado, entró en la primera que encontró y, entre sollozos, pidió por favor que la arreglaran. Se había puesto gafas de sol. La peluquera, una mujer entrada en

años, tampoco preguntó nada. No se interesó por el motivo de aquel estropicio en su pelo. Simplemente, lo matizó. Le dejó el pelo corto, pero arreglado.

Mamá pensó en llamar a casa, en pedir ayuda. Pero lo descartó. Aitite le había advertido hacía tiempo que no le gustaba nada ese hombre. Y aunque aquello fue porque Mamá se había dejado una de sus cartas sobre la mesilla del cuarto y él la leyó sin permiso y vio palabras que debían quedarse en la intimidad de una pareja, temía la regañina familiar: La has cagado, Carmen, ya te lo dijimos, te advertimos que ese tipo no era trigo limpio. En lugar de eso, cogió otro taxi. Esta vez, con destino al aeropuerto. No sabía si habría vuelos directos. Pero si no los había, cogería uno a Madrid y de allí a Bilbao. Tampoco sabía horarios, pero la perspectiva de pasar la noche en la terminal era mucho mejor que la de volver a aquel piso inmundo con ese psicópata.

En la puerta del aeropuerto, sin embargo, la esperaba aquel hombre. Al ver que ella había escapado, pensó que su plan sería volver a Bilbao y se plantó allí para impedirlo. No la encontró en la terminal, decidió esperarla en los exteriores y dio con ella. Mamá se lo encontró de bruces. No le dio tiempo ni a correr. La cogió del brazo. Ella temió un nuevo golpe. Pero en lugar de aquello se encontró con su llanto desgarrado.

—¡Perdóname! —gritaba—. No sé lo que me ha pasado. He perdido los nervios. Nunca se repetirá. Yo te amo, ¡te amo!

Aquel hombre se puso de rodillas, besó los pies de Mamá, juró que nunca volvería a ocurrir. Y lloró tanto, tantísimo, que ella cometió el error de creerle.

Subió al coche. Volvieron al piso.

Mamá nunca nos ocultó a sus hijos aquel episodio de su vida. Pero tampoco se prodigó en detalles. Sabíamos que estuvo casada, fugazmente casada, con un loco, un maltratador, un monstruo. Pero nos ahorró el relato de aquellos meses, la narración de su sufrimiento. Estas semanas, hablando de mi padre, de su muerte, de lo que aconteció después, Mamá también me ha hablado de aquel hombre, de aquellos meses de oscuridad y miedo. Han pasado cuarenta años de aquello, y aún le cuesta horrores reconocer lo que sufrió. Es típico en las víctimas de maltrato sentirse de alguna manera culpables. Quizá por no haber puesto punto final a la historia tras el primer golpe. Solo cuando se han recuperado y aferrado de nuevo las riendas de sus vidas saben que debieron haberlo hecho.

En una de nuestras conversaciones recientes, pregunté a Mamá por qué no se marchó definitivamente tras aquella primera paliza. Pero no supo qué contestar. Me confesó que a veces, cuando piensa en aquel tiempo, tiene la sensación de que no era ella la persona que convivió con aquel hombre, que sus golpes y amenazas y chantajes emocionales la habían convertido en otra mujer, en alguien diferente, más vulnerable, menos capaz.

Fue un error terrible, porque no tendría muchas más ocasiones. Perdida la oportunidad de huir en Ibiza, aquel hombre se encargó de aislarla. La obligó a dejar los estudios. Le prohibió ver a sus amigos de siempre. Nunca la dejaba a solas. Si no estaba él con ella, era la madre de aquel hombre la que había de acompañarla. En cierta ocasión, Mamá le confesó que le pegaba. Pero ella negó la mayor y la acusó de agraviar a su buen hijo. Después, su suegra se lo contó a su hijo y este le dio una paliza amenazando con matarla si volvía a hablar de aquello con alguien. En ocasiones, incluso la encerraba en una habitación, bajo llave.

Cuando estaban con otras personas, aquel hombre le prohibía mirarlas a los ojos. Le advertía antes de los encuentros: Si te veo mirando fijamente a alguien, te mato. Mamá mantenía la vista clavada en el suelo, en la mesa, en los zapatos de la gente. Algunos achacaban esto a la tristeza por la pérdida de mi padre, de la que no parecía recuperarse. Quienes no la conocían de antes, se sorprendían de su timidez. En aquellas ocasiones en sociedad, a veces hablaba y daba su opinión sobre algo: política, arte, cine, la vida. En esos momentos, él pasaba el brazo por encima del hombro de Mamá y sonriendo a los demás le susurraba: «Cállate». O, si le había desagradado lo comentado por ella: «Te voy a romper la cabeza».

Amigos y familiares pensaron que el carácter de mi madre había mutado por propia voluntad. No se dieron cuenta de que, en realidad, vivía aterrada.

—Fue tu madre la que puso un muro entre nosotros —dijo Chema—. Yo no sé si tú sabes, pero... entre mi hermano y Javi Riaño tu madre estuvo casada con otro hombre...

—Claro que lo sé —le corto.

Respondo velozmente porque siento que plantear esa duda sobre mi conocimiento equivale a reconocer de algún modo que Mamá tiene algún motivo para ocultarnos aquello. No es así y quiero dejarlo claro desde el primer momento. Pero al instante pienso: ¿y si no lo llego a saber? ¿Y si Mamá hubiera optado en su momento, legítimamente, por no contarnos nada de aquello a sus hijos? ¿Cómo me habría sentado enterarme de esta manera? ¡Es la primera vez que hablamos en nuestra vida! Y pensando esto siento una rabia inmensa contra mi tío, el hermano de mi padre, que ahora se me antoja un desconocido incapaz de medir el daño que pueden causar sus palabras, que la primera vez que nos vemos pone sobre la mesa sin medir las consecuencias lo que entiende que puede ser un secreto de mi madre. Pero no digo nada, y él continúa:

—Una vez, aquel hombre y tu madre nos invitaron a cenar a Txiki y a mí a su casa, en Sopelana. Acudimos y todo iba bien hasta que tú protestaste en la cuna y te pusiste a llorar. A pesar de los esfuerzos de tu madre, no te calmabas. Al cabo de un rato, cansado de tu llanto, aquel hombre se levantó de la mesa y dijo: Esto lo soluciono yo en un momento. Entonces, te arrancó de los brazos de tu madre y te metió en la ducha con agua fría. Tú llorabas y llorabas y aquel hombre...

—Me pegó.

Termino la frase, porque Chema no lo ha hecho. Asiente. Yo niego con la cabeza.

—Cuando salimos de la casa, Txiki lloraba y me decía: «Chema, yo no puedo ver esto». Y yo tampoco podía. Aquello era demasiado para mí, después de la muerte de mi hermano.

—O sea, que ves cómo le pegan a tu sobrino de bebé y decides no volver a verle. Nunca más. En cuarenta y dos años —resumo.

Por un momento temo perder los papeles. La explicación de mi tío me indigna. La manera de deslizarla, me repugna.

Los dos nos quedamos en silencio. En un silencio que ya no se rompe del todo, aunque sigamos hablando de bagatelas hasta despedirnos una hora después.

Tengo el recuerdo de las duchas frías con las que aquel hombre nos castigaba. Una escena está grabada en mi mente: mi hermano mayor llora, ese hombre lo aferra con una mano mientras con la otra apunta con la ducha a su cara. Bajo el chorro de agua, los llantos de Borja se convierten en gorgoteos. Mamá pide, por favor, que pare. Intenta detenerle y forcejean, pero aquel hombre es demasiado fuerte.

Tengo esa escena grabada en la mente. Pero es imposible que sea un recuerdo original. Los recuerdos comienzan con la adquisición del lenguaje y mientras Mamá estuvo con aquel hombre yo aún no sabía hablar. Lo más probable es que de niño cazara al vuelo alguna conversación ajena, de mis padres, de algún familiar, y me impresionara tanto que, a base de regresar a ella una y otra vez en mis pensamientos, terminara por confundirla con algo vivido y creara un recuerdo que mi mente creyó propio. O, quién sabe, quizá vi esas imágenes en una película y por alguna razón se anclaron a mi memoria como si fuera una vivencia propia.

Tras el encuentro con Chema, pregunté a Mamá si, efectivamente, aquel hombre nos pegaba también a nosotros, sus hijos. Al principio lo negó rotundamente. Después, algunas de sus palabras y respuestas evasivas dejaron espacio a mis dudas. No quise insistir, porque temía que Mamá lo entendiera como un reproche. Nada más lejos de mis intenciones. Ella siempre ha tenido amor y cariño para nosotros, a manos llenas, y en aquel momento era una víctima, incapaz de protegerse de aquel monstruo. No tengo nada que echarle en cara. Siempre ha sido una madre maravillosa. Menos aún puedo reprocharle haber sido durante un tiempo de su vida víctima de maltratos. Además, tampoco tengo recuerdos ni sensaciones que me quiten el sueño, ni traumas infantiles asociados a aquel tiempo, al menos que yo sepa. Mi pregunta buscaba contrastar las palabras de Chema y, de paso, resolver la duda de la procedencia de mi recuerdo.

No quiero molestar mucho a mi madre con ese tema. No quiero que sufra, así que doy por buenas sus explicaciones. Sí hablo de aquello, sin embargo, con una sus hermanas: mi tía Nati.

Adoro a Nati. Desde pequeño ha sido para mí la viva imagen de la bondad y de la sensatez. Su familia siempre me ha recordado a la mía. Las dos somos un poco como los *outsiders* de los Olabarri, los raros, los diferentes. Su marido es pintor y escritor y músico, y su casa está llena de libros y discos por todas partes. Gran parte de mis primeras lecturas se las debo a ellos. Siempre he tenido en cuenta sus palabras, pero desde que tengo a los niños, le pido consejo explícito. Es psicóloga infantil y sigo sus indicaciones en torno a la educación y el crecimiento de mis hijos con fe inquebrantable.

A ella sí me atrevo a sonsacarla más. Hablamos en la terraza de su casa. Al principio se muestra muy reticente a dar detalles de aquel tiempo oscuro, pero poco a poco se suelta algo. Dice que aquel hombre era un monstruo y que prácticamente secuestró a mi madre. Recuerda que una vez Mamá llamó por teléfono a casa de sus padres para decir que la había encerrado con llave en la casa y que no la dejaba salir a la calle. Entonces, mi abuelo y dos de los hermanos de Mamá acudieron en su ayuda. Lo que no alcanza Nati es a contestar a mi pregunta de cómo pudo ser que después de aquello Mamá regresara a aquella casa, con ese hombre.

—Tu madre estaba extraña, ausente. Fumaba mucho. Nunca sabías realmente qué pensaba. A veces desaparecía durante dos o tres semanas. Pero creíamos que era por voluntad propia. Solo después supimos que era porque no la dejaba salir de casa debido a los golpes en el rostro. Yo entonces era una niña. Aquel hombre me asustaba, pero no sabía hasta qué punto destruyó la vida de tu madre.

Como ejemplo de la locura de aquel hombre, Nati evoca la habitación negra. Al parecer, había pintado paredes, suelo y techo de una de las habitaciones de la casa que compartía con mi madre en Sopelana completamente de negro. Era un lugar supuestamente pensado para la meditación, me cuenta.

—Meditando ahí, imagínate. Así estaba, como una cabra —concluye.

Me dice que ella cree recordar que sí hubo, al menos, algún episodio de malos tratos por parte de aquel hombre hacia mi hermano y hacia mí, pero que no lo puede confirmar con total seguridad. Explica que a los niños no podía ni vernos y que Mamá, probablemente para protegernos, nos enviaba a veces a pasar varios días a casa de Amama.

Me confirma algo que también mi madre me ha deslizado en alguna de nuestras conversaciones: aquel hombre y su madre buscaban el dinero de mi abuelo materno. Al parecer, la madre de aquel hombre, viuda de una ilustre familia bilbaína venida a menos, había pedido a mi abuelo un millón de pesetas de la época en concepto de «hacerse cargo de tu hija». Aitite, obviamente, se negó, pero ellos hicieron varios intentos más, que Nati sepa, todos infructuosos.

Por momentos mi tía se emociona hablando, y yo escuchándola. Me duele evocar la pesadilla que sufrió mi madre bajo el yugo de la locura de aquel hombre. Atendiendo al relato, sueño con viajar atrás en el tiempo y detener su sufrimiento. Al volver a mi casa, en moto, una idea cruza mi mente: ¿y si me vengo ahora?

Cuando entro en mi casa, después de hablar con Nati, mi mujer y los niños todavía no han llegado. Aprovecho el momento para sentarme en el ordenador. El nombre de aquel hombre es tan exótico que no me lleva más de diez minutos localizarle en internet. Miro su foto en Facebook. Recorro su rostro, observo sus ojos, lleno de un odio indecible. Pienso que si le tuviera ahora mismo delante le haría tragar cada uno de los golpes que dio a mi madre. Algo hace que mi ira sea aún mayor: en su página publica un poema al amor. Una mierda de poema al amor, indigno hasta para el más imbécil de los adolescentes del mundo: fácil, con faltas de ortografía y juegos de palabras bochornosos. Espío quiénes son sus amigos en la red social y compruebo que con dos o

tres movimientos podría localizarle en el mundo real, plantarme verdaderamente ante él. Me recreo en esa idea, que me seduce: aparecer un día, sin previo aviso, preguntarle si me conoce y, tras su negativa, soltarle una lluvia de puñetazos y patadas y, después, para que comprenda, para que solo él comprenda, tomar unas tijeras y cortarle el pelo como él hizo con mi madre, y dejarle ahí, en el suelo, ensangrentado, dolorido y humillado.

Me observo las manos y me doy cuenta, sorprendido, de que son puños. En ese momento, entran en casa mi mujer y los niños. Los pequeños corren hacia mí y saltan a mis brazos. Nos fundimos los tres en un abrazo, nos besamos y me cuentan que han estado en casa de Amama y que han comido helado y han dejado algo para mí en el congelador. Escuchándolos, mi ira desaparece al instante. Me digo que darle una paliza a aquel hombre en nada aliviaría el dolor que sintió Mamá.

Mi mujer se acerca al ordenador. Me besa y pregunta qué tal ha ido el día. Respondo que bien. Entonces, ve el perfil de Facebook de aquel hombre en la pantalla y pregunta quién es.

—No es nadie, cariño —respondo, apagando el ordenador.

Y es verdad.

Aquel hombre no es absolutamente nadie.

Cuando narras una historia con la perspectiva de los años, a veces te asustan las contingencias. Te das cuenta de que nuestro destino está marcado por pequeñas decisiones que hicieron que estuviéramos en un lugar determinado en el exacto momento en que sucedió algo que cambió nuestra vida. ¿Qué habría sucedido si no hubiéramos tomado ese tren? ¿Y si aquella noche nos hubiéramos quedado en casa, como era nuestra primera intención? A la luz de los acontecimientos actuales, lo que en el momento fueron pequeños detalles sin importancia se nos antojan esenciales hoy. Con esa constatación, nos damos cuenta de que todo lo que da sentido a nuestras vidas (nuestra familia, trabajo, sueños) o las pone en peligro (accidentes, enfermedades, errores) depende de pequeñas casualidades que hicieron que hoy estemos en el lugar y momento en que nos encontramos.

A veces también una tragedia se entiende con el tiempo como un ingrediente necesario para que el cauce de nuestras vidas haya transcurrido hasta ese paisaje en el que hoy somos felices. Esto tiene una moraleja peligrosa y falsa, porque puede dar a entender que aquello que nos sucedió en el fondo estuvo bien, cuando no es en absoluto así. Por ejemplo, ya he contado aquí que de niño me sentía culpable por pensar que, si mi padre no hubiera muerto, yo no habría conocido a Javi. Con el tiempo, por suerte, aprendí a darme cuenta de que el argumento era perverso y que todo es contingente, solo el final del relato hace parecer cualquier acontecimiento como necesario.

Hablando precisamente con Javi, constato otro de esos asombrosos guiños del destino que están en la base de estas reflexiones.

Me cuenta que la primera vez que vio a Mamá se quedó completamente prendado de ella. Él tenía dieciséis años. Fue a la playa de Sopelana con sus amigos. Y ahí estaba, vagueando tirado en la toalla, cuando pasó una chica mayor, de veintipocos, la piel asombrosamente morena y el pelo muy, muy corto y teñido de rubio. Llevaba un niño en brazos (a mí) y otro de la mano (mi hermano mayor). Él no le quitó la vista de encima. La vio jugar en la orilla con los pequeños, fumar con pose de actriz de Hollywood, leer concentrada en el pequeño momento de paz que le dimos sus hijos.

—Quizá hoy sería más normal, pero en aquella época aquel corte de pelo hacía que la gente girara la cabeza para mirar a tu madre.

Javi dice eso y después los dos nos quedamos en silencio. Sabemos que el corte de pelo no fue una moderna extravagancia, sino el intento desesperado de arreglar el estropicio que aquel hombre hizo a Mamá en la melena tras la primera paliza que le dio en Ibiza.

Ayer por la tarde me llamó Ana, mi hermana pequeña, para pedirme por favor que no continúe con las conversaciones con Mamá sobre el tiempo que pasó con aquel hombre, que no la interrogue. Me contó que estuvo con ella por la mañana y la vio con ojos derrotados. Al parecer, pasó la noche llorando.

—Déjalo, aunque sea un tiempo. Creo que Mamá está sufriendo al recordar todo aquello.

Le prometí a mi hermana que lo dejaba. Por supuesto que lo dejaba. Al colgar, sentí una punzada en el corazón. Lo último que pretendo es hacer daño a Mamá sacando a flote vivencias olvidadas precisamente por dolorosas. Me sentí mal, culpable. Después, dando vueltas en la cama sin poder dormir, me pregunté si quiero escribir la historia de mi padre y con ella la de Mamá o realmente lo que pretendo es escribir un libro con su historia, publicarlo porque sé que es buena, que lo tiene todo. Por un momento me vi como un parásito que roba a su madre su propia vida para venderla en papel. Pensé en mandarle un mensaje de móvil y decirle que he dejado el proyecto del libro para afrontar otro. Pero era muy tarde, y lo dejé para hoy.

Esta mañana, sin embargo, ha sido Mamá quien me ha telefoneado. Al parecer, Ana le confesó después que me había pedido que dejara el libro y me ha llamado para quitarme esa idea de la cabeza. Ha reconocido que lloró, y mucho. Pero también me ha confesado que le sentó de maravilla porque recordando aquel tiempo ha podido llegar a una conclusión a la que debió llegar hace tiempo y siempre postergó, por alguna razón:

—Durante mucho, mucho tiempo me sentí culpable. Después, a veces pensaba en esos días y, sin sentirme ya culpable, sí me veía de alguna manera aún responsable. Estos días, pensando, viendo mi situación con la perspectiva del tiempo, me he dado cuenta de que en realidad fui una víctima, con todas las letras, de que yo no tuve la culpa de caer en aquel agujero negro.

Me ha alegrado escucharla. Hemos hablado un buen rato. Le he prometido que, en cualquier caso, abandonaré el libro en el momento en que ella me lo pida.

Chema Reguera me envía al móvil un precioso regalo: un montón de fotos de mi padre de niño. Es la primera vez que observo su rostro infantil. Es increíble el parecido que tiene con el hijo de mi hermano mayor. Reenvió la foto al grupo que tengo con mis padres y hermanos. No hace falta decir quién es. Todos se muestran asombrados. El móvil se me llena de emoticonos con ojos grandes como platos.

Las instantáneas fueron tomadas en celebraciones familiares. En una se ve a mi padre con doce o trece años. Está con Chema y sus hermanas. Ellos lucen chaqueta y corbata, y ellas, elegantes vestidos y sombreros. El fondo de otra de las fotos, en la que posan tres niños y en la que mi padre no tiene más de cinco años, es una furgoneta rotulada con el nombre de la empresa de mi abuelo y las localidades en las que tenía tiendas: COMERCIAL RADIO REGUERA , BILBAO , LAS ARENAS , PORTUGALETE , BARACALDO , SOMORROSTRO , RAMALES. Una tercera foto muestra a casi toda la familia: cinco de los seis hermanos, junto a mis abuelos y otros tres adultos que supongo familia cercana de ellos. Falta el mayor de los hermanos de mi padre. Pienso que quizá fue él quien hizo la foto. Me da lástima. Me habría gustado ver su rostro cuando fue joven. Recuerdo de pronto la escena de aquella vez que me escupió que quién sabía de quién era yo hijo. Desde entonces, le tuve miedo. En mi encuentro con Chema se lo conté y no le extrañó. Me dijo que mi abuela lo decía mucho también, que yo no era un Reguera, que nadie sabía qué era yo. Pero explicó que ella lo afirmaba debido, sin duda, al veneno que el mayor de sus hijos inoculó en ella.

—No tengas ni la menor duda de tu apellido —afirmó Chema—. En la última conversación que tuve con Luis antes de que muriera, me dijo que tu madre estaba embarazada y nos citamos para celebrarlo después de las campanadas. Además, no hay más que mirarte —concluyó, señalándome de arriba abajo con una sonrisa.

Agradecí sus palabras, pero pensé que me habrían venido de maravilla treinta y cinco años antes, no ahora.

Mi abuela, madre de mi padre. Solo guardo en mi memoria un momento con ella. Fue en mi comunión, en 1985. Mamá la invitó a venir a la celebración y ella le tomó el guante. Fue en un enorme restaurante, con montones de invitados. Yo estaba feliz. Era mi gran día. Correteaba de un lado a otro sintiéndome el centro del universo. En un momento dado, poco después de la tarta y antes de que destrozara las rodillas de mi traje de comunión jugando a fútbol, Mamá me pidió que acudiera donde la abuela y le diera las gracias por venir. Asentí. Para cumplir su orden tuve que preguntarle, no obstante, quién de toda aquella gente era la abuela. Mamá me la señaló: una señora

morena vestida de negro. Me acerqué. Hablaba animadamente con otras mujeres de su edad. Me puse frente a ella y dije, cuadrándome y con una voz firme y convencida que hacía juego con el traje:

—Hola, abuela. Muchas gracias por venir a mi comunión.

Ella se giró, me miró atentamente con una amplia y amable sonrisa, y respondió:

—Muchas felicidades, Borja.

Después se giró y volvió a su conversación.

Nunca más volví a verla. La siguiente noticia que tuve de ella fue cuando murió en 2008. A mi hermano y a mí nos excluía en su testamento, como al resto de sus hijos menos a dos: Luciano y Ana. En mi encuentro reciente, sin embargo, Chema me dio claves sobre su falta de cariño conmigo y con mi hermano. Cuando contó que sus dos primeros hijos habían muerto en terribles accidentes, pensé que aquellas dos tragedias, unidas al ahogamiento de su marido y la muerte tan temprana de su hijo pequeño, debieron de afectarle de una manera indecible y profunda. La comprendo ahora, a la abuela. Quizá si yo pasara por momentos así sería incapaz también de amar de nuevo, de querer a un bebé, a un nuevo nieto.

Mamá, en cualquier caso, aún habla maravillosamente bien de la abuela. En nuestras conversaciones, no dice una palabra mala de ella. Afirma que mientras tuvimos contacto siempre fue buena con nosotros y que quería a mi hermano mayor, Borja, como a nadie en el mundo. Recuerda que durante su primer embarazo vivió en su casa y que la trató como a una reina. Claro que con el tiempo no fue lo mismo, pero excusa su distanciamiento de nosotros con las maledicciones de su hijo mayor.

Le pregunto a Mamá por la última vez que vio a la abuela. No la recuerda, pero sí me habla de una visita que le hizo con nosotros de niños una mañana de Reyes, unos años después de la muerte de mi padre. Fue muy extraño. Cuenta que la invitó ella, que la abuela le pidió que acudiera aquella mañana y que fue con nosotros. Yo tendría unos cuatro años y Borja, siete. Una vez en su casa, desde el primer momento la hizo sentir incómoda, como una extraña que hubiera invadido un momento familiar. Parecía enfadada y solo hablaba con monosílabos murmurados. A los niños ni nos miró. Se encontraban allí algunos de los hermanos y hermanas de mi padre. Tomaron café. En la alfombra, la abuela había dejado juguetes para otros de sus nietos, pero no para mi hermano y para mí. Mamá dice que, ante el desinterés de la abuela, viéndonos pedir a nuestros primos si nos dejaban por favor tal cochecito, tal figurita que les habían traído los Reyes Magos, se dio cuenta de que, para ella, para nuestra abuela, Borja y yo no éramos del todo parte de la familia y que aquello le rompió el corazón.

En la clase de la guardería de mi hijo pequeño están aprendiendo los apellidos. Les explican que cada uno de nosotros tenemos segundos nombres heredados de nuestros padres. Se sabe todos los de sus compañeros, que recita de carrerilla, como hará pronto con el abecedario. Los repasamos en casa. Tomo una especie de orla que nos entregaron a principio de curso con fotos de carné de los niños y sus nombres debajo y voy señalando uno a uno. No duda ni un instante: Aimar Valcárcel, Ane Pedrosa, Luken Solokueta.

Cuando llega a su foto en la orla, sin embargo, se detiene y guarda silencio. Le pregunto, ¿y tú cómo te apellidas? No responde. Entonces le digo: Reguera, te apellidas Reguera, como yo y como Oihan.

Él niega con la cabeza.

—No. Reguera, no. Rayo McQueen. Danel Rayo McQueen. Así me llamo.

Yo entonces tenía veintitrés años, estudiaba Filosofía y pasaba las horas bebiendo café y fumando con mis amigos, mientras discutíamos emulando a los antiguos sabios griegos. En nuestras conversaciones había un tema recurrente: el de los diferentes determinismos que negaban la idea clásica de que el hombre se hace a sí mismo y, en última instancia, el libre albedrío. A veces me mostraba beligerante. Como cuando estaba en el instituto y se debatía el derecho al aborto, lo aplicaba a mi circunstancia. Si un amigo apelaba al ADN o a las estructuras sociales, yo me revolvía y rebatía sus argumentos con contraejemplos. En el fondo de mi postura, había cierta negación de mi padre. Me resistía a asumir que algo había en mí de aquel hombre que habitaba como un fantasma fotos antiguas y con el que no conseguía trazar líneas que nos unieran.

Aún vivía en casa de Mamá. Una tarde en la que estaba leyendo y fumando sentado en el alféizar de la ventana de mi cuarto, Amama, cuya casa comparte jardín con la de mi madre, me llamó a voces desde su terraza. Respondí que me diera un minuto. Apuré el cigarro y dejé la lectura a regañadientes. Cuando llegué, me pidió ayuda para llegar al trastero, que está en la buhardilla del tejado y que ni ella ni la chica que la ayudaba en casa alcanzaban. Estaban haciendo limpieza y querían dejar allí una bolsa con trastos que se resistía a tirar: zapatos, ropa vieja, cosas así. Para ella, recuerdos. Me subí a una silla, estiré el brazo todo lo que pude y tiré a duras penas del pomo de la trampilla, que llevaba tiempo sin abrirse. La puerta cayó suavemente, junto con una pequeña escalera por la que subí con la bolsa en la mano. Olía a humedad. A esa humedad que nos hace estar alerta, porque es la humedad de las cosas que perdieron el contacto con el mundo, la humedad de los fantasmas, de lo que quedó definitivamente atrás. Siempre me han dado miedo esos lugares huérfanos y sucios que lindan con el hogar, que son como huecos en la vida que se desarrolla en la casa: el trastero, el garaje, la habitación de la plancha, la despensa de las casas antiguas. Sé la razón. Cuando era niño, con siete, ocho años, Aitite a veces me mandaba a por vino a la bodega que estaba en el garaje de la casa de Haro. Era una habitación grande, de piedra caliza, siempre fría y sucia y llena de telas de araña e invadida por esa humedad espectral, encarnada allí en una fina capa de moho blanco que hacía de piel de las botellas de vino. Me mandaba a la bodega a mí o a cualquier otro de sus nietos, a mitad de la cena, cuando ya era noche cerrada. Decía Aitite: «Trae una de Muga de 1984», y me daba las llaves. Yo bajaba corriendo las escaleras, encendía todas las luces en el garaje y en la bodega y rebuscaba entre los estantes con exagerada urgencia. Pero una vez encontrada la botella, todo se ralentizaba. No podía correr, porque alguna vez lo había hecho, salir veloz hacia la sala con la botella como un testigo de

carrera de relevos, y Aitite había montado en cólera, pues había agitado la botella y estropeado el vino. No, no podía correr, y esa imposibilidad de huir si aparecía allí algo, cualquier cosa, un monstruo, un asesino, me aterraba. Volvía caminando despacito, con la botella como si fuera una bomba que pudiera explotar con cualquier movimiento brusco. Apagaba las luces y caminaba por la impenetrable oscuridad lentamente, intentando pensar en otra cosa, con aquel espantoso olor a cerrado, a moho, a muerte, todavía en mi nariz.

Lancé, pues, la bolsa en el trastero casi sin asomarme y me dispuse a huir, a volver a la soledad de mi cuarto, a mi libro, a mis cigarros. Pero Amama me ordenó que entrara, que fuera hasta el fondo a buscar no sé qué cosa innecesaria, que me sumergiera en ese olor que despierta en mí miedos infantiles. Protesté, pero en vano. A Amama nunca se le ha podido decir no. Me arrastré por la buhardilla. Me llené de polvo manos y piernas. Estornudé. Me picaba la nariz, notaba cómo se hinchaba.

—¡Se supone que tengo alergia a los ácaros! —grité desde ahí arriba.

Rebusqué entre cajas llenas de libros viejos y estropeados, bolsas de ropa, pero no encontré lo que fuera que estaba buscando. Está bien, dijo Amama desde el pasillo, pasado un rato, harta de oírme murmurar. Déjalo, anda. Me di la vuelta para salir de allí, esta vez sí, a la carrera, cuando mis ojos se posaron sobre una caja blanca con la leyenda CHINON C-100 DUAL 8mm PROJECTOR y un proyector de Super-8 dibujado. Gateé hasta ella para mirar en su interior, pero estaba bien precintada con cinta adhesiva. La empujé para tantear su contenido. Pesaba bastante y sonaba como si hubiera algo suelto dentro. Decidí llevármela, con la ilusión de que contuviera lo que tenía en origen.

Amama fue a la cocina a hacer la cena. Vino a visitarme Ismene, mi novia entonces y mi mujer ahora, y mi madre la convenció para que se quedara también a cenar. Mientras ellas hablaban en la cocina, abrí la caja en el salón. Como anhelaba, el proyector de Super-8 estaba ahí. Y lo que es mejor, también varias pequeñas cajas de películas. Las ojeé y emergió un recuerdo: casa de Amama en Basauri, yo con seis o siete años, mi tío José Mari, el menor de los hermanos varones de mi madre, poniéndonos a mis primos y a mí en ese mismo proyector películas mudas de Bugs Bunny, el Pato Lucas y ese vaquero tarado que siempre me dio mal rollo (y que Google me chiva ahora que se llamaba Sam Bigotes). Recordé cómo a veces José Mari imitaba voces, inventándose los diálogos de las cintas. También que en alguna ocasión tocaba la guitarra para ponerles banda sonora a las películas.

Comprobé que algunos de los estuches de las películas eran de esos dibujos animados. Todavía quedaba un rato para que la cena estuviera hecha, así que decidí probar si el proyector funcionaba. Subí al cuarto de David, el único en toda la casa con una pared sin cuadros, una pared que podía hacer de pantalla. Limpié el aparato con un trapo, con esmero, cada esquina, cada hueco, cada ranura. Comprobé que los ejes de las bobinas giraran bien. Coloqué, tras innumerables intentos, la primera película que tenía a mano. Lo encendí. Sobre la pared apareció un recuadro blanco que al poco se transformó en una mancha sin sentido, una nube de blancos y

grises y colores apagados, manchas extrañas que se movían como una capa de jabón sobre el agua. Giré el anillo que rodeaba la lente frontal. Enfocada la imagen, de pronto, lo inesperado. Apareció ante mí el exterior de la casa de Amama en Haro, en la calle Bretón de los Herreros, donde he veraneado de niño, donde veranearon también mis padres. En la puerta de la casa, un coche, un Renault 4. Se abrió la puerta trasera y salió un niño. Se paró durante un segundo y sonrió tímido a cámara y huyó corriendo del plano. Luego emergió del coche otro niño, que repitió el ritual. Después otro, y otro, y otro y después otra vez el primero. Todos reían divertidos. Comprendí el truco: la otra puerta trasera estaba abierta y los niños entraban por ella y salían por la que enfocaba la cámara, ocultando en el plano que daban la vuelta, ofreciendo la impresión de que el coche era un autobús escolar lleno de pequeños. Reconocí a algunos de los niños, hermanos de mi madre: José Mari, Nati, Pili. La película siguió con otras escenas. La última ofrecía unos planos del jardín trasero de la casa, donde los niños jugaban. Entre ellos, dos bebés. Reconocí a mi hermano mayor y a mi primo Pablo.

Llamé a voces a las chicas. Tenéis que ver esto, les dije. Acudieron raudas. Puse la cinta de nuevo desde el principio. Amama y Mamá exclamaban emocionadas cuando reconocían a alguien nuevo en el plano. Se mostraban desbordadas por esa mezcla extraña de sentimientos que es la nostalgia. Sonreían como niñas. Mamá afirmó que las imágenes correspondían al verano de 1972, dada la edad de Borja.

Puse otra bobina, que resultó ser de dibujos animados del Pato Lucas. Hice el amago de poner una tercera, pero Amama protestó. La cena se enfriaba. Yo supliqué. Solo una más, solo una. Accedió a regañadientes. Me di prisa. Rebobiné y desmonté la bobina y la sustituí con la primera que tenía a mano: una caja con el Pato Lucas en portada, que tomé siguiendo la lógica de que por fuerza debía ser otra cosa, pues la cinta anterior correspondía a esta carátula. La encajé. Pulsé el interruptor. Arrancó la película y aquello fue como una aparición. Los cuatro quedamos en un silencio de iglesia.

En la pared de la habitación, mi padre sonreía y se movía y saltaba y reía y hacía el tonto frente a la cámara. Estaba en una galería con columnas. Simulaba ser una escultura, guiñaba el ojo e inflaba el pecho. Vestía camisa azul claro y pantalón vaquero. El pelo, largo y cuidado. Aquella fue la primera vez que vi imágenes suyas en movimiento. Yo tenía veintitrés años, media vida, y fue la primera vez que para mí fue algo más que una vieja fotografía en blanco y negro. Por primera vez, le vi vivo. Correteaba escondiéndose entre las columnas. En las imágenes tendría diecinueve o veinte años, no más. En ese momento yo era ya mayor que él cuando se grabó la película. Hoy le duplico la edad y podría pasar por su padre, yo, su hijo. Pero entonces, cuando vi aquellas imágenes en la pared de casa de Amama, éramos exactamente iguales. Como dijo aquel desconocido años atrás: dos gotas de agua. Físicamente, desde luego. Lo cual es sorprendente, pues en las fotos no pasábamos ni por familiares. Pero el parecido iba más allá. Compartíamos los gestos. También la manera de movernos, la forma de sonreír, el bamboleo de los hombros al caminar, el modo de girar la cabeza, tics con la boca y los ojos. Aquello me resultó tan asombroso

y me asustó tanto comprobarlo, que las lágrimas comenzaron a recorrer mi rostro como dos ríos desbocados. Balbuceé intentando decir algo. Al girarme buscando con la mirada a mi madre, mi novia, mi abuela, comprobé que ellas también lloraban. Ismene tomó mi mano. Los cuatro estábamos tan asombrados con lo que veíamos que no fuimos capaces de articular palabra. Hasta que Amama gritó:

—¡Dios mío! ¡Parece un milagro!

Hoy, a veces, me miro al espejo y pienso si a mis cuarenta y tantos años soy el hombre que mi padre debió haber sido. Es extraño pensar en el parecido familiar al revés. Indagar en el rostro de un hijo cómo podría haber sido un padre.

Aquella cinta era de un viaje que mis padres realizaron a París en 1974, cinco meses antes de la muerte de mi padre. Los días posteriores al hallazgo del reproductor de Super-8 revisé todas y cada una de las bobinas e incluso subí al desván por si encontraba alguna más. La mayoría de las películas recogían imágenes de celebraciones familiares. Entre ellas, la boda de mis padres. Son apenas dos minutos, desperdiciados por el cámara en la recreación del exterior de la iglesia de Andra Mari de Galdakao y vistas generales de las mesas de invitados, tomadas con tan poca luz que apenas se puede atisbar el rostro de los que se sientan en ellas. Sin embargo, hay un momento en que se ve a mis padres en el exterior de la iglesia. Ella viste completamente de blanco, con el pelo tapado por un velo. Él, un traje negro con camisa de largos cuellos y corbata de colores. La toma los muestra durante apenas unos segundos, justo en el momento en que salen de haber dado el sí quiero. Mamá sonrío llena de felicidad. Mi padre se muestra nervioso. Fuma y da la mano al fotógrafo de la boda con un gesto rápido, como un político. Después se acerca a ellos el tío Juan, marido de la hermana de mi abuela materna. Mi padre da una calada al cigarro, le pasa el brazo por el hombro y echa el humo por la nariz, sonriendo, inflando el pecho, orgulloso.

Tengo en mi casa, guardado como un tesoro en el fondo de un armario, el reproductor Super-8 con todas aquellas películas que, por miedo a que se corrompieran, mandé digitalizar. Me gasté una pasta pasándolas a DVD, pero ni siquiera pregunté el precio, del temor a perder esas imágenes que inesperadamente habían emergido del pasado. Los de la tienda decidieron estropear el silencio de las cintas acompañando a las imágenes en el DVD con la banda sonora de películas como *Lo que el viento se llevó*. Aun así, mereció la pena.

Vuelvo muchas veces a esas imágenes, aunque me entristecen profundamente. Sobre todo, cuando en ellas aparece, fugaz, el rostro de Aitite, que murió cuando yo tenía quince años y al que echo de menos cada día. A veces pauso la imagen y le contemplo durante largos minutos imaginando que no nos dejó y lo que habría sido de las vidas de quienes le rodeábamos si siguiera a nuestro lado.

Ante esas escenas del pasado familiar, siento un miedo existencial. Miedo a la levedad y fugacidad de nuestra existencia. Contemplando esas imágenes, constato que muchos de esos familiares que ahí sonrío y comen y fuman ya no están. También que, tarde o temprano, ya ninguno vivirá. Me afligen las tomas en casa de Amama en Haro. Especialmente una en la que se ve caminar en un tacataca a mi primo Unai, mientras su hermano mayor, Pablo, y Borja, el mío, bailan para la cámara. Por la edad de Unai, calculo que Mamá entonces llevaría algo más de medio año

viuda y estaría a punto de darme a luz. O quizá yo ya había nacido, no sé. Pero no es eso lo que me rompe el corazón. Es ver la casa lo que me puede. Verla igual que siempre, igual que está en mis recuerdos; contemplar el escenario de los veranos de Mamá y de los míos: el frontal de la casa, la verja verde, la puerta del garaje, de madera clara, el cemento desnudo y punteado del suelo de la entrada, los rosales que acotan el jardín, el banco donde tantos años después busqué huellas del tiempo pasado, el muro que separa nuestra casa de la de Aitor, el vecino, las macetas que, a un lado de la escalera de la entrada principal, Amama mantenía siempre floreadas. Como un tótem, de alguna manera esa casa siempre ha estado ahí, ha sido el eje en torno al que mi familia ha orbitado. Y ahora está a la venta.

Fue el accidente de mi hermano mayor lo que hizo que mi madre se atreviera a dejar definitivamente a aquel hombre.

Nada más dar el sí quiero, Mamá sospechó que quizá casarse había sido una equivocación. La primera paliza fue una prueba. Las sucesivas, porque hubo muchas más, las humillaciones diarias y por cualquier motivo y el maltrato sistemático la convencieron de que junto a aquel hombre jamás podría ser no ya feliz, sino siquiera vivir en una cierta calma. Temía también por el futuro de sus dos hijos. Sin embargo, a pesar de que en una parte de ella habitaba la convicción de que debía huir lo más lejos posible de la influencia de ese monstruo, otra parte insistía en darle una nueva oportunidad. Los llantos de aquel hombre tras los puñetazos la conmovían. Desgarrado en lágrimas, prometía cambiar y ella le daba crédito. Quién sabe por qué. Quién puede comprender cómo operaba en ese momento la mente de Mamá, la mente de cualquier víctima de una violencia así. Ni siquiera ella, con el paso de los años, es capaz de dar una razón definitiva que explique por qué no huyó desde el primer momento. Quizá era en parte el miedo a regresar a la casa paterna y admitir con ello que Aitite tenía razón cuando le advirtió sobre aquel hombre. Quizá temía los reproches, la cantinela de «Ya te lo advertimos», la sensación de estar transmitiendo a los demás que no era capaz de dominar su propia vida, reconocerse a sí misma que tenía miedo a afrontar sola el futuro de sus dos hijos.

Cada día se prometía abandonar a aquel hombre, huir lo más lejos posible. Cada día se convencía también de lo contrario. Cada día postergaba la decisión para el siguiente.

Hasta que aconteció el accidente de Borja.

Mamá y aquel hombre habían marchado una semana de vacaciones a Canarias. A nosotros nos dejaron con nuestros abuelos. La mañana del tercer día, Amama y Aitite salieron a hacer unos recados y me llevaron a mí con ellos. Borja, que entonces tenía cinco años, se quedó en casa a cargo de José Mari, el menor de los hermanos de mi madre, que entonces tenía catorce. Estaban en la cocina. José Mari hacía deberes y Borja pintaba en un cuaderno con un bolígrafo BIC. El niño, aburrido, se subió a la mesa para intentar alcanzar la lámpara del techo. José Mari le ordenó que se bajara, que podía hacerse daño. Entonces, mi hermano tropezó y cayó al suelo de cara. Al intentar protegerse con las manos, el bolígrafo que sujetaba le atravesó el ojo izquierdo, y le llegó hasta el cerebro.

A José Mari le tiembla la voz cuando rememora aquel día. Borja yacía en el suelo inmóvil. Al girarlo, mi tío se dio cuenta de la gravedad del golpe. El niño no reaccionaba. José Mari gritó, le

sacudió por los hombros, pero en vano. Aterrado, llamó a casa de la tía Nati, pero nadie respondió. Sin saber qué hacer, pasó a pedir ayuda al vecino. Este mandó a su mujer a buscar a mis abuelos y tomó un taxi con José Mari y el niño herido. Aitite y Amama salieron raudos hacia el hospital poco después. Al llegar a la puerta de urgencias, se encontraron a su hijo pequeño llorando desconsoladamente sobre el pecho del vecino, que seguía en shock. Temieron lo peor y acertaron. Los médicos fueron claros: el bolígrafo había llegado al cerebro de mi hermano y no existían prácticamente posibilidades de salvarle la vida.

A la puerta del hospital comenzaron a llegar mis tíos. Mis abuelos los recibían. Cuando un nuevo familiar llegaba, la noticia se adelantaba a los hechos. Era inevitable: Borja estaba muerto.

A dos mil seiscientos kilómetros de distancia, Mamá ignoraba lo sucedido. Pasaban la mañana en la playa. Habían dejado el coche alquilado en un aparcamiento a un lado de la carretera y andado un par de kilómetros. Me pregunto cómo fue aquella mañana para mi madre. Quizá fue relativamente tranquila y, relajada por el sol y la brisa canaria, oteando el horizonte se intentaba convencer de que podía reconducir la vida con aquel hombre. Quizá pensaba en tomar las riendas de la relación y hacerle cambiar. O, al contrario, igual musitaba para sus adentros la convicción firme de dejarle de una vez para siempre según volvieran a casa. Imposible saberlo. Imposible saber si la determinación con que le dejó era previa al accidente o llegó de improviso.

Cuando aquel hombre y Mamá regresaron al coche, tras una mañana de playa, se encontraron una nota en el limpiaparabrisas en la que la Guardia Civil los urgía a ponerse inmediatamente en contacto con la policía. Acudieron a la comisaría más cercana y allí Mamá recibió la noticia: su hijo mayor se encontraba muy grave. Había sufrido un accidente y era muy probable que falleciera en cuestión de horas. El policía añadió, como para hurgar en la herida que se había abierto en mi madre:

—Llevamos todo el día buscándoos. ¿Dónde demonios os habíais metido?

Salieron inmediatamente hacia el aeropuerto, con la intención de tomar el primer avión a Bilbao. Durante el trayecto, los coches con los que se cruzaban les hacían señales con las luces, tocaban la bocina, los conductores les hacían aspavientos. Mi tío Pablo había llamado a Radio Nacional y, tras las noticias, se emitía un boletín especial en el que se advertía que la familia de Carmen Olabarri necesitaba contactar de manera muy urgente con ella debido a un terrible accidente que había sufrido uno de sus hijos. En el llamamiento, se señalaba que se encontraba en Tenerife y se daba una descripción precisa del coche que habían alquilado, que Pablo recordaba de la conversación que tuvo con Mamá cuando esta llamó a casa el primer día para decir que habían llegado bien y preguntar por nosotros, sus hijos.

Pudieron tomar un avión esa misma tarde. La espera fue terrible. Aquel hombre intentaba transmitir ánimos a Mamá, repetía que todo saldría finalmente bien.

Unas horas después, llegaron al Hospital de Basurto. Allí Mamá recibió las peores noticias. Habían extraído el bolígrafo, pero el niño tenía dañado el cerebro y estaba en un coma del que, con toda probabilidad, no regresaría nunca. Mi madre no lloró al escuchar aquello. Había agotado

el llanto en el viaje hasta el hospital, había gastado ya todas las lágrimas. Aquel hombre tomó su mano y la apretó con fuerza. El gesto pretendió ser de cariño, pero supuso una advertencia para Mamá, un *yo sigo aquí*, que hizo que se alarmara. Mamá se giró hacia él y, mirándole fijamente a los ojos, le advirtió:

—No quiero volver a verte en mi vida. Hasta aquí hemos llegado. Lárgate ahora mismo.

José Mari llora al contarme el accidente de mi hermano. Es domingo por la tarde. Ha subido a casa de Amama para pasar la tarde con ella. Tomamos una cerveza. Le robo un cigarro, esperando que mi madre, que juega en el jardín con mis hijos, no irrumpa en la terraza y me recuerde que en teoría ya no fumo.

—Mira que he vivido cosas —susurra, secándose las lágrimas con el reverso de la mano—, pero aquello fue demasiado. Tenía doce o trece años...

—Catorce —le interrumpo—. Hice cuentas mientras tomaba notas para el libro.

—Catorce, sí. Catorce años, joder. Cuando fuimos en taxi, el vecino iba en el asiento delantero con el conductor, y yo detrás con tu hermano. Qué tenía, ¿cinco años? Estaba inerte, como un muñeco. Yo le abrazaba con todas mis fuerzas y le besaba la mejilla y le hablaba y le decía, Por favor, Borja, no te vayas, por favor no me hagas esto...

Hace el amago de romper en llanto de nuevo. Pongo mi mano en la suya y le pido que lo deje. Le digo que no son necesarios los detalles, que ya es más que suficiente lo que me ha contado. Asiente. Enciende un pitillo. Yo apuro el mío en silencio, mientras le observo secándose las lágrimas. José Mari siempre ha sido para mí más un primo que un tío, más un amigo que una figura de responsabilidad. Eso le ha permitido también darme muchos consejos. Fundamentalmente, cuando era más joven y necesitaba de ciertas guías para no pegármela demasiado. Es guitarrista de rock, ha tenido varios grupos, ha tocado con Extremoduro. Eso le confería una imagen que hacía que cualquier palabra suya para mí tuviera doble peso. Pero sobre todo ha sido siempre alguien con el que me he divertido. Cuando era niño, jugaba con nosotros. De adolescente le di la brasa en los bares en los que nos encontrábamos y le perseguí en los conciertos. Ahora, cuando coincidimos, reímos contándonos historias y chistes. Hoy debía ser una tarde de esas, pero he querido preguntarle por el accidente de mi hermano. Al verle afectado por la narración de aquella experiencia, me arrepiento un poco de haberlo hecho. No es alguien a quien haya visto muchas veces pasándolo mal. Quizá es la primera vez que le veo llorar. Le miro y pienso que cada uno de nosotros lleva una historia dentro, de la que no nos atrevemos a hablar por miedo a rompernos en pedacitos.

—Por cierto —dice por fin, sonriendo—, te voy a dar un dato para tu libro que seguro que nadie te ha comentado. La moto de tu padre era una Ossa Mike Andrews. Es una chorrada, pero yo siempre me he acordado porque adoraba esa moto y flipaba cuando tu padre llegaba a casa de Amama haciendo ruido.

Aquel hombre intentó volver al menos dos veces al lado de mi madre. La primera me la cuenta Pili, la hermana menor de Mamá, que ríe al recordar una escena que en realidad es trágica. Aquel hombre aporrea la puerta de casa de mis abuelos, que están ausentes. Grita exigiendo que le dejen ver a su mujer. Mamá está encerrada en una habitación y llora. El tío Juan, marido de la tía Nati, hermana de mi abuela, que había ido de visita, se harta de sus gritos, coge un cenicero, abre la puerta de casa y lo estampa en la cabeza de aquel hombre, que huye despavorido dejando un reguero de sangre.

La segunda me llega por Javi. Tomamos café y le pregunto si conoció a aquel hombre. Dice que le vio una única vez, cuando él y Mamá ya vivían juntos. Una mañana se plantó en la puerta de casa exigiendo ver a Mamá. Javi, a quien Mamá le había confesado aquel oscuro episodio de su vida, fue quien le advirtió de que ella no quería verle nunca más y que desistiera de una vez para siempre. Aquel hombre se negó y amenazó a Javi, quien se sonrió.

—Dame una excusa para partirte la cara —le dijo, mostrándole un puño.

Y de nuevo aquel hombre salió huyendo. Esta vez, para no volver más.

Cuando mi hermano llegó al hospital con el bolígrafo atravesándole el ojo hasta el cerebro, los médicos fueron tajantes: no había esperanza. Cualquier intento de extraerle el objeto tenía todas las posibilidades de acabar con la vida del niño. De hecho, ya era un misterio que no estuviera muerto. Debatieron largo y tendido sobre las diferentes posibilidades y, al final, optaron por no actuar y aguardar su fallecimiento. Un joven neurocirujano en prácticas fue el único en discrepar de aquella conclusión. Si no había nada que hacer, tampoco había nada que perder. Solicitó que le dejaran intentarlo, primero a sus compañeros y después a la familia. Como mi madre no había llegado aún, fue mi tío Pablo quien firmó el permiso.

La operación fue muy delicada, pero Borja no murió. Intervinieron en ella dos jóvenes médicos recién salidos del MIR: el neurocirujano que dio el paso adelante y un oftalmólogo.

Mi hermano no despertó del coma. Pasó varios días en la UCI, hasta que decidieron trasladarlo a planta. Mamá se instaló en el hospital. No se separó del niño en ningún momento, ni de día ni de noche. Con el sol, hablaba al niño y le decía que debía ser fuerte y que pronto despertaría y todo iría bien. De noche, rezaba. Pedía a Dios que no se lo llevara, como hizo con su marido.

Tras varias semanas en el hospital, Mamá decidió que su hijo debía estar en casa. Si eran pocas las probabilidades de que regresara del coma, si era realmente posible que muriera en cualquier momento, mejor que fuera en casa, rodeado de la gente que le quería. Los médicos no se opusieron. Permanecer en el hospital no le daba mayores posibilidades. Así que llevaron a mi hermano a la casa de mis abuelos en Basauri, donde le instalaron en una cama en el salón. Mamá pidió algo a sus padres y hermanos: todos, cuando volvieran a casa después de un día de estudios o trabajo, debían contarle la jornada al niño. Quería que recibiera la mayor cantidad de estímulos que fuera posible.

Así lo hacían. Junto a la cama había una silla siempre ocupada. A veces era Amama la que se sentaba un momento y le hablaba a mi hermano del menú que había pensado para aquel día, de sus compras mañaneras, de sus discusiones con las amigas y las preocupaciones que le daban sus hermanos. Aitite también lo hacía. Regresaba a casa después de un día de oficina y según dejaba el abrigo pasaba un rato con Borja. Le hablaba de sus negocios, de sus amigos y del Athletic Club, que ese año estaba haciendo una muy buena temporada. También los hermanos se tomaron muy en serio la petición de mi madre y pasaban las horas hablando al niño, leyéndole cuentos, haciéndole compañía.

Quien estaba más tiempo con él era Mamá, que, una vez que había dejado atrás la pesadilla de

convivir con aquel hombre, había tomado la determinación de sacar adelante a toda costa a su pequeña familia sin padre. De alguna manera, supongo que se sentía culpable por no haber estado presente en el momento del accidente. Aunque supiera que fue eso, un accidente, el recuerdo de los últimos y oscuros meses se mezclaba en su mente con el estado de su hijo mayor, como si un hecho y otro guardaran relación.

Ella dice que nunca perdió la fe, que rezaba cada noche rogando a Dios que Borja despertara y que nunca dudó de que en cualquier momento lo haría. Cuando lo decía en voz alta, todos intentaban matizar su convicción, por miedo a que si el niño moría mi madre se hundiera definitivamente.

—Hay que mirar adelante, Carmen, y sea lo que sea, afrontarlo como venga.

Pero ella se negaba a admitir la posibilidad de perder a mi hermano. No podía siquiera soportar la idea y se aferraba a que aún estaba vivo. Si hay vida, se decía, hay esperanza.

Pobre Mamá. Toda la vida me ha desgarrado el corazón pensar en esos momentos que tuvo que pasar. Víctima de un maltratador, viuda del amor de su vida, con su hijo de cinco años en coma y al borde de la muerte. Cuando alguna vez siendo yo niño me susurró eso de «Pobrecito mío, cuánto lloré contigo dentro», seguro que también pensaba en esos terribles momentos. Dormía conmigo. Yo tenía dos años. Seguro que se abrazaba a mí, a mi sueño inocente y feliz, para insuflarse esperanza. A mí, desde luego, es lo que mejor espanta mis miedos hoy: aferrarme de noche a mis hijos mientras los duermo, oler su pelo, poner la mano en su pecho y sentir su corazón latiendo con fuerza, con vida.

El caso es que mi madre tenía razón y un día, sin que nadie lo esperara, se obró el milagro. Fue un par de meses después del accidente. Mi tío Luis llegó a casa del trabajo. Saludó desde la entrada y dio un beso en la cocina a Amama, quien le recordó que debía sentarse a hablar con el niño. Luis asintió, pero antes se fumó un cigarro en el balcón, observando el ruido de los coches bajo la ventana. Cuando se sentó a su lado, besó la frente de mi hermano y le dijo que había tenido un día espantoso en el trabajo. Entonces, Borja le miró con el ojo bueno y, con una voz ahogada y temblorosa, articuló:

—Lu... Lu... Lu... Luis.

Mi tío dio un grito de alegría. Todos corrieron al salón.

—¡Ha hablado! ¡Ha hablado! —exclamaba, señalando a la cama.

El niño amagó una sonrisa. Mamá lo abrazó y lloró mares una vez más. Pero esta vez las lágrimas eran distintas. Esta vez eran, por fin, de alegría.

Durante los meses posteriores se completó el milagro: Borja se recuperó a velocidad de vértigo, hasta volver a tener una vida completamente normal.

Hay algo que no puedo perdonar a mi familia Reguera, y es que se desentendieran absolutamente de mi hermano. Lo mío me da igual. No tenían por qué quererme y no se lo echo en cara, porque me la trae absolutamente al paio. Nunca los he necesitado. Pero a mi hermano lo tuvieron en brazos mis tíos y tías, mi abuela. Le pasearon, le besaron, le hicieron cosquillas. Él sabía sus nombres, corría a abrazarlos cuando se encontraban en casa de la abuela. Seguro que a alguno le llamaba cariñosamente *tito*. ¿Cómo pudieron después pasar así del hijo de su hermano fallecido, a quien la mala suerte le puso las cosas tan difíciles? No puedo comprenderlo.

Cuando comencé a escribir este libro, meses atrás, me repetí que bajo ningún concepto debía contener reproches. Sin embargo, en este momento se desbordan. Mi padre murió sin contrato ni seguro. Mis tíos juraron a Mamá que ni a mí ni a Borja nos faltaría nunca nada. Era el hijo de su hermano, joder. Era su sobrino. Durante un par de años o tres le pasaron a Mamá una mensualidad para nuestro mantenimiento. Dejaron de hacerlo, sin embargo, poco después del accidente de Borja. ¿Cómo pudieron aprovechar aquel momento, con mi hermano en aquel estado y mi madre incapaz de pelear por lo que nos correspondía legítimamente?

Estoy en la plaza del pueblo con mi hermano mayor. Su hijo y los míos juegan unos metros delante de nosotros. Le pedí permiso hace semanas para escribir sobre su accidente y me lo dio sin pensarlo siquiera un segundo. Me alegró, porque temía que no lo hiciera. Cuando era pequeño le marcaron mucho las consecuencias. Ahora son casi imperceptibles: una pequeña cojera y un ojo ciego. Pero de niño eran más acusadas. A partir del episodio con Luis, su recuperación fue milagrosa. Sin embargo, aunque pronto volvió a hablar, tenía casi paralizada la parte derecha del cuerpo y le costó lo suyo aprender de nuevo a caminar. Sufrió varias operaciones. Mamá le llevaba a rehabilitación a diario. Le costaba mantener el equilibrio. Lo pasó muy mal. Fue el objetivo de burlas y menosprecios de niños y profesores. Todo el mundo parecía empeñado en subrayar sus incapacidades, en lugar de sus muchas virtudes. Todos menos Mamá, que le empujó siempre hacia delante, que le obligó incluso a no sentir la más mínima pena por sí mismo, a que jamás se creyera menos capaz que cualquier otro. Siempre se negó también a que le llevaran a un centro de estudios especial, como pretendieron algunos de los directores de los colegios donde estudió.

Cuando éramos niños, a mí me daba mucha pena mi hermano. Porque le veía sufrir mucho. Los niños en los ochenta eran crueles. Se cebaban con el que veían más débil. Él se revolvía. Se metió en mil peleas y líos por luchar contra aquella injusticia. Pero a veces veía también fantasmas donde no los había y luchaba contra gigantes y molinos al mismo tiempo. En ocasiones pagaba conmigo sus frustraciones, sus miedos e inseguridades. Creo que, de alguna manera, cuando éramos niños me tenía cierta manía. Supongo que se preguntaba por qué él había tenido tanta mala suerte y los demás niños no. Y el más cercano de los demás niños era yo.

He querido siempre mucho a mi hermano mayor. Me he partido la cara por él decenas de veces. De niño, de adolescente, de adulto. Cuántas peleas por defenderle de una burla. Cuántas veces la ceja abierta, el labio sangrando. Por él también he mentido, me he enfadado con amigos, he dejado a novietas. Sé que en el fondo él también me ha querido siempre, pero que nunca ha dejado de estar latente la idea de por qué fue él quien sufrió el accidente y no otro. Por ejemplo, yo.

Ahora, por suerte, todo eso quedó atrás. Vive una vida feliz y sé que es consciente de que, en el fondo, ha tenido suerte, que otros que pasaron algo parecido quedaron en el camino o con secuelas tan grandes que les es imposible vivir con cierta placidez. Hace tiempo que se reconcilió con el mundo. Y eso me hace feliz a mí también.

Uno de esos guiños del destino, tan increíbles que cuando los pones en el papel y los cuentas como una historia rozan la inverosimilitud: el cirujano que salvó la vida a mi hermano, aquel médico en prácticas que se negó a que se dejara morir al niño con el bolígrafo atravesándole el ojo, ese chico de apenas veinticinco años que se rebeló ante el consenso de los demás médicos y dijo que al menos había que intentarlo, es el padre de la mujer de mi hermano pequeño.

Recuerdo el día que vino por primera vez a casa con ella. Cenó con nosotros. Cuando Javi le preguntó por sus padres y ella dijo que su padre era neurocirujano, Mamá recordó de qué le sonaba tanto el apellido y encajó las piezas del increíble puzle. Fue un momento mágico. Borja incluso llegó a derramar alguna lágrima.

Pero hay más: el otro médico que estuvo aquel día atendiendo a mi hermano mayor, el oftalmólogo que le intervino tras la extracción del bolígrafo, es el padre del marido de mi hermana pequeña. La escena se repitió, unos años después. Ana presentó a su novio en casa y Mamá volvió a tirar del hilo.

Así que aquellos dos ángeles que se negaron a aceptar lo inevitable y salvaron la vida de mi hermano son hoy parte de nuestra familia.

Otra casualidad: marido y mujer de mi hermano y hermana se llaman prácticamente igual: Patrick él, Patricia ella.

Me sumerjo en el garaje de Mamá en busca de los discos de mi padre, tal y como me prometí hace semanas. Hasta hoy no me he animado recuperar su música. Ha sido porque ayer al mediodía quedé con uno de sus amigos de infancia, con quien tocaba en una banda de versiones. Se llama Javier Urgoiti. Él tocaba la guitarra. Otro chico, llamado Alberto Landabaso, la batería. Y mi padre era el bajo. Dieron varios conciertos, en Las Arenas y Gallarta. Pregunté a Javi qué tocaban.

—Lo que podíamos —respondió, casi disculpándose, quizá por haber generado grandes expectativas en mí—. Nos gustaba mucho *Summertime Girl*, de Los Íberos y algunas canciones de Los Sirex. Pero tu padre con lo que más disfrutaba era tocando *Judy in Disguise*, de John Fred and His Playboy Band.

Me apunté las canciones para buscarlas más tarde.

Javier Urgoiti me explicó que se hizo amigo de mi padre en el colegio de los jesuitas, poco después de que mi abuelo muriera. Como él tampoco tenía padre, como compartían esa experiencia, terminaron por hacerse buenos amigos. Después a mi padre le enviaron interno a Santander, pero siguieron viéndose a menudo.

Le pregunté cómo era y me hizo el retrato de un chico rebelde, soñador y con un punto triste. Me dijo que tenía reacciones fuertes, pero después se arrepentía al instante. Afirmó que siempre necesitaba ser el centro de atención, que no le gustaba pasar desapercibido. Como ejemplo, me habló de su motocicleta Ossa, del ruido infernal que hacía con ella. Usó varias veces la expresión «era más chulo que nadie». En cuanto a gustos musicales, me habló de los Beatles, de Pink Floyd, de Bowie, de Crosby, Stills and Nash. También de Los Canarios, recalcando que era un grupo que le gustaba especialmente. Después busqué en internet y resulta que era el grupo de Teddy Bautista, a la postre, presidente de la SGAE.

Javier Urgoiti me puso los dientes largos, así que hoy he buceado entre trastos, cuadros, cajas de vino, dibujos y esculturas hasta dar con el cesto de mimbre en el que recordaba que Mamá decidió guardar hace años su colección de discos. La he subido a la terraza y allí he quitado con un trapo la humedad y el polvo a los discos. Muchos eran míos. Mis primeras compras estaban ahí: Queen, Poison, Metallica. Otros eran de Javi. Cuando se separaron él y Mamá, el vinilo ya estaba desfasado y Javi no se llevó ninguno al dejar la casa. Aún están ahí todos los de J. J. Cale, Talking Heads o Roxy Music. Y, por supuesto, los de mi madre, parte de los cuales habían sido

antes de mi padre. Curiosamente, hasta mi conversación con el tío Pablo, nunca había pensado eso, que quizá parte de los discos de Mamá y Javi, cuyos gustos musicales heredé y cuyos vinilos pasé horas escuchando encerrado en mi habitación, habían sido en origen de mi padre. Mientras limpiaba los discos, revisé las carátulas en búsqueda del sello de Radio Reguera, o una pista que me indicara que el disco quizá había pertenecido a mi padre. He encontrado, por ejemplo, la carátula de *Abbey Road* (lamentablemente, el disco no estaba) y recordado con ella en mis manos la escena que me regaló el tío Pablo sobre las audiciones de discos de los Beatles en casa de mi padre. Observo la fotografía de los cuatro de Liverpool en el paso de cebría y compruebo que en la parte superior hay una firma a bolígrafo, un pequeño garabato ininteligible. Me digo que quizá fuera la firma de mi padre.

También he encontrado el primer disco de Crosby, Stills and Nash, de 1969, en cuya portada se ve a los tres en un porche, posando en un desvencijado sofá violeta. La carátula tiene trozos recortados del cartón, que supongo que fueron usados como boquillas de canutos. También una pequeña pegatina que reza REGUERA, ALTA FIDELIDAD. No me cabe ninguna duda de que este disco sí fue de mi padre. Lo observo durante largo rato. Es uno de mis favoritos, y lo he tenido decenas de veces en mis manos. Lo he escuchado desde los quince años. Ese mismo vinilo. Me digo que nunca había pensado que le perteneciera a él. Pero en realidad es imposible. Tuve que llegar a esa conclusión, con esa pegatina en la carátula. No es que nunca lo pensara. Es peor: lo olvidé. No le di importancia ninguna al hecho de que hubiera sido de mi padre, que él a mi edad lo escuchara como yo lo escuché con quince años. No se me escapa que ese hecho, el no haber dado importancia a que fue suyo, dice mucho de mí, de cómo mi padre fue una figura para mí problemática. Sobre todo, en mi adolescencia, cuando, como todo chaval, estaba afianzando los cimientos de mi identidad. Mi firma, por ejemplo, ensayada en cuadernos de clase en aquellos años, reza Galder R. Olabarri. Aunque siempre me he dicho Reguera, mi rúbrica obvia el apellido paterno.

Llega mi madre. Al verme limpiando los discos se sonrío.

—¡Vaya recuerdos! —exclama, y me confirma que ese que tengo en mis manos es uno de los discos de mi padre.

Me muestra otros. El *Space Oddity* de Bowie; un disco recopilatorio de portada amarilla y roja y título *Underground*, con temas de Julie Driscoll y Brian Auger, Cream, Jimi Hendrix o la Velvet, entre otros, que busco con el móvil en internet y descubro que era un obsequio de Phillips por la compra de un electrodoméstico antes de diciembre de 1970; el mítico directo *Hendrix in the West*, cuyas canciones en la carátula no coincidían con las del vinilo y alguien, supongo que mi padre, numeró en orden con rotulador; el *Every Good Boy Deserves Favour*, de The Moody Blues. Algunos de los discos tienen las iniciales L. M. C. y una fecha escritas en la trasera de la carátula. Pregunto a mi madre por su significado y me dice que corresponden, claro, a Luis Mari y Carmen. Me cuenta que para mi padre sus discos eran la posesión más preciada, que adoraba la música y

decía que dejándose llevar por los sonidos se sentía libre y feliz. También me cuenta que cantaba muy bien.

La escucho y me sorprende no haber hablado nunca de ello con Mamá, porque he acariciado algunos de esos discos durante horas, porque muchos de estos mismos discos han sido los que he escuchado durante años en la soledad de mi cuarto, sintiéndome precisamente como Mamá dice que se sentía mi padre escuchándolos. Ahora me parece un milagro que vinilos de mi padre hayan llegado hasta mí. Extraigo el de Crosby, Stills and Nash de su funda y lo acaricio con las yemas de los dedos. Evoco la imagen de mi padre con dieciocho años escuchando por primera vez *Helplessly Hoping* y me veo a una edad parecida, fumando sentado en la alfombra de mi cuarto, entonando a duras penas una canción cuya letra no alcanzo a comprender. Caigo en la cuenta de que en ese momento fuimos la misma persona. Exactamente la misma persona, pero separada por un largo tiempo y, también, por mi empeñamiento en negar su memoria, en no cultivar su recuerdo, el que me llegaba a través de Mamá.

Qué bobo fui.

Javi y Mamá se conocieron en la Semana Santa de 1978. Fue en Haro, una noche en que Mamá nos dejó en casa de Amama, en la casa que ahora está en venta, para salir por primera vez tras haber dejado atrás el secuestro al que la sometió aquel hombre. Se encontraron en la discoteca Toca-Toca, frente a la plaza de la Virgen de la Vega. Mamá estaba con unas amigas cuando Javi le pidió para bailar. Aceptó. Sonó *Satisfaction*, de los Rolling, y bailaron moviendo las melenas y agitando los brazos. Después salieron a fumar un cigarro. Hablaron, rieron y lo pasaron bien. Decidieron dar un paseo. Caminaron durante horas, de noche. Antes de despedirse, Javi le pidió verse al día siguiente y tomar algo en el pueblo. Mamá aceptó, pero le avisó que tendría que ser con los niños. Le explicó que estaba viuda y tenía dos hijos. Javi no dudó un instante.

—Está bien. Pero entonces, mejor que ir de bares, quedamos para dar un paseo.

La tarde siguiente la pasaron juntos con los niños. Mamá quedó muy impresionada, porque Javi nos trataba con enorme ternura. Era muy cariñoso con nosotros dos y comprensivo con Borja, que se estaba recuperando poco a poco de su accidente y aún sufría para caminar. A mí me llevó a burros, me hizo reír, jugó conmigo. Se despidieron de nuevo hasta el día siguiente. Mamá prometió escaparse un rato de los niños para estar a solas.

Aquellas vacaciones de Semana Santa se vieron varias veces más. Mamá estaba con nosotros en Haro, Javi con sus padres en Labastida. Algunas mañanas él aparecía en bicicleta en la puerta de la casa de Amama. Otras habían quedado y era mi madre quien iba a buscarle a él en coche a Labastida. Pasearon por el río, con nosotros o solos, hablaron de música, de libros, de sueños de futuro. En una de aquellas citas, Javi le confesó a Mamá que aún no había cumplido los veintiún años, la mayoría de edad en esa época. Mamá, que acababa de cumplir veintiséis, se enfadó muchísimo. Su primera intención fue dejar de inmediato aquella locura de relación. Pero ya se habían enamorado y, de alguna manera, sabía que no había vuelta atrás.

El regreso a la rutina tras las vacaciones les mostró lo muy diferente de sus mundos. Mamá tenía dos hijos, trabajaba de profesora de secundaria, pintaba y cursaba el certificado de aptitud pedagógica, necesario para dar clases en la escuela pública. Javi era alumno interno del colegio San Francisco Javier de Santurce, donde intentaba sacar adelante el COU con expectativas poco halagüeñas. A pesar de todo, siguieron viéndose a escondidas. Javi aparecía sin avisar en la puerta del instituto donde Mamá trabajaba. Ella le veía por la ventana, desde la pizarra del aula, mientras daba la lección, y se indignaba en la misma medida que se emocionaba. Le puso una

condición para continuar juntos. Si quería estar con ella, tenía que aprobar todas las asignaturas. Lo tenía difícil, porque hasta esas alturas de curso había pasado bastante. No era un buen estudiante. De hecho, era un pieza. Estaba interno desde que un par de cursos antes le echaran del colegio de los jesuitas de Bilbao después de que intentara comprobar empíricamente si los curas llevaban pantalones debajo de la sotana. Pero prometió aprobar. Se lo prometió a sí mismo y se lo prometió a Mamá.

El comienzo de su noviazgo fue atípico, pues implicaba unas responsabilidades del uno para el otro. Así, cuando estaban solos, ella le impartía una suerte de clases particulares y cuando nos tenían a Borja y a mí él hacía de niño. Pero tras unos meses resultó que la cosa funcionaba. Javi aprobó el curso y nosotros, los niños, le queríamos muchísimo. Mamá y él eran muy felices juntos. Decidieron tirar hacia delante, poco a poco, sin expectativas, sin hacerse demasiadas ilusiones de futuro.

Hasta que se enteraron las familias. A mediados de aquel verano Javi anunció en casa su noviazgo. Sus padres montaron una escena digna de melodrama. Su hermano y su hermana, mayores que él, se alinearon con la posición paterna. Aquello era una locura inadmisibles. Le prohibieron volver a ver a esa mujer. Javi se rebeló. Dijo muy seriamente que la amaba y que nadie se interpondría entre ellos. El argumento de que tenía dos hijos tampoco le valía. Si aquellos niños necesitaban un padre, él podía serlo. Zanjó la discusión con un golpe en la mesa.

Su padre, sin embargo, optó por actuar. La tarde de aquella bronca consiguió el teléfono de la casa de Amama y habló con mi madre. La amenazó con matarla si volvía a verla con su hijo. Le recordó que era menor de edad. Aunque aquel dato era irrelevante, porque, aun cierto, sí tenía edad para mantener relaciones, incluso para casarse, Mamá cedió al chantaje. No volvería a verle, le prometió. Después rompió en llanto, pero durante la conversación por teléfono se mantuvo firme. Si ella había estado con su hijo, se excusó, era porque le amaba.

Al día siguiente Mamá telefoneó a Javi para decirle que no quería que siguieran juntos. No le dio demasiadas explicaciones, pero por el tono en el que rompía, Javi supo que no era cosa suya. Tras colgar, interpeló a sus padres. Ellos reconocieron que habían exigido a Mamá que lo dejara. Javi montó en cólera y salió inmediatamente hacia la casa de Amama en Basauri. Llamó al portero automático y prometió que, si ella le decía a la cara que no quería verle más, no volvería a molestarla. Al principio Mamá se negó a verle, pero Javi amenazó con no moverse de ahí en todo el día y toda la noche si no accedía a hablar con él. Bajó al portal. En cuanto le vio al otro lado del cristal, Mamá se dijo que no podía vivir sin él. No llevaban mucho tiempo, pero le quería con toda el alma.

Pasearon por las calles de Basauri. Lloraron juntos. Se abrazaron. Se preguntaron qué podían hacer. Se sintieron solos el uno con el otro. Supieron que si querían sacar adelante su amor tendrían que luchar. Se convencieron de que lo harían, de que pelearían todo lo necesario por que todos los demás entendieran que lo suyo era amor verdadero.

Los pobres, sin embargo, no tenían ni idea de cuánto tendrían que hacerlo.

Me da mucho miedo escribir sobre los abuelos, los padres de Javi. Porque es verdad que desde el primer momento se opusieron a su relación con Mamá, lo cual es perfectamente comprensible, y nunca nos terminaron de considerar, a Borja y a mí, como sus nietos. Sin embargo, llegamos a querernos y fallecieron hace no mucho, y temo que mis palabras se malinterpreten y se entiendan como reproches extemporáneos.

Mis primeros recuerdos de nuestras visitas a su casa de la calle Aureliano Valle de Bilbao están teñidas de sensaciones contradictorias. A mí era un lugar que me resultaba ajeno. En contraste con las casas de Amama, tanto la de Basauri como la de Haro, donde me sentía en mi hogar y en las que campaba y jugaba a mis anchas, en las que no había un rincón que me fuera extraño, en la casa de los abuelos me sentía encorsetado. Cuando íbamos, aquello se parecía más a una visita de protocolo que al encuentro de unos familiares que se quieren y echan de menos. Si la abuela me decía «Siéntate aquí», ahí me quedaba hasta nueva orden. Las habitaciones al otro lado del pasillo eran territorio inexplorado.

Mamá y Javi acudían tensos a aquellas visitas, que eran muy puntuales y en ocasiones señaladas (e inevitables), como Navidad o un cumpleaños, y creo que aquella tensión se transmitía a nosotros. Recuerdo que a veces en los viajes de regreso a nuestra casa Javi se mostraba indignado y daba golpes al volante mientras conducía maldiciendo el trato que sus padres nos habían dado. Sobre todo le molestaban los regalos de Navidad, que durante algunos años consistieron en lotes de material de oficina reciclado envueltos en papel de colores.

—¡Si es que son de la secta del puño cerrado! —se lamentaba Javi, y a mí aquella expresión me parecía divertidísima.

Sin embargo, a pesar de todo aquello, en nuestras visitas, Chuchín, como llamábamos al abuelo, se desvivía por entretenernos, por que nos sintiéramos bien, por hacernos sonreír. Recuerdo como solo se recuerdan los momentos en los que fuiste muy feliz de niño aquellas veces en que tocábamos el timbre de su casa, salía a recibirnos, daba dos besos apresurados a Mamá y a Javi, y ahí, en el descansillo, nos miraba a los niños y llevándose las manos a la cabeza exclamaba:

—¡No podéis imaginar lo que me he encontrado buscando por ahí!

Y nos alcanzaba un trozo de papel en el que había escrito una pista en forma de poema:

Soy de forma cuadrada,

*y emito imágenes catódicas
con músicas melódicas,
por mi pantalla angulada.*

Aquello era el comienzo de un juego que nos encantaba a mis hermanos y a mí. Corríamos a la televisión, donde en una nota pegada al lateral se encontraba otra pista. Aquella segunda nos llevaba a un nuevo lugar y a una tercera y críptica indicación. Y así sucesivamente: una pista llevaba a otra y esta a otra más, un montón de veces, hasta que una nota nos decía en letras mayúsculas que habíamos llegado al final y ganado el GRAN PREMIO, que siempre, siempre, era anunciado por Chuchín con voz de presentador de circo:

—El GRAN PREMIO es nada más y nada menos que... ¡un enorme beso de vuestro abuelo para cada uno!

Y se nos abalanzaba con los brazos abiertos y abrazaba y besaba y, tras nuestras risas y protestas, nos daba una moneda a cada uno, o una bolsa de gominolas.

Lo imagino ahora, al bueno de Chuchín, preparando pista a pista con su cuidada caligrafía, yendo a la tienda de golosinas, escondiendo los papeles en la casa con tiempo suficiente antes de nuestra llegada, y la imagen me llena de ternura. Me imagino también a la abuela protestando, regañándole por dedicar tiempo a aquello que no merecía la pena.

Con los años, creo que Chuchín llegó a aceptarnos primero, a los hijos de la pareja de su hijo, y a querernos después. La abuela, sin embargo, era distinta. Quizá nunca supo perdonar y librarse de un enfado que probablemente era justificado. Quizá nunca se dio cuenta de que se enfadó con su hijo pequeño, de dieciocho años, pero ese niño quedó atrás y en aquellas visitas no era él quien volvía a casa, sino un hombre con una familia y con unos niños que olían su rechazo.

A Javi nunca le he llamado *aita*, ni papá. Pero a sus padres sí les decía abuelos. Desde el primer día. Javi se refería a ellos así cuando hablaba con nosotros, y nosotros hacíamos lo propio. Pero la abuela nunca nos consideró, a Borja y a mí, como su familia. Tampoco sé si del todo a Javier, nuestro hermano pequeño, hijo biológico ya de Javi. Ahora que lo pienso, quizá el rechazo hacia nosotros era en realidad una muestra de enfado hacia su hijo. Quizá nosotros éramos las víctimas colaterales de la guerra familiar. Quizá su resquemor provenía de que Mamá, Borja y yo le recordábamos un fracaso familiar, el de un hijo que abandona el hogar contra su consejo, que siguió un camino que ella no consideraba el correcto.

El caso es que cuando éramos niños yo pensaba que los abuelos eran rácanos y la abuela un poco arisca. Pero a medida que fueron naciendo mis primos, me di cuenta de que esa actitud estaba reservada exclusivamente a nosotros. Con ellos eran muy diferentes. Con nuestros primos se comportaban con el cariño con el que Aitite y Amama, mis abuelos maternos, lo hacían con nosotros.

Cuando nació mi hijo mayor, en 2010, pasamos la Nochevieja en casa de Javi con ellos. Era el primer nieto de Javi y el primer bisnieto de los abuelos, que aquella noche conocieron al bebé. Apenas tenía dos meses. Pasaba de mano en mano como un milagro, entre expresiones de

asombro. Javi estaba exultante. Todos lo estábamos. Chuchín también. Emocionado, creo que llegó a derramar alguna lágrima. Repetía continuamente que era una preciosidad.

—Mira, abuela, qué cosa más bonita —le dije, poniendo en sus brazos al pequeñín.

Ella lo tomó apenas un segundo, y se lo pasó rápidamente a Javier, sin siquiera mirarlo, al tiempo que le decía (en realidad lo gritó, porque estaba quedándose medio sorda y hablaba como si estuviera entre el público de un concierto de rock):

—¡A ver cuándo tienes tú un niño y me haces bisabuela!

Aquel fue el último de innumerables desplantes. De niño me dolían. De mayor, no. De adulto me sonreía con ellos y nos reíamos después, Javi y yo, comentándolos. En el fondo, me daba pena por ella, porque aquel rechazo no tenía sentido ya, si es que un día lo tuvo, y su actitud resultaba cómica.

Cuando murió, hace un par de años, dos de mis primos dijeron unas palabras en el funeral. Yo llegué del trabajo poco antes de que comenzara la ceremonia. Me recibió mi hermana en la puerta de la iglesia, diciendo que como discursaban un nieto por cada hijo, alguno de los hermanos teníamos que hablar también. En mi ausencia, Borja, Javier y ella habían llegado a la conclusión de que lo mejor era que lo hiciera yo, porque soy el escritor y el que más acostumbrado está a hablar en público. Yo no sabía si estaban de broma, y me reí ante la proposición.

—¿Y exactamente qué queréis que cuente? ¿Qué escena familiar queréis que recupere?

Finalmente, no hablamos ninguno de los hijos de Javi. Ignoro si los asistentes se percataron de nuestra ausencia a un lado del altar. Hablaron mis primos María e Ignacio, por parte de mis tíos Pili e Iñaki. El discurso de Ignacio fue conmovedor. Derramó lágrimas emocionadas mientras se despedía en público de la abuela. Recordó momentos vividos juntos. Evocó felices escenas familiares. Yo sentí mucha envidia. Me sorprendí pensando que ojalá hubiera conocido a la mujer que describía. Me dio una pena enorme no haber sido parte de aquello. Pero lo que me partía el alma mientras mi primo hablaba era ver llorar a Javi, a mi padre por mucho que ella lo negara, porque él sí la quería y era a él a quien realmente dolía su rechazo hacia nosotros.

Mamá comenzó a pintar de muy niña. Como tenía una salud frágil, las profesoras le recomendaban no salir al patio con las demás alumnas. En lugar de corretear al aire libre, se quedaba durante el recreo en un aula junto a otra chica llamada Marta Zamacona, que recibía lecciones de piano. Como solo había un instrumento para ensayar, a ella le enseñaron a dibujar. Mamá disfrutaba mucho con los lápices y pronto la monja que le daba clases, la Madre Aguado, decidió pasarla al acrílico y al óleo. Para mi madre, enfrentarse al lienzo fue una revelación. Jugar con los colores y texturas, deslizar el pincel sobre la superficie rugosa de la tela, sentir que estaba creando algo con sus propias manos, todo aquello la hacía muy feliz. Ella, que llegó a odiar el colegio con todas sus fuerzas, ahora disfrutaba y se despertaba cada mañana ilusionada con que llegara la hora de pintar. Además, lo que hacía gustaba a los demás. En el autobús de vuelta a casa, las compañeras se apiñaban en torno al asiento de Mamá para que les enseñara los dibujos en papel, los primeros y tímidos lienzos. Entre las exclamaciones de asombro se colaba incluso alguna oferta de compra. En casa sus trabajos también eran recibidos con aplauso general. Amama mandaba a enmarcar los cuadros de su hija, que enseñaba a las visitas con indisimulado orgullo. Aún hay algunos en Haro, en la casa de Amama, esa que ahora está en venta y cualquiera puede comprar. Lucen en la cocina, firmados con el nombre de Maica, que es como las amigas de clase llamaban a Mamá cuando era niña.

Comenzó a leer sobre arte, todo lo que caía en sus manos. Pidió que le compraran libros del tema y poco a poco su habitación se vio invadida por volúmenes de historia de la pintura. Sobre todo, le encantaban los impresionistas. Y Van Gogh. Parece un tópico, pero le fascinaban la obra y vida del genio holandés. Un día, a los quince o dieciséis años, se despertó con la convicción de que dedicaría su vida a pintar, de que iba a ser artista. Lo comunicó en casa durante el desayuno. Aitite y Amama se sonrieron y afirmaron que les parecía bien. Pensaron, probablemente, que era una ocurrencia de la niña que pasaría más pronto que tarde. Mamá, que esperaba una firme oposición sobre todo por parte de su padre, acudió a clase llena de ilusión. No veía el momento de que llegara el recreo después de comer y decirle a la Madre Aguado que sus padres habían accedido a que se dedicara de mayor a la pintura. Cuando llegó la hora, corrió hacia el aula. Allí la esperaba la monja que, al verla entrar jadeante por el esfuerzo, le preguntó qué le sucedía.

—Madre, ¡de mayor voy a ser pintora! —exclamó eufórica.

La monja negó con la cabeza, muy seriamente, y afirmó:

—¡¿Pintora?! ¡Eso no existe! ¡Quítese inmediatamente esa estupidez de la cabeza!

La negativa de quien la introdujo en la pintura y le contagió la pasión por el arte entristeció mucho a mi madre. Sin embargo, no matizó su convicción. Si acaso, la hizo más fuerte. De alguna manera, desde el primer momento comprendió que dedicarse al arte requería derribar muchas barreras, luchar contra muchos prejuicios, sobre todo si eras mujer. Durante el resto de su vida, cada una de las cientos de veces que ha tenido que dar un golpe en la mesa para afirmar su profesión, Mamá se ha acordado de aquel primer momento con la Madre Aguado.

Tras dejar el colegio, se examinó para aprobar el acceso a Artes y Oficios en Madrid. Aprobó aquel examen, para el que se había preparado en una academia de dibujo en Bilbao llamada del modo más tópico posible: Leonardo. Regresó de la capital con el acceso garantizado y decidida a pelear con sus padres para continuar con su vocación. Ellos no se oponían a que estudiara arte, pero sí a que se trasladara a Madrid. Sin embargo, aquella batalla no aconteció, porque a su regreso Mamá supo que se realizarían pruebas también en Bilbao para la nueva Escuela de Bellas Artes, en cuya primera promoción finalmente ingresó tras pasar otro examen. En aquellas aulas improvisadas en los locales del Museo Arqueológico coincidió con gente afín, estudiantes como Daniel Tamayo o Blanca Oraa, con los que compartía la vocación de cambiar el mundo desde el lienzo. Entre iguales, sentía que su creatividad se desbordaba. Expuso sus primeros cuadros en exposiciones colectivas. A las inauguraciones acudía con mi padre, a quien presentaba como músico. Aunque él se sonrojaba, le gustaba escuchar aquello. Ambos soñaban con una vida plena dedicándose a crear.

Durante el segundo curso mi hermano mayor vino al mundo. A pesar de ello, Mamá consiguió pasar a tercero, año que ya cursó en Sarriko, a donde se había trasladado la facultad. El cuarto año de carrera se vio truncado por la muerte de mi padre. No dejó el aula, pero las asignaturas se le acumularon. El curso siguiente, a pesar de la tristeza y de haberme tenido a mí a mediados de agosto, terminó la carrera. Después, estuvo un año parada por culpa de aquel hombre, pero, tras dejarle, se matriculó en el CAP. Aquel año fue el que conoció a Javi.

Javi nunca había pintado en serio, pero pasaba las clases garabateando los libros. Mamá cuenta que un día que ella estaba sola en casa de Amama y Javi aprovechó para visitarla, ella, que estaba pintando una témpera, harta de que la interrumpiera, le alcanzó un cuaderno y le ordenó:

—Dibuja.

Y que desde entonces no ha dejado de hacerlo. El caso es que, junto a Mamá, Javi fue haciéndose también pintor. En casa hay algunos de aquellos primeros y tímidos retratos que nos hacía a Borja y a mí. No tienen más valor, supongo, que el meramente sentimental, pero eran la antesala de una capacidad prodigiosa para el dibujo y la pintura.

En aquella época, Mamá dibujaba su vida en viñetas. Si una semana hacíamos una excursión, íbamos al cine y después cenábamos todos juntos, Mamá recogía todo en unos dibujos a rotulador premeditadamente infantiles y coloridos en los que dibujaba cómo veía su vida, cómo quería que fuera. Ahí estábamos Borja, ella y yo, con Javi. Los cuatro juntos. Mamá soñaba su familia en

aquellas páginas. Siendo algo más mayor, yo solía pasar horas contemplando aquellos dibujos. Me encantaba ver aquellas caras sonrientes y las anotaciones de Mamá tipo «Hoy Borja ha dicho que le encantan los pájaros» o, al lado de un garabato, «Galder tiene tres años y ha dibujado este precioso cómic para nosotros». Yo tendría ocho, nueve, diez años, pero, de alguna manera, me daba cuenta de que mi familia, que entonces era real, fue antes el sueño de Mamá, y eso hacía que, por un lado, estuviera feliz de pertenecer a ella y, por otro, temiera su fin con todo mi ser.

En algunas ocasiones Javi nos hablaba, a Borja y a mí, de la primera vez que pasó un día entero con nosotros. Nos contaba que fue en una cita con Mamá en la que fuimos los cuatro al Parque de Atracciones de Artxanda. Recordaba que Borja le vomitó encima y que desde el primer momento supo que quería vivir también con nosotros, como sabía que quería a Mamá.

A mí se me hacía muy extraño escucharle. Porque, en mis recuerdos, siempre había estado ahí. Yo no recordaba nuestra primera cita como padre e hijo, como sí recordaba el primer día que fui a la escuela en la que estudiaba o la primera vez que estuve con mis amigos Roberto o Esteban, por ejemplo. Javi nos hablaba de aquel día y solo tenía para nosotros palabras bonitas. Pero a mí me entristecía escucharle, porque pensar que hubo un primer día implicaba que hubo otros, anteriores, en los que no estuvo. Pensaba eso e inmediatamente en Mamá y nosotros sin él y después en la posibilidad de que, igual que un día apareció en nuestras vidas, otro día se fuera. Las asociaciones eran como fichas de dominó que caían veloces e imparables arrastrando una a la siguiente, y a mí me llevaban a donde no quería. Porque no era capaz siquiera de pensar aquello, que un día Javi se fuera. Tenía un miedo terrible a que sucediera.

Recuerdo una tarde de verano en la que acompañé a Javi a un recado en el pueblo y, tras hacerlo, me preguntó si alguna vez me había llevado a jugar a los bolos. Negué con la cabeza y allí que fuimos, a jugar. Pasamos un montón de rato tirando bolos. Me enseñó a coger la bola (que no era una de esas de profesional que salía en las pelis, con agujeros, sino una más pequeña, como de petanca, pero tanto daba). Me compró una Coca-Cola e incluso echamos una partida a una máquina recreativa. Disfruté cada segundo de aquella tarde en la que estuvimos solos, él y yo, sin mis demás hermanos, algo que no era muy habitual. Cuando volvimos a casa, sin embargo, Javi tuvo una bronca monumental con Mamá porque no había avisado y el retraso había estropeado sus planes. Ana acababa de nacer y Mamá acusó a Javi de pasárselo bien por ahí mientras ella se ocupaba del bebé. La bronca concluyó con Javi dando un portazo y yéndose a dar una vuelta. Aquella noche no cenó en casa y, cuando nos fuimos a la cama, yo fui incapaz de dormir. Daba vueltas y vueltas acosado por los remordimientos, sintiendo que aquello era culpa mía, que le insistí a Javi para jugar otra y otra partida. Me torturé imaginando qué sería de nosotros si no volvía, si aquel enfado era definitivo. Cuando le oí llegar, me levanté y pegué la oreja a la puerta de mi cuarto. Los susurros de la conversación de mis padres calmaron mis nervios, por suerte.

Un día, Mamá decidió hacer las maletas, dejar la casa de sus padres e instalarse sola con sus hijos.

Borja seguía con su proceso de recuperación, que era duro, pero avanzaba bien, y yo no era un niño que diera especial guerra. Los que sí la daban, una guerra constante, eran los hermanos de mi madre, quienes se habían empeñado en que no podía seguir saliendo con Javi. Argumentaban que era un crío, que no sabía hacer nada. Le llamaban chulo y vividor. Mamá le defendía, pero ellos no atendían a razones. Le recordaban que se había equivocado antes con aquel hombre con el que terminó casada. Aquel reproche dolía mucho a Mamá. A menudo, además, ponían en duda su capacidad de decisión. Una mañana, harta ya, tras una tremenda discusión acontecida la tarde anterior en la que Aitite y Amama se alinearon con los hermanos, hizo las maletas.

Alquiló un apartamento en Algorta, donde se instaló con nosotros. Aquello fue a finales de verano. Buscó trabajo en la zona y pronto encontró una plaza como profesora de dibujo en un colegio religioso. Además de un sueldo razonable, la directora, una monja que se mostró muy amable, le ofrecía la escolarización gratuita de sus hijos. Con el sueldo, más lo que ingresaba por el alquiler del piso que tenía en Basauri, en el que ahora vivía uno de sus hermanos, debía darle para vivir con holgura. Contrató a una chica para que hiciera la casa y estuviera con nosotros las horas que ella debido a su horario no podía, así como los días que por cualquier cuestión no pudiéramos asistir a clase. El día antes de que los tres comenzáramos el curso, nos probó los uniformes en casa. Ver a sus dos hijos vestidos de colegiales, impecables y elegantes, le hizo una enorme ilusión. Se convenció de que todo iría bien desde ese momento. Aquella noche Javi se quedó a dormir. No era costumbre, pero se le hizo tarde ayudando a Mamá a preparar todo para el primer día del curso. Mamá había acordado con la chica que esa mañana nos llevaría ella al autobús, pero Javi se ofreció a hacerlo él. A Mamá le pareció una magnífica idea. Antes de dormir rezó, como cada noche, pidiendo a Dios que el día siguiente fuera el primero de una nueva y estable vida.

A las nueve de la mañana del día por el que había rezado, Mamá preparaba el aula de dibujo dispuesta a recibir a los primeros alumnos. Una hora y media antes, nos había dejado durmiendo, al cuidado de Javi, que la despidió con buenos deseos y un beso en el umbral de la puerta. Ahora repasaba mentalmente la lección. Se recordaba que debía causar una buena impresión ese primer día: grata y firme. Pero en lugar de alumnos, entró en el aula una monja que dijo a mi madre que la directora del centro quería hablar con ella inmediatamente. Fue rauda, pensando que si se daba

prisa apenas perdería cinco minutos de clase. Cuando entró en el despacho de la directora, la monja le ordenó secamente que se sentara. No había en ella rastro ninguno de la amabilidad del día de la entrevista de trabajo. Le explicó que la madre de un alumno había telefonado al centro para advertir que Mamá vivía con un chico y que este había llevado a sus hijos a la parada del autobús.

—Me mintió al decirme que era viuda —acusó.

—No le mentí. Es mi novio.

La directora del centro guardó silencio unos segundos, mirando fijamente a Mamá, frotándose las manos, como sopesando la situación, hasta que afirmó:

—Sus ideas y forma de vida contradicen los principios de este colegio. Recoja sus cosas de inmediato y váyase.

Pasaron días difíciles. Las familias seguían empeñadas en que aquella relación no podía seguir adelante. Mamá tiraba de sus ahorros y daba clases particulares para llegar a fin de mes. Cuando la mayoría de edad cambió de los veintiuno a los dieciocho años, Javi dejó su casa y se instaló definitivamente con ella. Debido a ello, la familia de Javi dejó de hablarle y le retiró incluso el saludo cuando se encontraban por la calle. Los hermanos de mi madre insistían en intentar romper la relación. Acosados, sin trabajo y sin demasiadas expectativas, una noche Mamá y Javi estuvieron soñando en alto hasta altas horas de la madrugada y tomaron una decisión: se mudarían a París. Al fin y al cabo, aquella era la ciudad de los artistas, así que bien podría ser el escenario donde se cumplieran sus sueños. Pintarían, buscarían galería, trabajarían en lo que fuera. Los niños aprenderían francés pronto, se convencieron, y la escuela pública francesa era de referencia en toda Europa. Al día siguiente despidieron a la chica que trabajaba en casa, a la que de todas maneras ya no podían seguir pagando, e hicieron las maletas. Decidieron llevar lo justo para empezar y, más adelante, cuando estuvieran asentados, regresar a por lo demás. Montaron los bártulos en el 127. Habían decidido salir de noche, así nosotros pasaríamos gran parte del trayecto dormidos. Cuando dejaron atrás Algorta, sobre las once de la noche, Mamá pensó que ojalá la siguiente vez que vieran esas calles ahora desiertas todo estuviera en orden y fueran felices.

Comenzaron la ruta llenos de ilusión. En la radio del coche sonaban Solera y Cánovas, Rodrigo, Adolfo y Guzmán, en un casete que escuchaban en bucle desde hacía semanas y que contenía un tema titulado *Las calles del viejo París*. Mi hermano y yo dormíamos plácidamente en el asiento trasero, mientras Mamá y Javi repasaban los planes que habían hecho. Tenían fichada una pensión en la que pasar las primeras semanas, mientras buscaban piso. Aprovecharían esos primeros días para visitar también museos y, sobre todo, galerías. Llevaban el teléfono del amigo de un amigo, quien podía echarles una mano en caso de necesidad. Javi, que había estudiado varios años de niño en el Liceo, chapurreaba francés. Todo estaba controlado.

Pasaron la frontera sin problemas. El guardia civil que les revisó los pasaportes se mostró

incluso amable. Susurró sonriendo que no quería despertar a los niños, al asomarse al asiento trasero. Aquello era una buena señal, sin duda. Sin embargo, el cansancio empezó a acumularse y a partir de la tercera o cuarta hora en ruta, la conversación no fluía ya apasionada y la perspectiva de los siguientes días dejó de ser tan ilusionante. Dudaron. Guardaron silencio durante un largo tiempo. No sabrían decir quién formuló en alto, finalmente, que quizá no fuera tan buena idea lo de París. Uno de los dos lo dijo y con aquellas palabras se rompió el dique que frenaba el torrente de las incertidumbres. ¿Y si Borja recaía? ¿Y si a esas alturas no admitían a los niños en ninguna escuela y tenían que pasar un año sin estudiar? ¿Y si no encontraban galería? ¿Y si no eran felices en el frío invierno parisino? A la altura de Burdeos pararon en un área de servicio, en una de las famosas *aires* en las que muchos años después haríamos tantos descansos en nuestros muchos viajes por Francia, cuando la familia estaba ya completa. Se detuvieron con la excusa de fumar un cigarro. Serían las tres o las cuatro de la mañana. Se bajaron del coche. Hacía un frío terrible. Borja y yo dormíamos ajenos a todo en la cama improvisada en el asiento trasero. Mamá y Javi daban caladas silenciosas mientras nos observaban por la ventanilla, frotándose las manos y los brazos. El humo se confundía con el vaho de la respiración. El silencio solo era rasgado de vez en cuando por un coche que pasaba veloz por la autopista. Hasta que Mamá levantó la vista y dijo, en un susurro:

—Pero adónde vamos, amor mío.

Y rompió a llorar. Javi se unió al llanto y los dos se quedaron ahí un buen rato, de madrugada, a más de cuatrocientos kilómetros de su casa, abrazados en un lamento compartido.

Montaron en el coche. Reanudaron la marcha, pero en la siguiente salida dieron la vuelta. No necesitaron ni hablarlo. De hecho, no hablaron en todo el viaje de regreso a Algorta.

Al entrar en la ciudad, Mamá no recordó lo que había pensado al dejarla: que ojalá la siguiente vez que viera esa calle todo estuviera en orden. No lo recordó al volver. Pero sí pocos días después, al recorrer esa misma calle a pie, con un test de embarazo en el bolso. Una prueba que había resultado positiva.

Su primer hijo con Javi, el tercero de la familia, estaba en camino.

Javi contrae el rostro. Se emociona al narrar que cuando nació mi hermano pequeño y fue a presentar al bebé a casa de sus padres, le echaron sin querer siquiera verle la cara.

Pienso ahora en su nombre, Javier, y me doy cuenta de que si el mío fue un nombre para una nueva vida, este suponía un modo de afianzar su compromiso, más allá de convenciones sociales. Un nombre para una vida en común.

Me dice Javi que lloró mares en el portal de la casa de la calle Aureliano Valle, con el bebé de menos de un mes, que lloraba también, que había que verlos, a los dos, a lágrima viva mientras iban pasando los vecinos y pensaban qué demonios le sucedía al menor de los hijos de los Riaño, y de quién sería el niño que tenía en brazos.

Reconoce que hacía mucho tiempo que no pensaba en aquella escena, que siempre ha preferido centrarse en los momentos buenos, porque si no, era imposible seguir adelante. Se levanta de la mesa donde comemos, en dirección al baño.

¿Cuántas veces le he visto llorar en mi vida? De pequeño me impresionó mucho su llanto desgarrado porque le estaba saliendo la muela del juicio y el dolor le resultaba insoportable. Le recuerdo tumbado en su cama, con la cabeza debajo de la almohada, ahogando un grito desesperado. Me causó mucha impresión observar a Javi, que a mis ojos de niño era un gigante invencible, derrotado por el dolor. Hago memoria. Exceptuando los funerales de los abuelos, no recuerdo haberle visto llorar más veces.

Creo que nunca he llorado delante de mis hijos. Pero lo he hecho algunas veces abrazado a ellos, mientras duermen. Me pregunto si lo sabrán, que su padre a veces llora abrazado a ellos por las noches, si pensarán que es parte de un sueño, si recordarán algo de mayores. Pero al instante me respondo que no. Me digo también que quizá Javi no lloró nunca delante de nosotros, sus hijos, pero sí por las noches, acosado por los mismos miedos que ahora en ocasiones me asaltan de duermevela.

Javi regresa del baño al cabo de unos minutos, con los ojos enrojecidos. Me arrepiento ahora de haberle preguntado por aquello.

—Tardaron mucho tiempo en aceptar que vosotros sois mi familia —continúa, más relajado, mientras toma asiento—. No solo ellos. También mis hermanos.

Después me confiesa que hace unos seis o siete años, una tarde en la que rememoraron tiempos lejanos, pidió perdón a los abuelos por el modo en que abandonó la casa a los dieciocho años para emprender una nueva vida. Dice que con el tiempo comprendió su enfado, que era normal que

reaccionaran mal. Asiento. Tiene razón. Yo también lo comprendo. Pero prefiero no preguntarle si en aquella conversación los abuelos también le pidieron perdón a él.

Al tiempo que llegó la noticia de que estaba embarazada de nuevo, Mamá recibió una oferta de trabajo. Quizá sea verdad que Dios aprieta, pero no ahoga. Era una plaza de sustitución de profesora de dibujo en un instituto público en Ordizia, en Guipúzcoa, a más de una hora y media en coche desde Algorta, donde vivíamos. Sin más opciones, tuvo que aceptar. Javi se encargaba de nuestro cuidado mientras ella estaba ausente. Los primeros días, sin embargo, se dio cuenta de que aquella rutina era insostenible durante todo un curso. Partía de casa a las seis de la mañana, conducía durante casi dos horas, salía del instituto a las tres o a las cinco de la tarde, dependiendo del día, y de nuevo de regreso a Algorta. Si se encontraba un atasco a la ida, no llegaba a tiempo para la primera clase. Si la caravana era durante el regreso, entraba en casa con los niños ya acostados. Temía quedarse dormida al volante, en aquellas mañanas insoportables de conducción forzando la vista. Además, doscientos kilómetros diarios de gasolina no era un gasto afrontable.

Tras unas semanas así, una mañana tomó café, en un descanso del instituto, con el pintor Vicente Ameztoy. Eran amigos desde hacía tiempo. Mamá le detalló su rutina. Vicente le insistió en que no podía mantener ese ritmo diario y le ofreció instalarse con nosotros en su casa de Villabona mientras buscaba algo por la zona. Vicente vivía en el ático de Etxe Ondo, un enorme caserío de tres plantas que habían dividido entre los hermanos. Pasamos allí un par de semanas. De aquella casa tengo un recuerdo muy marcado, el de un enorme agujero en el suelo, que me aterraba. Lo compartí con Mamá años después y llegó a la conclusión de que se trataría del hueco de las escaleras que bajaban del ático, sobre el que nos advertían que tuviéramos cuidado. De ahí quizá mi miedo. Yo entonces tenía casi cuatro años. Guardo en mi memoria flashes de aquellos días, de aquella casa transitada por un montón de gente variopinta: músicos, pintores, cineastas, escritores, que soñaban en alto y reían y cantaban. Recuerdo cenas en las que departían hasta bien entrada la noche y en las que se imponía sobre todas las voces una risa atronadora, que me estremecía y que ahora supongo que era la de Javier Gurruchaga, cantante de La Orquesta Mondragón, que frecuentaba aquellos círculos. También se quedó grabada en mis recuerdos la fascinación que sentía por la melena de color rojo fuego de Virginia, la hija de Vicente Ameztoy, con la que yo pasaba las horas jugando, y a quien adoraba.

Fue el propio Vicente quien nos encontró una casa para vivir. Habló con la alcaldesa de Ataun, le contó nuestra situación y esta accedió a dejarnos un piso de propiedad municipal anexo a las escuelas del barrio de San Gregorio. Aquel piso estaba destinado a acoger a un profesor, pero como la plaza la tenía ella misma en propiedad y siempre había vivido en el pueblo, llevaba vacío

muchos años. El estado en el que se lo encontraron era deplorable, pero Mamá y Javi arreglaron ventanas y puertas, pintaron paredes y lo decoraron con tanto cariño que pronto aquello fue un precioso hogar.

Mamá canceló el contrato de alquiler de la casa de Algorta y trasladó sus muebles, cuadros, libros y discos al nuevo piso. Cuando llegó el camión de la mudanza, apareció también Aitite. Ella les había contado a sus padres que tenía una plaza en Villafranca de Ordizia y que por eso se trasladaba a Guipúzcoa, pero no que Javi la acompañaba y que vivían juntos. Tampoco, por supuesto, que estaba embarazada, algo que no quería anunciar hasta que naciera el bebé. Pero Aitite quiso saber cómo estaba y, como el que realizaba la mudanza era un conocido suyo, decidió acompañarle en el trayecto. Cuando Mamá vio por la ventana aparecer el Dodge 3700 en la plaza de San Gregorio, se temió lo peor. Sin embargo, Aitite estuvo conciliador y cariñoso. Nos llevó a todos a comer a un restaurante cercano. Tras el café, mientras Borja y yo jugábamos en el exterior con Javi, preguntó a Mamá si realmente le quería y si aquella era la vida que deseaba llevar, tan lejos de todos, tan lejos de su familia. Mamá asintió. Aitite tomó su mano y exclamó:

—Pues entonces tienes todo mi apoyo. Lo que más deseo es que seas feliz.

Al día siguiente, apareció de nuevo el camión de la mudanza. Traía una lavadora. Mamá objetó que no había comprado ninguna. El transportista aclaró que era un regalo de su padre, que en la visita del día anterior se había percatado de que no había en la cocina.

Javi suele contar una historia. La segunda mañana que pasamos en Ataun, tocaron a la puerta del piso. Cuando abrió, se encontró a un hombre joven, muy alto, con boina y un hacha al hombro.

—Acompáñame —le ordenó.

Y sin mediar más palabras, se giró y echó a andar. Javi cogió la chaqueta, avisó a Mamá que regresaba en nada y siguió a ese hombre. Cruzaron la carretera que corta en dos el barrio de San Gregorio, el pequeño puente sobre el río Agauntza y enfilaron carretera arriba, hacia el monte. Javi hizo un par de amagos para entablar una conversación, pero el tipo parecía inmutable. Anduvieron en silencio durante casi una hora, por carretera primero y un camino rural después, hasta que el hombre, por fin, se echó a un lado del camino y, tras clavar el hacha en el suelo, se sentó sobre una roca. Señaló otra con un gesto con la cabeza. Javi tomó asiento. El hombre sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno, también con un gesto. Le dio fuego primero, encendió el suyo después y dijo, con una voz grave y seca:

—Bueno, cuéntame. De dónde sois y a qué habéis venido.

Javi dudó si contestar, pero se dio cuenta de que no sabía dónde estaba. Probablemente no sería capaz de regresar al pueblo solo, sin perderse en aquel monte. Todavía no se habían celebrado las primeras elecciones municipales, que serían meses después, en abril de 1979. Comprendió que como la casa les había sido prestada por la alcaldía, aquello podía haber despertado suspicacias en los vecinos. Posó su mirada en el hacha y explicó su historia a aquel

desconocido, quien se mantuvo en todo momento en silencio, escuchando sin hacer ni una sola pregunta. Javi no se extendió en detalles. Terminó su relato al mismo tiempo que el cigarro, que apagó sobre la piedra. El hombre le observó de arriba abajo durante un buen rato, quién sabe si decidiendo si creerse o no lo escuchado. Entonces se puso en pie, se ajustó la boina, se echó el hacha al hombro, exclamó «Hala, vamos», y se puso de nuevo en marcha, pero en sentido contrario. Tampoco en el regreso pronunció una sola palabra. Dejó a Javi en la puerta de casa, despidiéndose con un seco «agur» que sonó como un «hasta nunca». Al día siguiente, sin embargo, estaba de nuevo allí, pero esta vez luciendo una enorme sonrisa y, en lugar de con un hacha, llevando consigo una gran cesta de bienvenida con huevos, tomates y lechugas y un pollo.

A Borja y a mí nos matricularon en la escuela municipal, que estaba en los bajos del mismo edificio que nuestro piso. Se trataba de un aula en la que una docena de niños de diferentes edades recibíamos idéntica lección por parte de don Martín, cura y maestro de pueblo que a mí me enseñó a leer a muy temprana edad. Como yo aún no había alcanzado la edad de escolarización obligatoria y bastante tenía el pobre hombre con lidiar con aquellos alumnos de edades dispares, me dejaba salir a voluntad a jugar al frontón municipal, que recorría con mi triciclo, soñándome Marino Lejarreta. Para abandonar el aula, levantaba la mano y decía, muy serio:

—Solicito permiso para ir al recreo.

Don Martín siempre, siempre respondía «permiso concedido», pero exigiendo a su vez mi compromiso de no alejarme de la escuela, que tenía una sola aula y una única ventana a la que podía asomarse para vigilarme. A veces me cansaba de la bicicleta y en lugar de volver a clase me iba a casa a saludar a Javi, que continuaba empeñado en aprender a pintar y pasaba las mañanas pincel en mano en el estudio que Mamá y él habían instalado en una de las habitaciones. En aquellas ocasiones Javi me ponía una bata y grapaba un cartón en la pared para que lo pintara como si fuera un lienzo y pasábamos las horas cada uno frente a su obra. En la cadena de música sonaba J. J. Cale, cuya guitarra herida y voz quebrada aún hoy me retrotraen al estudio y alimentan mi nostalgia.

Javi compatibilizaba la pintura con trabajos esporádicos que iban surgiendo. La mayoría de ellos eran para pocos días. Alguno, con suerte, para un par de semanas. Se trataba de obras en las que Aitite le conseguía un empleo puntual de peón o encargos de chapuzas que le hacían amigos y vecinos, quizá más por caridad que por necesidad. Cierta día, un vecino le ofreció la posibilidad de dejarle una borda en la que podría crear una pequeña granja. Javi se mostró entusiasmado y aceptó sin hablarlo antes con Mamá. La convenció después de las bondades de su plan: habilitaría la borda, comprarían conejos y gallinas y bajaría al mercado a vender huevos y carne. Se pasó semanas acondicionando el lugar con sus propias manos. Cada mañana, después de dejarnos en la escuela, iba para allí. Limpió la vieja construcción, reconstruyó parte de una de las paredes, que amenazaba con venirse abajo, extirpó las malas hierbas del terreno colindante, construyó una valla de madera perimetrando la granja, dividió el espacio en dos zonas, compró jaulas y sacos de maíz

y pienso. Tras muchas jornadas de duro y solitario trabajo, adquirió tres decenas de gallinas y una de conejos. Cuando llegó el *baserritarra* que le había vendido los animales, quien conocía la borda, se mostró impresionado por el estado de la vieja construcción. Realmente parecía otro lugar. Descargaron las gallinas y conejos a media mañana. Por la tarde, nos llevó hasta allí a Mamá, a Borja y a mí y nos enseñó lleno de orgullo lo que ya era una pequeña granja, con todas las letras. Los niños correteamos entre las gallinas, acariciamos los conejos. Cuando el sol se estaba poniendo, Javi introdujo los animales en la borda. Volvimos los cuatro a casa dando un paseo feliz, desbordantes de ilusión.

Aquella noche heló. De hecho, fue la noche más fría que se recordaba en mucho tiempo en Ataun. Tras dejarnos en clase, Javi se dirigió a la borda a dar de comer a los animales. Cuando llegó, le alarmó el silencio. Abrió la puerta, temeroso de que le hubieran robado. Se encontró, sin embargo, algo mucho peor. Los cadáveres de los animales estaban desperdigados por el suelo. Todas las gallinas y todos los conejos habían muerto congelados. Aquella visión le impresionó tanto que no quiso saber nunca nada más del proyecto de granja.

El embarazo de Mamá avanzaba bien, pero en secreto. Javi y ella habían decidido no decir nada a las familias hasta el nacimiento, temiendo un nuevo conflicto. Ahora vivían en paz y felices y no querían que nada alterara aquel momento. Un mes antes del parto, Mamá fue a Bilbao, a la comunión de mi primo Pablo. Nos llevó a Borja y a mí con ella. A pesar de ser mayo y un día de mucho sol, lucía un abrigo ancho con la intención de ocultar su estado. Aun así, pensó que sería imposible que nadie se diera cuenta, por lo que mientras conducía durante el trayecto imaginó cómo explicarlo, adelantó posibles conversaciones llenas de reproches hacia ella y su modo de vida. Sin embargo, nadie dijo nada. Volvió a Ataun sin que ninguno de los más de cien invitados, incluyendo sus padres, hermanos, tíos y primos, se hubiera percatado de que estaba embarazada de ocho meses.

En casa todo estaba preparado para recibir a la nueva criatura. Vino al mundo en Bilbao, en la misma clínica en la que lo hice yo, el tercer día de junio de 1979. El día después del parto, Mamá telefoneó a casa de sus padres. Cogió Amama. Cuando Mamá le dio la noticia, montó en cólera por no haber sabido nada hasta ese momento.

—Tú quieres matarme a disgustos, ¿verdad? —gritó a través de la línea.

Sin embargo, menos de una hora después estaba en la clínica, acompañada de la tía Nati y un enorme ramo de flores y mirando al nuevo nieto con ojos llorosos de emoción.

Javi también llamó a casa de sus padres. Se precipitó en un torrente de palabras atropelladas. Contó que había sido padre, que el niño se llamaba como él, que el parto había ido bien, que había sido en Bilbao, que le encantaría verlos y que conocieran al bebé. Pero al otro lado del auricular se encontró primero un silencio hosco y después unos pitidos intermitentes. Su madre le había colgado. Días después, Javi se presentó en su casa. Pensó que al ver a la criatura sus padres

se conmoverían y cambiarían de opinión. Al fin y al cabo, era su primer nieto. Pero se equivocó y aquel fue el día en que terminó llorando en el portal, con el niño en brazos.

Tras casi veinte años de relación y con dos hijas en común, mi hermano Javier y su novia, Patricia, han decidido casarse. Nos lo comunicaron hace un par de semanas en una comida familiar. La boda será un viernes de finales de junio, coincidiendo con el comienzo de las vacaciones de las niñas. Para que a mi mujer le den el día libre en el trabajo, tenía que probar que Javier y yo somos hermanos. Llevó nuestros documentos nacionales de identidad fotocopiados, pero no le sirvió. Trabaja para la Administración, así que son estrictos con las normas. Le solicitaron presentar nuestras partidas de nacimiento. Ayer las trajo a casa y no pude evitar echar un vistazo a los documentos. Tener la mía en mis manos me provocó cierta tristeza. En lo relativo a mi padre se especifica su estado como FALLECIDO, en mayúsculas, como si escribirlo en letra pequeña pudiera dejar espacio a las dudas. Tras los datos de Mamá, la palabra VIUDA también aparece en letras grandes. Observar aquel detalle me hizo pensar en la situación de Mamá cuando fue redactada. Imaginé a mi tío Pablo peleándose con el registrador para poder ponerme mi nombre y a Mamá mientras tanto dándome pecho en la clínica, pensando cómo iba a criar a dos niños sin padre.

La gran sorpresa llegó, sin embargo, al ojear la partida de nacimiento de Javier. Resulta que mi hermano fue registrado solo con los apellidos paternos: Riaño Urieta. Los datos de la madre no están incluidos en el documento. Mamá es referida como María del Carmen, sin apellido. Una anónima María del Carmen que podía ser ella o cualquiera de las otras miles que tienen ese nombre. Una nota al final del documento, tras los datos de la clínica y la matrona que asistieron el parto, reza: «A todos los efectos de identificación, conforme al artículo 191 del Reglamento del Registro Civil, el nombre de la madre es MARÍA DEL CARMEN. Reconoce el declarante al inscrito como hijo natural suyo a todos los efectos legales».

En una nota al margen de la partida de nacimiento, fechada el 24 de mayo de 1984, se aportan, ahora sí, los datos de Mamá. También se citan los nuevos apellidos de mi hermano: Riaño Olabarri, que aparecen en mayúsculas y subrayados.

Con el papel en la mano, telefoneé a Javier. Se sorprendió mucho al escucharlo. Reconoció que no tenía ni idea de que durante sus primeros nueve años de vida no tuvo los apellidos maternos. Lo hizo sin sombra de drama, sin recelos y hasta con un tono divertido en sus palabras.

—Ahí tienes otra historia de nuestra extraña familia para tu libro —concluyó, y dejó escapar una carcajada.

Hoy, como todos los laborables, Javier y yo vamos al gimnasio y comemos después con Javi. En la mesa, le sacamos el tema. Al escuchar nuestro descubrimiento, se sonroja primero y se enfada después. Mirándome a mí, murmura algo así como «tú y tu maldito libro», pero de inmediato Javier le aclara que en realidad las partidas de nacimiento han llegado a nosotros porque mi mujer había de tramitar el día libre para ir a la boda. Javi duda. Sonríe resignado, como diciéndose que algún día tenía que emerger ese secreto familiar a la superficie. Parece dejar atrás todas las reticencias, y por fin nos explica el asunto. Resulta que cuando Javier nació, a Mamá todavía no le habían concedido la nulidad del matrimonio con aquel hombre. La había solicitado, pero era un trámite lento, que duraba años. En ocasiones podía llegar a una década. Y aunque el adulterio había dejado de ser delito un año antes, en 1978, no podían inscribir a Javier como hijo de ambos. Tampoco Mamá podía haber recurrido a un divorcio en lugar de una nulidad matrimonial, pues no existió en España hasta 1981. Así que su única opción era la de declarar en los papeles que Javi era padre soltero. Además, así era estricta y legalmente. Nos aclara que, no obstante, días después de registrar a Javier, él y Mamá fueron con el bebé a un notario ante el que Mamá reconoció en un documento privado ser la madre, por si a él le sucedía cualquier cosa, para que Mamá pudiera reclamar la custodia del niño.

Javi se queda unos instantes en silencio. Como para compensar, nos cuenta después que, de hecho, Mamá y él se habían casado cuando supieron que ella estaba embarazada, pero en una ceremonia sin testigos, ni cura, ni familia. Él y ella solos, en la iglesia de San Nicolás de Algorta, se dieron un sí quiero que para los demás no sería legal, pero para ellos tenía toda la validez del mundo.

La escena me conmueve, imaginar a Mamá y Javi simulando un casamiento como dos niños que juegan a ser mayores.

De pronto, exclama que no le gusta que hablemos de estas cosas y me dice que no quiere que esta pequeña historia forme parte del libro. Yo protesto: si quiero expresar lo variopinto de mi familia, lo que para mí suponía tener dos padres, es necesario que la incluya. Me da pena, por otro lado, que Javi nos narre esta historia familiar con una sombra de vergüenza, que tema también que se conozca, como si estuviera reconociendo algo oscuro o ignominioso. Porque, escuchándola ahora, me siento muy orgulloso de ellos, de él y de Mamá y de lo que lucharon por construir un hogar: contra sus padres, las convenciones, el entorno, la moral imperante y las leyes. Siento ganas de gritar a los cuatro vientos mi admiración por mis padres.

—A la mierda las familias normales —exclama de repente Javier, como adivinando mis pensamientos. Y simula un brindis con su Coca-Cola—. ¡Viva la nuestra!

Javi ríe.

—La verdad es que tirábamos adelante frente a todo —reconoce.

Y después, con el café, nos regala otra historia. Cuenta:

—Para no tener que hacer el servicio militar, alegué ser padre soltero. Al tener a un niño a mi cargo, se me eximía de pasar un año en el ejército. Cuando llevé los papeles al Gobierno Militar,

en la calle Juan de Garay, el funcionario que los debía sellar dijo que eso no lo firmaba él y que debía hablar con el militar al cargo. Me hicieron pasar a un despacho, donde un militar entrado en años me esperaba con gesto de pocos amigos y mis documentos en la mano. Me invitó a tomar asiento y, cuando lo hice, me gritó, agitándose los papeles en la cara:

»—¿Cómo que madre desconocida?! ¿Cómo que desconocida?! ¿Es que se folla usted a todo lo que se mueve, o qué cojones?!

»Me inventé una historia. Dije que claro que sabía quién era la madre, pero que ella no quería al niño, que quería darlo en adopción y cómo iba a hacer yo eso a mi propio hijo, sangre de mi sangre. Él me escuchaba con gesto severo y a ratos se lamentaba en alto gritando «¡Ay, qué juventud!». Cuando terminé, me soltó un sermón eterno sobre los valores cristianos, la patria, el papel de la mujer en la familia y cosas así. Pero al terminar, firmó y selló el papel que me libraba para siempre del servicio militar.

»Le di las gracias. Me estrechó la mano. Cuando me disponía a salir del despacho, me llamó.

»—Riaño, venga usted aquí.

»Me di la vuelta. El militar estaba de pie frente a la mesa del despacho. Observaba circunspecto la fotocopia de la partida de nacimiento del niño.

»—Venga aquí —repitió, sin levantar la vista del papel.

»Me acerqué temeroso de que hubiera cambiado de idea. Quizá se había dado cuenta de algún detalle que había pasado desapercibido y desmontaba mi historia. Cuando estaba ya casi frente a él, levantó la vista. Me detuve. Nuestros ojos conectaron. No entendía nada. No sabía interpretar su mirada. Volvió a mirar el papel y después inmediatamente a mí. Dio un paso al frente. Se acercó más de lo que la educación recomienda. Por un momento, pensé que me iba a soltar un tortazo. Cerré los ojos, esperándolo. Entonces me abrazó. Palmeó mi espalda varias veces, exclamando:

»—¡Ánimo, chaval! ¡Joder! ¡Ánimo con todo! ¡Tú puedes!

Y, sin embargo, bautizaron a Javier.

A pesar de que su modo de vida atentaba contra la moral tradicional, Mamá era profundamente cristiana. Bajo ningún concepto concebía la idea de tener un hijo y que no fuera bautizado.

La ceremonia la dirigió don José Miguel de Barandiaran, el célebre antropólogo y párroco, en la iglesia de San Gregorio. Barandiaran, que vivía en Sara Etxea, un caserío del mismo barrio apenas a quinientos metros de nuestra casa, ya conocía a la familia. Pasó a dar la bienvenida y se quedó a tomar café cuando Mamá y Javi acababan de instalarse. Ellos le devolvieron la visita varias veces. Siempre me sorprendió el respeto, que rozaba veneración, con el que Mamá y Javi se refieren al viejo sacerdote. Se debe al cariño con el que los trató aquellos días en su pueblo, a aquellas conversaciones en las que siempre se mostró cariñoso y cercano y les hizo sentirse parte de un pueblo al que acababan de llegar.

Los invitados al bautizo formaban un grupo extraño y colorido que, entre los feligreses habituales de Ataun, despertaba sorpresa en la mayoría e indignación en los menos. Estos últimos meneaban la cabeza ante la llegada al pueblo de aquellos pintores, escultores, poetas y músicos, que lucían pelo largo y ropas extravagantes. El padrino de Javier era el pintor Juan Luis Goenaga, buen amigo de mis padres. En aquel tiempo era un tipo voluntariosamente arisco, que rehuía los actos sociales hasta tal punto que en la entrada de su caserío tenía un cartel que rezaba: «Prohibido el paso. No se admiten visitas». Sin embargo, le hizo una enorme ilusión ser el padrino del bebé de sus amigos y accedió. Pero no lo fue, finalmente. Cuando durante la ceremonia Barandiaran, cumpliendo el rito, le preguntó: «¿Rechazas a Satanás, a todas sus obras y todas sus seducciones?», Goenaga se quedó en un silencio sepulcral, buscó a Mamá con la mirada y dijo:

—Lo siento, Carmen, pero a mí esto me da mucho mal rollo.

Dio el niño que tenía en brazos a Manolo Gandía, que se encontraba a su lado, y abandonó la iglesia sin mirar atrás. De ese modo azaroso Manolito se convirtió en el inesperado padrino de mi hermano. Manolito era uno de los mejores amigos de Mamá, un pintor sensible y talentoso, y una de las primeras personas abiertamente gais de la escena cultural vasca. Aceptó encantado a Javier en brazos y rechazó a Satanás y a quien hiciera falta. Siempre estuvo muy orgulloso de su ahijado.

La celebración posterior al bautizo se realizó en una campa que estaba situada montaña arriba, junto a una borda. Mamá y Javi habían hecho sándwiches y tortillas de patata. Los invitados llevaron también para comer y beber y fumar. Hubo risas, música, cariño y diversión. Hasta que

apareció el dueño del terreno, que echó a todos aquellos alborotadores de allí entre insultos y gritos y amenazas que no sería elegante repetir aquí. Artistas, músicos y escritores huyeron a la carrera campo a través. Pero huyeron riendo y con la sensación de que había merecido la pena.

Habla Mamá. Escuchamos Javier y yo. Estamos en la terraza de su casa. Los niños juegan a casetas en el hueco del árbol de cuatro troncos en el que hace no tantos años Javier y yo nos escondíamos a veces. Gritan y ríen. A ratos pelean, pero no necesitamos intervenir. Hace un sol agradable. El jardín está plagado de margaritas, que invaden cada esquina, como si hubieran caído del cielo. Javier le ha contado a Mamá que tiene su partida de nacimiento, que ha visto que lo inscribieron solo con los apellidos paternos.

Mamá niega con la cabeza, se sonríe melancólica, y nos cuenta que durante años acudió cada semana a las oficinas del obispado, donde llegó a ser una presencia tan habitual que la saludaban por su nombre, con la familiaridad con la que das los buenos días a un compañero de trabajo. Ella preguntaba qué había de lo suyo y el cura que la atendía le decía siempre que los trámites eran lentos y que continuaban esperando aún la segunda sentencia del Tribunal Eclesiástico, ya que hacían falta dos para obtener la nulidad. Los informes periciales habían certificado que aquel hombre era un psicópata y Mamá tenía la vida reconstruida con Javi, pero aun así nunca parecía llegar la famosa segunda sentencia. Cada día que iba a aquel despacho, ella hacía lo mismo: preguntaba y, ante la negativa, le pedía al cura que le enseñara su informe. Entonces lo cogía y lo ponía el primero de toda la montaña de papeles que había sobre la mesa de ese despacho.

—Soluciónelo o me verá aquí de nuevo en unos días.

Y la semana siguiente, ahí estaba de nuevo.

Oihan, mi hijo mayor, interrumpe las palabras de Mamá. Se ha hecho un pequeño rasguño en el codo con la corteza del árbol. No es nada, pero del rasponazo brota un hilo de sangre. En lugar de acudir a mí, va directamente donde Mamá. Adora a su abuela. Ella le atusa el pelo y le besa y de la mano le lleva dentro de la casa para poner una tiritita. Le explica el plan como si fuera una aventura. Entran en la casa. Mientras los observo desaparecer en el salón, pienso si existe algún modo de agradecer a una madre todos sus esfuerzos por mantener y cuidar a la familia. Como si leyera mis pensamientos, Javier de pronto exclama:

—Qué heroína, Mamá.

Y nos miramos con ojos llenos de orgullo, pensando la suerte que hemos tenido de ser sus hijos.

Aquellos días por fin Mamá y Javi se sintieron plenamente felices. En Ataun construyeron su núcleo familiar. A pesar de las dificultades económicas y de que la familia de Javi no aceptaba aquella relación y le había retirado la palabra y el saludo cuando bajaba a Bilbao a realizar algún trámite y se los encontraba en la calle, el día a día rebosaba de momentos dichosos y el futuro era esperanzador. Cuando veo las fotos de esos días, a mi mente acuden las imágenes típicas del movimiento *hippie* en Estados Unidos. Mamá y Javi lucen melena, ropas viejas y sonrisas del tamaño del arcoíris. Mi favorita es una en blanco y negro, en la que posamos apoyados en la pared del frontón de Ataun, llena de grafitis reivindicativos. Javier todavía no había nacido. Mamá tiene la mirada perdida y gesto cansado, debido a un embarazo que aún no es notorio. A Javi, que pasa su brazo por el hombro de Borja, casi no se le ve el rostro, cubierto por el largo flequillo. Mi hermano y yo estamos a los lados, concentrados observando unas espadas de plástico que acaban de regalarnos. La foto la hizo Juan Luis Goenaga y hoy luce en el salón de mi casa. No es especialmente bonita, pero cada vez que la miro recuerdo el amor con el que Mamá y Javi nos hablaban de cuando vivimos en Ataun, la ilusión que desprendía el relato de aquellos primeros años de convivencia y esperanzas y miedos.

Por entonces Mamá tenía la costumbre de llevar los días a una suerte de diario en viñetas de cómic, que dibujaba en papel de acuarela, ese que tanto me gustaba contemplar a mí unos años después. En aquellos dibujos de apariencia naïf, estábamos los cinco retratados en escenas alegres acompañadas de frases que había leído en algún lugar, versos improvisados y descripciones de los dibujos. Tengo delante ahora mismo algunas de esas páginas, que he tomado prestadas del estudio de Mamá. En una se suceden retratos en primer término de Borja y de mí, de Javi y ella. Todos aparecemos sonriendo, al igual que el sol que ilumina cada viñeta desde la parte superior derecha. En uno de los recuadros, dentro de un corazón, Mamá escribió: «Borja y Galder son dos niños alegres que juegan en el parque». Un poco más adelante, en un *collage* están pegados dos corazones de papel en los que Javi escribió la nota con la que acompañó el dibujo que le regaló a Mamá por Reyes. Otra de las páginas describe un día entero en Ataun, bajo el título «San Gregorio de Ataun es todo esto». La primera viñeta nos muestra a todos desayunando juntos en torno a una mesa con mantel de cuadros. Las siguientes son dibujos del exterior de nuestra casa, el río, Mamá y Javi dibujando juntos, Borja y yo en la cama leyendo un cuento de la película *101 dálmatas*.

En aquellos años Mamá comenzó también a volcar ese mundo familiar soñado en sus obras.

Llevó al lienzo a sus hijos y pareja, y también a ovejas, vacas y *baserritarras*, con el verde de los paisajes idílicos del campo vasco de fondo. Javi seguía aprendiendo el oficio y también nos trasladó a nosotros a sus obras, con un estilo muy cercano al de Mamá. A veces era difícil saber de quién de los dos era un dibujo o una pintura. Hicieron exposiciones juntos, de piezas muy influidas por el surrealismo de Vicente Ameztoy, que reflejaban las experiencias vividas en Ataun. En aquellas obras soñaron el mundo en el que querían estar. Era una pintura amable y colorista, que desprendía ganas de vivir y una voluntad firme de recrearse en los aspectos dichosos de la existencia. Algo insólito y contracorriente en la cultura vasca de finales de los setenta y principios de los ochenta, que transitaba entre la protesta política y los grandilocuentes discursos conceptuales. Gran parte de la crítica, y también de la comunidad artística, despreciaba la obra de mi madre y Javi por entenderla como meros retratos de familia, una suerte de costumbrismo local. Si hubieran rascado un poco debajo de la pintura (casi nunca lo hacen, los críticos), habrían encontrado conceptos universales como la identidad, la maternidad (y paternidad), preguntas como quiénes somos (a nivel individual y, si acaso, como pueblo) y una decidida voluntad de encontrar un estilo propio. Pero era más fácil cometer el doble gesto machista de menospreciar el trabajo de una mujer (y de un hombre) porque en ellos aparecen sus hijos.

Aquella época en sus trayectorias artísticas duró hasta 1986, con algunas piezas sueltas que quizá llegaron hasta 1990 en el caso de mi madre. Después abordaron otros temas, otros modos. Sus carreras se distanciaron, como ocurriría más tarde con sus vidas. Cuando contemplo aquellos cuadros, muchos de los cuales decoran las paredes de la casa de Mamá, de la mía y las de mis hermanos, pienso que en ellos habitaba una rebeldía existencial. De alguna manera, me recuerdan a Boris Vian y cómo sus libros, que adoro y a los que vuelvo recurrentemente, suponen, como la obra de Mamá y Javi entonces, un posicionamiento político: el del artista que busca la belleza para ofrecerla como vía de supervivencia en un mundo que apesta y se desmorona.

Mi tío Chema Reguera me ha organizado un encuentro con su hijo mayor, Iván, que es crítico de cine y escritor. Me mandó un mensaje anteaer, diciendo que le encantaría que nos conociéramos. A mí también me hacía ilusión. Iván colabora en *Cinemanía*, cuyo director, Carlos Marañón, es un buen amigo mío. Mucha gente, también Carlos, me ha preguntado si tenemos parentesco y siempre me ha dado un poco de pena reconocer que sí, pero que no nos conocemos personalmente. Una vez, hace muchos años, le vi en televisión, en un debate sobre las ayudas al cine, en el que tuvo una amarga discusión con Fernando Trueba. Recuerdo que, sin saber si realmente era mi primo, me reconocí en la insolencia con la que hablaba y en la pretendida seguridad de sus argumentos, ante los que no aceptaba matices. Probablemente esto se debía a su juventud. Pero, de alguna manera, me vi reflejado en él, y aquel espejo me mostró una imagen en la que me reconocí, pero que no me gustó. Viendo en él lo que odiaba de mí mismo, supe que éramos familia.

Hoy por fin nos hemos estrechado las manos. Es un tipo muy lejano a la única imagen que guardaba de él. De seguro el paso de los años le ha cambiado, como lo ha hecho conmigo. Ahora es un escritor con el carácter de los buenos: inseguro ante su obra, de la que habla con la distancia de quien no quiere ponderar. Lo hemos pasado bien los dos departiendo de letras, cine y amigos comunes. También hemos hablado de mi padre, a quien, como yo, él solo conoce de relatos. Me ha contado qué sentía él cuando su padre hablaba de su hermano fallecido, cómo en Nochevieja siempre hubo una sombra de tristeza en las celebraciones en su casa.

Chema me ha traído un regalo. Unos cuantos *singles* que pertenecieron a mi padre. Diez pequeños discos de 45 revoluciones que en su momento fueron parte de su colección, que deja en la mesa de la terraza donde tomamos café. Los ojeo con fruición y les saco unas fotos con el móvil.

—No hace falta que los fotografíes —señala, sonriendo—. Son para ti.

Le doy las gracias. Veo que muchos de ellos tienen el sello de la tienda en la que trabajaba mi padre, que reza:

Comercial Radio Reguera
Sebastián Elcano, 6
Teléfono 37 51 46
BARACALDO

Me prometo buscar la dirección en Google Maps al llegar a casa. También veo que algunas de las carátulas están firmadas. Intento recordar la rúbrica que encontré en la parte superior de *Abbey Road*, pero en vano.

—¿Esta era la firma de mi padre? —pregunto finalmente a Chema, con un disco de los Rolling Stones en la mano.

—No, esa no —me corrige, y rebusca entre los *singles* hasta que da con el *Proud Mary* de la Creedence—. Esta sí. Pero tampoco es la firma, más bien un exlibris.

La observo. Efectivamente, pone Luis, aunque de una manera muy particular. No sabría decir dónde comienza y termina el grafo, que asemeja un círculo. Parece un logotipo, me digo, e inmediatamente me doy cuenta de la coincidencia: yo también firmo con un símbolo mis libros, con una ge y una erre estiradas, bajo las que pongo el año en el que estamos.

Barajeo los *singles*. Solo dos tienen el exlibris de mi padre. La mayoría están firmados por Chema. Me digo que quizá siempre fueron suyos, de Chema, pero que igual quería impresionarme trayéndome toda una colección, sabiendo que es imposible determinar si pertenecieron o no a mi padre. Prefiero pensar eso a que tras su muerte firmara como propios discos que fueron de su hermano. Recuerdo que Mamá me dijo que ella fue incapaz de vaciar el piso que tenían en común y también que alguna vez afirmó que cada uno se llevó lo que le dio la gana. Incluido el reloj de muñeca de mi padre, que poco después de su muerte lucía el marido de una de mis tías. Despejo inmediatamente esos pensamientos de mi mente. Me digo que estoy siendo muy injusto con Chema y el regalo que me ha traído. Quiero concentrarme en otra cosa y lo hago en los discos: Manfred Mann, Procol Harum, The Moody Blues, The Animals, Chicago.

Decidimos comer juntos. La conversación avanza, amigable, hasta que Chema retoma el relato de la otra vez que nos encontramos: él era el hermano mayor responsable, mi padre, un cabeza loca al que salvó innumerables veces de la perdición. Ha insistido e insistido en ello y, de pronto, sin venir a cuento, ha vuelto a contar el viaje a Ibiza que hicieron él y su mujer junto a mis padres y en el que se llegaron a asustar de la cantidad de hachís que fumaban. De nuevo lo ha hecho matizando que aquello seguramente era lo normal, pero que él es un burgués chapado a la antigua. He empezado a sospechar que tenía un mensaje entre líneas para mí y le he preguntado explícitamente si mi padre tenía un problema con las drogas. Lo ha negado. Después ha afirmado intermitentemente «Sí, no, bueno sí, no» y negado al final categóricamente: «No, desde luego que no». Pero pasados unos minutos ha continuado con la cantinela, regresando al tema como la lengua a una caries, afirmando que pasaba demasiado tiempo piripi. Ha usado esa expresión, *piripi*, y ha referido cierta vez, en una recepción nacional con comerciales de Sony, en la que mi padre estaba alicaído y se fue al baño y regresó eufórico.

—¿Cocaína? —he preguntado, sin ambages.

Ha negado con la cabeza.

—No, no, por Dios. Supongo que un porrito.

—Pero, por favor, papá —ha protestado Iván, abroncándole—. ¿Quién no se ha fumado unos

canutos en su vida?

Me ha alegrado encontrar en mi primo a un aliado. La insistencia de Chema me ha llegado a incomodar tanto que en algún momento he temido dar un golpe en la mesa y gritar que si quería decirme algo en concreto que no se entretuviera dando tantas vueltas. He estado a punto de preguntar algo que ha emergido en mi mente como brota un cadáver hinchado que ha permanecido semanas hundido en las profundidades de un río. Pero Chema ha cambiado de tema para contar que el día de la muerte de mi padre algún policía o enfermero robó del coche el sobre con la caja de la tienda de Barakaldo.

—Y en Nochevieja se hacía mucha pasta —ha concluido, con gesto circunspecto, como si aún le apenara la pérdida de aquel dinero.

Mi tío no lo sabe. Desde luego no era su intención. Quizá tampoco es su culpa. Pero su insistencia en el supuesto problema de mi padre con las drogas ha despertado de alguna manera en mí uno de mis mayores miedos de infancia, un monstruo que yacía dormido desde hacía décadas y que ahora me quema por dentro con su fuego y su aliento infecto y putrefacto. Ese monstruo se compone de trece palabras y es una pregunta que nunca me he atrevido a formular en voz alta: ¿y si la muerte de mi padre no fue como me la contaron?

Cuando era niño, la mera sospecha me atormentaba hasta el llanto, sobre todo después de aquel encuentro con el mayor de los hermanos de mi padre en el que exclamó que yo no era un Reguera.

Ahora me encuentro en mi casa, tecleando ante el ordenador, con mis hijos y mi mujer dormidos. Son las tres de la mañana y el silencio de la noche amplifica el siseo de cuestiones murmuradas en mis oídos, como palabras vertidas por una bruja, que me impiden dormir. Esta tarde, mientras regresaba a casa tras el encuentro con mi tío y mi primo, he caído en la cuenta de una posibilidad remota pero factible: ¿y si a mi madre le mintieron? ¿Y si ante aquella terrible pérdida, para que no sufriera más aún, le contaron que la culpa del accidente fue de un borracho, cuando en realidad el que provocó la colisión fue mi padre?

El relato familiar afirma que mi abuelo materno convenció a Mamá para que no denunciara al hombre que mató a mi padre. En 1974 conducir bajo los efectos del alcohol era algo muy común. Provocar un accidente estando borracho al volante no era un delito, sino una falta. Para que al tal Bernardino Expósito le juzgara la justicia hacía falta una denuncia formal previa de mi madre. Pero no la interpuso, pues mi abuelo medió. Aquel tipo tenía varios hijos, él era el único sustento de aquellos niños. Aitite convenció a Mamá de que no merecía la pena mandar a la cárcel a ese hombre, que aquello no repararía la pérdida ni mitigaría el dolor, sino que provocaría más víctimas inocentes.

Esta historia me la ha contado innumerables veces Mamá. También sus hermanos. Siempre me la he creído a pies juntillas. Hoy, sin embargo, y tras la insistencia de Chema en la supuesta afición a las drogas de mi padre, el relato me ha parecido demasiado perfecto, redondo, sin aristas. Ahora, a altas horas de la madrugada, en uno de esos momentos en los que tu cerebro parece funcionar solo y te grita cosas que no quieres escuchar, brotan las preguntas. ¿Y si en realidad quien provocó el accidente fue mi padre? Quizá ese relato perfecto de víctima del infortunio fue creado para ahorrar un sufrimiento innecesario a Mamá. Quizá no fue que Aitite

decidiera que no merecía la pena acudir a los juzgados, sino que simplemente no se podía reclamar justicia.

Quizá llevo cuarenta y tres años creyendo una mentira piadosa.

Han pasado varias semanas desde el encuentro con Chema e Iván, desde que mi cabeza comenzara a dar vueltas como una peonza descontrolada. No se ha detenido aún. He querido alejarme del texto y de la historia de mi padre. He tenido miedo de descubrir una verdad incómoda en los cimientos de mi existencia. Pero, sobre todo, me aterra hacer daño a Mamá. Si le mintieron hace cuarenta y tres años para no provocarle más dolor, ¿quién soy yo para causárselo ahora, si descubriera que mi padre tuvo la culpa del accidente?

He estado con Mamá varias veces en estas últimas semanas. No le he comentado nada de las palabras de Chema ni de mis temores, por supuesto. Me ha preguntado por el libro y le he mentido respondiendo que va bien. Pero no, no va bien. De hecho, va horriblemente mal. Está descontrolado y conduce a un precipicio en el que no quiero caer y hacia el que no quiero arrastrar a nadie, menos aún a ella. Estos días he recorrido todos los estados de ánimo. Me he convencido de algo e, inmediatamente después, de lo contrario. Me he dicho que no era buena idea seguir con el texto y después he gritado en el salón de mi casa, con el puño en alto, que la verdad nos hará libres, pero antes nos hará miserables. He pensado en abandonar. He abierto el documento de Word sobre el que trabajo, he pinchado sobre el número de palabras que llevo, especificado abajo a la izquierda de la pantalla: 51.399. Han aparecido los siguientes datos: 84 páginas, 235.477 caracteres sin espacios, 286.984 caracteres con espacios, 657 párrafos, 3.550 líneas. Lo que no dice el procesador de texto, sin embargo, pesa más: las obsesiones, los miedos, los encuentros con familiares de verdad y personas desconocidas que ahora entiendo por fin también como familiares; la sensación de estar rescatando a alguien que estaba perdido en el tiempo; más aún: la sensación de estar conociendo por fin a mi padre, a quien me dio vida, de quien nada sabía porque nada me importaba.

No quiero tirar todo esto a la papelera de reciclaje del ordenador.

Sí, ahora me importa mi padre. Ahora conozco cómo era su rostro cuando era niño y sé de sus historias y pasiones de juventud; ahora sé dónde creció y dónde vivió y dónde murió y he aprendido los nombres de sus hermanos y conocido la vida de mis abuelos; ahora escucho su música sabiendo que es su música y que él me la legó; ahora vuelvo a ver, una y otra vez, atrapado en un bucle como un pedazo de madera en un remolino de agua, las películas de Super-8 en las que aparece; ahora repaso sus gestos, que son los míos, y ahora leo en cada una de sus sonrisas, guiños y muecas a cámara el amor que tenía por Mamá y por Borja, el amor que habría tenido por mí. Ahora sé quién era mi padre, no solo que era mi padre. Y quiero seguir sabiendo y contarlo y

legarles a mis hijos la historia escrita de su extraña familia, qué produjo en todos nosotros aquella muerte, qué efecto tiene aún, años después, pues somos como fichas de dominó que caen inexorables. No quiero dejarlo aquí, porque, además, sé que no podré convivir con esta duda. Quiero una respuesta. Necesito una respuesta.

Pero ¿y si fue él el responsable de su propia muerte? ¿Se lo contaré a alguien? ¿Se lo diré a Mamá? ¿A mis hijos cuando sean mayores? ¿Lo recogeré en estas páginas?

No tengo ni idea.

Es una habitación normal. Cuatro paredes pintadas de azul oscuro, una de ellas con dos grandes ventanas que dan a la plaza. Las persianas están a medio cerrar y el sol entra por las rendijas dividiéndose en decenas de rayos que impactan en el suelo y los estantes que, desbordantes de juguetes, libros y juegos de mesa, ocupan toda la parte baja de la pared a su izquierda. Es una habitación normal como debe de haber millones en el mundo, de las que nada en especial la distingue. Pero en este lugar, en este preciso lugar, es donde aprendí a leer. Esta fue mi primera escuela.

Estamos Mamá, Javi y yo. Es festivo y ayer decidimos hacer una excursión los tres juntos a Ataun. Esta habitación vulgar en la que ahora nos encontramos era hace cuarenta años el aula de la escuela del barrio de San Gregorio. Aquí Borja y yo estábamos bajo la tutela de don Martín, junto a otra decena de niños de todas las edades. Aquí mi primer profesor me enseñó, con cuatro años recién cumplidos, a entender los extraños grafos que habitan en los libros. Aquí le pedía «permiso para ir al recreo». Aquí me lo concedía, previa promesa por mi parte de no alejarme. Aquí le cantaba una tonada inventada para él, que repetía en bucle: «Don Martín, don Martín, porque sabe lo que quiere». Era mi forma de decir que le quería mucho, como todo niño ha de querer a su profesor.

Mamá me cuenta que don Martín murió no mucho después de que disolvieran el aula y enviaran a sus alumnos a centros donde estarían en clase con niños de su edad. No recuerda su apellido. Hace unos meses, tras leer mi novela *Hijos del fútbol*, en la que me refería de pasada a nuestros años en Ataun, un lector que creció allí me deslizó el que quizá fuera su apellido. Le busqué en internet, pero no encontré nada. Hoy lo he olvidado.

Hemos aparcado el coche en la misma plaza de San Gregorio, bajo las ventanas del que fue nuestro piso. Me ha sorprendido no recordar nada de la apariencia del que fue nuestro hogar. De hecho, habría jurado que era una casa, no un piso. Mamá me ha señalado la ventana de la que antaño fue la habitación de Borja y mía, pero bien podría haber dicho cualquier otra, que yo la habría creído igual. Sin embargo, cuando tomamos un poco de perspectiva, reconozco el árbol y los dos portales que se ven a los lados (de la casa y de la escuela), del dibujo de una de las viñetas que Mamá pintó en aquella época y que cogí prestadas hace un par de semanas.

Hemos conseguido entrar en el aula gracias a Uxo, una vecina de San Gregorio con la que nos hemos encontrado en la plaza y a la que he preguntado qué uso dan a la casa y la escuela actualmente. Nos ha explicado que el aula es de uso vecinal, como sala de recreo para los niños

del pueblo. El piso, sin embargo, no lo tenía muy claro. Cuando nos hemos separado de ella, Mamá y Javi me han contado que tras las elecciones municipales de 1979, que ganó Herri Batasuna, les advirtieron que el objetivo de la nueva corporación era dedicar el piso a temas comunitarios. Un año y medio después, nos echaron. Hablaron con el ayuntamiento, ofrecieron pagar un alquiler, pero la decisión estaba ya tomada y no había manera de revocarla. Por ello regresamos a Vizcaya. Esta vez, nos mudamos a San Miguel, un barrio industrial de las afueras de Basauri.

El paseo por Ataun está resultando una delicia. Hace sol, el lugar es precioso y Mamá y Javi están muy emocionados. A pesar de llevar más de quince años separados, hablan con enorme ilusión del tiempo que pasaron aquí. Soy un mero testigo de sus conversaciones. Todo parece despertarles recuerdos agradables. Al cruzar el puente recuerdan que el crucifijo que lucía en su cuarto y todavía está en el de Mamá lo encontraron en el fondo del río, entre guijarros, donde alguien, quién sabe por qué razón, lo había arrojado. Del río recuerdan entre risas también aquel día en que mi primo Unai, que había venido a pasar unos días con nosotros, cayó al agua en pleno invierno y ellos se dieron cuenta porque yo me partía de la risa ante la imagen de Unai clavado bocabajo en el agua. Javi ha recordado también aquella mañana que amaneció todo nevado y con un plástico a modo de trineo dominamos las laderas del monte. Todos sus relatos están teñidos de esa nostalgia especial por los momentos en los que, con el tiempo, te das cuenta de que fuiste realmente feliz. Ver a mis padres recordar así aquellos primeros años de convivencia me alegra mucho.

Montamos en el coche, cruzamos el puente sobre el río Agauntza y tiramos carretera arriba por el parque natural Aralar. Javi quiere localizar la borda donde intentó montar aquella pequeña granja de conejos y gallinas. Tras confundirnos varias veces de camino, por fin la localizamos. Está reformada y convertida en una suerte de chamizo vallado. Varios perros ladran en su interior. Javi se acerca. Yo me quedo con Mamá a cierta distancia. Le pide a Javi que tenga cuidado.

—¡Joder! ¡La de horas que pasé aquí! —exclama con una sonrisa, girándose hacia nosotros.

Seguimos adelante. Nuestro objetivo ahora es localizar otra borda, aquella donde se celebró el bautizo de mi hermano. Tardamos mucho más de lo esperado en encontrarla. Varias veces detenemos el coche a un lado y continuamos a pie, ya que los caminos rurales por los que circulamos están embarrados en varios tramos y tememos no poder sacar el coche después. Al fin, tras media hora larga de búsqueda, damos con ella. No me extraña que mis padres quisieran celebrar aquí. El paisaje es espectacular. Aparte de la borda y un caserío en un monte lejano, no se ve otra construcción. Es como si hubiéramos viajado a otra época. El prado, en el que pastan varias vacas, está vallado con alambre espinoso. Javi salta la alambrada sin dificultad. Mamá no quiere pasar. Recuerda que es una propiedad privada. Entre Javi y yo la convencemos y ayudamos a pasar al otro lado, pero en cuanto avanzamos unos metros hacia la borda, se echa atrás. Yo me quedo con ella. Desde la distancia, observamos a Javi que alcanza la pequeña construcción y se asoma a una de sus ventanas. Tengo una foto en casa del día del bautizo de Javier en la que Javi

sonríe a cámara mientras salta frente a esa misma ventana a la que ahora se asoma. Junto a él está nuestro viejo Seat 127. Conociendo ahora el lugar, me fascina que consiguieran llegar hasta la puerta de la borda en él.

Como para reforzar la idea de la gesta del 127, en la bajada de regreso al pueblo pinchamos. Una tachuela atraviesa el neumático. Nos hemos metido por caminos que varios carteles advertían como privados. Supongo que es la manera que tienen los dueños de las tierras de vengarse de los intrusos como nosotros. Tras cambiar la rueda, vamos a comer. Lo hacemos en el barrio más bajo de Ataun, en San Martín, en la terraza de un bar al borde de la carretera. Javi y Mamá recuerdan que el restaurante que está enfrente es en el que Aitite los invitó a comer aquella tarde en que apareció junto al camión de la mudanza. Se llama Bitor. La dueña del bar donde ahora comemos nos dice que es la primera vez que cierra en cuarenta años, la primera vez que se toman vacaciones. Devoramos la ensalada y los bocatas que hemos pedido, en silencio, pensando los tres en nuestras cosas.

Cuando montamos al coche para regresar ya a Bilbao, Mamá echa un último vistazo en derredor y exclama:

—A pesar de todo, qué felices fuimos aquí.

He decidido intentar conocer por mi cuenta la verdad sobre el accidente de mi padre, antes de plantear a nadie la duda que, por otro lado, me avergüenza reconocer.

Acudo al Registro Civil, adonde fui varias veces al comenzar el libro para buscar partidas de nacimiento, certificados de boda. En esta ocasión necesito un documento más oscuro. El que certifica la muerte de mi padre. He pensado que es el mejor sitio donde comenzar la búsqueda. Quién sabe si finalizarla. Nunca he tenido en la mano un documento así, por lo que desconozco qué datos puede o no contener, ni si se encuentra aquí.

No tengo que esperar. Me dan vez rápidamente. Me doy cuenta de que no he tenido que pasar mucho tiempo en ninguna de las ocasiones que he venido. Por alguna razón, sin embargo, en todas ellas he acudido con un libro, temiendo colas interminables. Me atiende una mujer mayor, amable, que parece haber nacido para trabajar en un lugar así. Le pido el certificado de defunción de Luis María Reguera Apellániz. Asiente y se dirige a un ordenador que está a su espalda. Me sorprende que no me pida más documentación, pero caigo en la cuenta de que aquí en realidad solamente me pidieron mi documento de identidad y preguntaron mi relación de parentesco con Mamá cuando solicité información sobre sus matrimonios. Seguro que hay alguna razón, pero en contraste con las férreas políticas de protección de datos actuales, me resulta extraño que cualquiera pueda pedir certificados de nacimiento o defunción de quien le venga en gana.

La mujer regresa a mí con un papel en la mano. Me lo alcanza, preguntando si necesito algo más. Lo ojeo veloz antes de responder. Aparece la causa de la muerte: shock traumático. También se especifica la hora, con un «veintitrés» escrito en letras. Me molesta leerlo. Me parece impropio, como si el funcionario lo escribiera con pereza y no le importara la falta de precisión. Me sorprende pensando que un hecho como dejar de ser ha de concretarse en el tiempo al máximo: 23.00 o 23.01 o 23.03. Pero no, bajo ningún concepto veintitrés. En las películas, cuando alguien muere en quirófano, el médico mira su reloj y canta en alto la hora, con voz consternada. Lo hace con exactitud absoluta. Hora y minuto. Con números, no con letras. Pero en este documento tampoco se detalla quién fue el médico que certificó su muerte, ni el número de colegiado, ni el número del parte. Todo eso está descartado con un tachón vertical que parece una cicatriz en el papel. Sí viene, no obstante, en el apartado «Otros títulos o datos», una información que me puede ser útil. Pone: «Esta inscripción se practica en virtud de carta orden de Juzgado de Instrucción n.º 1-A de Bilbao en sumario 2-75».

Me digo que ahí ha de estar la información sobre el accidente. Le pregunto a la funcionaria si

hay manera de consultar ese sumario. Me explica que el juzgado en cuestión está justo detrás del registro. Me dice que acuda allí y pregunte.

Para entrar al edificio, ante el que he pasado innumerables veces y en el que he visto manifestarse a colectivos de todos los colores, pero en el que nunca había entrado, he de enseñar mi DNI. En el vestíbulo me encuentro a tres chavales pretendidamente elegantes, pero mal vestidos, como de domingo en el pueblo, con gesto de preocupación. Están acompañados de un tipo al que le queda mal el traje y que protege su pecho con una cartera de cuero de esas de llevar documentos. La aferra como si dentro llevara las sagradas escrituras. Cuando paso a su lado, el hombre les recuerda con tono severo que han de comportarse en la sala.

Después, una mujer tras un muro de cristal me atiende. Es mucho decir. En realidad, me lanza un «¿qué quieres?» que llega a mis oídos solo como «¿...é quieres?», pues ha pulsado tarde el interfono a través del cual me habla. Le explico el asunto rápidamente y pregunto por el sumario.

—... í no está.

—¿Qué?

—Que aquí no está —repite, molesta.

—Pero en el registro me han dicho que el sumario se abrió en este juzgado.

—... er.

—¿Qué?

—A ver. Que me enseñes el papel.

Coge el certificado con desidia. Resopla dos veces. Me mira llena de pereza. Pienso en la abismal diferencia entre la amable mujer del registro y esta señora.

—¿... do aquí?

—¿Perdona?

—¡Que si te han mandado aquí!

—Sí, desde el registro.

—... to tienen que tenerlo e...

—Perdón, de verdad, pero es que no te oigo si pulsas tarde el interfono o lo sueltas antes de terminar la frase, me...

—¡Que aquí no está! ¡Que les preguntes a ellos otra vez!

Tras el último ladrido, vuelvo al registro. En la entrada me encuentro con una amiga, Mónica, que es abogada. Le cuento por qué estoy ahí. Me acompaña a la ventanilla. Pregunta por una funcionaria, a la que saluda como a una amiga y le pide que me ayude a mí como si fuera tal. Les explico lo que busco y también la razón de mi búsqueda. Mónica nos deja, tiene prisa. Se despide de su amiga pidiéndole que me trate bien. La chica, que parece que ha nacido con el don y la vocación de ayudar, se toma su tiempo, hace consultas y finalmente me explica que si no tienen el expediente en el Juzgado n.º 1-A, y es muy probable que así sea por el tiempo que ha pasado, será difícil localizarlo. Al parecer, generalmente los sumarios que no están abiertos son depurados cada veinticinco años y los papeles son destruidos. No cree que se digitalizara un caso así.

—Posiblemente no haya nada que hacer —concluye con un suspiro—. Lo siento mucho.

A la salida del registro me siento en un banco y ojeo el certificado de defunción. Pienso en el día en que fue escrito, en el estado en que se encontraría Mamá justo en el momento en que esas letras fueron manuscritas. Me asalta una enorme tristeza. Me doy cuenta de que será imposible saber sin posibilidad de duda si el accidente fue provocado por mi padre o por el otro implicado. Me digo que en realidad no tengo más que preguntar a personas que vivieron aquellos momentos. Es imposible que estén todas conchabadas para contar la misma versión. Pero, por alguna razón, temo formular la duda en alto. Quizá sea miedo a que sea malinterpretada, a que se entienda como que estoy juzgando a mi padre o desconfiando de todos a mi alrededor. No es eso, no, pero sí siento la necesidad de tener una prueba definitiva, algo que despeje cualquier duda, por pequeña que sea.

Busco en el móvil el teléfono del hospital de Cruces y llamo. Quizá ellos tengan algún documento en el que se especifique algo, no sé, si conducía bajo los efectos de alguna sustancia. Quizá se practicara una autopsia y quizá en ella un análisis de sangre. La mujer con la que hablo me dice que para solicitar cualquier documento tengo que acudir a mi centro de salud, no directamente al hospital.

Al día siguiente, tras dejar a los niños en la ikastola, paso por el ambulatorio. Ahí sí que tengo que esperar. Las personas mayores parecen a veces necesitadas de conversación. O quizá es que viven tan rodeadas de miedos que se convierten en seres inseguros que necesitan escuchar todo varias veces para convencerse. La única mujer que atiende esta mañana (la otra mesa está vacía), los trata con delicadeza, como si hablara con niños. Parece que los conociera. Supongo que todos estos viejos que me rodean vienen mucho por aquí, son los feligreses habituales. Observando a un señor de unos setenta años que, con un vozarrón que hace que se le escuche en toda la sala, cuenta que el año anterior se vacunó contra la gripe, pero no le sirvió de nada porque la pilló tan fuerte que casi se va al hoyo, pienso en cómo sería mi padre hoy de no haber muerto. Tendría sesenta y ocho años. ¿Se parecería a los hermanos de mi madre, cortados todos por el mismo patrón? ¿Sería uno de esos bilbainazos que se creen la medida de todas las cosas y zanja las conversaciones con un golpe en la mesa? Ese espíritu *hippie* que habitaba en él, ¿era solo signo de juventud o habría permanecido con los años? ¿Cómo sería nuestra relación? A veces, cuando pienso en Aitite, me doy cuenta de que me he alejado tanto en cuanto a ideas y forma de vida de lo que eran sus ideales, que temo que, de vivir hoy, nos llevaríamos mal. Muchas veces me pregunto si Aitite estaría orgulloso de quién he llegado a ser, él, que para mí era (y es) la encarnación del bien. ¿Lo estaría mi padre de seguir vivo? ¿Le gustaría en lo que me he convertido? Cuando era niño, Mamá decía, cada noche, que mi padre en el cielo me estaba observando y estaba muy orgulloso de mí. ¿Lo estará ahora que escribo este libro? ¿O se avergonzará de mis dudas como me abochornan a mí?

La llamada de mi turno interrumpe mis pensamientos. Cuando explico a la recepcionista que quiero algún tipo de documento en el que se especifiquen detalles de la muerte de mi padre,

murmura un leve «Lo siento». Después me explica que hay que solicitarlo en el hospital. Cuando le digo que desde el hospital me han mandado aquí, se levanta y consulta con una compañera. Departe con ella un rato, me señala, abre un armario, hace una fotocopia y me trae un papel. El encabezado dice: «Petición de documentación clínica. Formulario de solicitud». Lo relleno rápidamente. Nombre, apellidos, fecha de nacimiento... Dejo en blanco el domicilio. No cabe preguntar por el hogar de quien ya no existe. Sí especifico el número de DNI, pues tengo una fotocopia que me envió Chema Reguera cuando le escribí la primera vez. El número es 14.906.038, sin letra. Pongo también mis datos. Al final, el documento exige especificar la información clínica que se pide y el motivo de la solicitud. Dudo varias veces. ¿Cuál es mi motivación? Al final, anoto: «Estoy escribiendo un libro sobre él».

La mujer ojea el papel y me pregunta la fecha de la muerte. Al responderle que el último día de 1974, me dedica una mirada extraña. No sé si es compasión o que mi edad le ha sorprendido. Dice de nuevo «Lo siento», pero esta vez con un tono mucho más sentido. Supongo que ha imaginado toda una película al ver a un hombre buscando información sobre la muerte de su padre, acontecida casi medio siglo antes. Me dice después que necesito el certificado de defunción del registro civil y fotocopia del libro de familia. Tengo el primero de los documentos, le digo, pero no libro de familia.

—De hecho, lo estoy escribiendo —bromeo, y pienso que ese sería un título perfecto: «Libro de familia».

Sonríe. Me dice que debo solicitarlo en el juzgado de paz. Que quizá es mi madre quien ha de pedirlo. De pronto, se disculpa, ruborizándose.

—¡Uy! Perdón, porque está viva, ¿verdad?

La pregunta me sorprende. Respondo que sí, que claro, que es muy joven aún, además. Ella sonríe.

—Pues es tu madre quien ha de solicitarlo —repite.

Al salir del ambulatorio pienso que no me apetece nada pedir a Mamá que haga este trámite. ¿Para qué le voy a decir que quiero el libro de familia? Bajo ningún concepto puedo decirle que es para solicitar la autopsia de mi padre. Resultaría macabro y podría sentarle muy mal. Puede que hasta se enfade.

Conduciendo hacia la oficina recuerdo que en una de las noticias que encontré sobre el accidente se decía que fue atendido por la agrupación de tráfico de la Guardia Civil. Me echo a un lado en la carretera, busco en internet desde el móvil el teléfono del cuartel de la Guardia Civil en Bilbao, y marco. Me sorprende que la grabación ofrezca la posibilidad de ser atendido en euskera. Tras pulsar varias opciones, contesta por fin una persona. Le expongo el asunto al tiempo que me incorporo a la carretera. Hablo a través del manos libres del coche. Escucha atentamente mis explicaciones. Me dice algo que ya sabía, que los archivos se depuran cada cierto tiempo. Sin embargo, matiza, esos expedientes debieron de ser transferidos a la Ertzaintza en torno a 1983, cuando el tráfico en Euskadi pasó a ser competencia suya.

Le doy las gracias pensando que se ha abierto una puerta.

Al colgar, sin embargo, decido abrir otra, por si acaso. Lo hago sin pensarlo dos veces. Llamo a Mamá y le pido que, por favor, acuda al juzgado de paz y solicite el libro de familia en la que ella y mi padre estén como titulares. Responde que un día de estos, cuando baje al pueblo, lo pide. Por suerte, no me pregunta para qué lo quiero.

Mi hijo pequeño, Danel, ha pasado el fin de semana con Javi. Ha estado muy feliz. Como a su hermano mayor, le encanta dormir fuera de casa, más si cabe si es donde alguno de los abuelos. Esta mañana, al vestirnos para ir a clase, tras lavarle la cara, le he preguntado si quiere que le eche colonia. Generalmente la rechaza. Hoy, sin embargo, ha afirmado que sí, mostrando al hacerlo el interior de las muñecas.

—*Bota aquí*—ha dicho, con esa mezcla de euskera y castellano con la que se expresa.

He sonreído. Le he echado un par de gotas en cada muñeca. Se las ha llevado al cuello y se ha frotado debajo de las orejas. Me ha emocionado mucho el gesto, porque yo me echo colonia de esa manera. Así me enseñó también a mí Javi. A él le enseñó su padre. Y quién sabe si a Chuchín le enseñó también a hacerlo su padre.

He ahí una verdadera idea de la familia: un pequeño gesto que se repite cada mañana, desde hace al menos cuatro generaciones.

En cuanto le he dado al botón de enviar, me he arrepentido. Pero ya no hay vuelta atrás. Me he quedado un buen rato pensando, acariciando las teclas con la mano izquierda y el ratón con la derecha, como si de verdad fuera un pequeño animal y no solo tuviera el nombre de uno. Me he convencido de que tenía que hacerlo, pero, inmediatamente después, de que no tengo derecho. Estoy lleno de dudas.

Le he escrito a uno de los hijos de Bernardino Expósito, el hombre que chocó con mi padre en 1974, el hombre que, según el relato familiar, lo mató.

No lo había previsto. Tengo el día libre. Mi mujer se ha marchado a trabajar, he llevado a los niños al autobús de la ikastola y, por primera vez en muchas semanas, la casa ha sido toda para mí. Me he puesto un café, la música a tope y me he sentado en el ordenador a responder correos pendientes. Hace unos días creé una lista de Spotify con las canciones que estos meses he ido descubriendo que gustaban a mi padre, con The Moody Blues, Procol Harum, The Animals, Wilson Pickett o la Creedence, pero también con Los Sirex, Los Íberos o un tema que Javi Urgoiti, el amigo de mi padre que estaba en el grupo, me dijo que tocaban siempre porque a mi padre le entusiasmaba: *Judy in Disguise*, de John Fred and His Playboy Band. Cada vez que lo escucho, me imagino a mi padre sobre el escenario, agitando el pelo y afanándose con las notas del bajo.

Con la música de fondo, los pensamientos se han ido encadenando y pronto he dejado la correspondencia electrónica para sumergirme en la búsqueda de información. He visto las portadas de los álbumes que estaba escuchando, fotos de época de Bilbao, un catálogo del Simca 1200. Me he dejado llevar por esas corrientes de asociaciones que te arrastran en internet hasta llevarte a lugares a los que no sabes muy bien cómo has llegado. He vuelto a las noticias sobre la noche en la que murió mi padre. He leído de nuevo un nombre: Bernardino Expósito, y me he dicho que daría lo que fuera por poder preguntarle a él en persona, ahora que las dudas me asolan. ¿Quién provocó el accidente? He revisado la información que tenía sobre él, guardada en un Word de hace meses. En su momento, supuse que el dueño de aquella empresa en mi pueblo era quien había tenido el accidente con mi padre. Sin embargo, ahora me he dado cuenta de que es más que probable que se trate de su hijo y que los dos se llamen igual. He localizado un teléfono del que es titular. He llamado sin éxito y, en realidad, deseando que no respondiera nadie. No habría sabido cómo preguntar. He comprobado que de Bernardino hijo se explicita en la red su segundo apellido, pues la empresa se declaró en suspensión de pagos. He encontrado más información. La compartía con un hermano. Con los dos apellidos, la búsqueda se ha ampliado. Hay varias

personas en el entorno de Bilbao apellidadas así. Una de ellas tiene un perfil en Facebook. Dada su fecha de nacimiento, bien podría ser del hijo de Bernardino. Comparto con él varios contactos de la red social.

Sin pensarlo mucho, le he escrito:

Hola, F. Tengo una duda y no sé si tú me la podrías resolver. No sé tampoco si eres la persona indicada. He mandado este mensaje a varias personas de Bilbao apellidadas Expósito. ¿Tu padre se llama o llamaba Bernardino y nació en 1935? Si es así, me gustaría hablar contigo para preguntarte una cosa que es muy importante para mí. Si no, perdona la molestia y millones de gracias por tu atención. Mi correo es galderro@gmail.com, por si prefieres contestar por ahí. Un abrazo. Galder

No he mandado el mismo mensaje a varias personas, ahí le miento. Sé que él es hijo de Bernardino, no necesito ampliar la búsqueda, al menos por ahora. Pero en cuanto he pulsado el botón de enviar, he sentido que no tengo derecho a hacerlo. ¿Y si no sabe nada? ¿Y si su padre jamás les habló de lo sucedido?

Entre el gentío que se agolpa en el Café Iruña, la reconozco de las fotos que Chema me regaló hace unos meses y que tanto tiempo he pasado observando. Me sorprende haberla reconocido. Y me alegra también, un poco. A pesar de que solo tengo fotos de ella siendo muy niña, el gesto permanece. En todas las instantáneas que tengo, Ana Reguera, hermana de mi padre, casi de su misma edad, está sonriendo. Ahora también lo hace, al verme. Me da un abrazo que destruye todas las distancias y me mira de arriba abajo con las manos sobre mis hombros.

—¡Dios mío! —exclama—. Eres igual que tu padre. ¡Pero qué mayor y guapo estás!

Hemos quedado por WhatsApp. Le pedí a Chema los teléfonos de sus hermanas (al mayor de los hermanos no quiero verle) y les escribí. Begoña no me contestó, pero Ana lo hizo al instante. Hoy nos encontramos para tomar un café rápido y para que ella me pase unas fotos de mi padre, pero nos hemos prometido comer pronto y tener una larga sobremesa en la que hablar todo lo que tengamos que hablar.

Lo primero que hace Ana es preguntarme por mi hermano mayor y por Mamá: qué tal están, cómo les va la vida. Se muestra entusiasmada ante las noticias sobre Borja. Después me pone ella al día de su familia. Me habla sobre sus hijos y su rutina de abuela. Me pregunta cuántos nietos tiene Mamá. Aplaude ante la respuesta: seis. Se interesa también por mi vida. Si me dedico solo a escribir o tengo otro trabajo. Le cuento que trabajo en la Fundación Athletic Club, organizando eventos culturales y proyectos sociales. Ella responde que uno de los gemelos (tiene dos hijos con síndrome de Down que nacieron el mismo año que yo), juega al fútbol en una de las asociaciones con las que nosotros trabajamos.

—Luis María. Le puse ese nombre en recuerdo de tu padre... —comienza a decir, pero su voz se entrecorta.

Después guarda silencio un rato, hasta que saca del bolso un sobre grande, tamaño folio, y me lo alcanza. Está lleno de fotos. Le doy las gracias y las vemos juntos. La primera está enmarcada y en ella se observa a mi padre sin camiseta, sentado en el suelo, con Borja en brazos. Está a punto de darle un beso, mientras mi hermano, que tendrá en ese momento dos años largos, mira a un lado. Es una imagen preciosa, pero está manchada por la humedad, el cristal del marco roto. Ana dice que es posible que sea una de las últimas fotos que hicieron a mi padre.

La mayoría de las que ahora vemos son de cuando era niño. En varias está con el abuelo. En todas, eso sí, aparece junto a Ana, como si fueran hermanos gemelos a los que siempre se retrata en pareja. Se llevaban un año. Ella me cuenta que eran uña y carne, que mi padre no tenía secretos

para ella. En dos fotos aparecen en la nieve, con esquís sujetos a sus pies por unas fijaciones antediluvianas. Ana me explica que es en Candanchú, en 1958. Mi padre tenía siete años. Me río del flequillo con el que aparece en otras instantáneas, como la de su primera comunión. Ella afirma que era muy común en la época, por Pablito Calvo, el actor protagonista de *Marcelino pan y vino*.

Algunas fotos son de la boda. Estas ya las he visto, pues Mamá conserva copias. En otras aparecen juntos, Mamá y él, en alguna celebración. Se ve feliz a mi padre, haciendo muecas a cámara cuando sabe que va a ser retratado. También hay una foto de carné que Ana afirma que es la última que se hizo. Posa vestido con chaqueta negra y camisa y corbata oscuras. Está hecha desde una perspectiva un poco ladeada, no frontal. Tiene un gesto extraño, que no sé identificar, con los ojos entreabiertos y las cejas arqueadas. No sé si es una pose o enfado o las dos cosas a la vez. En otra está junto al mayor de sus hermanos. Hacía muchísimos años que no veía el rostro de mi tío. Sigue despertando en mí un rechazo casi instintivo. La aparto rápido de mi vista, pensando que cuando me haga la copia, la recortaré. En otra de las fotos, se ve a mi padre con no más de diez años abrazando a un bebé que Ana me explica que es una de mis primas, hija de su hermana mayor.

—Tu padre era todo felicidad, Galder —dice, con la foto en la mano—. Lo que más le gustaba del mundo eran los niños. Todavía recuerdo la llamada en la que nos dijo que tu madre estaba embarazada de ti, el día que murió...

De nuevo se queda en silencio, en un silencio que no sé cómo romper, porque es difícil hacerlo. Cambiar de tema sería grosero, irrespetuoso. Pero lo hace ella, al fin, afirmando:

—Y también le encantaba la música, claro.

Entonces aprovecho para preguntarle cómo se llamaba el grupo en el que tocaba, ya que Javi Urgoiti no lo acuerda.

—¡Los Líquens! —grita.

Lo apunto en una servilleta. Le pregunto si está bien así escrito o es con k. Pero no lo sabe.

Seguimos viendo las fotos. Cuando llegamos a una en la que aparece mi padre con sombrero de marinero, Ana dice que es de la mili. Pregunto si vestían así en la Comandancia de Marina de Bilbao, pero ella explica que en realidad los primeros meses estuvo en Galicia, que le mandaron aquí porque estaba alicaído y mi abuelo, Aitite, consiguió que le trasladaran.

—¡Ah! —exclama de pronto, llevándose la mano al bolso—. También tengo esto para ti. Es una carta que nos mandó a tu abuela y a mí cuando estaba en la mili en Galicia.

Me alcanza un papel rayado que tiene el color típico amarillento con el que el tiempo va tiñendo los folios. Veo por primera vez en mi vida la letra de mi padre. De repente, me pongo muy nervioso. Soy un fetichista enfermizo. Aunque nunca he creído en la patraña de la grafología, sé que recorreré la letra de mi padre con afán de investigador. Es vertical y gruesa. Parece femenina. No pone puntos sobre las íes, sino círculos. Las aes no son redondas, sino ese tipo de a que reproduce la de imprenta y que es tan poco habitual en quienes están acostumbrados a escribir a

mano, pues invierte el sentido de la grafía y detiene el ritmo de escritura. Sus erres parecen uves. En un vistazo rápido, por lo demás, veo varias faltas de ortografía. La carta está fechada el 29 de enero de 1973, pocos días después del primer cumpleaños de mi hermano mayor.

—Muchas gracias, Ana. La escaneo y te la devuelvo la próxima vez que estemos.

—No, no, es para ti —dice—. Supuse que te haría ilusión.

Me guardo también las fotos, pero prometo devolvérselas. Nos despedimos después, quedando en vernos pronto. Me acompaña hasta la moto, que tengo aparcada cerca de la cafetería. Al verla, señala que a mi padre también le encantaban las motocicletas. Me dice que tenía una Ossa y que estaba muy orgulloso también del coche, del coche en el que murió.

—El Simca 1200 —apunto.

—El Simca 1200 Rally —matiza ella, afirmando que era él el que siempre lo hacía, enfatizar el modelo exacto.

Guardo el sobre con las fotos y la carta en la maleta de la moto. Nos despedimos con dos besos. Conduzco hasta la oficina, pero no entro. Hace sol. Me quedo un rato observando fotos en la mesa de piedra del jardín del Palacio de Ibaigane. Pasa un compañero, que al verme concentrado con un folio en la mano me dice en broma que no es bueno trabajar a la hora de comer. Le saludo con un gesto de la cabeza. Después, leo la carta varias veces, imaginando el momento en que fue escrita, acariciando la letra manuscrita como si me conectara de alguna manera con quien la trazó. Me emociona mucho tenerla. Dice:

29-1-1973

Queridas Mamá y Ana.

¿Qué tal estáis? Espero que bien, como yo lo desearía de todo corazón.

Os preguntaréis qué tal me encuentro aquí. Pues os puedo decir que, dentro de lo que cabe, bastante bien, pues me he enchufado con un cabo y currelo bastante poco. Por lo demás, esto es una mili como otra cualquiera: instrucción, instrucción con armas, gimnasia, etcétera.

La higiene es bastante deficiente, pues en cada brigada dormimos alrededor de 150 personas. Pero yo me las arreglo bien, pues me ducho todos los días y tengo mucho cuidado con los contagios, pues estoy tomando un antibiótico que se llama Tetrax y va bastante bien para estos casos.

Suelo salir casi todos los días por la tarde y, como como bastante poco en el cuartel, aprovecho para merendar fuerte. O sea, que por que coma bien o mal no os tenéis que preocupar.

El pasado viernes hicimos una marcha de unos veinte kilómetros con el mosquetón al hombro. Os podéis imaginar lo rendido que terminé.

Ya me enteré de que os invitó Carmen este domingo pasado a comer y que no fuisteis, cosa que me parece muy mal por vuestra parte.

Os mando junto con la carta una foto, para que veáis lo feo que estoy aquí.

Bueno, family, os volveré a escribir otro día.

Muchos besos.

LUIS

En cada lectura, me detengo en el detalle de que mi padre mostrara su enfado porque Ana y la abuela no fueran a comer a casa con Mamá. No tengo dudas de que aquella cena fue la celebración del primer cumpleaños de Borja, pues la carta está fechada cinco días después. Pienso: «Pobre

papá, si supiera cómo después de su muerte se desentendieron de Borja...». Y al punto me doy cuenta de que es la primera vez en mi vida que me refiero a él como papá, aunque sea en un pensamiento. Me sonrío ante el hecho, pero regreso al dato: no fueron al primer cumpleaños de Borja. ¿Es algo importante que debo tener en cuenta a la hora de pensar en la relación de los Reguera con Mamá? ¿O fue pura casualidad? Imagino el día, mi padre ausente y Mamá celebrando el primer año de su primer hijo sin ningún Reguera en la mesa, aparte del pequeño. La imagen es premonitoria.

Abro el WhatsApp para enviarle un agradecimiento a Ana por haberme regalado la carta, pero me detengo a observar la foto que tiene de perfil, en la que no me había fijado antes. En ella sale mi primo Luis Mari, al que ella bautizó así como homenaje a mi padre, muerto meses antes de su nacimiento. Está junto con dos niños, supongo que sus sobrinos, soplando una vela con forma de número 40 que corona una tarta. Amplí la foto y me fijó en mi primo y entonces mi corazón da un vuelco. Le conozco perfectamente. He estado con él varias veces en Lezama, en los campeonatos que organizamos en la Fundación para asociaciones de personas con discapacidad intelectual. ¿Cómo no me había fijado antes? Entro en la oficina con el móvil en la mano, casi corriendo. Pregunto a mi compañero Ibon si sabe quién es. Le reconoce al instante. Le cuento que es mi primo, el hijo de la hermana de mi padre. Me pregunta si no le conocía de antes. Niego con la cabeza. Pero esta vez no me da vergüenza reconocerlo, como cuando era pequeño me pasaba al decir que no sabía de mi familia paterna. Ahora eso me da igual. Sonrío y pienso en las veces que nos hemos estrechado la mano, en que nos hemos abrazado sin saber que somos familia, en que quizá yo mismo fui quien le puso, en alguna edición del trofeo que organizamos, su medalla de participación. Me parece una maravillosa casualidad. Y eso eclipsa todo lo demás.

No me atreví, en mi primer encuentro con Ana, a preguntarle por la responsabilidad del accidente. Me convencí, además, de que no haría falta, de que el hijo de Bernardino contestaría y podría dar el asunto por cerrado. Pero no ha sido así. Han pasado las semanas y no ha llegado la respuesta. Es más, sospecho que el hijo de Bernardino me ha bloqueado en la red social. No entiendo muy bien el funcionamiento de Facebook, pero quise enviarle otro mensaje, y no me dejó contactar de nuevo con él. El texto que me aparecía al intentarlo era: «No puedes responder a esta conversación».

Dejé de escribir unas semanas. Quise marcar distancia con el libro. Guardé en un cajón de mi armario el cuaderno con las notas, los certificados de nacimientos, bodas y defunciones, las noticias de los periódicos, las fotografías y la carta manuscrita. Me decía que debía esperar a la respuesta del hijo de Bernardino para saber si realmente seguiría adelante con el libro o no. Pensé excusas que esgrimir, sobre todo ante Mamá, en el caso de que abortara la escritura de estas páginas. ¿Qué le diría? Mi coartada sería otro libro. Me justificaría argumentando que he comenzado a escribir uno nuevo y que el de mi padre ha quedado aplazado.

Mamá, sin embargo, no me ha preguntado nada. Y la historia no me ha abandonado, claro. Hace unos días me encontré en la calle Colón de Larreategui con Javier Urgoiti, el amigo de infancia de mi padre, con quien tocaba en el grupo. Nada más saludarnos me preguntó si seguía con el libro. Asentí y le lancé sin rodeos ni explicaciones la pregunta de si mi padre abusaba de las drogas. Se mostró sorprendido.

—¿Luis? ¡En absoluto! —exclamó sin dudar un segundo—. Claro que fumábamos canutos, pero qué joven no lo hacía en aquel tiempo. En alguna ocasión quizá LSD, pero muy puntualmente. Una o dos veces, no más.

La imagen de ese hombre, un señor formal vestido de chaqueta y corbata, hablando con tranquilidad y normalidad de cómo probó alguna droga en su juventud, me devuelve la perspectiva. Yo también fumé en mi momento. Prácticamente todas las personas que conozco han fumado hachís y marihuana alguna vez en su vida. Mi padre murió con veintitrés años. ¿De verdad me estaban corroyendo las dudas porque mi tío me contara que mi padre fumaba canutos?

Javier Urgoiti quiso saber por qué lo preguntaba. Le respondí que por simple curiosidad, que dada la música que escuchaba y algún comentario que me había llegado, me había planteado la posibilidad. Él negó con la cabeza.

—Te lo ha dicho un Reguera, ¿verdad? Que tu padre era un yonqui... No le hagas ni caso. Por

alguna razón, se ha creído esa mentira. A mí me la soltó también una vez que me lo encontré en la calle. «Lo mejor que le podía haber pasado a Luis era morir así, porque si no habría acabado mal.» Eso me dijo. No le hagas ni caso, Galder. Yo le conocí y fui su amigo, desde niño hasta que murió. Nunca tuvo ningún problema con la droga. No lo dudes ni un momento.

Decidimos tomar un café rápido. Me habló angustiado, como si tuviera que justificar a su amigo ante un padre severo. Me dijo que eran unos chavales, que sus gamberradas jamás superaron los límites del escándalo familiar. Habló de mi padre con mucho cariño. Creo que le preocupaba que mi idea de él estuviera distorsionada. Me contó que Alberto Landabaso, el tercero del grupo, sí estuvo enganchado a la droga, que cayó en la heroína y murió en 1984, que quizá fuera la primera víctima del sida en el País Vasco. Pero me aclaró que todo eso pasó muchos años después de la muerte de mi padre.

Escuchándole, me pregunté si el destino del pobre Landabaso determinó el modo en que mi tío recordaba a mi padre. Quizá la muerte de ese amigo de mi padre hizo que Chema construyera, pasados los años, un relato distorsionado de cómo era su hermano. Quizá sus miedos como hermano mayor fueron creciendo con el tiempo y la necesidad de articular una razón para algo que no la tiene, como un accidente mortal que se lleva a alguien querido, le llevó a recomponer una imagen falseada a partir de retazos de recuerdos. Quizá Chema viviera un tiempo acosado por los remordimientos. Quizá necesitara despejar de su mente el hecho de que su hermano falleciera sin contrato ni seguro y de su responsabilidad en ello, y en ese proceso se convenciera de que mi padre se lo había buscado por caminar en el filo de una navaja. Quizá eso fuera más fácil que asumir que la mala suerte se llevó a su hermano, pero que él y Luciano tenían la culpa de que dejara una familia desamparada.

Me despedí de Javier Urgoiti sin atreverme a preguntarle por el accidente, si fue mi padre o Bernardino quien lo provocó. Estuve a punto de hacerlo, pero, entonces, me pareció de mal gusto siquiera plantearlo. Opté por continuar con el silencio en torno a ese tema. Y así ha sido, hasta que he redactado estas líneas y retomado, con ellas, este libro.

El verano de 1980 lo pasamos en un piso que Mamá y Javi alquilaron frente a la playa de San Antonio, en Pedernales. La tarde del 14 de julio nos montaron a los niños en el Seat 127 porque tenían que hacer una llamada de teléfono por trabajo, el de la cafetería de San Antonio no funcionaba y no tenían con quién dejarnos ese pequeño rato. Con nosotros también estaba mi primo Unai, que pasaba unos días en nuestra casa.

Javi aparcó el coche cerca de la cabina que estaba frente a la parada del autobús situada junto al puente que une Pedernales con la isla de Txatxarramendi, a un lado de la carretera regional que enlaza Bermeo con Gernika. Mamá dejó a Javier, que tenía un año recién cumplido, dormido en el asiento del copiloto, y nos ordenó a Borja, a Unai y a mí que esperáramos unos minutos en el coche y que no nos bajáramos bajo ningún concepto.

En la cabina, Javi hablaba con su galerista, con Mamá a su lado escuchando pegada al auricular. Comentaban las fechas de una próxima exposición cuando el camión de bomberos apareció tras la curva. Llevaba las luces de emergencia encendidas y la sirena sonaba estridente. Iba muy rápido. Demasiado. Tanto, que el conductor perdió el control. El enorme camión dio dos bandazos y enfiló directo hacia ellos. Mamá gritó y abrazó a Javi con fuerza. Javi pensó que se los llevaba por delante.

En el último suspiro, el conductor evitó la cabina con otro bandazo. Pero con ese movimiento encontró al Seat 127 en el que los niños esperábamos. Javi y Mamá siguieron con la mirada al camión y vieron cómo impactaba contra el coche. Apenas había reducido la velocidad. El golpe fue tremendo. Nuestro vehículo salió disparado y quedó unos metros más adelante, convertido en una maraña de hierros. El camión de bomberos continuó su errática trayectoria hasta que se precipitó por el terraplén a la entrada del puente, al otro lado de la calzada.

Tras el estruendo del impacto, se hizo en el lugar un silencio de muerte. Mamá se llevó las manos la cabeza y gritó horrorizada. Quiso salir veloz hacia el 127, pero Javi la detuvo y, abrazándola, le rogó que esperara dentro de la cabina. Ella accedió, desgarrada por el llanto. Él se dirigió con pasos temerosos hacia el coche. Todo el cuerpo le temblaba. Estaba aterrorizado.

Bajo el amasijo de hierros en el que se había convertido el vehículo, un aceite negro y humeante se mezclaba con sangre. Había muchísima. Algunas personas se acercaron tímidamente al lugar, con las manos en el rostro. Frente al coche, Javi se quedó inmóvil como una estatua, sin saber cómo reaccionar. Pensó que no había esperanza. Murmuró «Dios mío de mi vida» y dirigió la mirada a la cabina, desde donde Mamá le miraba con gesto de desesperación. En ese momento,

se oyó un llanto. Javi reaccionó de inmediato. Tiró de la puerta de atrás con todas sus fuerzas, varias veces, hasta arrancarla. Mi primo Unai salió por su propio pie. Cuando el camión se precipitó hacia nosotros, él estaba jugando con el volante a que conducía en una carrera. Al intuir el choque, saltó al asiento trasero con un grito. Javi lo agitó en el aire, como si tuviera que reanimarlo, y lo abrazó con todas sus fuerzas antes de dejarlo de nuevo en el suelo.

El llanto era de mi hermano Javier, que se había despertado. Fue el segundo que Javi sacó del coche. No tenía ni un rasguño, a pesar de estar cubierto de cristales. Lo salvó el estar tumbado en el asiento delantero. Los hierros curvados del parachoques, que habían invadido el habitáculo, no llegaron ni a rozarle. Después, Javi nos sacó a Borja y a mí. Ninguno de los cuatro niños teníamos ninguna herida mínimamente importante. Solo yo tenía algo de sangre en la planta de los pies, pues llevaba chancletas cangrejas y se me metieron algunos cristales rotos en las suelas. Llorábamos, ahora sí, pero era por el susto.

Mamá llegó a nuestra altura, gritando, no sabía muy bien si de terror o de alivio. Nos miró de arriba abajo, girándonos, comprobando el milagro de que estuviéramos ilesos. A Javier lo alzó como si fuera un trofeo. Nos comió a besos. Entonces, abrazada a uno de nosotros, fue cuando se percató de que una niña de unos siete años se encontraba inmóvil junto al coche, mirando hacia nosotros como un fantasma.

La sangre que bañaba el suelo resultó ser de su madre y su hermana. Esperaba junto a ellas en la parada del autobús cuando se produjo el choque. El camión, tras impactar con el 127, las arrasó a su paso antes de precipitarse junto al puente. Murieron en el momento. Ella quedó en shock en el mismo lugar donde se encontraba cuando el camión se llevó a su familia.

Mamá abrazó a la niña, la tomó en brazos y la alejó del lugar.

Pronto llegaron ambulancias y policía. En el camión de bomberos había varios heridos. Mamá y Javi dieron sus señas a la policía y todos juntos fuimos a casa, andando. La niña vino con nosotros hasta que la policía localizó a sus familiares. Aquella noche y todas las siguientes Mamá rezó por ella. En ese mismo rezo, sintiéndose un poco egoísta por hacerlo, también daba gracias a Dios por habernos salvado a nosotros la vida.

Era la segunda vez que sucedía un milagro en la vida de Mamá. Antes fue la imprevisible recuperación de mi hermano. Ahora, salvábamos la vida en un accidente que sesgó otras, que destrozó otra familia y en el que teníamos todas las probabilidades de haber fallecido. Fue como un aviso del destino: la felicidad es frágil y pende de hilos que se rompen con facilidad.

El incidente con el coche de bomberos quedó en el imaginario de nuestra familia como un cuento con moraleja. Algunas noches, Mamá y Javi nos narraban aquel día compartiendo con nosotros el miedo a habernos perdido. Por un momento lo creyeron así, que habíamos muerto. Cuando fuimos saliendo del coche, fue como si la vida entera comenzara de nuevo. Para nosotros, sí, pero para ellos también. Al terminar el relato, Mamá y Javi nos confesaban que no se podían ni imaginar una vida sin nosotros. Aquello era una manera de decirnos lo importantes que éramos sus

hijos para ellos, un modo de transmitirnos amor y de suplicarnos que nos cuidáramos, porque de nuestro bienestar dependía también el suyo.

Pero había otro mensaje en su relato. Uno que no explicitaban. Que si en otros momentos la suerte fue esquiva para nuestra familia, se compensó aquel día. Pudimos haber muerto los niños. Y, sin embargo, estábamos vivos y estábamos juntos.

Cuando nos echaron de la casa de Ataun, nos instalamos en San Miguel, un barrio obrero de las afueras de Basauri.

Nuestra casa estaba en el piso octavo de un edificio a la entrada del pueblo conocido como *el Rascacielos*, que la empresa de Aitite había construido unos años antes. Fue él quien convenció a Mamá para que se instalaran allí, sin coste, pero dejando de ingresar el alquiler del apartamento de la calle General Mola (en ese momento ya renombrada como Lehendakari Aguirre), donde seguía viviendo su hermano Luis y al que Mamá nunca había vuelto desde el accidente mortal. Ahora que escribo este hecho, me doy cuenta de su dimensión. Tras la desaparición de mi padre, fue incapaz de afrontar la visita al lugar en el que habían convivido. Mamá temía que la visión de aquel escenario despertara en ella de nuevo la tristeza que tanto había luchado por dejar atrás.

En Basauri, en el mismo edificio que nosotros, vivían también dos hermanas de Mamá: Nati y Begoña, con sus respectivas parejas. Algunos de nuestros vecinos mostraban su disconformidad con las condiciones de la compra de sus pisos, o con la negativa a alguna reclamación, o quizá con nuestro modo de vida o de ser, quién sabe, con insultos a nuestro apellido, rayados con letras mayúsculas en el ascensor.

Tengo muy marcado un recuerdo del primer día de clase en San Miguel, la impresión y el temor que me causaba aquella escuela, enorme en comparación con el aula de Ataun. Me veo recorriendo el pasillo, con todos los niños ya dentro de sus clases, perdido, tratando de localizar cuál de todas aquellas puertas era la de mi aula, entrando tarde y sentándome tímidamente en el único pupitre libre. Recuerdo ponerme de pie y decir a todos mi nombre bien alto, como pedía la profesora. Pero es uno de los pocos recuerdos angustiosos de aquel tiempo. Fui feliz en esa escuela. Nuestra profesora, Carmen, era un amor. Los compañeros, todos amigos. Todavía soy capaz de repetir nombre y apellido de muchos de ellos, aunque hayan pasado más de treinta años: Esteban Franco, Roberto Parra, Ainhoa De la Torre, Sergio Chinchilla. Y, por supuesto, Elena Fernández, de la que estuve secretamente enamorado durante el tiempo que viví allí.

Compartí con Elena cinco años de escuela y la quise desde el primer día hasta el último. Era la más lista de clase y tenía unos hoyuelos preciosos, que se revelaban cuando sonreía y me hacían perder la razón. No exagero. Soñaba con ella, me imaginaba un futuro juntos, con niños y una casa con jardín. Mi amor infantil tomó forma de las letras de las canciones de Cánovas, Rodrigo, Adolfo y Guzmán y también de Solera, que sonaban mucho en casa y en el radiocasete del coche, y

yo sabía de memoria. También de la imagen que nos proyectaban Mamá y Javi a sus hijos, a los que veía quererse con todo su ser, sin posibilidad de duda.

El presente sonreía entonces a Mamá y a Javi. No mucho después de instalados en San Miguel, los padres y hermanos de Javi por fin aceptaron que aquello no era un capricho infantil, sino que había formado una familia. La reconciliación definitiva con los Riaño llegó poco después de que la hermana de Javi le invitara a su boda con el requisito de que acudiera sin ninguno de los niños ni Mamá. Javi no fue. Le dolía sentirse excluido, perderse ese momento, no ver a familiares queridos, pero no fue. Dada su ausencia en una fecha así, una tía suya, Dorita, organizó un encuentro entre Mamá y Javi y los abuelos. Los sermoneó a los cuatro. Dijo que en una familia hay que saber perdonar, tirar adelante y olvidar las rencillas. A los abuelos les recordó lo obvio: que Javi era su hijo y que a un hijo se le quiere siempre, en cualquier circunstancia. A partir de ese día, poco a poco comenzaron las visitas mutuas, las llamadas en fechas señaladas y todos esos pequeños puentes (o cadenas) que hacen que una familia esté unida.

Mamá había conseguido una plaza fija en el instituto de Basauri, a diez minutos en coche de casa, y seguía paso a paso con su carrera artística, haciéndose un nombre en el arte del País Vasco. Javi había hecho avances prodigiosos y sus dibujos habían dejado atrás la timidez del principiante para acercarse cada vez más al hiperrealismo. Mis amigos flipaban con sus cuadros cuando venían a casa. Además, había conseguido una plaza de profesor de grabado y aerografía en la Casa de la Cultura de Basauri, donde comenzó a impartir clases por las tardes.

San Miguel, sin embargo, nunca les gustó. En aquel tiempo era el típico barrio industrial de la Vizcaya de los años ochenta. Desde nuestro balcón se veían las siderurgias de EVA y otras fábricas con decenas de chimeneas humeantes. Tras nuestro edificio, allí donde terminaba la carretera que en el futuro uniría el barrio con Mercabilbao, había una vía muerta que daba a un muro, una especie de calle sin salida que los yonquis aprovechaban para pincharse su dosis de heroína. Las fachadas lucían viejas y sucias y grises. Nuestros juegos muchas veces encontraban su lugar en una escombrera que se situaba cerca de casa, colina arriba en la zona de los pabellones industriales. El contraste con el paraíso de Ataun era enorme, y Mamá y Javi soñaban con encontrar un lugar parecido a aquel, donde huir del ruido, la fealdad y la contaminación. Por ello, cada fin de semana salíamos de excursión. Íbamos cada sábado y cada domingo al campo. En el asiento trasero de nuestro 127 (que, como nosotros, se había salvado milagrosamente del siniestro total en el accidente, y ahora lucía repintado de un precioso y extravagante azul cielo mate), nos peleábamos Borja, Javier y yo, acompañados muchas veces de nuestros primos Unai o David, o, en las ocasiones más celebradas por nosotros, de los dos. En el maletero, además de la comida para el día, Mamá y Javi llevaban un caballete portátil y cuadernos, óleos, acuarelas y lápices. Cada excursión coincidía con la visita a una casa a la que quizá nos mudáramos algún día. Recorrimos toda la geografía de Vizcaya, y gran parte de la de Guipúzcoa y Álava, en la búsqueda de la casa ideal. Muchas veces, la conversación de mis padres al regreso a nuestro piso de San Miguel, con los niños dormidos en el asiento trasero, consistía en soñar en alto cómo se

organizarían en la casa que acababan de ver: quién dormiría en cada habitación, dónde estaría el estudio, cómo se las arreglarían con la huerta que estaba en el patio trasero. Por el miedo a que se echaran a perder, hace unos años tomé prestados todos los negativos que Mamá tenía perdidos en varios cajones en su estudio y los llevé a revelar. Muchas de las fotos que aparecieron entonces eran de casas donde ella y Javi soñaron con instalarse un día.

Había un lugar, sin embargo, donde comenzamos a ir más a menudo en nuestras excursiones: Garrastatxu. Es un alto coronado por una ermita ante la que hay un pequeño terreno llano delimitado por una murallita. Mamá y Javi dejaban el coche en Baranbio, una pequeña localidad de no más de doscientos habitantes en la base de la montaña. Desde allí, subíamos andando. Es un trecho importante, casi cuatro kilómetros cuesta arriba por un camino forestal. Pero lo disfrutábamos buscando pirita que imaginábamos oro y recogiendo hojas y palos. Comenzamos a ir porque el abuelo, Chuchín, vivió allí de niño, cuando murió su madre, y su padre, marinero, lo dejaba largas temporadas a cargo del cura del pueblo, un experto en ajedrez llamado don Leo. Javi nos contaba a veces esa historia, para mantenernos distraídos del esfuerzo mientras caminábamos. Pero seguimos yendo, sin duda, porque el terreno amurallado frente a la ermita era un lugar ideal donde vigilar los juegos libres de tres (a veces cuatro, a veces cinco) niños y poder dibujar o pintar al mismo tiempo. Atesoro decenas de preciosos recuerdos de momentos que transcurrieron en aquel lugar: cuando volábamos la cometa, los partidos de fútbol, cuando subíamos a las ramas del árbol que está a la entrada de la ermita, cuando nos colábamos dentro y el miedo que daba hacerlo, pues aquello era profanar terreno sagrado.

En aquellas excursiones, cuando comíamos o descansábamos bajo un árbol, pedía a Javi que se pusiera en la postura que yo llamaba *el váter*, es decir, sentado con las piernas cruzadas en lazo, como en postura de yoga. Yo me sentaba sobre sus piernas y apoyaba mi espalda en su pecho. Él cruzaba los brazos sobre mí. Y ahí, me sentía en un refugio. Nada podía hacerme daño en aquel lugar. Estaba completamente protegido, como dentro de un campo de fuerza que los brazos de Javi delimitaban. Si pudiera viajar al pasado y detener el tiempo en un momento de mi vida, elegiría esos en los que, abrazado por Javi, cerraba los ojos y dejaba que el sol calentara mi rostro mientras me recreaba en las voces de los juegos de mis hermanos, los sonidos del campo y las conversaciones de Mamá y Javi.

En aquellos años Mamá tenía vacaciones de profesora y a Javi le echaban de la Casa de la Cultura cada junio, para volver a contratarle en septiembre, así que nos íbamos los meses completos de julio y agosto de vacaciones a Haro, donde alquilábamos un piso en Villa Begoña, una urbanización a pocos metros de la casa de Amama. En Haro coincidíamos con varios de nuestros primos. Aquellos veranos eran como nuestras excursiones, pero eternas. Paseábamos por el río, hacíamos salidas en bicicleta, nadábamos en la piscina, jugábamos a fútbol, pintábamos al aire libre. Mamá y Javi no eran como los padres de los demás niños que conocía, que los dejaban a su aire para hacer sus propios planes y con los que solo coincidían para comer y cenar, o, peor aún, los tenían a su lado de bar en bar, mientras tomaban vinos o copas. Javi y Mamá jugaban con

nosotros y disfrutaban haciéndolo, y nosotros, los niños, también con ellos. Recuerdo que organizaban olimpiadas para nosotros. Compraban unas medallas de latón (oro a nuestros ojos) en la tienda de deportes del pueblo y competíamos en natación, fútbol, baloncesto, ciclismo, atletismo y tenis (en realidad, frontón, pero en la medalla ponía tenis). Después organizaban una entrega de premios en el jardín de la casa de Amama. Mamá y Javi se las arreglaban para que cada uno de los niños ganáramos en alguna de las modalidades, extendiendo los tiempos de los partidos, echando una mano a los más pequeños en mitad de un juego, amañando resultados si hacía falta. No siempre era fácil repartir medallas equitativamente. Un verano, como yo quedé el segundo o tercero en todas las pruebas (algo que no tenía mucho mérito), me entregaron un premio a la regularidad. Recuerdo que aquella palabra me sonó a rayos, porque Mamá casi nunca te decía directamente que habías hecho algo mal, sino que cuando le enseñabas por ejemplo un dibujo realizado con desgana, utilizaba la expresión «eso está regular». Pero la medalla me supo a gloria.

La mayoría de las fotos que conservo hoy de mi familia son de aquellos años. Nunca hemos sido muy de hacernos fotos en celebraciones familiares. De hecho, ni siquiera tengo fotografías de mi primera comunión. Sin embargo, Javi siempre llevaba la cámara a las excursiones y tengo decenas de instantáneas de nosotros de niños en Baranbio, Haro o lugares que no logro identificar. En pocas salen ellos, Mamá y Javi, y en algunas de esas pocas lo hacen con gesto cansado. Los niños, sin embargo, sonreímos en todas.

Fuimos muy felices.

Una mañana, durante el desayuno, Mamá y Javi nos lo anunciaron a sus tres hijos.

—¡Nos casamos!

Nos lo dijeron tomados el uno de la cintura del otro, sonriendo, como habíamos visto en tantas películas cuando se notificaba la llegada de un bebé o también, sí, una boda. La diferencia es que en la televisión los que se prometían eran siempre chicos muy jóvenes que decidían tener una vida futura en común a pesar de que sus padres no lo aprobaran, mientras que en mi casa los que se unían eran nuestros padres, que ya tenían tres hijos. En cualquier caso, como Mamá y Javi estaban muy felices al decirlo, nosotros también nos pusimos muy contentos y brindamos todos con Cola-Cao.

Con los años, muchas veces me he preguntado por qué Mamá y Javi decidieron casarse después de tantos años de convivencia y una familia ya construida. El hecho no me cuadraba con la imagen que tenía de ellos. Nunca han dado demasiada importancia a las convenciones sociales. Hoy sé que fue porque a Mamá le habían concedido, por fin, la nulidad matrimonial y querían darle los apellidos maternos a mi hermano Javier. Se casaron el 9 de mayo de 1984 y a Javier, según la anotación al margen de su partida de nacimiento, le cambiaron los apellidos el día 23 de ese mismo mes. También supongo que casarse era una manera de legalizar su situación de pareja, por si acaso, y quizá, qué demonios, de formalizar su situación de cara a sus padres, de decirles: eh, por fin somos una familia normal, podéis estar tranquilos.

En clase no dije nada hasta la semana previa a la boda, que iba a ser un sábado. Mi silencio no fue intencionado. No lo creo, al menos. Pero recuerdo el exacto momento en que anuncié que mis padres se casaban y la reacción de mis compañeros. Fue en el aula, en uno de esos momentos en los que nuestra profesora nos dividía en grupos de cuatro y juntábamos nuestros pupitres para hacer un trabajo en grupo. Yo estaba junto a Juan, Roberto y Elena, sobre todo junto a Elena.

—La semana que viene la voy a pasar en casa de mi Amama, porque mis padres se casan y se van de viaje de novios —comenté buscando llamar la atención de la niña, mostrarme interesante ante ella.

Se hizo el silencio. Mis tres compañeros me miraban como si algo no encajara, con gesto de incompreensión.

—Eso es mentira —afirmó Juan, cortante.

—Es verdad. Se casan en el juzgado y después vamos a comer a un restaurante en Galdakao...

—Imposible —me cortó—. Si no están casados no pueden ser tus padres.

—Pues lo son —rebatí, ya muy nervioso.

—Bueno, tu padre no es tu padre de verdad —comenzó a decir Roberto, que era muy amigo mío y había estado varias veces en mi casa y le había contado que Javi y yo nos apellidábamos distinto. Sus palabras me sonaron como una traición.

—Claro que lo es...

—No. No es tu padre. Es tu padrastro —afirmó Juan. Lo dijo con un tono que parecía querer ser ofensivo y a mí, que esa palabra me molestaba horrores, en ese momento me hizo incluso daño físico.

—Es mi padre, aunque tengamos el apellido diferente —protesté, a punto de echarme a llorar—. Porque yo tengo dos padres, uno en la tierra y otro en el cielo y...

Pero Juan me interrumpió. Lo hizo con una carcajada. Se rio, el muy cabrón.

—¡Dos padres! —gritó, como si aquello fuera la mayor ocurrencia que había escuchado en su vida. Y aplaudió dos veces.

Entonces yo le empujé, y él a mí y nos enzarzamos en un forcejeo con el que cayeron nuestras sillas haciendo un ruido tremendo. La maestra acudió a la carrera y nos separó, gritando muy enfadada. Juan parecía orgulloso de haber impartido justicia, de impedir que yo usara las palabras estirando su definición. Yo lloraba y observaba a Elena, que me miraba de una manera extraña, no sé si compasiva, porque le daba pena, o aprensiva, como se mira a un bicho raro.

Nuestra profesora nos hizo explicar ante toda la clase qué había pasado y yo tuve que contar que mis padres se casaban y que mi padre no se apellidaba como yo porque tuve otro padre que se murió antes de que yo naciera. Alguien preguntó en alto que cómo se explicaba aquello de que fuera mi padre y yo naciera después de que él hubiera muerto. Me mantuve en silencio. Me sentía como un fenómeno de feria expuesto a las miradas de los demás, un ser extraño, como la mujer barbuda o el hombre de dos metros y medio de altura, ahí arriba en la tarima, narrando mi singularidad a toda la clase, que no podía comprenderla. Entonces la maestra explicó que había familias de todo tipo y que no todas eran normales. No dijo eso, claro, que no todas eran normales. No al menos con esas palabras. Pero toda su explicación giró en torno a esa idea: había familias normales y de otro tipo. Y la mía era de las no normales.

Me resulta extraño no tener recuerdos del día de la boda de Mamá y Javi. Tengo fotos, que he visto mil veces. Pero no recuerdo la ceremonia, ni la celebración. Sí, que pasamos una semana en casa de Amama. Recuerdo que Mamá y Javi nos dieron dos mil pesetas a Borja y a mí para que las gastáramos en lo que nos diera la gana, pero que Amama nos las quitó para comprarnos zapatos y que aquello me pareció la mayor injusticia del mundo. También tengo muy marcada la imagen de Amama llevándonos a clase desde Basauri a San Miguel en taxi —tenía carné, pero dejó de conducir muy poco después de obtener el permiso, tras un golpe de chapa que la asustó para siempre— y yo sintiéndome una estrella de Hollywood cuando el taxi me dejaba en la puerta de la escuela y todos los niños lo observaban curioseando quién se bajaría del coche. Recuerdo

también que le preguntaba al chófer si le cobraría dos carreras a Amama, la de ida a la escuela y la vuelta a Basauri, y que mi Amama protestaba con un lamento que he oído mil veces, a ella y a otros familiares desesperados:

—¿Es que este niño no se va a callar nunca?!

No recuerdo la boda, no. Pero imagino ahora, escribiendo estas líneas, cómo se debieron de sentir Mamá y Javi, mis padres, cuando por fin, después de años de lucha, los papeles certificaban a nuestra familia como lo que siempre fue: precisamente, una familia. Me imagino que aquel gesto, dar el sí quiero ante familiares y amigos que brindan felices y sueltan vítores, fue para ellos el punto final de una lucha que debió de tener innumerables momentos de flaqueza.

Hoy Mamá me ha dado la noticia de que José Mari, su hermano pequeño, compra la casa de Amama en Haro. Lo ha dicho con el tono neutro con el que se comenta el tiempo. No parecía muy contenta y no ha querido hablar mucho del tema.

José Mari nació en esa casa. Vino al mundo en el cuarto grande, en la cama que Aitite y Amama compartían. Lo primero que vio en su vida fue esa habitación. El primer aire que entró en sus pulmones fue el de esa casa familiar.

Hace poco estuve con él. En un momento de nuestra conversación afirmé que me llenaba de pena que se vendiera. Él asintió, diciendo que su pasado está en esa casa y que ahí viven muchos de sus recuerdos. No me lo tomé como una señal, pero ahora me doy cuenta de que ya barruntaba la idea de comprarla. Me pregunto si mis palabras esa tarde le convencieron de hacerlo finalmente.

Supongo que el lúgubre cartel que anunciaba que la casa estaba en venta se habrá descolgado por fin. Me tranquiliza que ningún extraño pueda disponer ya del lugar a su voluntad. Me alegra también mucho que José Mari haya dado ese paso, aunque, por lo que me ha contado Mamá, no tanto los términos del acuerdo con sus hermanos. Mamá ha dicho un poco melancólicamente que José Mari le ha prometido que tendremos la puerta siempre abierta. En un primer momento, me ha animado escucharlo, pero luego he pensado que esas cosas siempre se dicen. Después, me he preguntado si ahora que la casa es suya podremos seguir llamándola *la casa de Amama*.

El hijo de Bernardino sigue sin contestarme, así que he buscado otras vías para intentar saber con total seguridad quién fue el responsable del accidente. La semana pasada quedé con Juan Ignacio, un compañero de trabajo, para preguntarle si podría ayudarme en un asunto personal. Cuando entré en su despacho, le advertí que necesitaba tiempo para explicar en qué necesitaba ayuda. Juan Ignacio trabaja en contacto con la Ertzaintza. Me escuchó con enorme atención. Creo que se emocionó un poco. Cuando terminé de hablar me preguntó el número de expediente que necesitaba. Le contesté que el 2-75 del Juzgado de Instrucción n.º 1-A de Bilbao. No necesité consultarlo, me lo sé de memoria. Hizo una llamada delante de mí. Habló con alguien del cuerpo de policía. Le transmitió mi historia, casi palabra por palabra.

—Tenemos que ayudarle —concluyó.

Su interlocutor se comprometió a intentar encontrar el papel de marras. Juan Ignacio me dijo que en cuanto tuviera noticias suyas me llamaría, que no sabían si podrían localizarlo, pero que había una esperanza, porque los archivos de tráfico de la Guardia Civil fueron transferidos a la Ertzaintza en 1982. Le di las gracias. Entonces, me narró la historia de su familia. Escuchándole, me sentí reconfortado. Me di cuenta de lo que supone compartir con alguien la historia de tu familia. Es reconocer al otro como alguien ante quien puedes mostrarte sin máscaras, como diciendo «esta es mi historia, este soy yo, aquí me tienes». Un gesto de amistad o de amor. Veo a Juan Ignacio cada día desde hace más de diez años y hoy, por primera vez, he pensado que le conozco. Quizá le haya sucedido a él lo mismo conmigo.

Por otro lado, tengo tantas dudas sobre escribir el libro que el que alguien me cuente su historia me ayuda a normalizar el hecho de estar reconstruyendo la mía. Es la gran pregunta del escritor. La gran pregunta sin respuesta: ¿por qué cuento todo esto?

Mamá me ha traído a casa el libro de familia que le pedí, el que necesito para solicitar el certificado médico del fallecimiento de mi padre. O su autopsia, si es que se hizo. Ha ido esta misma mañana al juzgado de Mungia a por él. Cuando me lo ha extendido, dentro de un sobre, ha dicho que no le habían puesto ninguna pega para hacerlo y que le ha hecho mucha ilusión ver los nombres de nosotros cuatro ahí. El de ella, el de mi padre, el de Borja y el mío. Nos ha citado a los cuatro, como subrayando a quién se refería. Sonreía, pero se la notaba triste.

He dejado el sobre en la mesa de la cocina y no lo he abierto hasta que Mamá se ha ido de casa, después de jugar un rato con los niños. Lo he hojeado entonces con pesadumbre. Ver los nombres de mis padres en la primera página, Luis María Reguera Apellániz y Carmen Olabbarri Umbón, como cabezas de una familia que nunca fue, me ha entristecido. No fue, al menos, más que soñada. Pura abstracción. Nunca tuvimos fotos juntos, nadie nos vio pasear en grupo, no hubo celebraciones familiares, ni excursiones, ni discusiones en la mesa. Me digo que mi familia fue otra. Pero inmediatamente después me sorprende pensando que del mismo modo que Mamá me enseñó que tengo dos padres, también soy parte de dos familias, una evocada y otra presente, y que ambas no son incompatibles, como pensaba de niño, sino dos líneas de un mismo dibujo.

Vuelvo a encontrarme con Ana Reguera, pero esta vez con más tiempo. Nos hemos citado de nuevo en el mismo lugar, el Café Iruña. Nos damos dos besos al vernos. Comentamos el tiempo y ese tipo de banalidades para romper el hielo. Decidimos comer ramen en un restaurante japonés cercano. Le digo que pago yo, porque a mí me encanta ese plato, pero ella nunca lo ha probado.

Ya en la mesa, hablamos como si nos conociéramos de toda la vida. Charlamos un buen rato de las casualidades del destino, de que su hijo Luis María y yo hayamos coincidido tantas veces sin saber que éramos primos, cuando su nombre le viene dado como homenaje a mi padre. En ese momento recuerdo que de niño me angustiaba la idea de que cualquiera de los desconocidos con los que me cruzaba en la calle pudiera ser familiar mío y yo sin saberlo. Me promete presentarme un día a sus hijos. Me pregunta por los míos. También por Borja y por qué no ha venido hoy a comer con nosotros. Le confieso que me da un poco de miedo que a mi hermano le afecte toda esta historia del libro y que prefiero que quedemos los tres cuando haya puesto el punto final.

Me cuenta algo que me desconcierta: los dos hermanos mayores de mi padre no murieron en sendos accidentes, como me contó Chema, sino que uno de ellos sucumbió a una meningitis. Me narra la escena de mi abuelo roto por el dolor, llorando en el hombro del médico que certificó el desenlace fatal. Me confiesa que nunca olvidará aquellas imágenes, que a mí me recuerdan a cuando Héctor Abad Faciolince relata en *El olvido que seremos* la muerte de su hermana Marta.

Le devuelvo las fotos que me dejó. Insiste en que me las quede, pero esos son sus recuerdos y no podría hacer que se desprendiera de ellos. Le doy las gracias. Le comento que no hace falta, que las he escaneado. Con las fotos en la mano, habla de mi padre. Repite varias veces que eran inseparables. Habla sobre él con un cariño desbordante. Cuenta que tras su muerte le echó muchísimo de menos, que le lloró con todas las lágrimas del mundo.

—¡Qué guapo era! —exclama señalándole en la instantánea en que aparece firmando el día de su boda, ante la atenta mirada de la abuela Teresa y de Aitite, padrinos del enlace.

Le digo a Ana que sí me gustaría quedarme con los originales de dos de ellas: una en que mi padre hace una mueca a la cámara, agarrado al hombro de Mamá, y otra en la que está con el mayor de sus hermanos. Le confieso que esta la recortaré, porque mi padre está guapísimo, pero no quiero tener una imagen de mi tío en casa. Escruto su rostro, pero no atisbo ninguna reacción a mis palabras. Aprovecho para preguntarle por él, pero Ana parece reticente a hablar de su hermano. Le narro mi encuentro con él, de niño en Haro, y cómo me marcó. Le asombra su

inquina, pero no parece muy extrañada de que él fuera capaz de algo así. Niega con la cabeza, con gesto de resignación.

—Chema me contó que la abuela también decía que yo no era hijo de mi padre —añado.

—¡Eso no es verdad! —protesta ella—. Tu abuela te adoraba. Os adoraba a los dos. A Borja y a ti.

Me dice que mi padre era el favorito de la abuela, que su muerte fue un golpe tan duro que ya nunca se recuperó. Le pregunto entonces por qué nunca nos vimos, por qué fue una extraña para nosotros. Ana la disculpa. Las familias se distancian, la vida discurre a veces por caminos separados, pero eso no quiere decir que no se quieran. Le recuerdo que no es solo eso, sino que la abuela nos desheredó, que firmó un testamento en el que explícitamente nos dejaba fuera de la familia. Afirmando que ese es un rotundo gesto de reprobación. Quizá el mayor que cabe contra un familiar. Ana parece dudar. Guarda un largo silencio que yo me niego a romper. Quiero que hable ella, saber qué dice, cuáles fueron las razones de la abuela, si es que las tuvo.

—Supongo que estaba enfadada con tu madre —murmura.

—¿Por qué? —Ahora el que protesta soy yo—. ¿Por rehacer una familia? ¿Tenía que mantenerse viuda toda la vida? ¿Qué le hizo Mamá a la abuela?

Ana no contesta. De nuevo se ha hecho con ella el silencio. Un silencio que a todas luces la incomoda. Como la deriva de la conversación. Yo me siento mal por echarle a ella en cara algo que no le corresponde, pero no puedo evitarlo. Ella fue quien pasó los últimos años de vida con la abuela. Ella la conoció mejor que nadie. Ella es la única que puede darme al menos un atisbo de respuesta.

—Además, no fue a mi madre a quien desheredó —continúo, pero las palabras salen de mí con tanta dificultad que casi tartamudeo—. Nos desheredó a nosotros, a sus nietos. Antes de morir quiso dejarnos un recado explícito: no sois de la familia. Y a mí me da igual, pero a Borja, joder, desheredar a Borja... ¿Nunca pensó en él? ¡Es el hijo de su hijo fallecido! ¡Lo sostuvo entre sus brazos!

Casi doy un golpe en la mesa. Me noto tenso. Me duele la espalda.

—Nosotros también somos Reguera —murmuro al cabo de un rato.

Ana asiente, pero no habla. Me observa fijamente, con un gesto que no soy capaz de leer. No sé si está enfadada o triste, o las dos cosas a la vez. Me pregunto si su silencio se debe a que sabe que no hay respuesta posible a mis palabras, a si prefiere callar porque sabe algo que se guarda para no hacerme daño o a que, simplemente, no tiene ganas de hablar del tema.

De pronto me digo que ya no quiero estar en ese lugar. Me siento muy mal. Me doy cuenta de que Ana casi no ha probado el ramen. Quizá ella se sienta peor que yo. Me digo que estoy siendo injusto con Ana, que no tiene la culpa de nada. Inmediatamente después pienso que sí que la tiene, que es la hermana de mi padre, que ella sí heredó, que estuvo siempre al lado de la abuela, que quizá no sea culpable, pero sí cómplice. Me pregunto: si no hubiera escrito este libro, si no la

hubiera citado con esa excusa, si no hubiera dado yo el paso, ¿nos habríamos conocido algún día? ¿Habríamos compartido mesa? ¿En algún momento ella se habría interesado por mi hermano y por mí?

Me cuesta un buen rato expulsar de mi cabeza esos pensamientos, pero poco a poco retomamos la conversación. Como cuando nos hemos encontrado, volvemos a comentar obviedades. Pero esta vez el tono es diferente. Ya no es para hacer entrar en calor el intercambio de palabras, sino un modo de evitar regresar a un tema que nos es difícil afrontar a ambos. A partir de ese momento hemos dejado de hablar de mi padre y de la familia. Como si ya no hubiera nada más que decir.

Cuando nos despedimos, estoy a punto de decirle que lo siento, que me perdone el enfado. Pero yo también callo. Quedamos para vernos pronto, con el libro terminado, con mi hermano ya presente, quizá también con sus hijos. Pero esta vez no lo digo como con el primer Reguera con el que estuve, Peter, como para pasar el expediente. Esta vez soy sincero. Quiero volver a ver a Ana, conocer a sus hijos, compensar lo de hoy. Me digo también que debo escribir a Peter y animarle a organizar esa cena de primos que prometió.

Cuando vuelvo a casa tras el encuentro con Ana, busco en la red al mayor de mis tíos paternos, a ese que encontré por casualidad cuando era niño y con el que ojalá no me hubiera topado aquel día. No hay prácticamente nada. Dos páginas que ofrecen información suya en cargos en empresas y un edicto en *La Vanguardia*, de octubre de 1983, del Juzgado de Primera Instancia Número 3 de Barcelona, en el que se anuncia por tercera vez la venta pública en subasta de la parte del edificio de Hurtado Amézaga que pertenecía a mi abuelo. El anuncio dice que media una denuncia por parte de Hispano Sony contra Chema, él y la abuela. Supongo que sería por la deuda que acumularon en Comercial Radio Reguera, empresa que arruinaron.

Sí encuentro, sin embargo, información sobre uno de sus hijos, que se llama igual que él, igual que nuestro abuelo, quizá también, quién sabe, que nuestro bisabuelo. Veo su foto en LinkedIn. Se muestra seguro, mentón alto, un poco altivo. Observándole, pienso si se sentirá un orgulloso heredero de nuestro abuelo, de su legado, del apellido Reguera. Si hinchará el pecho al pronunciarlo. Me pregunto también si sabrá algo de esta parte de su familia que somos mi hermano y yo. En internet vienen algunas de sus marcas en carreras deportivas. Es *runner*.

Buscando con sus dos apellidos, encuentro también a su hermana, o a una de ellas, si es que tiene más, si es que son más hermanos. Es decoradora. Vive en mi pueblo, en la misma zona donde vive Mamá, donde está la casa donde crecí. En una red social hay una foto suya en la que declara amistad eterna a una amiga, con la que aparece sonriendo. Pero, como es la única instantánea en la que se aprecian caras, no puedo saber cuál de las dos mujeres es mi prima. Ninguno de los dos rostros me es familiar, a ninguna de las dos les encuentro parecido con las personas que conozco de mi familia paterna. El resto de las fotos son de habitaciones lujosas en blanco y negro, sobrias, sin personas habitándolas.

Me pregunto si ellos, mis primos, sabrán quién fue su tío Luis. Me pregunto si su padre, ese que debió cuidar del mío cuando murió el abuelo, les habrá hablado a sus hijos alguna vez de su hermano pequeño, de mi padre. ¿Qué les habrá contado? ¿Cuánto le quiso? ¿Cuánto sufrió por su muerte? ¿Les habrá listado una a una todas las lágrimas que derramó? ¿Les habrá enseñado sus fotos? ¿Quizá esa foto que tengo ahora bajo la pantalla del ordenador en la que aparecen los dos juntos, celebrando, brindando y fumando, esa que pienso cortar? ¿Les habrá contado a sus hijos que su hermano pequeño, ese del que debió cuidar, murió sin contrato ni seguro, trabajando en la empresa familiar, en la empresa que él dirigía? ¿Les habrá dicho que dejó dos hijos? ¿O les habrá

dicho que dejó uno y ese otro que lleva nuestro apellido vete a saber de quién demonios es? ¿En sus Nocheviejas, tendrán al menos un instante para el duelo?

Veo en internet que mis primos tienen hijos. Me pregunto cuál es la historia de la familia que les han transmitido. Esta es la que lego yo a los míos, la contenida en estas páginas. En la suya, en la de los hijos y nietos del hermano mayor de mi padre, ¿estaremos nosotros? ¿Seremos ramas de su árbol genealógico? ¿O lo habrán podado?

Sigo navegando. En internet aparecen los teléfonos fijos de mi tío y de mis primos. Podría llamarlos. A través de las redes sociales también podría escribirles. Ponerles un mensaje, como he hecho estos meses con otros familiares, los amigos de mi padre, el hijo de Bernardino. Pero nada me apetece menos. No quiero tocar a su puerta. Me recuerdo que si he mantenido esa vía muerta hasta ahora es por algo. Los primeros días de investigación sobre mi familia encontré en LinkedIn a mi primo, al hijo mayor del mayor de los hermanos de mi padre, pero no pulsé sobre él porque esa red social te muestra quién ha entrado en tu perfil y yo no quería dejar rastro. No quería darle a entender que me importaban, que había dedicado tiempo a encontrarlos. Ahora también navego con el Chrome en modo anónimo para que no sepa que le he buscado.

Cierro todas las ventanas del ordenador como se cierran las puertas de una casa. Dejo fuera lo que me es ajeno. Inmediatamente después, abro de nuevo el navegador. Entro en el perfil de Facebook de una de las hijas de Bernardino Expósito, el hombre que mató a mi padre. Observo sus fotos, las recetas de pasteles y postres que cuelga cada día en la red social. Veo fotos suyas en vacaciones. Algunas son antiguas. En un comentario a una de en torno a los años setenta (calculo el tiempo por el tono rojizo de la foto que está perdiendo el color, el vestuario de los niños, los platos y vasos de cristal marrón sobre la mesa) en la que aparecen dos niños celebrando ante una tarta, alguien ha escrito: «¡El tío Berni!». Le pego el mismo y exacto texto que envié a su hermano, el que no obtuvo respuesta. Lo pienso unos segundos antes de pulsar el botón de enviar. Lo hago sin esperanza. Sé que no me va a contestar. Si no lo ha hecho su hermano, ella tampoco lo hará.

Por un momento pienso que no hace realmente falta, que su silencio me ayuda a disipar mis dudas sobre la responsabilidad del accidente. Me convenzo de ello. Si no me contestan es porque no quieren hablar de una historia que dan por cerrada, que dejaron hace tiempo atrás todo aquello y nada ganan volviendo ahora de nuevo a aquel asunto.

Pero, por más que me quiera convencer, ¿es realmente así? ¿Y si no lo han leído? ¿Y si ha caído el mensaje en esa subcarpetita llamada «solicitudes de mensajes» en la que yo mismo he tenido mensajes sin leer durante meses? ¿Y si su padre no les dijo nada y la primera noticia que tienen del accidente ha sido mi mensaje? ¿Cómo actuaría yo si hoy me llega un desconocido contándome que mi padre mató a alguien en su juventud?

Dirijo el puntero del ratón hacia el botón de «Agregar a mis amigos». Pienso que es una expresión horrible, como si los amigos fueran algo que se toma a granel. Dudo. Estoy así un buen rato, mi dedo subiendo y bajando, amagando con pulsar el botón. Una pregunta se repite una y otra vez en mi cabeza: ¿y si no saben que su padre mató a un hombre?

Finalmente, no pulso el botón. No hago ese pequeño gesto que, como el batir de las alas de una mariposa, puede desencadenar huracanes muy lejos de mí.

Mamá y Javi siempre quisieron una niña. Tanto, que cuando esperaban a Javier dieron por hecho que así sería y todo el ajuar que prepararon para el bebé estaba compuesto por ropa de niña que compraron o les habían regalado los amigos. Cuando nació mi hermano pequeño, Mamá y Javi no se llevaron un disgusto porque fuera varón, pero el bebé pasó sus primeros meses de vida vestido de rosa.

Cuando a principios de 1985 Mamá supo que estaba de nuevo embarazada, así nos lo anunciaron a sus tres hijos: Vais a tener una hermana. Su convicción no se basaba en la ciencia, sino en la fe. No hicieron una ecografía: le llevaron una docena de huevos a santa Clara. No sé si la ofrenda funcionó o se debió a otras razones, pero, efectivamente, fue niña. Ana nació en julio de ese año. Nosotros estábamos en casa de Amama en Haro cuando vino al mundo, pasando unos días con nuestros abuelos mientras Mamá y Javi esperaban al parto. Recuerdo que nos encontrábamos cenando cuando sonó el teléfono. Amama corrió hacia el aparato, que reclamaba respuesta con estridencia. Cuando descolgó, sonrió y gritó:

—¡Ha sido niña!

Entonces mis hermanos y mis primos nos abrazamos y saltamos y gritamos locos de contentos, como si hubiéramos marcado un gol en el último minuto. Una de mis tías exclamó: «¡Os va a tener así!», y nos enseñó su dedo índice, muy rígido. A mí no me hizo gracia. El día anterior me había pegado un tortazo porque había hecho una broma a uno de sus hijos, y me fui llorando de casa, hasta muy lejos, de noche, y me senté en el suelo diciendo que no volvía hasta que regresaran mis padres. Volví, claro, pero no le reí la gracia.

Unos días después, Mamá y Javi trajeron a Ana. Yo no sé si antes había visto un bebé, pero si lo había hecho, no le había prestado atención. Aquella mañana, observando a Ana, pensaba que era la cosa más bonita del mundo. Javi la puso sobre la cama y ella se estiraba y nos miraba con sus ojos enormes y nos cogía del dedo. Nosotros reíamos nerviosos. ¡Ahora éramos uno más en casa!

Cuánto hemos querido todos a Ana. Cuánto la queremos. Siempre he pensado que el amor que le tenemos todos en casa, Javi, Mamá, Borja, Javier y yo, es la mayor representación del que nos tenemos entre nosotros. Porque Ana cerró la familia. Le puso el punto final del modo que se pone en un libro, que propiamente no es libro hasta que no tiene ese punto final.

En el pasillo de mi casa tengo colgado un cuadro de dos metros por dos que Javi pintó en septiembre de 1985. Es de su época hiperrealista y se nota muy influido por los representantes

americanos de ese movimiento. Uno de sus libros de cabecera era un tomo enorme en el que se repasaba, con grandes fotos, la obra de Richard Estes, Don Eddy, Charles Bell y compañía. Recuerdo hojearlo de niño con turbación, fascinado por los desnudos femeninos y los retratos de mujeres sudorosas en traje de baño de Hilo Chen. El de Javi es una suerte de bodegón contemporáneo compuesto de una bicicleta apoyada en una pared, en la que también hay un grabado de Chillida y una hoja de una carta de colores clavadas con la misma chincheta, unas zapatillas colgadas de un clavo y una pintada. Me lo regaló, a petición mía, el día que firmé la hipoteca. Nunca ha dado importancia a su obra antigua. Tampoco a ese cuadro. Me ofreció el que quisiera de lo último que había pintado. Pero yo quería tener precisamente ese, porque junto con una serie de pequeños lienzos que Mamá pintó, uno cada día, durante otro verano, para mí es una representación de aquellos años felices. No es casual que Javi lo hiciera pocos meses después de que Ana viniera al mundo. La bicicleta, una Orbea familiar azul oscuro, era la suya, la que usaba en nuestros paseos y en la que llevó a Javier y después a Ana. Las zapatillas son unas blancas de tela, de esas para el verano. Le recuerdo con ellas puestas, cada día de asueto. La pintada en la pared reza: «J × C», una declaración infantil de amor hacia su mujer y su familia.

Hay otro aspecto de ese cuadro que hace que le tenga enorme cariño. Estaba con Javi aquel 1985, cuando lo envolvió con plástico de burbujas y rellenó los datos del cuadro antes de que llegara el transportista que lo llevaba a un concurso de arte, el Bizkaiko Artea o el Gure Artea supongo. Javi nunca ponía títulos. Sigue sin hacerlo, de hecho. Cuando fue a rellenar con un s/t el apartado en el que se preguntaba el nombre del cuadro, cambió de idea en el último momento y, dedicándome una preciosa sonrisa, puso: «GALDER». No sé si alguna vez le he dicho la ilusión que me hizo aquello.

A veces mi hijo mayor, que tiene ahora ocho años, se queda observando el cuadro. Le fascina que su abuelo, Aitite Javi, sepa dibujar tan bien. A veces me pregunta por los objetos retratados: de quién era la bicicleta, qué es el grabado de Chillida. Cuando pregunta por lo que significa ese «J × C» de la pintada, le respondo:

—Que Aitite Javi nos quiere mucho.

Esta noche ha muerto Amama.

El miércoles pasado Mamá me llamó alarmada porque no respondía a los estímulos. No tragaba la comida, el agua le caía por la comisura de los labios cuando intentaban darle de beber. El médico les advirtió que no duraría mucho ya.

—Amama se muere —dijo Mamá en cuanto descolgué el teléfono, sin más introducción.

Yo estaba en la oficina. Fui donde mi jefe a pedir permiso para ausentarme. Tras hablar con él, al regresar a mi ordenador, rompí a llorar. El llanto me cogió de improviso. No me imaginaba esa reacción. Amama lleva años postrada en la silla de ruedas, sufriendo la lenta agonía de la demencia senil. Su muerte era algo que sabíamos desde hacía años que podía ocurrir en cualquier momento. Llamé a Javier y subimos juntos inmediatamente. El médico había vuelto a pasar un rato antes y advirtió que estaba en las últimas, que no había vuelta atrás. Sin embargo, se ha mantenido con vida una semana entera. Siempre fue una luchadora.

Hoy yo tenía la tarde libre, porque mi mujer trabajaba y tenía que encargarme de los niños. En cuanto ha llegado a darme el relevo, he subido a casa de Amama. Junto a ella se encontraban Mamá, Pili y Nati. Tres de sus hijas. Ofrecían un gesto más cansado que triste. Llevan toda una semana esperando el desenlace. Aunque hizo un amago de recuperación, desde hace tres días Amama ya no come ni bebe. Mamá ha estado mojándole los labios con gotas de agua, esperando que eso la aliviara un poco. El doctor les ha dicho que no sufre y a ese consuelo se aferran ellas. He pasado un par de horas allí. Cuando callábamos, el silencio era extraño, denso, de funeral. Quizá por ello hemos hablado como vecinos en una reunión de portal, atropelladamente, casi sin escucharnos entre nosotros. Como si el ruido de voces fuera a espantar a la muerte. Las anécdotas sobre el pasado han protagonizado nuestras conversaciones. Yo he recordado que ella siempre me contaba que cuando jugaba al tute en el salón con sus amigas y yo tenía cuatro o cinco años espiaba las jugadas de sus rivales en la mesa y se las chivaba al oído, a pesar de que ella insistía en que no lo hiciera. Amama me narró miles de veces esa anécdota. Cuando era niño me encantaba escucharla, porque en las palabras de Amama se expresaba una complicidad que solo teníamos entre ella y yo.

Antes de volver a casa para acostar a los niños, la he besado en la frente. Su rostro, huesudo y agonizante, me recordaba a un santo de José de Ribera. Le he dicho que la quiero mucho y que todo estaba bien y que pronto estaría con Aitite. Sé que no me oía, pero hablaba también conmigo mismo: *todo está bien*.

Al cerrar la puerta de la casa de Amama tras de mí, me he quedado un rato ahí parado, pensando, observando el cielo. En septiembre de 1986 dejamos San Miguel de Basauri para mudarnos a una casa en Mungia. La construyó Aitite. En el mismo terreno levantó una para él. Precisamente esta de la que ahora estaba saliendo. Desde entonces, conviví con mis abuelos como si viviéramos bajo el mismo techo. La casa de Amama era una extensión de la nuestra. Gritaba: «¡Voy donde Amama!», y salía corriendo por el camino de losas del jardín que llevaba a ella, jugando a ir a toda velocidad sin pisar la hierba entre las piedras. Muchas noches cenaba allí o incluso dormía en el cuarto de abajo, el de invitados, el que los últimos años ha ocupado la chica que cuida de Amama. Cuántas veces he cruzado ese umbral en el que ahora me encontraba despidiéndome hasta la mañana siguiente, hasta dentro de un rato. Esta vez, sin embargo, como en los últimos días, me he ido convencido de que probablemente sea la última vez que vea a Amama, a esa mujer que me ha cuidado toda la vida, que me ha dado su amor y cariño y calor y ha calmado mis miedos. Con la sensación de que se rompía algo dentro de mí, he vuelto a mi casa.

Los niños han cenado veloces, sin mucha guerra. El pequeño ha insistido en que quería dormir con su madre, pero quería acostarle yo. Era una de esas ocasiones en las que necesitaba abrazarme a él y sentir su respiración. En su cuarto, los enanos se han resistido a que acabe el día. Han pedido libro y cuento y jugar un poco. Cuando he apagado la luz, han jugado entre ellos, riendo y contándose chistes de cama a cama, mientras yo, tumbado junto al pequeño, intentaba no llorar. Solo podía pensar en que Amama se iba, que se estaba extinguiendo como una llama a la que no le queda vela. Qué asunto la muerte, que borra de un plumazo a quien tanto quieres y lo convierte en un recuerdo que, un día, temerás perder.

Los niños han tardado largo tiempo en dormirse. Cuando por fin han caído rendidos, en el silencio de la habitación me ha dado por pensar que en unos años añoraré estos momentos como ahora echo de menos poder pasar una tarde más, aunque sea una sola, en compañía de Amama, y escuchar su voz y sus protestas por mi desatada palabrería.

—¡Serás sinsorgo! —exclamaba cuando la pinchaba con mis bromas.

Pero yo sé que le divertía, al menos en el fondo, que hiciera un poco el bobo para ella, tanto de niño como de adulto.

Me he levantado con la espalda dolorida de la cama del pequeño y me he acostado en mi cuarto, al lado de mi mujer, que ya dormía. No he tardado en acompañarla en el sueño.

A las doce y media, el móvil me ha despertado. Era Mamá.

—Cariño, Amama ya se ha ido —ha dicho, con una voz más serena de lo que esperaba.

Me he vestido rápidamente y he vuelto a subir a casa de Amama. Cuando he llegado, Mamá estaba acompañada de Pili, su hermano Luis y Maite, la mujer de este. Luis lloraba. Les he dado un beso a cada uno y le he pedido a mi tío que no lllore. Mamá me ha corregido: No pasa nada por hacerlo, ha dicho. Amama yacía en la cama. A su lado, Mamá había encendido un cirio. La llama tintineaba y producía un lúgubre juego de luces y sombras en la estancia. Me he sentado en la cama, junto a Amama. La única diferencia con unas horas antes era que ya no tenía ese hilo de

respiración acompasada y silbante. La he besado de nuevo en la frente. Estaba fría. Como una piedra en la sombra, como el cristal de la ventanilla del coche por las mañanas. Un escalofrío ha recorrido mi espalda.

Mamá ha llamado al médico y a la funeraria. Yo he puesto un mensaje anunciando la mala nueva en el grupo de WhatsApp que tengo con mis primos. Las respuestas se han sucedido. Hace una semana les había escrito diciéndoles que nuestra abuela común se iba y que subieran a su casa a despedirse. He preguntado a Mamá quiénes han venido estos días. No he podido evitar sentirme molesto al saber quiénes no lo han hecho, pero eso ya no tiene importancia.

Después han llegado los médicos y han certificado su fallecimiento.

A las tres de la mañana he regresado a casa. En el viaje de vuelta, en coche, he hecho memoria de momentos felices vividos con Amama. Me he prometido cultivar su recuerdo e intentar olvidar la imagen de estos últimos años en los que tanto ha sufrido. También borrar ese gélido último beso.

Al llegar, me he quedado un buen rato debajo de casa, fumando un cigarro, sin ganas de acostarme de nuevo. La luna parecía mucho más grande y brillante que hacía unas horas; solemne, como si quisiera homenajear a mi abuela. Un perro ha ladrado furioso en la lejanía. Uno de los locos del pueblo, que camina día y noche hablando solo a gritos, recorriendo una y otra vez cada calle del vecindario, ha pasado a mi lado. Le he dado las buenas noches, pero no he obtenido respuesta. Discutía consigo mismo. Le conozco desde chaval, porque tenemos la misma edad y coincidimos muchas veces cuando estábamos en el instituto. Observando cómo se alejaba me ha dado por pensar si en algún momento tendrá paréntesis de cordura que le permitan ser consciente de la situación en la que se encuentra. Esa pregunta me la he hecho muchas veces en los últimos años al observar a Amama postrada en la cama, gimoteando quién sabe si por dolor físico, angustia o simple inercia. Mamá decía que sí, que por momentos Amama contestaba a las preguntas; que a veces soltaba una frase sobre un programa de la tele o sobre el vestido que llevaba alguna de sus hijas. Pero yo nunca la vi hacerlo y me convencía de que era Mamá quien se empeñaba en negar que su madre hubiera perdido definitivamente la cabeza. Pero si tenía razón, si efectivamente en algunos momentos volvía a ella la lucidez como la electricidad a una casa tras un apagón, ¿haría Amama balance de su vida?

Durante los últimos años, varias veces me sorprendí a mí mismo pensando en la perspectiva de la posible muerte de Amama como un alivio. ¿Merecía una vida así? Cuando Mamá le curaba las llagas, cuando la llevábamos a pulso entre dos al baño tomándola de las axilas y ella gimoteaba asustada, cuando alguna de mis tías le daba de comer un puré con una jeringuilla y los restos le caían por la comisura de los labios, en todas esas ocasiones y muchas otras, por más que intentaba no hacerlo, esa pregunta me asaltaba. ¿Realmente merecía la pena?

A veces me sentaba en la silla junto a su cama, habilitada en lo que antes fue la salita, y la miraba y pensaba si todavía dentro de ella quedaría algo de la mujer que fue. La recordaba fuerte

y elegante. Guapa y luchadora. Venía a mi mente su firme voz, la furia que demostraba cuando algo la indignaba. Cuando era niño, la veía como alguien capaz de todo.

Comenzó a extinguirse tras la muerte de Aitite, hace veintinueve años. Con ocho hijos y una vida dedicada a la casa, se vio viuda en una etapa de su vida en la que debía haber empezado a disfrutar de su tiempo. La recuerdo los meses posteriores a la muerte de Aitite, recogida en el vestido de luto como un caracol en su concha, sin querer saber nada del mundo, como si ya nada mereciera la pena. Educada de niña para servir a un marido, sin él se sentía perdida. No sonreía. Todo la abatía. Se convenció a sí misma de que su vida había terminado junto a la de su marido.

En los últimos veintinueve años también vivió buenos momentos: la recuerdo tomando en brazos a mi hijo mayor, Oihan, feliz en los días que celebrábamos su cumpleaños, paseando junto a sus amigas de toda la vida, riendo ante las ocurrencias de alguna de ellas. Pero ya nada fue lo mismo. Fueron paréntesis de felicidad fugaz. Era como si toda la realidad estuviera teñida de ausencia. Las celebraciones familiares, los nacimientos y bodas y fechas especiales quedaban matizadas porque Aitite no estaba. A veces Amama se mostraba exultante y al punto se hundía en sus pensamientos y entonces exclamaba lo mucho que le habría gustado a Aitite estar ahí. Yo mismo he tenido ese sentimiento con respecto a él. No puedo ni imaginar qué intenso debía de ser ese mismo dolor para Amama.

Pienso en mi madre. Ella luchó por que eso no le sucediera cuando quedó viuda, tan joven. Fue precisamente contra esta visión del mundo contra la que luchó, contra la idea de que, a pesar de todo lo bueno que tiene el mundo, una no tiene el derecho a disfrutar, a ser feliz y a construir una nueva vida.

Juan Ignacio se excusa cada vez que me cruzo con él en la oficina. No hay noticias del sumario del accidente de mi padre. Le exculpo y le digo que en realidad no pasa nada. No sé si es que el silencio de los hijos de Bernardino Expósito me sirve como prueba o que ya no quiero continuar esa senda. Él promete que seguirá intentándolo y me enseña los mensajes de móvil del policía que se comprometió a encontrarlo. Me parece un precioso gesto ver cómo se ha implicado en esta historia. Le doy las gracias. Le digo que ya no hace falta. Lo que no le digo es que otra muerte me ocupa ahora, la de alguien a quien quise con toda mi alma, alguien que para mí tuvo cuerpo y olor, y que ya no está.

En el funeral de Amama casi nadie llora. Pienso en el contraste con respecto a cuando murió Aitite. Las escenas de dolor de entonces aún me ponen la carne de gallina: los rostros desencajados de mis tíos y tías, Amama al borde del desmayo, los niños llorando quizá por mimesis, ya que les es imposible comprender lo que supone una muerte, Javi ayudando a caminar a Mamá como si fuera una guerrillera herida en combate.

Durante semanas, tras la muerte de Aitite, cada vez que volvía del instituto me encontraba a Mamá bañada en lágrimas mientras pintaba un retrato de su padre que hoy luce sobre la chimenea de la casa de Amama. Ella escuchaba, una y otra vez, en bucle, el *Adagio en sol menor* de Albinoni. Una sensación me queda de aquellos días: sentir la incapacidad de decirle que estaba con ella, que a mí también me dolía y que la quería con toda mi alma. Yo tenía quince años y me faltaban palabras y valor para hablar con Mamá y acompañarla en su duelo, aunque por dentro ardiera en deseos de abrazarla y decirle que él ya no estaba aquí, pero nosotros sí.

Del funeral de Aitite no solo me impresionó el dolor familiar. También los llantos de los desconocidos. Recuerdo una mujer que estaba detrás de mí en la iglesia, cuyo lamento era exagerado como el de una plañidera. Pregunté a Javi quién era cuando salíamos de la iglesia. Me aclaró que una prima de Mamá. Pensé que no estaba muy seguro de que yo pudiera llorar de esa manera a un tío mío.

Nosotros seis (Mamá, Javi, Borja, Javier, Ana y yo) estamos en segunda fila. No han venido nuestras parejas. Se han quedado cuidando a los niños. Me digo que hace mucho tiempo que no estamos juntos y solos, sin familia política, y que es una lástima que sea en esta triste ocasión. Casi nadie llora, digo. Es normal. Amama ha fallecido con noventa y dos años, los siete últimos sufriendo una demencia senil severa y una terrible degradación física. La ceremonia es en la iglesia de San Pedro Apóstol de Basauri. La misma en la que fue despedido Aitite. Aquí también se celebró el sepelio de mi padre. Pienso que si un día hiciera una película sobre mi familia, podría estar compuesta de una serie de escenas acontecidas en este lugar a lo largo de los años: bodas, bautizos, comuniones, funerales. La última vez que nos reunimos aquí, despedíamos a mi tío Segundo. Me sorprende pensando que lo único bueno que tuvo la demencia senil de Amama es haberle ahorrado ver morir a su querido hijo. Ese día llorábamos todos. Quise mucho a Segundo.

En la iglesia hago un par de bromas a costa del cura al oído de Javi. Él se ríe por lo bajo, pero Mamá me lanza una mirada severa. No es una falta de respeto la mía. Son nervios. En situaciones así sufro mucho y es una manera de afrontar el dolor. El cura, por otro lado, se merece todas las

burlas del mundo. Varias veces confunde el nombre de Amama, a quien dedica un panegírico de marca blanca, que bien valdría para cualquier otra persona. Además, al menos dos veces da un tinte político conservador a sus palabras.

A la salida de la iglesia se congregan familiares y amigos. Veo a hermanos de Aitite a los que recuerdo de las comidas familiares de cuando era niño, pero a los que no soy capaz de poner nombre. Alguno me saluda intentando acertar mi filiación.

—Tú eres el hijo de Begoña, ¿verdad? —pregunta uno.

Sonríe al tiempo que me extiende la mano. Se la estrecho y aclaro su confusión. Pero miento respondiendo que sí, que por supuesto, cuando me pregunta si yo sé quién es él.

Entre los familiares, me encuentro con Chabeto. Es el exmarido de una prima de Mamá y uno de los mejores amigos de mi padre cuando eran niños. Me da un abrazo. Después, con su mano en mi hombro, me dice que se ha enterado de que estoy escribiendo un libro sobre mi padre y me promete que si le visito me contará anécdotas que nadie conoce. Respondo que sí, que claro. Pero miento. Siento que ya no necesito seguir hurgando en el pasado. Ahora sé quién era mi padre. Me digo que todo lo que me pueda contar Chabeto en nada matizará la imagen que tengo de él. Unos meses antes, sus palabras me habrían ayudado a construir su retrato. Serían piezas nuevas de un puzle incompleto. Pero ahora es como si me dijera que quiere hablarme de alguien a quien conozco de toda la vida, de uno de mis hermanos o mis mejores amigos. No necesito saber más de lo que ya sé. De alguna manera, siento que mi padre es ya mi padre, no un desconocido sobre quien busco información. Me pertenece a mí más que a Chabeto o Javier Urgoiti o incluso más que a Chema o Ana. Su imagen está construida a grandes rasgos, pero estos son nítidos y son parte de mí.

Chabeto narra alguna escena a la que no presto demasiada atención. Dice algo así como que mi padre vivía al límite, y el comentario me sienta mal. Pero no digo nada. Me despido prometiendo que le iré a ver, aunque sé que no lo haré.

Cuando los asistentes comienzan a abandonar el pórtico de la iglesia, los hermanos de Mamá y sus respectivos hijos vamos a tomar una cerveza en un bar cercano. Estamos casi todos. Al principio mis tíos se muestran muy tristes. Alguno llora en silencio, un poco apartado del grupo. Pero poco a poco se van animando e incluso bromean. Los observo y escucho sus conversaciones y, de pronto, me parecen todos muy mayores. La ausencia de Segundo, que murió hace dos años, se intensifica.

Recuerdo escenas similares en momentos pasados y más felices, y siento la opresión del paso del tiempo y su irreversibilidad. Acuden a mi mente celebraciones familiares de hace muchos años. Los cumpleaños de la bisabuela Eusebia, la madre de Aitite, por ejemplo, que él organizaba en el club Kiroleta de Bakio. La bisabuela sufría de párkinson, pero mantenía la mente clara y se vanagloriaba de que, si bien no podía recordar los nombres de todos sus bisnietos, sí de quién éramos hijos. El día de su cumpleaños hacíamos cola para felicitarla y darle un beso. Ella se

sentaba en una silla, como una reina, y nosotros íbamos desfilando. Nos daba un beso, y afirmaba: Tú eres de Pablo, tú de Carmen, tú de Segundo. No fallaba nunca.

Para Aitite era importantísimo reforzar los vínculos entre todos aquellos que compartíamos alguno de sus dos apellidos: Olabarri y Bikandi; así como con los Umbón, la familia de Amama. Él, que se vio obligado a empezar a trabajar con once años para ayudar a mantener a sus hermanos tras la muerte de su padre, dedicó gran parte de su vida y esfuerzos a asegurarse de que a ninguno de sus familiares les faltara el sustento. Sabía lo que era pasar hambre, encontrarse, como solía decir, con el cielo y la tierra: la bisabuela fue desahuciada pocos años después de enviudar. Sus negocios tenían un objetivo mucho más importante que el lucro personal: dar trabajo a hermanos, cuñados e hijos, tejer una red familiar que evitara la caída de quien compartía apellido. Para que esto funcionara, los lazos entre unos y otros debían ser sólidos.

Por eso no perdía ocasión de juntarnos a todos. Una de las películas de Super-8 que rescaté, de hecho, contiene imágenes de una celebración multitudinaria que organizó cuando le tocó un pellizco en la lotería a principios de los años setenta. Aun más jóvenes, reconozco en esas imágenes borrosas los rostros de muchos de los asistentes: hermanos, primos, sobrinos y familia política de Aitite, que son los mismos que habitaban las celebraciones de mi familia cuando yo era niño. Nos juntábamos casi dos centenares de invitados, como en una boda. A Mamá y a Javi les daba un poco de pereza ir a aquellas reuniones, pero para los pequeños eran un acontecimiento, porque nos encontrábamos todos los primos y nos poníamos al día y jugábamos y hacíamos gamberradas en grupo por los exteriores del restaurante. A mí me impresionaba el enorme y dispar grupo que formaba nuestra familia y me encantaban las presentaciones, los recorridos por el árbol familiar con los que Mamá nos explicaba quién era quién: Floren, hermano de Aitite, que tiene una carnicería en Basauri; Juan Félix, el hijo de la tía Nati, hermano de Adela; el tío Felichu, carpintero, no lo mires mucho, pero tiene seis dedos en una mano. También las historias que Mamá nos contaba los días siguientes a la celebración que, en conjunto, eran como leer una novela del siglo XIX, con sus amoríos, casamientos, separaciones estruendosas, aventuras y moralejas.

Tras la muerte de Aitite, aquellas celebraciones multitudinarias dejaron de realizarse. Quizá su funeral fue la última ocasión en la que todos los que formábamos su enorme familia, esa que había dedicado toda la vida a cuidar, nos juntamos. O quizá fue el de la bisabuela, no mucho después. El caso es que con él también murió un poco la idea que yo tenía de la familia como una tribu enorme, casi una nación. Y también cambió la que tenía de mi apellido materno.

De niño estaba muy orgulloso de ser un Olabarri. En contraste con los Reguera, que eran una mera ausencia, los familiares de mi madre formaban un territorio del que me sentía parte, en el que me reconocía y al que estaba anclado. Eran piel y carne, tenían rostros y nombres e historias. Nunca los vi por primera vez. Siempre habían estado allí. Eran parte importante del escenario en el que había crecido, de mi mundo. En lo relativo a los más cercanos, los hermanos de mi madre y mis primos, a ellos los consideraba como algo mucho más cercano que lo que la mera

coincidencia onomástica mostraba. Tenía la idea de que éramos un clan. Un grupo que velaba por el bien de todos, como nos había enseñado Aitite. En el centro de esa convicción estaba el tiempo pasado juntos, fundamentalmente en la casa de Haro, en la casa de Amama.

Con la muerte de Aitite, sin embargo, esa idea fue extinguiéndose. Nunca nos separamos, pero sí nos alejamos. Pronto tuve la sensación de que todo había sido un espejismo, que, desaparecido Aitite, con él se fue también la idea de que lo primero de todo, lo fundamental, es la familia. De que el apellido era el lugar de origen, un espacio desde el cual crecer y un refugio al que podías volver en los malos momentos: un hogar. Ese territorio creado por Aitite, que había sido firme, se convirtió de golpe en algo etéreo, a lo que era difícil asirse cuando lo necesitabas. Una casa vacía, en la que no había nadie. Mi apellido, poco a poco fue deviniendo una mera anécdota, como lo había sido siempre para mí el ser un Reguera.

Con la muerte de Amama, temo que ese movimiento sea ya definitivo. No puedo evitar ver los paralelismos con la historia de mi padre. Cuando él desapareció, mis tíos y mi abuela, mi familia paterna, actuaron como si nada tuvieran ya en común con nosotros, como si nada nos uniera.

Todo esto viene a mi mente mientras mis tíos departen en la puerta del bar. Mis primos sonríen. Algunos han venido con sus niños, que corretean ahora alrededor de nosotros. Observo a los pequeños y pienso que ellos nunca conocerán la gran familia que fuimos. Sus escenarios son diferentes. A mi mente viene la imagen de un gran río cuyo cauce se divide en decenas de pequeños riachuelos antes de llegar al mar y desaparecer definitivamente.

De pronto me siento un traidor por pensar esas cosas en un momento que debería ser de abrazos y palabras de consuelo. Un minuto después, me digo que tengo razón. Qué demonios, tengo razón: ellos deberían cuidar del mayor legado que heredaron de su padre. Luego, vuelvo a dudar. Hasta que, en un momento dado, una pregunta se aloja en mi cabeza: si mis tíos habrían actuado de una manera diferente a como lo hicieron los Reguera, en el caso de que les hubiera tocado a ellos una situación igual, en el caso de que hubiera sido mi madre y no mi padre quien hubiera muerto. No, con Aitite vivo no. Él no habría permitido eso jamás. Pero, sin él, ¿se habrían ocupado de sus sobrinos? ¿Habrían velado por su futuro? ¿Serían para mí desconocidos, como lo son mis tíos paternos? Observándolos, por más que intento articular una respuesta positiva, no puedo sino reconocer mis dudas.

Al despedirnos, quizá por lo siniestro de mis pensamientos, me invade una sensación de última vez, de despedida definitiva. Como si con la muerte de Amama se cerrara una etapa de nuestras vidas, una etapa que ha durado hasta este exacto momento y ya nunca más fuéramos a congregarnos todos de nuevo.

He subido a visitar a Mamá. Desde que murió Amama lo hago más a menudo, porque me da miedo que la tristeza se haga con ella. La casa de Amama y la de mi madre están una frente a la otra, y Mamá ha pasado los últimos años dedicada casi totalmente a su madre. Su ausencia será para ella aún más honda que para todos nosotros.

Tomamos un té. Nuestra conversación gira en torno a los asuntos del día a día: el trabajo, los niños, las noticias. En un momento dado, me pide si puedo pasar a casa de Amama a por unos papeles que Begoña dejó hace un par de días sobre la mesa de la sala.

Cuando entro en casa de Amama, me golpea el frío del lugar. Hace poco más de dos semanas que murió. Mamá me había advertido de que la calefacción ha estado apagada durante estos días, pero no esperaba un frío tan intenso. Enciendo la luz. Me impresiona el silencio. También el vacío en la salita pequeña, donde ya no hay nada de lo que la ocupó los últimos años: la cama de hospital en la que Amama dormía desde que era incapaz de subir las escaleras al piso de arriba, donde estaba su cuarto; el brazo articulado que usábamos para tumbarla y levantarla; la mesilla donde se agolpaban las medicinas, pañales, gasas. La ausencia de todos esos elementos certifica la de quien los necesitaba. Me sorprende la urgencia con la que Mamá y mis tías han sacado todo eso de la casa. Me digo que probablemente ha sido para ahuyentar la imagen de los últimos años de Amama, al igual que yo la noche de su muerte me esforzaba por no pensar en ese último y gélido beso.

Aprovecho para fumar un cigarro a escondidas de mi madre. Lo hago sentado en el borde de la chimenea para no ahumar la casa. Observo a mi alrededor. Intento guardar detalles del salón, de este lugar en el que he pasado tantas horas en los últimos treinta y dos años y que pronto será solo un recuerdo. Algunos de los muebles de aquí también estaban en la casa de Basauri, donde vivimos Mamá, Borja y yo tras la muerte de mi padre. La mesa enorme de madera marrón y brillante, la cristalera donde Amama guardaba pequeños recuerdos de sus viajes y esas piezas de porcelana que temía que le rompiéramos, por ejemplo. Observo todo esto ahora como se atiende a los restos de una civilización, un lugar donde antaño hubo vida y ya solo quedan restos materiales que atestiguan la misma. Apuro el cigarrillo, me incorporo y me acerco a ver algunas de las fotografías que están sobre el gran mueble del salón. En algunas, de calle o estudio, se ve a Aitite y Amama con sus ocho niños. En otra, toda la familia Olabarri estamos en un cumpleaños de Amama que celebramos en el restaurante Artebakarra hace unos doce o trece años. Cuento en la fotografía cincuenta y seis personas. Me acuerdo de aquella tarde. Creo que fui el primero en irme

de la comida. Me digo que ojalá no lo hubiera hecho, que ojalá me hubiera quedado más tiempo hablando con mis mayores, con Amama.

Hay una foto preciosa en la que Aitite y Amama están bailando juntos, sonrientes y felices. Es en blanco y negro. Calculo que tendrían en ella en torno a cincuenta años. La rodea un marco plateado. La cojo y pienso en llevármela a casa. Hace tiempo que me he convencido de que pondré una de mi padre en el salón. Ahora pienso que quiero que mis hijos vean todos los días de su infancia la foto de mis abuelos. Pero finalmente descarto llevarme esta. Me digo que ya me haré una copia o que le pediré a Mamá alguna. De alguna manera, me ha parecido mal llevármela sin permiso. Pero, al punto, me pregunto: ¿permiso de quién, si Amama ya no está?

Entro en la cocina. Abro la nevera. Está vacía. También el cesto de la fruta, que apenas hacía tres semanas rebosaba de plátanos, naranjas y manzanas con los que hacían la merienda de Amama, en puré, como la de los bebés. En los armarios sí hay café y azúcar y pasta y arroz. Supongo que han dejado todo eso aquí porque la fecha de caducidad es lejana.

Camino por el pasillo y voy a afrontar las escaleras cuando, de pronto, me detengo. Me da miedo subir. Es un miedo infantil, como el que de niño tenía a la oscuridad. Qué estupidez, me digo. Pero aun así soy incapaz de ascender al piso de arriba, donde está la habitación de Amama, la que hacía años también compartía con Aitite. Me digo que quiero ir. Quiero verla otra vez, porque quizá sea la última vez que esté en esa casa y llevo años sin entrar en el cuarto. Pero no me atrevo. No puedo subir. En lugar de ello, tomo los papeles que me ha pedido mi madre, que están sobre la mesa de la sala, apago las luces, cierro la puerta con doble vuelta de llave y salgo corriendo hacia casa de Mamá.

Corro como cuando era niño y surcaba veloz este mismo camino empedrado porque la noche me daba miedo. Pero ahora son otros fantasmas los que me acosan.

Poco después de nacer Ana comenzó la construcción de la casa a la que nos mudaríamos en Mungia. Durante aquellos meses, muchas de nuestras salidas familiares de sábado o domingo tenían por excusa ir a ver la obra. La nueva casa mudaba semana a semana como un animal que crecía imponente en mitad del monte.

Recuerdo la primera vez que fuimos a Mungia. Se me antojó el otro extremo del mundo. Acostumbrado a San Miguel, al barrio, aquel lugar donde entre casa y casa se abrían profundos bosques y donde nada interrumpía el canto de los pájaros parecía pertenecer a otro planeta. Cuando Mamá detuvo el coche, ella y Javi nos mostraron un terreno dominado por una espesa maleza de la que sobresalían grandes árboles y dijeron que ahí viviríamos. Nos internamos con dificultad por entre las zarzas. Seguíamos a Javi, que iba desbrozando con un palo la maleza. Íbamos detrás de él en fila india: los niños primero, Mamá cerrando el grupo con Ana en brazos. El terreno subía en una pendiente que hacía que por momentos tuviéramos que apoyarnos en un árbol. Al fin, se detuvo, señaló el suelo y dijo sonriendo:

—Aquí estará nuestra casa.

Mamá y Javi estaban muy felices ante la perspectiva de volver a vivir en el campo, y aquel estado de ánimo se nos contagió a los niños, que tampoco éramos muy conscientes aún de lo que supondría dejar atrás San Miguel, la escuela y los amigos para emprender una nueva vida lejos de allí. Aquella mañana entre los zarzales yo me divertí evocando la imagen de una cabaña en el bosque, inspirada en aquellas casetas que en verano construíamos mi primo Unai y yo en el descampado que había detrás de la casa de Amama, y nos imaginé como unos robinsones.

La siguiente vez que fuimos, sin embargo, allí ya no había bosque, sino un enorme socavón relleno de cemento, del que emergían verticales, como queriendo alcanzar el cielo, unos hierros oxidados que parecían plantas apocalípticas. El resto del terreno era todo barro, excepto apenas una decena de árboles aislados —grandes robles la mayoría, un par de acebos, una encina—, que habitarían en nuestro futuro jardín (después, con los años, se plantaron dos nuevos: una palmera que regalaron a mi madre diciendo que era de interior, que plantó fuera al ver que crecía demasiado y que terminó superando con creces la altura de la casa, y un ciruelo japonés tras la muerte de Aitite). En las sucesivas excursiones éramos testigos de cómo la casa iba tomando forma. Recuerdo caminar por el esqueleto de nuestro futuro hogar, subir las rampas empinadas de cemento que llevaban de un piso al otro y las indicaciones de mi madre, que desbordaba ilusión señalando a un punto de la estructura afirmando: «Este será vuestro cuarto» o «Ahí irá la mesa del

comedor». Tengo muy marcada la sensación de que me parecía inconcebible que aquel almacén de hormigón rematado con maderas y tubos de plástico que colgaban de cualquier manera pudiera llegar a ser un día una casa. Pero esta sensación desapareció por completo cuando una mañana vimos que aquella estructura tenía ya un tejado completamente terminado, con tejas nuevas y una chimenea que se alzaba orgullosa ahí arriba. Resultó que se desató una tormenta terrible y cayeron mares de agua de los que nos resguardamos los seis bajo nuestro techo sin paredes, viendo cómo la lluvia creaba torrentes que se entrecruzaban en el barro del terreno. Desde aquel día, me dije muchas veces que una casa es un tejado.

Cuando la construcción estaba en su fase final, el herrero encargado de la verja exterior, que era empleado de Aitite en MYCSA y buen amigo suyo, nos hizo a mi primo Unai y a mí un precioso regalo. Una tarde de principios de septiembre, cuando aún no había clases, pero ya habíamos regresado de Haro, Unai y yo fuimos a jugar a la escombrera en la que los talleres del polígono industrial de Arteagoiti, en San Miguel, arrojaban lo que para ellos carecía ya de uso, pero para nosotros eran tesoros que recolectábamos para nuestras aventuras, experimentos y casetas: rollos de cable, discos gastados de amoladora, tablones de madera de palés desechados. Después de revisar cada palmo de la escombrera y recoger todo lo que creíamos que podía servirnos, pasamos a ver a los perros de caza que Aitite tenía en una perrera habilitada junto al pabellón donde trabajaba el herrero. A nosotros nos encantaba ir a pasar un rato allí, acariciarlos, darles de comer. Aquellos perros cambiaban con el tiempo, pero siempre tenían los mismos nombres: *Lagun*, *Beltz*, *Zuri*. Cuando llegamos, el herrero, que se llamaba Sindó (mientras escribo he llamado a mi tío Pablo para pedirle que me recuerde su nombre), salió a saludarnos y estuvo un buen rato con nosotros. Le teníamos mucho aprecio, porque tiempo atrás nos había hecho unas *goitiberas* que fueron la envidia del barrio. Nos preguntó por ellas y al comprobar nuestra entusiasta respuesta, añadió que tenía otro regalo para nosotros. Levantó el dedo índice a la altura del rostro pidiéndonos que esperáramos un segundo, entró en el taller y al cabo de un rato, que a nosotros se nos hizo eterno, salió con dos espadas, una en cada mano. Las había hecho él y eran auténticas maravillas: de metal, con guarda, mango de cuero y las puntas y los bordes romos para que no nos hiciéramos cortes al jugar. Unai y yo no cabíamos en nosotros de felicidad. Olvidamos los perros y regresamos a la escombrera, donde pasamos el resto de la tarde emulando a caballeros medievales. Después, volviendo a casa exhaustos y felices, bautizamos nuestras espadas. Les dimos el mismo nombre a las dos. Porque no sabíamos otro, porque era el mejor de los posibles y porque no teníamos motivos para no compartirlo: *Excalibur*.

Aquella noche Unai durmió en mi casa. Las espadas, bajo nuestro colchón. A la mañana siguiente vino con nosotros a nuestra habitual excursión a nuestro nuevo hogar, que ya estaba casi terminado y al que pronto nos mudaríamos. Dimos un paseo largo por los alrededores. Al pasar frente al lago que está no muy lejos de la casa, imaginé que, si lanzaba la espada al agua, emergería imponente la mano de la Dama del Lago y la cogería al vuelo, como en el final de la película.

Cuando llegó la hora de volver a San Miguel, Javi nos pidió que no lleváramos las espadas en el coche. Volveríamos la semana siguiente: podíamos esconderlas en algún lugar del terreno y recogerlas allí el siguiente sábado. Como a pesar de nuestras protestas no nos dio más opción, obedecimos. Dejamos las espadas en un pequeño socavón que había en la parcela, cerca de la casa. Las tapamos con plástico de la obra, para que nadie las viera y cayera en la tentación de robárnoslas.

Al llegar a Mungia el siguiente sábado, casi salto del coche antes de que se detuviera, de lo nervioso que estaba. Había pasado toda la semana soñando con la flamante espada, dibujándola innumerables veces, hablando de ella a todos mis amigos. Unai, con el que había conversado por teléfono el día anterior, no pudo venir y me dejó el encargo de llevársela a San Miguel, esta vez sí. Pero al bajarme, me quedé de piedra. El terreno había cambiado completamente su orografía. Había ganado en altura y allí donde antes estaba la pendiente que descendía desde la casa hasta el límite de la parcela con la carretera, ahora había una atalaya que se levantaba unos dos metros y terminaba abruptamente poco antes de llegar a la verja exterior, que ya habían instalado. Yo no entendía nada. Javi me explicó que para nivelar el terreno habían echado varias toneladas de tierra, que por eso el lateral de la casa que miraba hacia la carretera había tenido aquel murete de cemento a la vista, que ahora estaba oculto bajo la tierra.

Subí, no sin dificultad, por el terraplén y fui corriendo al lugar donde habíamos dejado las espadas. Con lágrimas en los ojos, comencé a cavar, anhelando encontrarlas. Pero Javi me previno que sería imposible llegar a ellas. Miles de kilos de tierra prensada nos separaban. Estaban sepultadas para siempre.

Durante muchos años, cuando observaba el jardín pensaba inevitablemente en las espadas. Al principio tenía muy claro dónde se encontraban. A veces me quedaba mirando ese lugar y evocaba las dos *Excalibur* e imaginaba que dentro de unos siglos alguien las encontraría. Sonreía figurando los quebraderos de cabeza del arqueólogo al intentar articular una explicación al hallazgo. Después, con el pasar de los años, olvidé el lugar exacto. Ya no estoy del todo seguro. A veces me convenzo de que deben de estar cerca del acebo grande, hacia el talud, o quizá bajo el mismo. Otras veces, sin embargo, las ubico más hacia la casa de Amama. Sé que están en algún punto entre las dos casas y cerca de la carretera. Pero no sabría precisarlo. Un par de veranos atrás, cuando mi madre decidió poner una pequeña piscina donde sus nietos pudieran chapotear en verano, me acerqué el día que se iba a hacer el hoyo para instalarla, fantaseando con que aparecieran nuestras *Excalibur*. Pero no emergieron del lago del pasado.

Hace unos años compartí esta historia con el escritor Juan Villoro, una tarde que paseamos por la ría de Urdaibai. Con su inigualable perspicacia, cuando hace poco le confesé que estaba escribiendo este libro, la rescató para señalar que aquella espada es un símbolo de lo que mi padre ha sido siempre para mí: alguien que ha estado ahí, pero al que solo podía acceder a través del relato. Una presencia inmaterial que, sin embargo, es inevitable.

«Sabemos lo que las espadas han significado a lo largo de la historia y la importancia que han

tenido en la filiación y la sucesión: la que te estaba destinada quedó en un sitio inaccesible para el cuerpo, pero no para la mente», decía en su correo electrónico.

Leyendo su mensaje, imaginé a mi padre mirando al mar Cantábrico desde el monolito dedicado a mi abuelo. Lo vi con doce años, pero también con veinte, con mi hermano Borja en brazos. Ahí estaba, junto a la placa que recuerda a mi abuelo, recorriendo con la mirada la inmensidad azul, imaginando en qué punto exacto estaría hundida la escultura de la Virgen de Begoña, al tiempo que se formulaba las mismas cuestiones sobre su padre que yo me he preguntado sobre él.

Estas últimas semanas he pensado mucho en cómo estas páginas me han ayudado a ubicar a mi padre de una manera más exacta, aunque no del todo precisa. Como en el caso de las espadas, como él con mi abuelo, tengo un territorio, no un lugar exacto. Un espacio al que solo se puede acceder con palabras, con el relato. Una historia. Un libro.

Es Nochevieja.

Javi regresó de París para las vacaciones de Navidad unos días antes de lo previsto. Fue por la muerte de Amama. Quiso acompañarnos en el funeral. Aquella misma tarde dijo que, como todos los años, la Nochevieja la pasaríamos en su casa. Aunque él llevara fuera desde verano y la caldera estuviera averiada y Mamá insistiera en que nos podíamos juntar en la suya, quiso mantener esa tradición familiar instaurada desde que se separaron hace quince años.

Hemos terminado hace un buen rato de cenar. Tomamos un vino esperando las campanadas (que tendremos que ver en una tableta, pues Javi no tiene televisión) mientras los niños corretean alrededor de la mesa y estrenan los juguetes que Olentzero, el Papá Noel vasco, les dejó hace seis días en esta casa. No estamos todos. Ana pasa la noche en casa de sus suegros, en Pedernales. Hace un rato Mamá le ha telefonado. Le ha dicho de parte de todos que la echamos de menos. Mi hermana ha contestado que ella más a nosotros y ha prometido que el año que viene vuelve a celebrar el fin de año aquí. Hemos quedado en hablar de nuevo tras las campanadas. Es curiosa esta costumbre de hablar inmediatamente antes y después del cambio de año, como si la distancia temporal entre ambas llamadas fuera mayor con tan rotundo cambio de fecha.

Por razones obvias, esta noche nunca ha sido muy feliz en mi casa. Este año, sin embargo, como Javi ha estado viviendo en París desde finales de verano, el ambiente de reencuentro ha matizado mucho esa tendencia a la tristeza. No obstante, como cada año, he estado muy pendiente de los estados de ánimo de Mamá. Creo que todos los previos a la cena la ponen nerviosa, porque al fin y al cabo todos los preliminares de estas cenas son iguales en todas las casas y supongo que le recuerdan a aquella noche maldita. Desde luego, no está tranquila hasta que todos estamos por fin sentados en la mesa. Es curioso cómo esto se me ha contagiado. Desde siempre, la Nochevieja me ha asustado. Por ejemplo, conduzco con un cuidado extremo. Antes de la cena, pero sobre todo después, cuando volvemos a nuestra casa y la gente empieza a salir a la calle a celebrar como si no hubiera un mañana. Esa imagen, la de todo el mundo con matasuegras y vestidos de noche y gorros de fiesta y corbatas brotando de los portales en busca de la gran juerga, me aterra. En toda mi vida solo he salido una vez en esta fecha, y regresé a casa no más tarde de las dos de la mañana, con la sensación de estar faltando al respeto al dolor de mi madre.

El invento de las uvas sin pepitas alarga la espera. Antes me entretenía abriéndolas en dos mitades y extrayendo de ellas las dos pequeñas perlas negras. Ahora tengo doce delante de mí desde hace un buen rato, en dos filas de seis. Los niños mayores han pedido que en lugar de uvas

quieren celebrar el paso de año con doce pequeños trozos de turrón de chocolate. Nadie ha puesto objeciones. No somos una familia de tradiciones fuertes. Me he prometido no fumar, pero ya llevo varios cigarros. Me digo que el último será tras las campanadas. Contesto los mensajes de felicitación que me van llegando al móvil. Me resultan fríos los impersonales, los reenviados a decenas de personas sin cambiar una coma. Pero me alegra mucho recibir algunos de personas que quiero o admiro. Entre todos ellos, hay uno de Ana Reguera y me alegra recibirlo. Pienso en ellos, en los Reguera, en si les sentará mal mi libro, en el caso de que lo publique. Me convengo de que no debe importarme. No han sido parte de mi vida nunca, y no debería tenerlos en cuenta ahora. Al menos, no demasiado. Pero, en el fondo, sé que me importa. Como también mi familia materna y la de Javi. Esta mañana he terminado la relectura de lo que llevaba escrito (me prometí terminar el libro con el fin de año) y he tenido una tentación enorme de borrar párrafos y párrafos.

Hace unos días le pasé una copia a Mamá y otra a Javi. Me hicieron algunas correcciones de fechas y nombres y ambos me pidieron que obviara una escena que no estará en la versión final. Pero me dieron permiso para publicar el libro, si así lo quería. Ante mi pregunta sobre las sensaciones al leerlo, los dos respondieron lo mismo: habían llorado mucho al recordar viejos tiempos y les sorprendían sobremanera mis obsesiones infantiles en torno a la figura de mi padre. Nunca les había hablado de ellas, ni a ellos ni, en realidad, a casi nadie. Me digo que escribir un libro es una curiosa manera de romper un silencio.

Mi hijo mayor me pregunta:

—¿Puedo quedarme a dormir hoy en casa de Amama?

La pregunta me coge de improviso y estoy a punto de contestarle que Amama ha muerto y que la casa de Amama está vacía y fría, y la otra, la de Haro, comprada por uno de mis tíos. Tardo unos segundos en darme cuenta de la obviedad: para él, *la casa de Amama* es la de Mamá. Siempre la ha llamado así, claro, pero ahora es como una revelación. Me doy cuenta de que el tiempo avanza como una gran ola a la que le sucede otra y otra más. La muerte de mi abuela certifica un cambio de tiempo. Es como si con ese suceso se hayan repartido de nuevo los papeles de una función. Le contesto que hoy no, pero le prometo que un día de estas vacaciones le dejo subir a dormir con ella. No protesta mi decisión y regresa a los juegos con sus primos.

Por fin, se vienen las campanadas. Como no se oye nada entre el griterío de los niños, Javi conecta la tableta a un pequeño altavoz portátil. Alguien dice que quiere cambiar de canal para ver el exiguo vestido de una presentadora, pero desiste ante la protesta general. Tengo ahora al menor de mis hijos sentado sobre mis piernas. Como no tiene edad para el rito de las uvas, para hacerle partícipe le pido que cuando empiecen las campanadas me vaya metiendo en la boca las mías. Suenan los cuartos, alguien se come la primera uva y el resto le abroncamos entre risas. Ahora, las campanadas. Danel obvia mis instrucciones y, para lograr el reto, tengo que apañármelas solo. Cuando llega la duodécima, todos nos ponemos en pie y aplaudimos. La algarabía asusta un poco a los más pequeños, pero los demás ríen.

Llegan los besos y abrazos. A Mamá, Javi, mis hermanos, sus esposas, los niños, mi mujer y

mis dos pequeños. El estudio de Javi está en una séptima planta. A través del ventanal trasero se aprecia una preciosa vista de los tejados de Bilbao. Los fuegos artificiales comienzan a centellejar en el interior y todos los niños corren hacia esa ventana. Los mayores van tras ellos, pero yo opto por fumar a solas el último cigarro que me he prometido. Abro otra ventana, en la parte opuesta del estudio, que da al callejón donde está el portal del edificio. Con el torso fuera para que el humo no moleste a los niños, enciendo el pitillo. El callejón reverbera con las explosiones de los fuegos artificiales. Del cielo descienden a ratos virutas chispeantes que se extinguen en la caída o justo al tocar suelo. Tras la fila de altos edificios que tengo frente a mí ahora, está la calle Autonomía. Al percatarme de este detalle, acude a mi mente la imagen del Dodge 3700 de Aitite circulando por esa misma avenida hace ahora exactamente cuarenta y cuatro años. Imagino a mi madre dentro, aferrada a la mano de su hermana, rota por el dolor mientras los fuegos artificiales truenan en el cielo y los petardos caen sobre el techo del coche, como en un bombardeo. Una enorme tristeza amenaza con hacerse conmigo. Me giro para buscar a Mamá con la mirada. Tiene a mi hijo mayor en brazos, mientras contempla con los demás los fuegos artificiales sobre el cielo de Bilbao. Cuando alguno especialmente espectacular explota, todos dejan escapar una exclamación de admiración. Pienso en todo lo que ha luchado. Si esta familia lo es, es gracias a ella. Todos estamos aquí porque ella luchó como una heroína de novela. Me tranquiliza y alegra contemplarla feliz con su nieto en brazos. Entonces, quizá por la influencia de haber visto hace unos días el cuerpo sin vida de Amama, viene a mi mente que en aquel primer minuto de 1975, mientras todo el mundo celebraba y Mamá lloraba en el coche de mi abuelo y yo estaba en su seno comenzando a ser, mi padre yacía frío, inerte y solo en la morgue del hospital de Cruces. Me doy cuenta de que nunca he pensado en él al evocar esos momentos. Viendo a Mamá, me percaté de que ella tuvo otra oportunidad, de que se aferró a ella y luchó y construyó esta familia feliz y unida que ahora disfrutamos. Ahora puede mirar hacia atrás, hacer balance y decirse que, aun con todas las dificultades que conllevara, mereció la pena el camino hasta este mismo momento. Quizá esa sea una definición parcial de la felicidad. Poder mirar atrás y pensar que recorrerías de nuevo el camino, a pesar de todo.

Pero mi padre no pudo. Eso es precisamente lo que se le negó: vivir y ver crecer una familia a su alrededor y estar aquí con ella en una noche como esta y poder echar la vista atrás.

Regreso al exterior de la ventana. Los cohetes siguen llenando de color el cielo de Bilbao.

Doy una última calada. Lanzo el cigarro por la ventana. Lo veo impactar en el suelo y me quedo observando hasta que su luz se extingue, como una vida, en apenas un instante.

Cierro la ventana.

Hoy hace exactamente cuarenta y cuatro años de su muerte. Por primera vez en mi vida, lloro por mi padre.

Agradecimientos (y aclaración)

Quiero dar las gracias a todas las personas que me ayudaron en este libro. A las que me dieron su tiempo y testimonio para rescatar la historia que aquí se cuenta y a las que leyeron el manuscrito y me ayudaron a mejorarlo. También al equipo de Seix Barral, que me ha acogido con tanto cariño y ha hecho posible este libro.

Debo aclarar que los nombres de Javi Urgoiti y Juan (compañero de clase en San Miguel) son inventados, para ocultar sus identidades reales. Todo lo demás es veraz, con los matices propios de la memoria; la mía y la de las personas que me han contado las historias que entretienen la de mi familia.

Libro de familia
Galder Reguera

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Luis Brox

© Galder Reguera, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

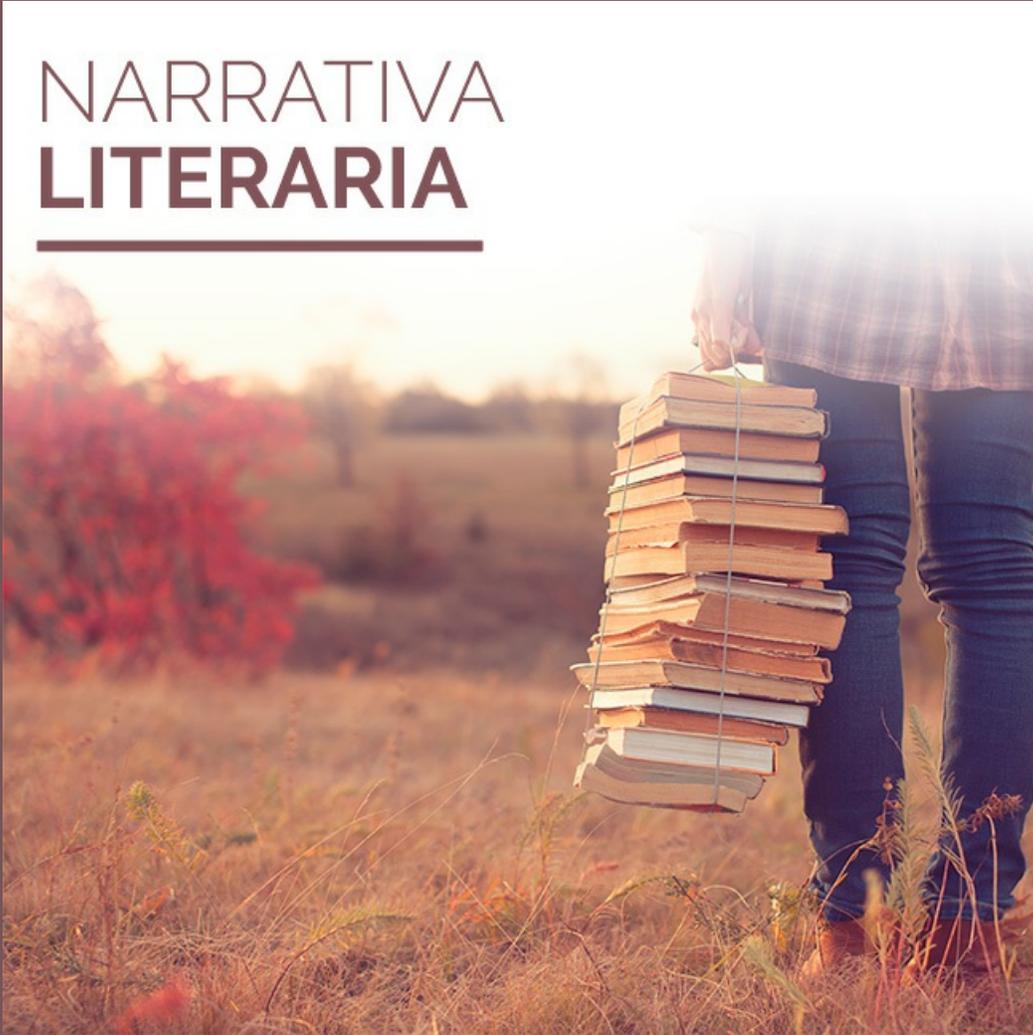
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-322-3651-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!



 Seix Barral

Galder Reguera

Libro de familia

